

*World of Darkness - Mundo de Tinieblas:*

## **LOS LIBERADOS**

(Trilogía: "Vampiro. La Mascarada de la Muerte Roja", vol.3)

Robert Weinberg

©1999, *The Unbeholden*

Traducción: Carlos Lacasa Martín

Digitalización: Pincho

[ «*Oí muchas cosas en el infierno.*

*¿Cómo es, pues, que estoy loco?»*

Edgar Allan Poe, "El Corazón Revelador" ]

## **PRÓLOGO**

### ***Newark, Nueva Jersey: 1 de abril de 1994***

De todos los bares de sangre del mundo La Lira de Nerón, en el corazón de Newark, Nueva Jersey, era el último en el que Walter Holmes esperaba toparse con una mujer de su pasado. Especialmente con aquella mujer en particular.

Era una fresca y tranquila noche de primavera, y en el local no había más que unos cuantos vampiros con sus acompañantes ghouls. El lugar era propiedad de un brutal vampiro Gangrel llamado George Malenko; sus tres chiquillos servían como camareros. La sangre era insípida y vulgar, y supuestamente procedía de un hospital local. Una gramola demasiado ruidosa con los discos favoritos de los anarquistas que frecuentaban el bar ponía la música, si es que se le podía llamar así. "Bela Lugosi ha Muerto", de Bauhaus, parecía una de las piezas favoritas, y sonaba de forma casi ininterrumpida desde el anochecer hasta el amanecer.

Walter se había sentado solo en una mesa en la parte trasera, y como era su costumbre estaba jugando un solitario. Era el Vástago de aspecto más vulgar del mundo: altura media, peso medio y facciones

tan normales que todos las olvidaban fácilmente. Nadie le dedicaba nunca un segundo vistazo, y se asumía que se trataba de un Caitiff, un vampiro sin clan de escasa o nula importancia. Esa era exactamente la impresión que Walter pretendía dar.

La única característica que le definía, lo único que le apartaba de los demás Vástagos, era su obsesión por los naipes. Como todos los vampiros, Walter Holmes sobrevivía bebiendo sangre humana, pero su verdadera pasión eran las cartas.

Lo que más le gustaba era el póquer. Era un buen jugador, aunque solía perder tantas manos como ganaba. Su suerte, como el resto de su persona, era normal. Normalmente invitaba a las bebidas. Era amable en la victoria y resignado y calmado en la derrota. Lo que le importaba era el juego en sí, no el resultado. Ninguno de sus oponentes sospechaba que sus eternas partidas eran la tapadera perfecta para las otras actividades de Walter, mucho menos respetables.

Holmes miraba. Observaba. Espiaba. Empleando unos sentidos agudizados más allá de la imaginación de los demás mantenía una estrecha vigilancia sobre sus congéneres vampiros. Su vista y su oído se salían de cualquier escala. Walter percibía cada susurro, cada mirada de asombro, anotaba cualquier reacción inesperada. Monitorizaba los secretos más oscuros, las pasiones más profundas, las lujurias más inconfesables de sus hermanos. Era un maestro del engaño y almacenaba miles de minúsculos detalles en su cerebro, resolviendo mentalmente cientos de planes e intrigas. Después, una vez a la semana, informaba de todos estos detalles a sus superiores, los antiguos del Inconnu.

Solo unos pocos vampiros habían oído hablar alguna vez del Inconnu. Se trataba de una secta secreta de poderosos Vástagos creada antes de la fundación de la Camarilla y del Sabbat. Aunque circulaban incontables rumores y leyendas sobre el culto, solo sus miembros conocían su verdadero propósito, y todos ellos eran expertos guardando secretos.

Walter se encontraba en Newark porque Nueva York, su centro habitual de operaciones, se había vuelto demasiado peligroso recientemente. Melinda Galbraith, la regente del Sabbat tanto tiempo desaparecida, había reaparecido hacía una semana en Washington D.C. Había logrado recuperar un cierto control de la secta tras la noche de violencia y destrucción que se había desatado en la capital. Justine Bern, Arzobispo de Nueva York y principal rival de Melinda,

había muerto a manos de la propia regente, igual que su consejero Hugh Portiglio. Sin embargo, hacía falta algo más que unas cuantas ejecuciones para recuperar su puesto.

A las pocas noches de su inesperado golpe de estado en Washington, Melinda se había desplazado a Nueva York, donde se había hecho con el control de la base de operaciones de Justine. Trabajando a toda velocidad se había dedicado sin descanso a consolidar y solidificar su poder. En el Sabbat solo sobrevivían los más fuertes. El regreso de Melinda había sido recibido con bastante poca efusividad entre los antiguos de la secta, muchos de los cuales tenían en marcha sus propios planes para hacerse con el control del culto. Su nuevo reino tenía pies de barro, pero se rumoreaba que había convocado en secreto a los cuatro dirigentes de la Mano Negra, la casta de la élite guerrera del Sabbat, para reunirse en Manhattan. Si le brindaban su apoyo, como casi todos los vampiros esperaban, volvería a recuperar la autoridad total.

Mientras tanto, Melinda barría sin piedad a cualquier oposición a su gobierno en la zona de Nueva York. Walter no solía verse afectado por estas purgas, pero no era ningún idiota y prefería no arriesgarse. Había dejado la ciudad hacía días, ya que cualquier Cainita que discrepara con las decisiones o los objetivos de la regente era eliminado por sus crueles agentes, la Guardia de Sangre. Melinda, que carecía de cualquier rastro de compasión o humanidad, exigía una absoluta y total obediencia de todos los miembros de la secta. Su credo era "obedece o muere". Sin embargo, a pesar de su campaña había sido incapaz de encargarse de su más peligrosa enemiga: Alicia Varney, la ghoul de Justine Bern, seguía viva y coleando.

Ni siquiera Walter, que había tenido un importante papel en el rescate de Alicia de la trampa mortal de Melinda en Washington, estaba seguro de adonde había marchado aquella bella mujer, o cómo había conseguido desaparecer de forma tan eficaz. Se había esfumado de Manhattan el día anterior a la llegada de la regente y, aunque ésta había ofrecido una fabulosa recompensa por cualquier información sobre su enemiga, nadie había aparecido para reclamar su premio. Alicia se había esfumado de la faz de la Tierra.

Solo los vampiros más viejos y sabios comprendían lo extremadamente improbable que era que un ghoul ordinario pudiera permanecer oculto cuando un Cainita de la fuerza de Melinda quería dar con él. Sin embargo, estos mismos vampiros sabían que era más inteligente guardarse sus comentarios. Walter Holmes era el único

Vástago que comprendía que el conflicto entre Melinda y Alicia no era más que el reflejo de una guerra mucho mayor. Los dos servían como avatares de Anis, Reina de la Noche, y la Muerte Roja, dos vampiros de la Cuarta Generación con poderes casi divinos enzarzados en una brutal lucha por el control de toda la raza Cainita.

Como Monitor del Inconnu, Walter había jurado permanecer neutral en la Yihad, la guerra eterna que libraban los antiguos vampiros. Normalmente observaba y esperaba, pero se obligaba a mantenerse alejado. El credo básico de su culto era la no intervención. Sin embargo, incluso los maestros de su orden estaban asustados por los poderes sobrenaturales de la misteriosa Muerte Roja. El monstruo poseía increíbles capacidades de destrucción, habilidades que iban más allá de cualquier disciplina vampírica. Los antiguos del Inconnu estaban convencidos de que la Muerte Roja era capaz de lograr el control total de la Camarilla y del Sabbat, y eso era algo que no debían, que no podían permitir se enfrentaba directamente con sus propios planes secretos para con los Hijos de Caín. Walter tenía órdenes de hacer lo que fuera necesario para asegurar la derrota del monstruo. No importaban las reglas de la Orden que hubiera que romper, ni hasta dónde tuviera que llegar.

Aquella noche dejaba pasar el tiempo, esperando que distintos acontecimientos dispares se reunieran en un todo coherente y con sentido. Estaba seguro de que la Muerte Roja preparaba algún golpe maestro para lograr el control de la Camarilla y del Sabbat. Lo que no sabía era cuándo. Aquel monstruo llevaba maquinando desde hacía cientos, puede que miles de años. Descubrir y frustrar sus planes no era cuestión de unas pocas horas, ni siquiera para un genio como Walter Holmes. Así que, mientras tanto, observaba y esperaba haciendo solitarios.

Sus manos se movían con la precisión sobrenatural de cientos de años de práctica. Barajaba y repartía un círculo de trece pilas de cuatro cartas cada una. Sus dedos largos y delgados se movían a velocidad cegadora. No había nadie, vivo o muerto, que pudiera repartir como él.

Estaba a la mitad de la segunda pasada de la Rueda de la Fortuna cuando una mujer entró sola en el local. Era una pelirroja alta y espectacular con un vestido ajustado de lentejuelas verdes y tacones a juego. Como siempre, Walter levantó la mirada de las cartas para ver si reconocía a la recién llegada. Para su sorpresa, se encontró con una visión de su pasado lejano.

Después de casi veinte siglos jugando, Walter Holmes había desarrollado la que quizá fuera la mejor cara de póquer de la historia. Solo un observador que le igualara en habilidad leyendo la expresión de los demás hubiera advertido el modo en el que sus ojos se entrecerraban y sus dedos dudaban un instante mientras repartía los naipes. Frunció el ceño y se obligó a concentrarse en las cartas. Walter Holmes, Monitor del Inconnu en Nueva York, no creía en las coincidencias. En el mundo de los Vástagos no existían los encuentros casuales.

Recogió rápidamente los naipes de los diferentes montones sobre la mesa y comenzó a barajar de nuevo, sin apartar la mirada de la mujer de verde. Esta observó durante un instante a todos los presentes, como si estuviera buscando un rostro familiar. Cuando dio con él hizo un pequeño asentimiento con la cabeza. No había duda de que esperaba encontrarle en el local. Aunque Walter había hecho todos los esfuerzos por conservar el anonimato, había gente a la que era imposible engañar.

La recién llegada comenzó a serpentear entre las mesas, dirigiéndose directamente hacia él. Se movía con una gracia lenta y seductora, acentuada por sus curvas exuberantes. Nadie decía una palabra ni se cuestionaba su presencia. La ignoraban tanto los vampiros como los ghouls. A estos últimos no se les permitía la entrada en la Lira de Nerón sin sus maestros, pero la mujer cruzó todo el local sin que nadie la detuviera. Era como si solo Walter Holmes pudiera verla. Sabiendo lo que sabía, sobre aquella mujer misteriosa, el vampiro concluyó que probablemente así fuera. Poseía poderes increíbles, y la disciplina vampírica conocida como Presencia Invisible (que le permitía pasar desapercibida entre mentes menores, lo que incluía a todos los Vástagos del bar) no era más que uno de ellos.

La mujer de verde se deslizó en la silla que había frente a Walter, sonriendo cuando éste comenzó a repartir cinco cartas a cada uno.

–Clásico –dijo–. Sin comodines. Salvo tú, por supuesto.

–No has cambiado en absoluto, Marius –dijo la mujer con una risita que solo él podía oír. Su voz suave era seductora y magnética. Los ojos, de un profundo azul, tenían una mirada intensa. En los dos mil años que habían pasado desde que observó aquellos ojos por primera vez, Walter Holmes no había visto nada parecido–. Tienes el mismo aspecto vulgar y ordinario de siempre, y aún sigues perdiendo el tiempo en el juego.

–Ahora me llamo Walter Holmes –dijo el vampiro recogiendo las

cartas. No pudo reprimir una risa. Aunque había repartido en una secuencia aleatoria, su mano era de tres seises, una reina roja y una jota negra—. Mi querida Leah, veo que sigues con los viejos trucos de siempre.

—En esta década me llamo Rachel —dijo solemne la mujer de verde—. Rachel Young. Tiene un agradable sonido artístico, ¿no crees?

—Por supuesto —dijo Walter mientras depositaba los naipes boca abajo en la mesa—. Eso pensé cuando leí los informes sobre la aparición de la Muerte Roja en San Luis. Eras la cantante del local. Sin embargo, no estaba totalmente seguro. No hasta que Alicia Varney me habló de cómo un joven, de aspecto sospechosamente similar a tu hermano Micah, la rescató del monstruo en Nueva York. Puedo aceptar una coincidencia en el aspecto, pero no dos.

—Hace mil años que no empleamos esos nombres —dijo Rachel—. Sonaban tan... bíblicos. Durante unos siglos fuimos Jack y Jill. Últimamente mi hermano ha comenzado a llamarse Reuben. Por supuesto, eso hizo que yo adoptara Rachel.

—Por la canción infantil —respondió Walter—. Qué original. Tenéis un extraño sentido del humor. —El Monitor observaba atentamente a la mujer de verde—. Me cuesta creer que seas tan increíblemente vieja. Apenas pareces un día mayor que la noche que nos conocimos. —Casi de forma mecánica, Walter reunió todas las cartas y las barajó—. Eso fue hace dos milenios.

—Uno de los beneficios de nacer dentro de una línea de sangre excepcional —dijo Rachel con una sonrisa burlona mientras señalaba los naipes en manos de Walter—. Hay cuatro ases arriba seguidos por cuatro reyes. Después van cuatro reinas, y así el resto de la baraja.

—Asombroso —dijo Walter sin preocuparse en volver la carta superior. Sabía que sería un as. Aunque era uno de los vampiros más poderosos del mundo, era consciente de que no podía comparar sus habilidades con las de la misteriosa visitante. Era totalmente única—. Jugar contigo no sería muy divertido. Manipulas la realidad con demasiada facilidad.

—No hagas suposiciones basadas en conjeturas —respondió Rachel con una sonrisa—. En vez de usar mis poderes de maga podría haber dominado fácilmente tus pensamientos por un instante, implantando la noción en tu mente para que ordenaras la baraja. Las dos explicaciones tienen el mismo efecto. Uno exige magia y el otro disciplinas vampíricas. Te dejo decidir qué es lo que utilicé.

Walter negó asombrado con la cabeza.

–Mis amigos del Inconnu me consideran enrevesado. Deberían hablar contigo.

Rachel rió.

–Me adulas, pero siempre has tenido un gran don para las palabras. –Sus ojos azules brillaron por un instante–. Nos conocimos hace casi dos mil años, en aquella terrible noche en Jerusalén. Hablamos toda la noche y te revelé verdades que deberían haber permanecido en secreto. En estos veinte siglos nunca le has hablado a nadie de mi existencia o la de mi hermano. –El tono de su voz dejaba claro que se trataba de una constatación, no de una pregunta–. ¿Por qué?

–Creía entonces, como sigo creyendo ahora, que debo guardarme mis opiniones. Los secretos no son para compartirlos. Soy leal a los objetivos del Inconnu, pero como le ocurre a muchos Vástagos, solo confío en una persona: en mí mismo. –Sonrió–. A veces, incluso dudo de esto último.

–Eres más sabio que la mayoría –dijo Rachel–, y he conocido a muchos.

–Nuestras conversaciones fueron los primeros pasos en un largo viaje que aún no he completado –dijo Walter en voz baja–. Es una travesía que debo recorrer solo.

El Monitor hizo un gesto con la mano, como si tratara de señalar a todos los vampiros de la estancia. Al estar sentado con Rachel estaba protegido por su presencia invisible.

»Además, ¿a quién le iba a hablar de mi descubrimiento? ¿A criaturas como estas? La mayoría de los Cainitas no son más listos o inteligentes que el ganado del que surgen. En la no-muerte sufren los mismos defectos, prejuicios y odios. Son niños ignorantes en un mundo más oscuro de lo que puedan imaginar. –Walter sacudió disgustado la cabeza.

»El vampiro medio sabe muy poco sobre la historia de su raza, y le da igual. Solo uno de cada cien conoce algo sobre nuestros orígenes, y son menos aún los que han oído hablar de Enoch, la Primera Ciudad, o de la Gran Inundación que acabó con ella. Consideran a los Antediluvianos mitos, semidioses sin sustancia real. Pregúntale a cualquiera de éstos si la Yihad es real y se reirán en tu cara, ya que no comprenden que ellos mismos son meros peones en el eterno conflicto.

–El paso de los años te ha hecho cínico y amargado –dijo Rachel.

–No es cierto –respondió Walter–. No he cambiado desde aquella noche en la Ciudad Santa. Soy realista y acepto las limitaciones de mi raza. Como Monitor, he aprendido a tener paciencia. –Se encogió de hombros–. Quizá algún día aprenda algo de humildad

Los ojos de Walter Holmes ardían con un fuego interior.

»Hace dos mil años participé en un horrendo crimen contra la humanidad. He luchado durante siglos contra el sentimiento de culpa, pero esa mancha negra en mi alma permanece ahí. Casi todos los vampiros libran una guerra desesperada contra la Bestia Interior, pero yo me enfrento a un enemigo mucho más peligroso: mi conciencia.

–Todos somos prisioneros del destino –dijo Rachel–. El destino es implacable, o eso nos dijo nuestro padre a mi hermano y a mí cuando le revelamos por primera vez nuestros planes, hace milenios.

Walter barajó las cartas. Se sentía incómodo hablando del pasado.

–Creo sospechar que no has venido aquí esta noche para hablar sobre el sentido de la vida, ni sobre la ignorancia del vampiro medio respecto a la venerable historia de los Vástagos.

–Es cierto –dijo Rachel mientras la sonrisa desaparecía de su rostro–. Ya ha pasado el tiempo de la filosofía. Asumo que sabes que he venido buscándote. Los acontecimientos que involucran al viejo vampiro conocido como la Muerte Roja se dirigen hacia su conclusión. Reuben y yo estamos muy preocupados con el posible desenlace de todo este asunto, y nos parece que tu papel en la lucha puede ser básico. No solemos equivocarnos en estas cosas, por lo que pensé que no estaría de más hacerte una visita. Es crucial que cooperes con Alicia Varney de cualquier modo posible. La Muerte Roja y sus chiquillos, los Hijos de la Noche del Terror, deben ser detenidos.

La voz de Walter era calmada, pero precisa.

–Creía que tu hermano y tú no os involucrabais en los asuntos de la raza Cainita. En nuestra conversación de hace tantos siglos lo dabas como un hecho.

–Cuanto más existimos –respondió Rachel con una sonrisa pasajera– más fácil es torcer y manipular las reglas que gobiernan nuestro comportamiento. Como ordenó nuestro padre, Reuben y yo tenemos responsabilidades no hacia los Vástagos, sino hacia el ganado. Tratamos con la humanidad en su conjunto. Sin embargo, en ocasiones, como bien sabes, los asuntos de mortales y vampiros se cruzan.

Una mirada preocupada asomó al rostro imperturbable de Walter.



–¿Estás sugiriendo que esta batalla contra la Muerte Roja representa otro de esos momentos clave en la historia de la humanidad?

–El vampiro que se hace llamar la Muerte Roja amenaza la existencia de todos los mortales, Cainitas, Garou, magos y hadas de este planeta –respondió Rachel. Su voz era tan sombría como su rostro. Las manos, entrelazadas, tenían la palidez de la tiza–. Si no detenemos inmediatamente su plan para lograr el control de los Hijos de Caín, toda la vida sobre la Tierra se encontrará en un grave peligro. Ese loco egocéntrico ha firmado una alianza con unos monstruos ígneos que moran en la oscuridad más allá de nuestro universo. Son los Sheddin, masas informes de pura energía originarias de una realidad alternativa. Estas abominaciones ansían entrar en nuestro mundo. Son anatema para la vida, por lo que no pueden cruzar sin ayuda las barreras entre dimensiones. Para sobrevivir en nuestro universo necesitan un anfitrión voluntario, y la Muerte Roja y su progenie han aceptado. –Se detuvo mientras recuperaba la calma.

»La Muerte Roja y los Hijos de la Noche del Terror creen manipular los vastos poderes sobrenaturales de los Sheddin e intentan convertirse en amos de todos los Cainitas. Lo que no comprenden en su colosal vanidad es que los monstruos no son sus peones, sino que tienen escalofriantes planes propios. Cada vez que los Sheddin son invocados a nuestro mundo y emplean sus poderes destructivos, se adueñan un poco más del cuerpo de sus cómplices. Son parásitos interdimensionales que se alimentan de sus socios, que no advierten el peligro. Muy pronto todos esos vampiros desaparecerán, totalmente suplantados por sus aliados demoníacos.

–Seres de otro universo que no se ven constreñidos por las restricciones del nuestro –dijo Walter Holmes mientras todo el escenario cobraba repentina claridad. Las implicaciones le parecían evidentes–. Serían invulnerables. Invencibles.

–Solo existen para destruir –dijo Rachel–. Millones morirán antes de que los magos de nuestra realidad sean capaces de expulsarlos. No podemos permitir que este desastre tenga lugar. Tenemos que exterminar a la Muerte Roja y romper la cadena que une a los monstruos de fuego con nuestro mundo.

–¿Alicia Varney es la clave? –preguntó Walter–. Una mujer contra la Muerte Roja.

–No es una mujer normal, ya lo habrás notado –respondió Rachel–. Tampoco su amigo Dire McCann es ordinario. Son los

agentes mortales de Anis, Reina de la Noche, y Lameth, el Mesías Oscuro. La Muerte Roja les considera sus principales rivales en la Yihad y está obsesionado con la idea de acabar con ellos. Teme su capacidad de respuesta, y controlar a la Camarilla y al Sabbat no sirve de nada con enemigos tan poderosos detrás. Cuando los vampiros de la Cuarta Generación combaten todo el mundo tiembla. No hay nada seguro en estos conflictos. Por eso, aunque estamos limitados por ciertas restricciones, hemos hecho todo lo posible por ayudar a Lameth y a Anis en la guerra. Hemos alcanzado nuestro límite. Ahora deben desvelar por su cuenta el secreto de la identidad de la Muerte Roja, y descubrir el modo de destruirlo a él y a su orden antes de que los Sheddin sean liberados. Sin tu ayuda, tememos que no lo logren.

–No estoy seguro de comprender –dijo Walter depositando la baraja boca abajo sobre la mesa–. Mi fuerza es insignificante comparada con la suya.

Una enigmática sonrisa cruzó la cara de Rachel.

–Cuando llegue el momento será evidente lo que debe ser hecho.

–No fallaré –dijo Walter con un inusual tono emocionado en su voz–. Sabes que no puedo negarte ningún favor. –Después sonrió–. Además, los antiguos del Inconnu están igualmente preocupados con las ambiciones de la Muerte Roja. Están ansiosos por verle a él y a su progenie destruidos. Tengo órdenes de hacer todo lo posible por propiciar su exterminio.

Con los ojos azules brillando como diamantes, Rachel Young extendió el brazo y tocó gentil la mejilla de Walter. Sus dedos cálidos ardían contra la gélida piel del vampiro.

–Tienes la Golconda al alcance de la mano, Walter Holmes. Solo tienes que liberar la culpa y el dolor que te atormentan tan profundamente.

–Sus ojos –dijo Walter sacudiendo la cabeza desesperado–. No puedo olvidar aquella mirada en sus ojos. Me acosan desde hace veinte siglos, y aún lo siguen haciendo. Otros vampiros tratan de negar su herencia oscura, pero yo acepté la mía hace mucho tiempo. Soy verdaderamente uno de los Condenados.

Rachel echó hacia atrás sus silla y se puso en pie.

–Las mayores torturas suelen ser las que nos infligimos a nosotros mismos –dijo con suavidad. La joven tendió su mano–. Adiós, Walter. Estoy segura de que nos volveremos a encontrar, y no tendrán que pasar otros dos mil años.

El vampiro se puso en pie y estrechó la mano. Podía sentir la

inmensa energía de aquella mujer latiendo bajo su piel, lo que le hizo recordar de forma clara e inmediata la verdadera identidad de Rachel Young.

–¿Y tu padre? –preguntó, incapaz de resistir la tentación–. ¿Le has visto recientemente?

–Hace más de cinco mil años que no le vemos ni Reuben ni yo –respondió Rachel sonriente. Comprendía, igual que Walter, que aquella información no podía compartirse–. Sin embargo, estoy convencida de que sigue vivo. Su muerte no nos pasaría desapercibida.

–¿Y... y Caín? –preguntó Walter reuniendo todo su coraje. Si alguien sabía la verdad sobre el Tercer Mortal, era Rachel Young–. ¿Aún existe?

La mujer negó con la cabeza.

–No lo sé, ni lo sabía mi padre cuando le hice la misma pregunta hace milenios. Ni siquiera él tenía respuesta para el mayor enigma de los Vástagos. –Rachel rió entre dientes–. Parece que algunos misterios están destinados a permanecer eternamente sin respuesta.

## PRIMERA PARTE

[ *«Y de nuevo, de nuevo en secreta comunión con mi propio espíritu, volvía realizar las preguntas: ¿Quién es él? ¿De dónde vino? ¿Cuáles son sus objetivos?»*

Edgar Allan Poe, "William Wilson" ]

***Tel Aviv, Israel: 1 de abril de 1994***

Elisha alzó la mirada confundido. Podía notar que algo marchaba terriblemente mal. La muerte se dirigía hacia ellos. El aire nocturno hedía a destrucción y desesperación. "¡Cuidado!", gritaba una voz inaudible en su mente. "¡Cuidado!"

Sin pensar, se puso en pie tirando al suelo la silla. En el vestíbulo, el reloj anunciaba las tres de la madrugada.

–¡Cuidado! –gritó mientras observaba a sus seis compañeros–.  
¡Cui...!

Nunca pudo terminar. Con el estruendo de la madera y la albañilería estallando, una esquina de la cubierta de la casa se redujo a escombros como si se tratara de una hoja de cartón. Dos gigantescas manos esqueléticas atravesaron el techo, abriendo un gran agujero. Un rostro monstruoso observaba a los atónitos ocupantes de la estancia, buscando con sus grandes ojos rojizos entre los siete conspiradores. Con un grito que pareció sacudir la tierra, la criatura pronunció palabras en una lengua que Elisha no pudo reconocer... pero que sonaban terriblemente familiares.

–Es árabe antiguo –declaró el mago canoso conocido como Ezra. Elisha no se sorprendió al verlo en pie, cerca de Moisés Maimónides, Rambam. Al otro costado de éste se encontraba Judith, la famosa erudita, hermana de Ezra y también una maga de increíble poder. Juntos, los tres eran probablemente los más poderosos del mundo–. El monstruo está buscando a su antiguo enemigo, al que dice sentir en esta habitación. Esa... cosa... le llama *el Carcelero*.

El horror esquelético volvió a rugir su desafío. Los dedos huesudos aferraron los restos del muro que le impedía la entrada. Con un crujido, los ladrillos se redujeron a escombros y llenaron el lugar de polvo blanco. Con un rápido movimiento de la mano, Rambam dispersó la nube. Elisha tragó saliva mientras el monstruo aparecía por completo ante ellos.

La criatura irradiaba un poder puro y primordial. Medía tres metros hasta los hombros y su inmenso cuerpo tenía una forma vagamente humanoide. El pecho era inmenso y los anchos hombros medían unos dos metros. Los brazos largos y huesudos llegaban hasta las rodillas y terminaban en manos gigantescas con dedos esqueléticos.

La enorme cabeza no recordaba ni remotamente a algo humano.

Tenía unas fauces grandes y poderosas, como las de una bestia depredadora, y la boca estaba llena de temibles colmillos. Sus ojos ardían con la furia del infierno y se encontraban muy separados en el cráneo. Dos gigantescos cuernos surgían de la cabeza. A Elisha le pareció una horrenda abominación, mezcla de un hombre y una cabra, pero sin recordar a ninguno de los dos.

–Azazel –dijo Dire McCann. El misterioso detective observaba al monstruo con una sonrisa tensa. En una mano sostenía su pequeña pistola ametralladora. Elisha ya le había visto emplearla. Disparaba una ráfaga continua y potente capaz de derribar a un vampiro, pero el joven mago dudaba de que tuviera mucho efecto sobre la criatura a la que se enfrentaban ahora. Por la expresión de McCann, él sentía más o menos lo mismo–. La Muerte Roja dijo que los Nictuku se estaban alzando. Tenía razón.

–Los Nictuku –susurró la alta y atractiva rubia platino que se encontraba junto al detective. Estaba vestida con un mono de cuero blanco y tenía los ojos negros y los labios de un rojo rabioso. Solo la palidez sobrenatural de su piel y la expresión felina indicaban que se trataba de una vampira. En cada una de sus manos sostenía los lagos cuchillos de su clan. Flavia, el Ángel Oscuro, servía como guardaespaldas de Dire McCann. Solo ella entre todos los presentes parecía casi complacida con la aparición del monstruo. Elisha sospechaba que no lo consideraba más que un nuevo reto para sus habilidades–. Creía que no eran más que leyendas que contaban los Nosferatu para asustar a sus chiquillos.

–Evidentemente no es así –respondió seca Madeleine Giovanni. Era delgada y baja, con una melena negra y lisa que caía sobre sus hombros, y se encontraba a la derecha del detective. Se la conocía como la Daga de los Giovanni y, aunque era menos espectacular que Flavia, era igual de mortal. Se encontraba entre los vampiros más peligrosos de todo el mundo.

El monstruo al que McCann había llamado Azazel volvió a gruñir sus demandas, pero nadie respondió. El aire estaba sobrenaturalmente tranquilo. No se oían sirenas a lo lejos, ni gritos, ni los aullidos aterrados de los vecinos. De algún modo la criatura había conseguido sellar la casa de Rambam del resto del mundo natural. Se enfrentaban totalmente solos a aquel monstruo.

–Nuestros poderes mágicos apenas afectan a la bestia –anunció Judith con voz acongojada–. Es increíblemente viejo y le rodea algún tipo de aura que anula las leyes de la causalidad en sus cercanías.

Hemos probado todos los trucos que conocemos para detenerle, pero nada funciona. Es demasiado fuerte.

–Los Nictuku son vampiros de la Cuarta Generación creados por un Antediluviano, Absimiliard, para buscar y destruir a su progenie original, los Nosferatu --dijo Dire McCann--. En su locura, Absimiliard abrazó a criaturas monstruosas e inhumanas. Su fuerza es legendaria, y por lo que se dice no son fáciles de derrotar.

El suelo tembló cuando Azazel dio un paso al frente con la mirada encendida. Elevando una mano colosal, la criatura dirigió un dedo huesudo hacia Elisha. No hacía falta que nadie tradujera el ultimátum.

–El monstruo cree que Elisha es su antiguo enemigo --dijo Ezra con voz temblorosa--. Le llama el Carcelero.

–Mierda y más mierda --respondió Dire McCann con aparente asombro--. El Nictuku ha confundido a Elisha con el Rey Salomón, el mayor mago de la antigüedad... *¡CUIDADO!*

Los brazos de Azazel surgieron disparados a cegadora velocidad. Elisha apenas tuvo tiempo de tragar saliva mientras los dedos monstruosos volaban hacia su cara, tratando de clavarle aquellas uñas de quince centímetros en los ojos. El aire silbó y pensó que era hombre muerto, pero antes de que pudiera parpadear se encontraba en el suelo, bajo un cuerpo vestido de negro. Sobre sus cabezas, las garras del Nictuku golpearon el vacío.

La ametralladora de McCann comenzó a disparar. El monstruo gritaba no por el dolor, sino por la furia. El suelo temblaba y los ladrillos y los paneles de madera volaban por todas partes.

–No estás seguro en esta estancia --dijo Madeleine al oído a Elisha--. El Nictuku está destrozándolo todo.

Para la Daga de los Giovanni pensamiento y acto eran uno. La vampira se movió a cegadora velocidad y arrastró al joven mago con ella. En un instante Elisha se encontró de pie sobre el umbral que conectaba el comedor con el vestíbulo frontal. Madeleine estaba a su lado con la mirada encendida.

–Vamos --ordenó--. Al monstruo le llevará algunos minutos destrozar el centro de la casa. Los demás están esperando en la biblioteca. Debemos reunirnos y reagruparnos mientras McCann contiene a Azazel.

El detective se encontraba en el centro del comedor destruido.

Ya no sostenía su arma, sino que tenía los brazos extendidos a la altura de los hombros, como si estuviera empujando una barrera invisible. Con los dedos de cada mano había formado un patrón: el

pulgar apuntaba hacia el interior, los dedos índice y corazón estaban juntos y el anular y el meñique formaban una segunda pareja. Se trataba de la antigua señal de Kohan. El aire que le rodeaba brillaba y restallaba como si estuviera vivo. Elisha tardó un segundo en comprender que McCann no luchaba contra un muro transparente, sino que lo estaba creando. Al otro lado, el monstruo llamado Azazel no dejaba de rugir, golpeando sin éxito la barrera mágica con sus enormes garras.

McCann estaba totalmente quieto, como una tensa estatua de carne humana. Sus ojos estaban fijos en el Nictuku y no se permitían ni un solo parpadeo. Su expresión era sombría, pero decidida. Elisha ni siquiera le veía respirar.

A su lado estaba Flavia, acuclillada, empuñando sus espadas con una fuerza brutal. Su mirada alternaba entre el monstruo y el hombre. La Assamita sabía que no debía interferir, y solo esperaba el momento en el que McCann flaqueara con una expresión expectante. A Elisha nunca le pareció haberla visto más viva que en aquel momento, mientras esperaba una batalla que no podía ganar.

–Es el sueño de todos los asesinos Assamitas –dijo Madeleine como si pudiera leer sus pensamientos. Sus dedos gélidos le tiraban constantemente del brazo–. No hay mayor honor que morir en combate contra un enemigo implacable.

Sin una palabra, Elisha dejó que Madeleine le arrastrara hasta la biblioteca. Allí, rodeados por miles de libros, los tres magos esperaban alrededor de la mesa de Rambam tratando de decidir su siguiente movimiento.

–Elisha –dijo Maimónides aliviado al ver a su alumno entrar en la estancia–. ¡Gracias a Dios! Por un momento creí que habías muerto bajo las garras del monstruo.

–Está vivo y aparentemente ileso –declaró Ezra–. Muy bien, no hay tiempo para preocuparse. Si no damos con un modo de destruir al monstruo, dentro de unos minutos no podremos ni permitirnos ese lujo.

–Sin que sirva de precedente –intervino Judith–, estoy de acuerdo con mi hermano. Debemos pensar un plan de inmediato. A pesar de sus poderes, McCann no podrá contener a Azazel mucho tiempo. Siento cómo su barrera mística empieza a resquebrajarse.

–Están entre los magos más poderosos del mundo –dijo Madeleine Giovanni–. Tres contra uno. ¿Cuál es el problema?

–El Nictuku rechaza nuestros hechizos más potentes –gruñó

Ezra—. No le afecta nuestra magia. No podemos dañarlo.

—Las leyes de la causa y el efecto parecen retorcerse a su alrededor —añadió Judith—. Es invulnerable a la causalidad y a la circunstancia.

Elisha tembló. No podía imaginarse a una criatura lo suficientemente poderosa como para resistir la voluntad de Moisés Maimónides y sus camaradas.

—La mente de McCann está flaqueando —dijo Judith con una voz neutra, pero cargada de temor—. Solo nos quedan unos segundos.

—Entonces huyan —dijo Madeleine—. Usen cualquier habilidad especial de la que dispongan para escapar, y llévense a Elisha. Me quedaré y retrasaré al monstruo lo suficiente como para darles tiempo.

—Nunca —dijo el joven mago liberando todas sus emociones—. Te destruiría. No dejaré que luches sola contra esa cosa.

—Mi sire me ordenó que protegiera a Dire McCann —respondió Madeleine girando a Elisha y mirándole a los ojos. Su voz era tensa—. Cuando sepa que estás a salvo podré obedecer los dictados de mi clan.

—¡Ja! —dijo Ezra con un bufido—. Podéis dejar de haceros los nobles, porque el aura del monstruo nos impide utilizar nuestros métodos de escape. Estamos atrapados como moscas en una gigantesca tela de araña. No podemos huir, así que peharemos o moriremos. —El mago barbudo sacudió la cabeza con una mirada de humor siniestro—. Si morimos, al menos habremos presenciado un verdadero milagro. En todos los días de mi vida nunca imaginé que vería a un vampiro expresar tanta preocupación por un simple mortal.

—No es un simple mortal —dijo Madeleine a Ezra con la más ligera de las sonrisas—. Creo que es bastante especial.

—Por supuesto —dijo Judith inquieta—, igual que Azazel. Quiere venganza. El monstruo vino aquí buscándolo y le llamó Carcelero. El Nictuku le ha confundido con el enemigo que lo apresó hace miles de años.

—¿Y? —preguntó Ezra—. Eso ya lo sabemos. ¿Adónde quieres llegar?

—Azazel creyó que Elisha era el Rey Salomón, el Carcelero de los Demonios —respondió Judith—. Salomón el Sabio nunca destruía monstruos: ¡los encerraba!

—No podemos dañar a esa criatura —exclamó Ezra—. Es demasiado fuerte para afectarla con nuestros poderes... ¡Y ahora dices que este muchacho, por su cuenta, puede atraparlo!



–El monstruo le teme –intervino Rambam–. Reconoce su perdición. El hechizo podría...

No tuvo ocasión de terminar la frase. Una oleada de odio puro y elemental barrió la biblioteca como una onda de choque. Los muros y el techo gimieron como protesta antes de derrumbarse como un castillo de naipes. Las vigas atraparon a Rambam, Ezra y Judith y los derribaron mientras la puerta a la espalda de Elisha era arrancada de sus goznes y le golpeaba en la espada, haciéndole caer de rodillas. El joven lanzó un grito agónico cuando el pesado marco de madera cayó sobre sus piernas, impidiéndole moverse. Solo Madeleine, con sus reflejos sobrenaturales, consiguió esquivar los cascotes mientras se preparaba para hacer frente al Nictuku, que entraba en la biblioteca con la furia reflejada en sus enormes ojos rojos.

No había señal alguna de Dire McCann o del Ángel Oscuro. Las dos espadas clavadas a los lados del cuello del monstruo eran el testimonio mudo de la determinación de Flavia, aunque las hojas no parecían tener efecto alguno.

Al ver a Elisha, Azazel lanzó un rugido triunfal. Una enorme mano se dirigió hacia la cabeza del joven para aplastarle el cráneo como si fuera una fruta madura. Madeleine llegó primero, aunque a duras penas.

No había tiempo para liberar a Elisha, y ninguna de sus disciplinas funcionaba contra aquella criatura. Se trataba de su fuerza contra la de un monstruo titánico con varios milenios de antigüedad. Era un enfrentamiento desigual, pero se prometió que haría todo lo posible.

De pie sobre Elisha, con una pierna a cada lado del cuerpo del joven, apresó el brazo descendente de Azazel por la muñeca. En vez de intentar detener su movimiento, la Giovanni tiró hacia delante con todas sus fuerzas, dejando que la gravedad y el propio peso del monstruo le ayudaran. Al mismo tiempo cayó al suelo y giró sobre sí misma, realizando una perfecta llave de judo. El Nictuku gritó sorprendido al verse repentinamente volando por los aires. Como un tren desbocado, el monstruo pasó sobre la cabeza de Elisha y se estrelló contra los restos de un muro a unos metros de distancia.

–Arriba –ordenó Madeleine mientras liberaba al joven del marco de madera como si no fuera más que una ramita. Le puso en pie, pero Azazel ya estaba levantándose y sus enormes dientes castañeteaban furiosos–. Si recuerdas algún hechizo de atadura es el momento de utilizarlo, porque no habrá segundas oportunidades.

Elisha gimió lastimado. La pierna le dolía tanto que no podía

sostenerse sin ayuda. Está herido, dolorido y sangrando. Se sentía como si le acabara de atropellar un camión, y era incapaz de concentrarse.

–Enfoca –le dijo Madeleine nerviosa mientras Azazel se ponía en pie. Las fauces del monstruo se abrieron, y a la vampira le pareció contemplar las puertas del infierno–. Enfoca tus pensamientos.

–Salomón –susurró el mago, tratando de ordenar sus ideas. Cerró los ojos–. El Rey Salomón.

–Enfoca –repitió Madeleine desesperada. Sus dedos se clavaron en el hombro de Elisha como lanzas de hielo.

–Salomón el Sabio –volvió a susurrar el joven, recordando las palabras de Judith–. El carcelero de los monstruos.

Esa frase pasó como un ciclón por su subconsciente. Carcelero... apresar... sellar... El sello... ¡El sello de Salomón el Sabio!

Aunque aún era muy joven, Elisha poseía poderes mágicos casi más allá de toda comprensión. Para él, voluntad y realidad eran lo mismo, por lo que una vez llegó a la sorprendente conclusión su deseo se hizo realidad. Pensamiento y acción fueron simultáneos.

Abrió los ojos para ver las fauces del Nictuku a meros centímetros de su cara, pero no sintió miedo. Los dos podían haber estado separados por miles de kilómetros. Azazel no podía moverse. Conservaba su conciencia y sus ojos aún ardían con furia sobrenatural, pero estaba congelado.

Con cuidado, liberó los fríos dedos de Madeleine Giovanni de su hombro y le bajó los brazos. La mujer no se resistió. Parecía atónita, incapaz de actuar por cuenta propia. Se había preparado para la Muerte Definitiva y tenía problemas para adaptarse a aquella salvación inesperada en el último segundo.

–¿Qué has hecho? –consiguió preguntar al fin mientras la cordura regresaba a su expresión–. ¿Cómo lo detuviste?

–Muchas leyendas hablan del poder de Salomón sobre los genios y otras presencias demoníacas –respondió Elisha con una ligera sonrisa en los labios–. Fuera lo que fuera Azazel antes de que Absimiliard lo convirtiera en un Nictuku, seguía siendo vulnerable a las magias de atadura del Rey. Eso fue lo que Judith comprendió cuando el monstruo entró en la biblioteca. Aunque no se le podía dañar mediante la hechicería, sí era posible apresarlo. Me llevó un tiempo descubrir cómo podía hacerlo.

–¿Cómo? –preguntó Madeleine, que miraba por encima del hombro de Elisha en dirección a Azazel, atrapado como una mosca en

el ámbar.

–Sí, Elisha, ¿cómo? –preguntó Moisés Maimónides. El maestro del joven estaba cubierto de polvo, pero por lo demás parecía ileso, igual que Ezra y Judith, que surgían trabajosamente del caos de vigas rotas y tejas. Hacía falta algo más que un edificio derrumbado para dañar a un mago—. Nosotros no pudimos detener a la criatura. ¿Qué hechizo utilizaste?

–Yo también estoy interesado en saberlo –dijo Dire McCann desde las ruinas de la puerta que conducía al vestíbulo. El detective parecía exhausto y pálido, pero básicamente ileso. Apoyado contra él estaba Flavia, también agotada—. Cuando mi barrera se derrumbó, el monstruo nos apartó sin problemas de su camino. Te quería a ti y no deseaba perder tiempo en distracciones. Sospecho que temía que hicieras lo que terminaste haciendo.

–Deja hablar al muchacho –gruñó Ezra, aparentemente enfadado—. Quiero oír su respuesta.

–Mirad el polvo –dijo Elisha, sintiéndose incómodo siendo el centro de atención—. Observad atentamente y podréis ver el patrón.

Con *Azazel* anulado, el poder que tuviera sobre la casa de Maimónides había desaparecido. La luz de la luna se filtraba por los enormes boquetes en las paredes y el techo, y miles de motas de polvo flotaban en el aire nocturno, formando un símbolo místico que encerraba totalmente al Nictuku: dos triángulos cruzados combinados para crear la familiar estrella de seis puntas.

–El sello de Salomón –dijo Rambam—. Qué obvio. Empleaste sabiamente el sello de la autoridad suprema sobre las criaturas del infierno para encerrar al monstruo. Nunca antes había visto a nadie que controlara el polvo de ese modo.

–Tenía que ser Elisha el que formara el sello –dijo Judith—. Azazel sintió que controlaba las mismas magias que Salomón, reconociendo a su peor enemigo.

–Como dije –intervino Madeleine Giovanni—, Elisha es especial.

–Ha sido una noche de revelaciones –dijo Ezra mirando directamente a Madeleine. Pasaron unos segundos antes de que bajara la mirada al suelo y su voz se suavizara—. Podría apostar a que en algún lugar del desierto hay una tumba vacía en la que este monstruo ha reposado durante los últimos milenios. Algún estúpido debe haberlo liberado destruyendo el sello de Salomón que lo mantenía prisionero.

–La cuestión ahora no es saber cómo llegó aquí –dijo la

Giovanni--, sino qué hacer con él.

--Un problema menor --respondió Rambam alisándose la barba cubierta de polvo--. Estoy saturando la zona con sensaciones de paz y tranquilidad. Nadie en el vecindario sabrá que ha ocurrido algo extraño. Mañana, mis amigos en el gobierno harán reparar la casa. --Observó pensativo las estanterías destrozadas de la biblioteca--. Algunos de estos libros tenían cientos de años. Reemplazarlos me costará una fortuna.

--¡Ja! --dijo Ezra, ya sin el menor asomo de enfado--. Te recuerdo diciendo las mismas palabras exactas cuando huiste de Egipto hace setenta años. Dos meses más tarde tenías las estanterías llenas.

Rambam mostró una ligera sonrisa.

--Junto a mis socios, llevaré a Azazel de vuelta a lugar del que procede. Hay numerosas perforaciones abandonadas por los especuladores de petróleo en el Sinaí. Con las salvaguardias apropiadas, el Nictuku debería permanecer dormido durante otros cuantos miles de años

--Es el momento de partir --dijo Flavia cansina--. Se acerca el amanecer y necesito descansar... y beber algo de vitae mortal. --La vampira rió al ver las miradas incómodas de los magos.

--No os preocupéis. Localizaré a algún asesino múltiple o un violador. Encontrar a ese tipo de escoria es una especie de talento. Es una pena que haya perdido mis espadas, pero prefiero que se las quede Azazel antes que arriesgarme a sacárselas. Ya conseguiré unas mañana.

--Mañana por la noche volveremos a reunimos --dijo Rambam--. Aún hay mucho que discutir, asuntos de una importancia suprema... cuestiones de vida o muerte.

Elisha no pudo dejar de notar que, al decir estas últimas palabras, la mirada de Rambam se encontró con la de Madeleine Giovanni.

La mujer asintió como respuesta.

## \_\_\_\_\_ 2 \_\_\_\_\_

### ***Newark, Nueva Jersey: 1 de abril de 1994***

--El mayor enemigo al que se enfrenta el Sabbat --dijo Alicia Varney--, procede de su propio seno. Es su propia actitud hacia la

humanidad. Por eso la secta nunca logrará el poder total.

--¿Eh? --dijo Roland Jackson, su ayudante, su guardaespaldas ocasional y su audiencia permanente--. ¿Le importaría explicarse más claramente? Por lo que he visto hasta ahora de esos personajes, parecen valerse perfectamente por sí mismos.

Se encontraban en la Autopista 7 de camino hacia el aeropuerto de Newark. Jackson conducía. Iba solo en la parte delantera, aunque en el asiento contiguo descansaba una pistola del .357 Magnum, totalmente cargada y con el seguro quitado.

En el asiento tras el del pasajero se sentaba Alicia. Sostenía una escopeta de cañones recortados del 12 con alimentación automática que disparaba grandes cargas explosivas. Ni ella ni Jackson esperaban problemas, pero en caso de que surgieran estaban preparados para hacerles frente de inmediato.

Los tiroteos entre coches llenos de pandilleros rivales eran comunes en la zona de Newark. La mortandad en este tipo de enfrentamientos era tan alta que se había convertido en la principal causa de muerte en la autopista, superando a las colisiones múltiples. En inferioridad numérica y armamentística, la policía no solía patrullar las carreteras con sus vehículos. Cuando surgía una emergencia importante acudía con transportes blindados o helicópteros de la Guardia Nacional. Había una guerra en las calles, y las autoridades no podían hacer nada por detenerla.

Alicia reaccionaba frente a la desaparición de la ley y el orden del mismo modo que con cualquier otro problema. Aceptaba la situación tal y como se presentaba, asumía lo peor y se preparaba para ello. El coche que conducía Jackson era uno de los muchos propiedad de Industrias Varney, y estaba construido con un polímero ligero y casi indestructible empleado en las naves espaciales. Un proyectil de Bazooka apenas arañaría la pintura.

En el interior, el vehículo albergaba todo un arsenal y munición capaz de mantener en marcha una guerra en varias naciones de Centroamérica. Jackson prefería el revólver Magnum, pero como ex-Boina Verde está entrenado en el uso de cualquier artefacto destructivo.

A Alicia le gustaba el tacto de la escopeta. Cuando disparaba a alguien lo hacía para que no se volviera a levantar. Con el cañón recortado la precisión no era muy alta, y para lograr resultados había que disparar a muy corta distancia, que era exactamente como a ella le gustaba pelear.

No parecía muy probable que una guerra de bandas estallara en la autopista a las once de la mañana, pero no dejaba nada al azar. Esperaba lo inesperado, por lo que nadie podía sorprenderla.

–A los miembros del Sabbat les gusta creerse los señores de la creación --declaró--. Ven a los humanos como a ganado, no como a seres inteligentes y racionales. El camino más rápido hacia el desastre es subestimar a tus adversarios.

–Qué me va a decir --dijo Jackson con una risa desagradable--. Serví con nuestras fuerzas en Vietnam, ¿recuerda?

–Muchos de los vampiros del Sabbat poseen poderes increíbles --dijo Alicia--, pero tienen muchas cosas en contra. La fuerza bruta es inútil cuando te enfrentas a alguien que te supera en diez mil a uno. Los humanos pueden ser muy peligrosos cuando se les provoca. La negativa de los Cainitas a aceptar la realidad les hace vulnerables. --Sonrió--. Hoy, por ejemplo, pienso explotar esa debilidad particular dejando el país.

–Me preguntaba sobre ello --respondió Jackson mientras tomaba la salida que indicaba *Aeropuerto*. La terminal se encontraba en el centro de dos círculos concéntricos diseñados sin pensar en la seguridad del tráfico. Para recorrerlos era necesario tener nervios de acero--. Considerando lo ansiosa que está Melinda por dar con usted, supongo que habrá situado agentes en todos los puntos principales de salida.

–Estoy convencida de que ha hecho exactamente eso --dijo Alicia--. Sin embargo, durante el día sus fuerzas menguan. Las tropas de la regente con el sol en el cielo son mínimas. ¿Recuerdas lo que te dije después de rescatarte de ellos? El Sabbat, al contrario que la Camarilla, no emplea muchos ghouls. Para ellos, eso sería como si los mortales emplearan animales de granja como agentes. Siguiendo el mismo razonamiento, el culto tampoco se ha infiltrado en el gobierno, la policía o los medios de comunicación hasta el punto en el que lo han hecho sus rivales, de modo que Melinda no puede manipular a estas organizaciones tan poderosas en su caza. No hay duda de que en la terminal habrá varios de sus agentes, ya que hasta el Sabbat tiene recursos mortales. Utiliza camellos, bandas proscritas y policías corruptos cuando son necesarios, y estoy segura de que habrá ghouls en los tres principales aeropuertos metropolitanos. También vigilarán las estaciones de tren y de autobús, pero no será un problema encargarse de ellos.

–¿Las llamadas que hizo ayer por la tarde? --preguntó Jackson

mientras entraba en un estacionamiento de larga duración en el exterior de la terminal internacional y aparcaba el coche.

Alicia asintió mientras abría la puerta.

–Digamos que me gusta emplear todos los recursos disponibles, Señor Jackson. Melinda sabe que controlo Empresas Varney, pero no conoce mis vinculaciones con el crimen organizado. Tampoco sabe hasta dónde llega mi influencia. Va a aprenderlo por las duras...

Se dirigieron hacia la planta de salidas con Jackson a la cabeza. Asumiendo que entre las manadas del Sabbat de la región circulaban fotos suyas, los dos habían hecho ligeros retoques en su aspecto. Siguiendo la teoría que decía que el mejor disfraz era llamar la atención, ella se había teñido con un brillante tono platino. Vestía un traje de color plateado y brillante y caminaba sobre tacones de doce centímetros, atrayendo las miradas de todos los ocupantes de la terminal. Sin embargo, nadie reparaba en su parecido con Alicia Varney, la magnate de los negocios desaparecida.

Jackson se había afeitado la cabeza y vestía unos amplios pantalones *hip hop* y una camisa a juego. Alrededor del cuello llevaba una cadena de plata con una gran cruz de Malta. Alicia le había pedido que vistiera de rosa y púrpura, pero tras ver la expresión de su cara lo había dejado pasar. Con unas gafas oscuras y un permanente gesto preocupado, Jackson recordaba a una madura estrella del rock.

–Nuestro vuelo parte en menos de una hora y veinte minutos –le dijo a Alicia tras comprobar el panel–. He facturado nuestro equipaje y he confirmado los asientos por teléfono. Es increíble cómo coopera el personal de las líneas aéreas cuando sabe que tienes montones de dinero.

–La riqueza es poder, Jackson –dijo Alicia con tranquilidad–. No dejes que nadie te haga pensar lo contrario. El dinero lo cambia todo. –Se detuvo unos instantes–. ¿Ya has visto alguna cara familiar?

Las arrugas del rostro de su ayudante se profundizaron.

–Creía que las gafas me emborronaban la vista. Por el tono de su voz asumo que veo perfectamente. Tengo la sensación de estar en una convención del Sindicato. Este lugar está hasta arriba de matones del Sur y del Medio Oeste.

–La magia de los transportes modernos –dijo Alicia aparentemente satisfecha–. Casi todos estos hombres y mujeres no saben nada sobre vampiros. Ignoran la guerra que se libra entre la Camarilla y el Sabbat. No son más que ganado, peones sin importancia en el gran esquema de las cosas.

Jackson rió entre dientes, comprendiendo al fin dónde quería ir Alicia.

–Son peones armados con todo un arsenal moderno.

–Una interesante observación –dijo Alicia–. Vayamos arriba, a la cafetería de la segunda planta. Dentro de unos minutos las cosas van a ponerse interesantes, y no quiero perderme nada.

Alicia insistió en pedir champaña, el mejor disponible. Pagó en efectivo. Jackson, de paladar menos refinado, prefirió una cerveza y unos aperitivos salados. Su mesa en el vestíbulo superior les permitía contemplar toda la terminal. Era una vista impresionante.

–He contado veintidós caballeros y seis damas que, creo, podríamos decir que sienten simpatías hacia Empresas Varney –dijo Jackson bebiendo su *Michelob* directamente de la botella–. A juzgar por el equipaje que llevan, parece que alguien bien informado les advirtió de que los ghouls pueden soportar un gran castigo antes de rendirse.

–Fui bastante clara en ese punto –dijo Alicia–. La expresión *tierra quemada* surgió varias veces a lo largo de mis conversaciones con los jefes del Sindicato. Probablemente todos crean que soy una loca sanguinaria –añadió sonriendo–. Me da igual. Nunca molesta que los subordinados consideren que su jefa es una puta loca, brutal y despiadada.

Dio un sorbo a su champaña.

»Fue mucho más fácil encargarse de la Sociedad de Leopoldo, ya que no hizo falta ser tan tímida. Ellos mismos se animaban. Se pusieron de lo más contentos cuando empecé a darles nombres y lugares.

Jackson sacudió la cabeza.

–¿Ha hecho un trato con la Inquisición? ¿Con la puta Inquisición?

–Les dije que se trataba de una pequeña ofrenda anónima de una creyente descarriada que había visto al fin la luz –respondió Alicia con expresión de angelical inocencia–. Les proporcioné los verdaderos nombres y refugios de unos cuantos vampiros menores que sirven a la regente en la zona de Wall Street. –Alicia dio otro sorbo a su bebida.

»Lo más complicado fue dar con gente que pudiera distinguir a un ghoul entre la multitud, pero lo conseguí. Reunir la potencia de fuego necesaria fue sencillo. Los negocios están algo flojos últimamente y todo el mundo necesita trabajo.

Un capa de hielo cubrió la visión de Alicia mientras su voz se hacía gélida.



»Hay que enseñarle a Melinda que Manhattan no es Méjico D.F. El Sabbath no tiene un control tan fuerte sobre los suburbios como a ella le gusta creer. Esta demostración será un pequeño golpe a su confianza.

–¿Cuándo se espera que comience la diversión? –preguntó Jackson.

Alicia miró su reloj.

–La guerra empieza... ya. Observa.

El rugido de los disparos casi ahogó la última palabra.

La guerra de bandas llegó hasta el aeropuerto de Newark de forma espectacular. Cuando el reloj sobre la terminal anunciaba el mediodía (Jackson suponía que se trataba de un toque de humor de Alicia), más de veinte asesinos del Sindicato sacaron de sus bolsas una increíble variedad de pistolas, subfusiles y escopetas. Inmediatamente rodearon a siete objetivos determinados repartidos por toda la terminal y abrieron fuego.

Las víctimas incluían a un mecánico, una encargada de facturación, dos vagabundos e incluso una monja con el hábito encima. Lo único que relacionaba a todas las víctimas era una cierta extrañeza en sus rasgos, una mirada poco natural, casi bestial, que se hacía más evidente cuando las ropas que llevaban eran destrozadas por la lluvia de balas.

Las alarmas y sirenas saltaron por todo el aeropuerto, pero los asesinos las ignoraban, poniendo toda su atención en sus objetivos. Sorprendentemente, aunque dos de las víctimas cayeron, aún había cinco que se mantenían en pie. Tres de ellos tenían armas propias y estaban devolviendo el fuego. La monja sujetaba a un hombretón del cuello y lo estaba estrangulando. El mecánico había dejado inconscientes a golpes a dos de sus atacantes, y empleándolos como escudo se dirigía hacia la salida.

–La sangre Cainita proporciona a los humanos una fuerza y una resistencia extraordinarias, Jackson –dijo Alicia con tono casual mientras terminaba la champaña–. Sin embargo, no concede la inmortalidad.

Como respuesta a estas palabras, media decena de hombres surgieron de detrás de las cabinas telefónicas junto a la entrada de la terminal. Los ojos de Jackson se abrieron atónitos cuando vio los depósitos de combustible que llevaban atados a la espalda y las boquillas que sostenían en las manos.

–Lanzallamas –declaró sacudiendo la cabeza asombrado

mientras una muralla de fuego se tragaba al mecánico y a sus dos prisioneros. En operaciones como aquella no había tiempo para misiones de rescate... ni para la misericordia. El olor de la carne chamuscada inundó el lugar—. ¿Cuánto ha costado esta operación?

—Contando los equipos similares apostados en todos los aeropuertos y estaciones de tren y autobús, digamos que unos veinte millones de dólares —respondió Alicia mientras trataba de que le sirvieran más champaña. El camarero, como todos los demás clientes, parecía hipnotizado por el holocausto que se desarrollaba en el vestíbulo—. El servicio de este lugar es mediocre. Recuérdate que no deje propina.

—¿Veinte millones de dólares? —repitió Jackson mientras la monja se convertía en cenizas ante los inmisericordes lanzallamas. Fue el último de los ghouls en morir. Siete montones de huesos ennegrecidos marcaban el lugar donde había caído cada uno de ellos—. Ha sido una lección cara.

Reuniendo a los heridos y abandonando a los muertos, los asesinos del Sindicato desaparecieron por las puertas principales del aeropuerto. El reloj que colgaba del techo señalaba las doce y cinco. Los primeros policías llegaron al lugar diez minutos después.

—Ha valido cada penique —respondió Alicia—, aunque dudo que tenga mucho efecto en la jerarquía del Sabbat. Nunca aprenden. Sin embargo, Melinda recibirá el mensaje. Ella es la que importa. —Dio un cachete amable a Jackson en la mejilla—. Nuestro balance de resultados no se verá afectado. El mensaje circula por las calles. Mañana, las prostitutas de todo el país aumentarán en dos pavos sus tarifas, la protección será un dólar más cara y los préstamos aumentarán otro uno por ciento. Considéralo una tasa educativa —dijo riendo—. Lo mejor de las actividades ilegales es que se pueden ajustar todas las variables en cualquier momento. —Apartando su silla de la mesa, se puso en pie—. Más vale que nos movamos. No quiero llegar tarde a nuestro vuelo.

—¿Cree que las autoridades van a permitir despegar algún avión después de esta carnicería? —preguntó Jackson.

—Por supuesto —respondió Alicia con rostro sorprendido e inocente. Frunció el ceño, pero su mirada era divertida—. ¿Y por qué no iban a dejar? Evidentemente, lo que hemos presenciado no tiene nada que ver con las operaciones en este aeropuerto. Sospecho que se trataba del comienzo de una gran guerra de bandas entre familias rivales de la Costa Este. Probablemente tuviera algo que ver con el

control del mercado de la droga. Según los periódicos, con esas cosas se gana una fortuna. De hecho, me inclino a pensar que escenas como ésta se habrán producido esta misma mañana por toda el área metropolitana.

Jackson contuvo el aliento.

–No me extrañaría que los pocos cuerpos que la policía pueda identificar resulten ser conocidos hampones.

Alicia asintió.

–Apostaría por ello, señor Jackson. Es terrible lo que estos jefes mafiosos pueden hacer por dinero. Son unos avariciosos hijos de puta.

–He oído una extraña teoría –dijo Jackson–, según la cual ciertos miembros del FBI creen que una sola mente criminal controla todas las grandes operaciones del Sindicato en el país. Esta nueva guerra de bandas debería acallar esos rumores durante un tiempo.

–Eso espero –dijo Alicia mientras salían del bar–. ¿Quién puede ser tan ingenuo como para creer que un solo hombre puede ser tan poderoso?

–¿Un hombre? –preguntó Jackson mientras bajaban por la rampa hacia las puertas de embarque–. ¿Quién ha hablado de un *hombre*? Casi todas estas teorías, basadas en informes sin confirmar de diferentes soplones, sospechan que es una mujer la que se encuentra detrás de este imperio criminal.

–Qué intrigante –dijo Alicia con una sonrisa–. Un señor del crimen con faldas...

–O un traje plateado –respondió Jackson tranquilamente.

Los dos rieron.

–Por cierto –señaló Jackson mientras se acercaban a su puerta–, ¿por qué volamos a Francia?

–La reunión se fijó hace una semana –dijo Alicia–. Tengo una cita con un amigo en un café cerca del Teatro de la Ópera. Es nuestro lugar favorito, y no quiero llegar tarde.

### \_\_\_\_\_ 3 \_\_\_\_\_

#### ***Sicilia: 1 de abril de 1994***

Dos vampiros se encontraban firmes frente a Don Caravelli, Capo de Capi de la Mafia, esperando a que éste hablara. Llevaban así,

inmóviles y silenciosos, los últimos treinta minutos. Con los ojos cerrados, el Jefe de Jefes aún no había dicho palabra alguna a ninguno de los dos Cainitas. A Don Caravelli le gustaba mantener a sus subordinados en suspense. Ponerlos al límite. Los prefería nerviosos, ya que en ese estado eran más fáciles de manipular.

Don Torazon era bajo y achaparrado, con hombros amplios, pelo oscuro y piel morena. Su rostro plano y vulgar ocultaba una mente maquinadora. Antes de convertirse en vampiro había sido dueño de uno de los principales bancos de Italia, y le gustaba decirle a sus socios que había sido un chupasangres mucho antes de convertirse en vampiro. Tenía un cínico sentido del humor.

A su derecha estaba Don Brusca, un inmenso Vástago de casi dos metros diez que debía pesar unos ciento cuarenta kilos. Exudaba una sensación de fuerza bruta. Tenía los pómulos muy marcados, nariz prominente y una gran frente que hacía que su rostro pareciera tallado en granito. El corte de su caro traje no ocultaba los grandes músculos de su pecho y sus brazos. Antes del Abrazo, Don Brusca había sido un asesino de alquiler, y ahora que se encontraba entre los Condenados había seguido con su vocación.

Los dos gángsteres eran Cainitas extremadamente peligrosos, tenían puntos fuertes y débiles y servían bien a Don Caravelli. Sin embargo, en la Mafia había veces en las que el servicio no bastaba.

La pared tras el Capo de Capi daba a los dos vampiros algo que contemplar mientras esperaban. Estaba cubierta por una increíble variedad de armas de filo, desde espadas, cuchillos, hachas, lanzas y picas hasta hoces y guadañas. Era una colección formidable, una de las mejores del mundo en el campo de la destrucción. Don Caravelli sabía que entre sus hombres circulaba el rumor de que había empleado muchas de aquellas armas en su violento ascenso hasta el liderazgo de la organización. Otros aseguraban que era el mejor espadachín del mundo, un luchador sin compasión ni misericordia. Todos esos rumores eran ciertos, y algunos los había difundido él mismo. Habría otros que gobernarán mediante la astucia y la política, pero él mantenía el control absoluto de los suyos gracias al terror.

—En poco más de una semana abandonaré esta ciudadela por primera vez en varios años para atender a un Cónclave de los Vástagos —declaró, decidiendo finalmente que la presión había alcanzado el punto deseado. Su voz era suave y tranquila, carente de toda emoción. Quería que los dos se relajaran, pero no demasiado—. Los más poderosos príncipes de Europa planean estar allí. Yo acudiré

como líder de la Mafia y antiguo del clan Brujah. Como los dos bien sabéis, el viaje no está exento de riesgos.

Abrió los ojos y dejó vagar la mirada entre sus lugartenientes.

»Estas reuniones las dirigen los Justicar de la Camarilla y sus arcontes, y la violencia entre los clanes está estrictamente prohibida. Sin embargo, las venganzas personales no están sujetas a estas reglas. En ocasiones se emplean los Cónclaves como terreno neutral en el que solventar duelos de sangre, y como sabéis, desde hace un siglo estoy involucrado en uno de estos conflictos. –Se detuvo, dejando que sus palabras fueran adecuadamente asimiladas. Tras él, aquellos dos vampiros eran los jefes más poderosos de la Mafia. Eran inteligentes, feroces y muy, muy decididos. Si él fuera destruido, uno de los dos asumiría el control de la organización–. Durante décadas Madeleine Giovanni, del clan Giovanni, ha tratado de destruirme para vengar la muerte a mis manos de su padre. Es implacable y despiadada, y está totalmente obsesionada con esta meta. Nunca tendré paz hasta que haya sido aniquilada.

Don Caravelli sonrió. Sus dos ayudantes, que no estaban seguros de dónde quería llegar, asintieron y también sonrieron.

»He descubierto por medio de diversos canales que la Daga de los Giovanni estará presente en ese Cónclave. El destino ha permitido por fin que esa zorra llegue hasta mí, y tengo la firme intención de que encuentre la Muerte Definitiva en la reunión, preferiblemente por mi mano. –Don Caravelli rió, inundando la estancia–. Destruirla será un placer que llevo décadas esperando. Espero que su muerte sea extremadamente lenta y dolorosa. La venganza es mucho más dulce si se saborea con pausa.

No vio motivo alguno para mencionar su trato con Elaine de Calinot, del clan Tremere, que le había prometido la cabeza de Madeleine a cambio de que él matara al detective mortal, Dire McCann. El Don no era ningún idiota. Estaba seguro de que podía derrotar a la Daga de los Giovanni en combate, pero era consciente de que el menor error en una batalla así podría representar su fin. Hacía muy poco Don Lazzari, su ayudante más competente, había subestimado la habilidad de Madeleine y había pagado el precio... de forma eterna.

A Don Caravelli le parecía mucho más seguro matar a un humano, por muy poderoso que fuera como mago, que enfrentarse a su Némesis. No le resultaba extraño que Elaine de Calinot prefiriera encargarse de Madeleine a vérselas con McCann, asumiendo que se

debería a un problema de magias en conflicto. Le daba igual. Se había cerrado el trato y él y la Tremere eran aliados, al menos hasta que se produjeran las muertes.

Se puso en pie.

–Es posible –declaró solemne–, aunque poco probable, que no sobreviva al encuentro. En ese caso es bien conocido que, tras la eliminación de Don Lazzari, uno de vosotros dos ascendería a la posición de Capo de Capi de nuestra hermandad. –Su voz había perdido cualquier humor. Era el momento de ofrecer el regalo definitivo–. ¿Serías tú, Don Torazon, o tú, Don Brusca?

Ninguno de los dos dijo una sola palabra, ya que no parecían seguros de lo que se esperaba de ellos. Eran hombres precavidos y astutos que se guardaban cuidadosamente sus ideas. Hablar en el momento equivocado era peligroso, y ninguno de los dos estaba dispuesto a sufrir riesgos innecesarios.

Ambos llevaban más de dos siglos perteneciendo a la Mafia, por lo que habían sido Abrazados en los tumultuosos tiempos anteriores a la Primera Guerra Mundial. Don Torazon era el más taimado, y estaba especializado en la extorsión y el chantaje. Don Brusca, que a menudo tenía dificultades para controlar la Bestia Interior, se encargaba de los asesinatos. Los dos poseían las habilidades necesarias para dirigir la organización, y en secreto manipulaban su entorno para que llegara esta oportunidad, reclutando a los miembros menos poderosos de la hermandad para su causa. Ninguno de los dos era tan estúpido como para reclamar abiertamente la posición de Capo. Don Caravelli gobernaba con puño de hierro.

–¿Y bien? –preguntó el Capo de Capi más alto–. ¿Quién sería? ¿Quién sería mi sucesor?

–Y-yo soy su hombre, Don Caravelli –dijo Don Brusca, sorprendiendo al jefe de la Mafia. Estaba convencido de que sería Don Torazon, el banquero, el que hablara en primer lugar.

–No –respondió éste inmediatamente, observando disgustado a su mayor rival–. Mi nombre es respetado en toda Europa. Yo merezco gobernar.

–Mi nombre –respondió Don Brusca volviéndose hacia su compañero– es susurrado con *miedo* en todo el continente. El respeto no significa nada sin el miedo.

–Tú... –dijo Don Torazon con los labios torciéndose en una sonrisa burlona– eres un animal y un loco. No puedes controlar a la Bestia. Bajo tu gobierno, la Mafia se derrumbaría como el cascarón del

ganado vacío.

Don Brusca sonrió, revelando los colmillos. Sus manos se convirtieron en garras.

–Tu sangre es mía –declaró con una máscara de odio.

Don Torazon rió. Aunque era treinta centímetros más bajo, no parecía preocupado. Se volvió hacia Don Caravelli.

–¿Mi Capo?

–Dos rivales por el liderazgo de la Mafia romperían nuestra hermandad –dijo éste alejándose de su escritorio–. Antes de partir hacia el Cónclave debo tener un sucesor claro. El poder da el derecho. El que sobreviva será mi elección.

Aullando sediento de sangre, Don Brusca saltó hacia Don Torazon, pero sus manos se encontraron con el aire vacío. El otro vampiro, moviéndose a una velocidad sobrenatural hasta para los Vástagos, se encontraba en la espalda de su rival. Sus manos volaron hacia el cuello de Don Brusca y comenzaron a apretar con una fuerza monstruosa.

El más alto gritó ante el inesperado dolor. Inmediatamente cayó al suelo y giró, arrastrando a su enemigo. Don Torazon tenía la ventaja de la velocidad, pero el otro conocía todos los trucos de la lucha callejera. Rodaron por el suelo de una esquina a otra atacando y cortando, tratando de hacerse pedazos mutuamente. Las disciplinas vampíricas no significaban nada. Los dos estaban igualados tanto en poder defensivo como ofensivo. Se enfrentaban la fuerza bruta de Don Brusca contra la astucia y la velocidad de Don Torazon.

Don Caravelli observaba con el interés casual de un espectador en una carrera de caballos. El ganador se llevaría el premio definitivo, y el Capo no tenía ningún favorito.

Gruñendo como un animal salvaje, Don Brusca logró ponerse en pie. A su espalda, con las manos aún aferradas alrededor del cuello, estaba su enemigo. Las piernas del Vástago menor rodeaban la cintura de su rival, asegurando la posición. Si conseguía partirle la columna a Don Brusca la lucha habría terminado.

Éste aferró un dedo de cada una de las manos de Don Torazon, y con un fuerte tirón se deshizo de la presa. Intentó arrancar brutalmente los dedos de su enemigo, pero éste se retiró a tiempo.

Ágilmente, el vampiro menor cayó al suelo y aferró los tobillos de Don Brusca, tirando con toda su fuerza y logrando que su oponente se tambaleara. Sin pausa, Don Torazon se lanzó hacia arriba, golpeando con su cabeza los riñones de Don Brusca. Desequilibrado, el enorme

vampiro se estrelló contra la chimenea de obra con un impacto demoledor. El gigante no se movía, y de su garganta surgían ruidos ininteligibles.

Don Caravelli estaba impresionado. Nunca había sospechado que Don Torazon poseyera una habilidad así para el combate. Asesinar a un mortal era fácil, pero no tanto destruir a un Vástago.

Con una expresión decidida, Don Torazon se acercó para rematar el trabajo. Don Brusca se giró con una mirada salvaje. Tenía la nariz rota, aplastada contra la cara. La mandíbula no se encontraba en un ángulo correcto y de la mejilla izquierda le surgía un trozo de hueso. Los extraños sonidos provenían de su laringe aplastada. No importaba. Lo que contaba eran los pesados ladrillos que tenía en cada mano, arrancados de la chimenea.

Trazó dos cortos arcos mortales con los brazos directamente hacia la cabeza de Don Torazon. Éste, incapaz de cambiar de dirección, trató desesperado de agacharse para evitar el ataque, pero solo lo logró en parte. El hombro izquierdo absorbió uno de los golpes, pero el otro le golpeó la sien derecha con una fuerza demoledora. Aullando de dolor, se derrumbó a los pies de Don Brusca.

Moviendo la cabeza arriba y abajo como la de una muñeca, el gigante se arrodilló (más bien se derrumbó) frente a su enemigo. Profiriendo ruidos guturales levantó los ladrillos una vez más, exponiendo un breve instante el cuello. Don Torazon no necesitaba más tiempo. Sacó a cegadora velocidad un cuchillo de filo serrado de su chaqueta y atacó con la fuerza que le quedaba.

–¡Muere, hijo de puta! –gritó mientras realizaba un movimiento cortante hacia la garganta. La hoja, forjada con el mejor acero del mundo, cortó fácilmente carne y hueso. No había salvación: Don Torazon tenía la fuerza de diez hombres. Como una fruta podrida, la cabeza de Don Brusca cayó de su cuerpo. Los ojos del gigante aún estaban torcidos en una expresión de asombro y horror cuando su cara se estrelló contra el suelo.

Con una maldición, Don Torazon apartó a un lado el cadáver de su rival. Después se puso en pie tembloroso. Había perdido la oreja derecha y gran parte de su cráneo se había convertido en pulpa, pero eso no le preocupaba ahora. El tiempo y la sangre humana restañaban esas heridas. Había sobrevivido y Don Brusca descansaba en el infierno.

–Una lucha espléndida –dijo Don Caravelli. El Capo de Capi sonreía con un enorme hacha de batalla de la pared posterior en sus



manos--. Tomé la decisión correcta. Dejarte atrás en la fortaleza conspirando contra mí mientras yo estaba en el Cónclave hubiera sido un terrible error.

Las manos de Don Torazon aún estaban levantándose para protestar cuando el hacha le separó la cabeza de los hombros.

--No confíes en nadie --dijo Don Caravelli dirigiéndose a los cadáveres decapitados de sus dos consejeros más peligrosos--. Cuidaos especialmente de aquellos que podrían clavaros un cuchillo en la espalda. --Rió mientras limpiaba la hoja del arma y la devolvía a su lugar en el expositor--. Sois tan idiotas que creísteis que me preocupaba quién me sucediera como líder de esta hermandad. La Mafia no me importa nada. Mi única preocupación es asegurarme que en mi ausencia no surjan rivales potenciales.

Se dirigió hacia el cuerpo sin cabeza de Don Torazon, propinándole una brutal patada en el costado. Despreciaba la estupidez.

»Un líder fuerte permanece en el poder destruyendo a cualquier posible rival antes de que se haga demasiado ambicioso. Es una filosofía sabia que me ha servido muy bien a lo largo de los siglos.

Los dos cadáveres que se disolvían a sus pies eran el mudo testimonio de la verdad de sus palabras.

#### \_\_\_\_\_ 4 \_\_\_\_\_

### ***Viena, Austria: 1 de abril de 1994***

Etrius soñaba...

Se encontraba en una enorme caverna, rodeado por sus compañeros. A su espalda se extendía un túnel largo y oscuro que conducía hacia el mundo exterior. A su derecha, a decenas de metros, descansaba un inmenso sarcófago de piedra, el motivo de su presencia en aquel lugar.

Una hora antes habían localizado por fin la puerta oculta en la cara del acantilado que permitía el paso a la cámara interior. Para su sorpresa, solo estaba custodiada por una gran criatura rocosa, un inmenso gólem que se movía sin gracia ni velocidad. Destruirlo había sido fácil, pero abrir la inmensa puerta de piedra que giraba hacia fuera había sido otro cantar. Sin embargo lo habían logrado, y ahora

descendían en fila india por el pasadizo inclinado que les llevaría hasta la cámara. Todos guardaban silencio. Aquella noche Tremere obtendría el poder definitivo... si tenía la fuerza y el coraje para hacerse con él.

Etrius era el único miembro del círculo interior que aún albergaba algunas dudas. Aunque los magos de la Orden de Tremere llevaban más de un siglo convertidos en vampiros, aún sospechaba que había secretos sobre los no-muertos que desconocían. Sus compañeros no sentían estos miedos. Sus investigaciones sobre las leyendas Cainitas les habían convencido de que el único modo de lograr el reconocimiento apropiado de los demás clanes vampíricos era que su líder se convirtiera en un miembro de la Tercera Generación. Eso significaba que Tremere tenía que localizar a uno de los fabulosos Antediluvianos y beber su sangre, obteniendo así sus poderes. Ese era el objetivo de aquella expedición.

Una década de búsqueda les había permitido dar con el lugar de reposo de cuatro antiguos vampiros en letargo. Por algún motivo que Etrius era incapaz de recordar habían decidido atacar a Saulot, el fundador del misterioso clan conocido como Salubri. Fueran cuales fueran las razones, habían sido correctas. Se encontraban en la cripta del monstruo y su sarcófago les esperaba.

—Abrid la tapa del féretro —ordenó una voz desde la oscuridad. La cámara estaba inundada por poderosas y antiguas magias. Ningún hechizo o cántico funcionaría allí, así que para abrir la tumba necesitarían la fuerza bruta—. Si lo hacéis juntos lo conseguiréis.

Etrius no podía identificar al hombre que hablaba, pero de algún modo no parecía importar. Ahora que estaban en el interior de la cripta ya no había vuelta atrás. Todas sus dudas se desvanecieron durante el descenso hacia las entrañas de la tierra, y ya no cuestionaba la sabiduría de sus actos. Había que hacer lo que había que hacer. Era necesario destruir a Saulot para que Tremere asumiera el lugar que le correspondía por derecho entre los líderes de los trece clanes Cainitas.

—Esta maldita cosa pesa más que los pilares de Hércules —declaró Goratrix mientras se inclinaba y empujaba—. Debe pesar más que diez bueyes.

—Probablemente esté fija en su lugar gracias al poder de Saulot —opinó Meerlinda, la única mujer del grupo. Estaba empujando la tapa con toda su fuerza—. Nada puede pesar tanto.

—Empujad —ordenó la voz desde la oscuridad mientras todos

obedecían--. El alba se aproxima. Empujad.

--En el nombre de todos los demonios del infierno... ¿Cómo mueve Saulot esta losa? --preguntó Abetorius--. No veo goznes, por lo que se mantiene solo por su peso. Él tendría que levantarla desde el interior del sarcófago.

Se trataba de una idea aterradora que debería haberles hecho desistir, pero no fue así. Una implacable urgencia por terminar el trabajo se apoderaba de todos ellos. No había lugar en su mente para hacerse preguntas. Gruñendo, maldiciendo y protestando, los siete miembros del consejo interior siguieron luchando contra la losa.

Por fin, con un chirrido de protesta, la roca comenzó a moverse.

--Más fuerte --ordenó la voz desde las sombras--. Empujad más fuerte.

Etrius obedeció. No tenía elección. Su mente estaba ocupada únicamente por aquella losa. Abrir el sarcófago era lo más importante del mundo. Aquel trabajo le consumía, le llenaba con un frenesí que no podía negar. Empujó como un poseso... o como un vampiro Vinculado con Sangre y obligado a obedecer los dictados de su maestro.

Palmo a palmo, la piedra implacable se deslizaba sobre la parte superior de la tumba, revelando poco a poco su interior. Una figura solitaria, vestida con una capa negra y plateada, reposaba tranquilamente. Se trataba de Saulot, el Antediluviano, fundador del clan Salubri.

Con un estruendo que sacudió toda la estancia, la losa cayó al suelo. El sarcófago estaba abierto. Ansiosos, los siete miembros del círculo interior se reunieron a su alrededor para observar al vampiro dormido.

Era un hombre alto y distinguido que parecía totalmente en paz. No había señal alguna de que sintiera su presencia. Tenía los brazos doblados sobre el pecho y los dedos estaban entrelazados en su plácido reposo. Etrius no recordaba haber visto nunca a un Vástago con una expresión tan relajada, o en una armonía tan absoluta con su entorno.

--Destruirlo --susurró la voz desde la oscuridad, como si estuviera afectada por la presencia del Antediluviano--. Bebed su sangre antes de que despierte.

Tremere apartó a los miembros del consejo y se acercó con manos temblorosas.

--Mi destino aguarda --declaró con una sed de sangre en la

mirada que no trataba de disimular. Etrius notó inconscientemente que su voz no era la de siempre, pero eso no parecía importante.

Con cuidado, el jefe de la Orden puso sus manos alrededor de la cabeza y los hombros de Saulot. El Antediluviano no reaccionó cuando Tremere le incorporó. Etrius sentía el miedo recorrer su columna vertebral. A pesar de estar en letargo, Saulot debía haber sentido su presencia. Tendría que haber reaccionado, regresando a la conciencia... pero no lo había hecho. Era muy extraño.

Parecía evidente que no era el único en tener estas preocupaciones.

–Bebe –ordenó la voz desde la oscuridad–. Bebe.

Tremere obedeció. Extendió sus colmillos y mordió el cuello de Saulot, comenzando a chupar. El tiempo se detuvo mientras absorbía toda la vitae del antiguo, hasta no dejar ni una gota. Entonces, titubeante, casi cayendo al suelo, liberó el cascarón vacío y dejó que el cuerpo se derrumbara en el sarcófago.

–Quema –declaró con voz emocionada–. Su sangre arde en mi interior. Puedo sentir su poder, su increíble poder recorriendo mis venas como si fuera fuego.

Una aguda risa demoníaca inundó la caverna.

–¡Está hecho! –gritó alguien–. ¡Está hecho!

Etrius, aturdido, se apoyó en el borde del sarcófago. Tremere había tenido éxito en su búsqueda. Había diabolizado a un miembro de la Tercera Generación. El Antediluviano Saulot ya no existía, y en su lugar estaba él. El líder de la Orden prácticamente refulgía con su energía impía. Para Etrius, su maestro parecía de algún modo... mayor. Más peligroso. Diabólico.

Entonces observó el interior de la tumba y vio el rostro de Saulot.

Todavía no había comenzado la disolución. El fundador del clan Salubri aún conservaba su aspecto y parecía dormir pacíficamente en su tumba con expresión calmada. Sin embargo, sus labios estaban ahora torcidos en una ligera sonrisa sardónica. Además, en el centro de su frente, un tercer ojo, un tercer ojo *totalmente consciente*, se había abierto y observaba a los vampiros que rodeaban el sarcófago.

–¡El tercer ojo! –gritó Etrius señalando el rostro de Saulot–. ¡El ojo demoníaco!

El pánico recorrió las filas como un huracán. Inspirados por un temor irracional que no podían acallar, lucharon como posesos para volver a colocar la tapa de piedra sobre la tumba. El terror les dio la fuerza necesaria, y a los pocos minutos habían completado su tarea.

Sin embargo, no podían olvidar la sensación de que aquel monstruoso tercer ojo aún seguía vigilando cada uno de sus movimientos. Gritando con un terror implacable, huyeron por el túnel que les conduciría hacia la noche abierta de las montañas. Tras ellos se cerró la inmensa puerta de piedra, sellando eternamente el lugar de reposo de Saulot. Nueve de ellos habían entrado, y nueve salieron.

\* \* \*

Etrius despertó...

Temblando horrorizado se levantó de su ataúd. Sus manos y su rostro estaban cubiertos por un fino velo de sudor sangriento. A menudo soñaba con aquella terrible noche de hacía ocho siglos y medio, pero nunca antes con tanto detalle. Como ocurrió con la pesadilla de la transformación del consejo en vampiros, sabía que aquello era algo más que un simple recuerdo. Se trataba de un mensaje enviado por algún jugador desconocido en la eterna partida conocida como la Yihad.

No estaba seguro de que esos recuerdos fueran totalmente ciertos, ya que sospechaba que algunos elementos habían sido coloreados por el paso del tiempo. Sin embargo, no se podía negar el hecho de que eran nueve los vampiros que habían descendido hacia la tumba de Saulot. El consejo interno estaba formado por siete miembros, y el propio Tremere elevaba el total a ocho.

La voz en la sombra, la presencia invisible que habían aceptado sin cuestión, hacía el noveno. Había sido el cerebro que planeó, hasta cierto punto, lo que había sucedido en aquella cámara. Estaba seguro de que en la selección de Saulot como víctima de Tremere también había tenido algo que ver.

Por encima de todo, sabía que el susurro misterioso en la oscuridad era el del Conde St. Germain.

Maldiciendo, Etrius tocó la pesada llave de acero que colgaba de su cuello alrededor de un cordón negro. Servía para abrir el pasadizo que descendía a las cavernas bajo la Capilla, donde Tremere descansaba en letargo. Siempre la llevaba encima. Cada vez que se sentía nervioso la tocaba, buscando seguridad. Aquella noche necesitaba toda la seguridad necesaria.

Había soñado con aquel horrendo viaje a la cripta de Saulot muchos cientos de veces, pero sus pesadillas siempre habían sido vagas y confusas. Nunca antes había recordado el papel que St.

Germain tuvo en los siniestros acontecimientos. Aquél era otro ejemplo de cómo el misterioso Conde había manipulado y engañado al clan Tremere durante casi mil años, y de cómo había permanecido invisible y oculto de aquellos a los que empleaba como peones.

Etrius caminaba de un lado a otro en su sanctum. Como casi todos los Vástagos, no creía en las coincidencias. Aquellos sueños, que revelaban la traición de St. Germain, indicaban que importantes acontecimientos relacionados con el Conde estaban a punto de tener lugar... o que ya habían sucedido. No era una idea precisamente agradable.

Tremere, el Consejo Interior y todo el clan habían servido como piezas en la partida de St. Germain durante siglos. Etrius estallaba de rabia. Era tan orgulloso como cauto, y odiaba la idea de haber sido utilizado con tanta facilidad. Sin embargo, sabía que la venganza era mejor servirla fría. La ira agotaba valiosas energías. La lógica, no la emoción, sería lo que aseguraría el final del Conde.

Elaine de Calinot le creía. Era la única del Consejo Interior que comprendía la verdad, y los otros no eran más que estúpidos confiados. El plan de la hechicera era convencer a los antiguos de la Camarilla de que el terrorífico espectro conocido como la Muerte Roja era en realidad St. Germain, y que debía ser destruido. Estaba convencida de que la caza de sangre contra el Conde terminaría consiguiendo su destrucción. Etrius no estaba tan seguro.

Él había mandado por su cuenta a Peter Spizzo, un vampiro del que sabía que era tan ambicioso como incansable, a eliminar a St. Germain. Le había prometido un puesto en el Consejo Interno si conseguía cumplir con su misión, y Spizzo tenía talento para hacer real lo imposible. Nunca fallaba. Era el arma secreta de Etrius, un arma que Elaine desconocía.

El cazador ya había descubierto que St. Germain llevaba cientos de años buscando el *Apócrifo de los Condenados*. Se trataba de las fabulosas secciones perdidas de *El Libro de Nod*, los volúmenes que supuestamente contenían los mayores secretos de Caín, anotados por Seth, el primer ghoul. Aunque Spizzo temía que St. Germain ya hubiera localizado los fragmentos, Etrius no estaba tan seguro. Dudaba incluso de que aquellos libros existieran. Era un materialista testarudo, e incluso se había llegado a preguntar si el propio Caín no era más que una leyenda conveniente para explicar la existencia de los Vástagos.

Pensó en si tenía que informar a Spizzo de su sueño. Podría ser

significativo que St. Germain hubiera elegido a Saulot como víctima de Tremere. Quizá el Conde fuera un enemigo del Antediluviano, o puede que hubiera estado trabajando como agente para otro vampiro de la Tercera Generación que tratara de destruir a un rival. En la Yihad todo era posible.

Sin previo aviso, una insensibilidad sobrenatural se apoderó de su mente. Reconoció la sensación. Otra inteligencia estaba compartiendo sus pensamientos, viendo el mundo a través de sus ojos. En el pasado siempre había ignorado aquella sensación, creyendo que se trataba de la presencia de Tremere. De nuevo, ahora no estaba tan seguro.

Podía ser el Antediluviano. Hacía pocas noches, cuando hablaba de St. Germain con Peter Spizzo, había estado convencido de que el líder del clan estaba escuchando la conversación. Sin embargo, en el episodio anterior, poco después de su primer sueño sobre St. Germain, no lo había creído con tanta seguridad. Podía haber sido otro. Aquella noche se sentía igual. Podía ser Tremere el que compartiera sus pensamientos, aunque también podía tratarse de un vampiro totalmente distinto... con motivos más siniestros.

Con una terrible sensación de hundimiento, Etrius comprendió que no podía confiar en sus instintos.

Sus suposiciones podían ser ciertas... o no. No tenía modo de saberlo. Era posible que Tremere le estuviera espiando... o St. Germain. Era enloquecedor.

Con cautela, enfocó su mente hacia el enorme mapa del mundo que cubría uno de los muros de su sanctum. La mayor parte del planeta estaba dividida en siete territorios, cada uno controlado por un miembro del Consejo. Dejando que sus reflejos tomaran el control, comenzó mentalmente a revisar los países en sus dominios. Era un ejercicio que empleaba a menudo para relajarse y calmar sus pensamientos. Aquella noche pretendía otra cosa. A los pocos segundos, el espía mental se había marchado, pero Etrius seguía sin pista alguna sobre su identidad.

Fue entonces, con ese pensamiento en la mente, cuando comprendió que una vez más, en su sueño, no había conseguido ver claramente los rasgos del Conde St. Germain. El rostro de aquel misterioso vampiro no era más que un recuerdo vago, siempre oculto en la penumbra. Había permanecido tras el telón y nadie conocía su aspecto. Podía ser cualquiera entre mil vampiros. Podía ser un miembro respetable de la Camarilla. Aquella mente diabólica podía incluso ser un Justicar, o un líder del odiado Sabbat.

Aquello fue un sombrío recordatorio del peligro al que se enfrentaba. Estaba totalmente solo, como una mosca atrapada en una telaraña de traición que llevaba casi mil años tejiéndose. No podía confiar en nadie. Absolutamente nadie.

***París, Francia: 2 de abril de 1994***

–Nunca atribuyas al azar –declaró solemne Phantomas a una rata cercana–, lo que puede ser achacado a una conspiración en marcha.

El roedor contemplaba con ojos de incompreensión al Nosferatu, espantosamente feo y de piel verdosa. Phantomas rió, un chillido salvaje que rebotó en los muros de la inmensa caverna subterránea que le servía como cuartel general–. Pareces confundida, pequeña amiga. No desesperes. Esta noche estás en buena compañía. Muy buena compañía, de hecho. Algunos de los Vástagos más poderosos del mundo comparten tu incredulidad.

Riendo para sí mismo, el vampiro se acercó a su mesa, situada en el centro de una vasta red de avanzados sistemas informáticos. Se derrumbó sobre la silla y sacó un grueso taco de papeles del bolsillo de su túnica. Extendió cuidadosamente las siete cartas superiores sobre el escritorio. Con los ojos brillando con evidente alegría, volvió a leer los mensajes.

–Pobre Etrius –dijo sin demasiado pesar–. Ninguno de sus compañeros en el Consejo le cree. Casi todos piensan que está loco. Qué lástima. Carecen de la paranoia necesaria para ser verdaderos jugadores de la Yihad.

Encontraba fascinantes aquellas siete hojas. La primera era de hacía más de una semana, y era un fax enviado por Etrius a los otros seis miembros del Consejo Interior. Las demás páginas estaban fechadas en la noche siguiente, y contenían las respuestas al primer mensaje. El tema de toda aquella correspondencia era el Conde St. Germain y su papel en la fundación del clan. Ninguna de las seis respuestas parecía congraciarse con las preocupaciones del mago.

La más leve de ellas, de Elaine de Calinot, declaraba que estaba demasiado ocupada con sus asuntos en África como para escuchar



historias del pasado. El otro extremo lo representaba Meerlinda, líder del clan Tremere en América, que le recordaba a Etrius que ella había estado en los acontecimientos descritos y que estaba bastante segura (más allá de cualquier duda) de que St. Germain no había estado presente en la ceremonia de la transformación, ni había estado involucrado en modo alguno. Culpaba a Goratrix del desastre. A continuación sugería que Etrius había perdido el asidero con la realidad debido a su preocupación con la seguridad de Tremere, y que igual había llegado el momento de ceder su puesto a alguien más competente. No decía, aunque dejaba claramente implícito, que ella era la candidata más adecuada.

Aquella correspondencia era altamente secreta, y por supuesto no debía leerla nadie salvo los demás miembros del Consejo Interior. A Phantomas no le preocupaba. Había estado curioseando en los documentos confidenciales de todos los clanes Cainitas desde hacía siglos. Varios años atrás entrañaba muchos riesgos, ya que tenía que hipnotizar a escribas y espías para obtener la información. Recientemente, la era informática había hecho tales peligros innecesarios. Adoraba las líneas telefónicas de larga distancia, los faxes y el correo electrónico. Cada avance en la revolución de las comunicaciones hacía su trabajo más fácil y seguro.

Los mensajes que antaño se enviaban con mensajero y que tardaban días en llegar a su destino se enviaban ahora de modo rutinario por fax a través de la línea telefónica, o a través de una red informática. La intimidad estaba garantizada contra los lectores no autorizados, y los magos científicos que operaban los sistemas de comunicación estaban seguros de sus protecciones. Sin embargo, a los piratas informáticos no les preocupaban las garantías. Veían aquellos problemas como retos. Ningún secreto estaba a salvo de ellos y de sus avanzados ordenadores, y Phantomas era el rey de los bucaneros.

Un sistema informático increíblemente sofisticado de su invención monitorizaba las líneas telefónicas de los antiguos Cainitas por todo el mundo. Cada vez que un líder vampírico llamaba o enviaba un fax a otro número bajo su vigilancia, un programa de duplicado se ponía en marcha. El mensaje original era grabado como si se tratara de una conversación. Si se trataba de un fax, se copiaba electrónicamente para ser transferido más tarde a papel. Un sistema similar, capaz de romper la seguridad de cualquier red, se encargaba del correo electrónico.

Algunas noches solo había unos pocos mensajes entre los antiguos de los clanes. Otras la cosa estaba más animada. Phantomas había estado demasiado ocupado últimamente como para mantenerse al día con todas las comunicaciones. Aquella noche era la primera en más de dos semanas que se dedicaba a revisar conversaciones y faxes.

–Si Etrius no se ha vuelto loco –dijo a su audiencia roedora–, su denuncia de que esta figura clandestina, el Conde St. Germain, ha estado manipulando al clan Tremere levanta varios puntos interesantes. Alguien con una mente suspicaz, alguien acostumbrado a relacionar datos procedentes de decenas de fuentes distintas para alcanzar una conclusión, alguien que vea tramas y conspiraciones por todas partes, alguien *como yo*, podría considerar esta información como una importantísima revelación. –Rió y se frotó las manos grotescas terminadas en garras–. Sin embargo, antes de sacar demasiadas conclusiones, creo que se impone una breve consulta de mi enciclopedia de vampiros famosos. Veamos qué datos tenemos acerca del Conde en cuestión.

Tardó unos segundos en teclear el nombre en su sistema de búsqueda. Instantáneamente apareció un breve párrafo biográfico sobre la pantalla verdosa. Entrecerró los ojos enojado. La ausencia de puntos de referencia creíbles después del artículo saltó inmediatamente a la vista. La información estaba basada en numerosas historias sin confirmar obtenidas de fuentes secundarias. Aunque un insuperable deseo de lograr la máxima exhaustividad le obligaba a aceptar rumores, consideraba aquella información menos precisa que un mero boceto basado en referencias de primera mano.

Según aquella lista, St. Germain apareció por primera vez en Viena en 1740, donde reunió rápidamente a un culto de humanos que le consideraba un alquimista y un músico de prestigio. Muchos creían que poseía el secreto de la vida eterna, algo que él nunca negaba. A menudo, sus comentarios en público contenían crípticas referencias a figuras históricas, algunas de las cuales se remontaban al antiguo Egipto. Otros mortales, incluyendo figuras gubernamentales, consideraban al Conde un tramposo y un charlatán consumado.

Entre los Vástagos se creía que se trataba de un miembro del clan Tremere originario de Transilvania. Al menos un rumor en aquel archivo aseguraba que St. Germain era un miembro del Consejo Interior que se había cansado de los asuntos del clan y que había partido en busca de la Golconda. Sin embargo, ninguna de aquellas

historias llegaba a describirle atendiendo a las reuniones de la Capilla en Viena, y en realidad no había pruebas que le relacionaran con Tremere o sus discípulos.

Tras algunos problemas en Austria, St. Germain apareció algunos años más tarde en Francia, donde se convirtió en favorito de la Reina. De nuevo surgieron rumores de que poseía un "elixir de la vida" que confería la inmortalidad. Aunque era importante en la sociedad de los humanos, no hay mención alguna a que visitara al príncipe de París, o que tuviera contacto con otros Cainitas notables en Francia.

Informes posteriores le situaban en Rusia, Alemania e Italia. Aparecía y desaparecía como un fuego fatuo. Algunos rumores decían que había visitado África, y había referencias a ciertas exploraciones y expediciones en Oriente Próximo.

En 1784 fue presuntamente destruido por un asesino desconocido mientras visitaba Venecia. Sin embargo, no hay pruebas de que aquello sucediera realmente, y Phantomas tenía serias dudas de que así hubiera sido. Evidentemente, St. Germain se había cansado de jugar con los humanos y deseaba marcharse con el mismo estilo con el que había entrado en la sociedad mortal. Su retirada, de un modo u otro, fue manejada con habilidad, pues no se hacía más mención de él entre los Vástagos.

–Una historia interesante –declaró, concentrando su atención en una gran rata gris sentada sobre su monitor–, pero no revela mucho. Sospecho que gran parte de la verdadera historia nunca será contada. Es más que probable que St. Germain no sea más que uno de los numerosos nombres empleados por este misterioso cerebro. Como muchos de nuestra raza, cambia su identidad para adaptarse a las circunstancias. Creo que la conexión con el clan Tremere es relevante, especialmente si se tiene en consideración el resto de estos documentos –dijo mientras revisaba todos los mensajes recogidos del fax.

La rata chilló y saltó del monitor. Phantomas se encogió de hombros.

–Bueno, yo creo que es interesante.

Había más de treinta cartas dirigidas a los más importantes antiguos de la Camarilla en Europa, incluyendo a notables como Lady Anne, Príncipe de Londres, François Villon, Príncipe de París, y Gustav Breidenstein, Príncipe de Berlín. Aparte del cambio de dirección y del título formal, el contenido de todas las cartas era el mismo. Karl Schrekt, Justicar Tremere, como era su derecho y su

obligación, anunciaba un Cónclave de emergencia de los Vástagos para discutir sobre la amenaza de la Muerte Roja. La reunión iba a celebrarse aproximadamente en una semana en el Castillo Schrekt, una inmensa fortaleza del siglo XV que pertenecía al Justicar y que estaba situada en la antigua ciudad de Linz, en Austria.

Aunque las respuestas llegaban lentamente, Phantomas estaba convencido de que prácticamente todos los invitados acudirían. Los líderes de los Vástagos estaban preocupados por la Muerte Roja, ya que era una amenaza que ponía en peligro su existencia. Lo que era más importante, temían incurrir en el enfado de Karl Schrekt. Cruzarse en el camino de un justicar era una invitación a conocer la Muerte Definitiva. De los siete, el Tremere se había ganado la reputación de ser el más inflexible y despiadado, y era conocido por no olvidar nunca un insulto.

Phantomas levantó la mano derecha con los dedos extendidos.

–Punto uno –dijo doblando el primero–. Etrius, un miembro del Consejo Interior de Tremere, sospecha que su clan ha estado siendo manipulado desde hace siglos por un misterioso vampiro conocido solo como Conde St. Germain. Además, parece probable que muchos de los miembros del clan, quizá incluyendo a los más poderosos entre ellos, están sin saberlo vinculados con sangre a este extraño. Como ninguno de los demás miembros del Consejo cree a Etrius, éste debe actuar por su cuenta.

»Dos –siguió, doblando un segundo dedo–. Karl Schrekt, Justicar y miembro del clan Tremere, convoca un Cónclave para discutir sobre otra figura enigmática, el Cainita que se llama a sí mismo la Muerte Roja. Aunque los Justicar actúan de forma independiente de su clan, no soy lo bastante ingenuo como para creer que Schrekt no está en comunicación permanente con el Consejo Interior. Está especialmente unido a Etrius. Por tanto, parece más que probable que en esta reunión no se hable solo de la Muerte Roja, sino también del misterioso St. Germain.

»Tres –recitó doblando otro dedo más–. La Muerte Roja sabía de algún modo el momento exacto en el que debía lanzar su primer ataque contra los Vástagos. Usando la disciplina Teleportación, el monstruo llegó en un lugar apropiadamente vacío donde la atención de todo el mundo se encontrara en otra parte. Parece como si la Muerte Roja pudiera ver de antemano lo que está sucediendo en un lugar. –Se detuvo–. Un vínculo de sangre del poder suficiente permite a un maestro ver a través de los ojos de su peón, algo bastante útil a

la hora de preparar ataques sigilosos como éste. Por lo que sé, cada vez que se producía una visita de la Muerte Roja siempre había presente un miembro del clan Tremere. ¿Simple coincidencia o planificación avanzada? Sospecho que lo segundo.

El vampiro dobló el cuarto dedo, cerrando el puño.

»Cuarto y más importante. Sé que la Muerte Roja es un antiguo Cainita adorado en el antiguo Egipto como Seker, Señor del Inframundo. Es un miembro de la Cuarta Generación, pues solo un Matusalén posee el poder necesario para dominar la disciplina de Teleportación. Su linaje me es desconocido, aunque tengo mis sospechas. Si asumimos que Etrius tiene razón y que la Muerte Roja está conectada con el clan Tremere, está también relacionado de algún modo con la muerte de Saulot. Los vínculos son tenues, lo sé, pero están ahí.

Phantomas descargó el puño contra la mesa en la que se apoyaba el monitor.

»Combinando todos estos elementos y aplicando una estricta lógica, lo que era vago y misterioso se hace evidente. El velo de secretos construido a lo largo de los siglos por Seker ha sido hecho pedazos. Ya sé quién es en realidad la Muerte Roja. Y lo que es más importante, sé lo que planea hacer a continuación. El único problema --dijo con voz incierta y preocupada--, es que no sé cómo detenerle.

## \_\_\_\_\_ 6 \_\_\_\_\_

### ***Nueva York: 2 de abril de 1994***

--Voy a salir durante unas horas, Darrow --dijo Alexander Vargoss. Su voz tenía un ligero tono amenazador--. Quiero observar de cerca las atracciones de esta pecaminosa ciudad. Asegúrate de estar aquí cuando regrese.

--¿Y dónde coño iba a ir? --respondió Jack Darrow con una voz más templada que sus nervios. Algo terrible acechaba tras los ojos del príncipe, algo impío. Lo que anteriormente podía haber dicho entre bromas ahora era mejor callárselo. Alexander Vargoss, Príncipe de San Luis y antiguo del clan Ventrue, había sufrido un cambio de personalidad radical. En opinión de Darrow, el cambio no había sido para mejor--. No soy tan estúpido como para entrar en un bar de

sangre. En Manhattan hay demasiados de esos Sabbat, por no mencionar a los Lupinos. Darme de hostias con un hombre lobo no es mi idea de una velada divertida. --Dudó un instante y decidió que se imponía algún comentario respetuoso--. Además, príncipe, tu palabra es ley. No haré nada ni iré a ninguna parte sin tu permiso.

Vargoss asintió, como si hubiera estado esperando la respuesta correcta.

--Ya lo sé, Darrow. Eres un servidor realmente leal. Por eso sigues vivo, no como esos otros traidores que pensaron en traicionarme. Eres lo bastante listo como para no servir a dos maestros. --La voz del príncipe se hizo gélida--. Es una lección que te recomiendo que no olvides jamás.

--Solo te soy leal a ti, príncipe --mintió Darrow, tratando de evitar el temblor de su voz. Estaba seguro de que Vargoss conocía sus relaciones con la Mafia. No dejaba de hacer comentarios que indicaban que en realidad era un espía que enviaba informes al imperio del crimen. Sin embargo, a pesar de todas las referencias sobre su doble lealtad, Vargoss le había dejado vivir mientras destruía prácticamente a todos sus demás sirvientes--. Puedes confiar en mí.

--No confío en nadie --dijo Vargoss, dirigiéndose hacia la puerta de la habitación del hotel. Sonrió--. *En nadie*. Es una filosofía que te recomiendo que adoptes.

--Sabias palabras, mi príncipe --dijo Darrow, inclinando la cabeza la bastante como para ocultar su expresión de desprecio. No necesitaba que Alexander Vargoss le diera lecciones sobre confianza. Como casi todos los vampiros, Darrow era extremadamente paranoico y estaba convencido de que todos iban contra él. Por eso, a lo largo de los años, había trabajado con socios y aliados, pero nunca con compañeros. Había logrado sobrevivir durante más de cien años siguiendo únicamente los dictados de un hombre: Jack Darrow. No tenía planes para cambiar de filosofía en un futuro cercano--. Esperaré tu regreso.

Sin más palabras, Vargoss desapareció por la puerta.

Darrow contó hasta veinte, dando al príncipe tiempo de sobra para cambiar de idea y regresar a la habitación. Satisfecho, se deslizó por la puerta y se dirigió hacia las escaleras de emergencia.

El pasillo del hotel estaba desierto. Se trataba de un edificio monótono y gris en el centro de Nueva York, cerca del Madison Square Garden y Penn Station, y estaba regentado por ghouls vinculados con sangre a un miembro del clan Giovanni. El lugar servía

como estación de paso para vampiros camino de Europa. Se pagaba por adelantado y no se hacía ninguna pregunta. No se ofrecían diversiones y apenas había servicio. Sin embargo, dentro de sus paredes garantizaba la seguridad. Para la mayoría de los Cainitas que viajaban a una zona hostil, eso era más que suficiente. Nueva York era uno de los principales campos de batalla entre las fuerzas del Sabbat y de la Camarilla, y era considerado territorio mortal por casi todos los Vástagos. No era un lugar que Darrow hubiera decidido visitar normalmente.

Cada mañana se cargaban ataúdes con huéspedes en un camión que se dirigía al Aeropuerto Kennedy, desde donde eran transportados mediante un avión de carga especial hasta Berlín. Aquél era el método más fácil y rápido de cruzar el Atlántico. El vuelo era otro negocio de los Giovanni, y el piloto y la tripulación también eran ghouls. Este clan, estrictamente neutral en la guerra entra la Camarilla y el Sabbat, estaba feliz de recibir dinero de ambos bandos. Darrow y su maestro debían tomar uno de esos vuelos a la mañana siguiente.

Hacía algunos días, el príncipe con ayuda de Darrow, había destruido en un incendio su propio cuartel general, el local nocturno suburbano de San Luis conocido como Club Diabolique. Después Vargoss había culpado del acto al monstruo conocido como la Muerte Roja. Había jurado solemnemente venganza contra la criatura responsable del desastre.

Menos de veinticuatro horas después había llegado un comunicado de Europa. El Justicar Tremere, Karl Schrekt, iba a celebrar un Cónclave de emergencia en menos de una semana para investigar la amenaza de la Muerte Roja. Se requería la presencia de Vargoss. Se habían hecho los preparativos necesarios para que él y Darrow, su guardaespaldas, viajaran a Nueva York y desde allí a Austria. Todo era limpio y preciso. En opinión de Darrow, demasiado limpio y demasiado preciso.

El guardaespaldas observaba, esperaba y no hacía preguntas. Sabía que Vargoss, no la Muerte Roja, había prendido fuego al local. Igualmente inquietante era el hecho de que el príncipe conociera la celebración del Cónclave días antes de su anuncio. Para Darrow, aquellos hechos indicaban una conspiración entre los más altos escalafones de la Camarilla. Inseguro de las consecuencias, había informado de la verdad tal y como la conocía a la Mafia. Se le había ordenado de forma clara que vigilara muy de cerca a Alexander Vargoss.

Atravesó con cautela el vestíbulo del hotel y salió a la calle. Comprobó nervioso la avenida en busca del príncipe. Con una sombría sonrisa de satisfacción, le observó a unos cien metros de distancia. Estaba caminando hacia el norte, directamente hacia Times Square. Localizarle era sencillo. Lo peligroso iba a ser seguirle.

Si el príncipe llegaba a sospechar que alguien iba tras él, significaría la Muerte Definitiva para el guardaespaldas. Darrow no se hacía ilusiones a la hora de comparar sus respectivos poderes. Vargoss era letal, y podía aplastar a un vampiro como a un insecto. Peor aún, como había demostrado recientemente, podía quemarlo con un mero toque de su mano. Mientras abandonaba la seguridad de la entrada del hotel, se preguntó por enésima vez por qué no marchaba en dirección contraria para no regresar jamás. Desvanecerse en los suburbios de Nueva York no sería difícil. Había cientos de lugares en los que ocultarse, y en los últimos ciento cincuenta años Jack Darrow, ex-marinero para la Corona, se había convertido en un experto en desaparecer cuando era necesario.

Dudaba de que Vargoss le considerara lo suficientemente importante como para cazarle. No era la venganza del príncipe lo que temía, sino el otro maestro al que servía, mucho más despiadado.

Jack Darrow había sido Abrazado por un ambicioso oficial naval, Sidney Carstairs, en 1850. El vampiro tenía planes muy osados y necesitaba a alguien duro y con recursos para protegerse las espaldas. Darrow fue su hombre. Aunque Carstairs pertenecía al clan Brujah, no sentía ninguna lealtad especial hacia sus hermanos. Tampoco sentía la necesidad de compartir sus planes con los antiguos del clan. Los Brujah eran famosos por su independencia, y Carstairs era un elemento típico. Era claramente consciente de que sus aspiraciones se cruzaban con las de un tal Don Caravelli, líder de una banda de proscritos italianos, pero eso no le preocupaba. No hasta la noche en la que él y Darrow, regresando a su casa tras una misión de medianoche, sufrieron la emboscada de seis matones Brujah.

Los gritos de Carstairs exigiendo misericordia y la justicia del clan fueron recibidos con risotadas. Fue atado y clavado con varias estacas de acero a una enorme cruz para esperar el beso mortal del sol de la mañana. Darrow, su chiquillo, y por tanto culpable por asociación, pudo elegir: convertirse en parte de la Mafia y sobrevivir o unirse a su sire en la Muerte Definitiva.

Darrow, de espíritu práctico y sin demasiadas ganas de abandonar el mundo, no veía elección alguna. Cambiar de alianza no



era difícil, especialmente con su maestro chillando horrorizado y agónico a pocos metros. Fue una lección que nunca olvidó. Cruzarse con Don Caravelli, líder de la Mafia, era un error que solo se cometía una vez.

Sacudiendo la cabeza para alejar los viejos recuerdos, concentró sus energías en Alexander Vargoss. La Mafia esperaba informes detallados de las misteriosas actividades del príncipe, y su trabajo era proporcionarlos. Don Caravelli no aceptaba excusas. El precio del fracaso era la Muerte Definitiva.

Seguir al príncipe no era muy complicado. Caminaba a buen paso, pero no demasiado rápido. Aunque eran las tres de la madrugada, las calles del centro de Manhattan seguían atestadas. Vargoss, vestido con un elegante traje de color gris oscuro, no atraía más que algunas miradas. Ningún mendigo o ladrón se le acercaba; el príncipe tenía una cierta presencia que los extraños no se atrevían a penetrar. Los despojos de Times Square sentían instintivamente que meterse con él no era una buena idea.

Darrow no poseía aquella aura, por lo que alejaba a las molestias de forma mucho más directa. La gente de la calle se apartaba de su camino con un pánico supersticioso. Matones baratos y pandilleros le echaban un rápido vistazo para luego retirarse con la mirada fija en la acera. Incluso el canto persistente de los miembros de cultos orientales se acallaba a su paso. Vargoss inspiraba respeto. Él, miedo.

Era un hombre alto y fornido de casi un metro noventa, y vestía con pantalones, botas y chaleco abierto, todo ello de cuero negro. No parecía afectarle el viento frío que soplaba por las calles de Manhattan. Decenas de grandes tatuajes, azules, rojos y negros, cubrían la piel pálida. El pelo oscuro, echado hacia atrás y recogido en un moño, las cejas unidas sobre la nariz y la barba fina y puntiaguda se combinaban para darle un aspecto demoníaco. Sus labios siempre estaban torcidos en una mueca de desdén y en sus ojos ardía un fuego impío. Exudaba un aire amenazador.

Era duro como unos puños americanos, un peligroso luchador curtido por un siglo de conflictos. Confiaba en sus propias habilidades y era consciente de sus limitaciones. Era veterano de cientos de algaradas, peleas y altercados, y comprendía que los mejores conflictos eran aquellos que podía evitar.

Vargoss caminaba por Broadway como si la calle le perteneciera. A pesar de su curiosidad, no prestó atención a las luces brillantes de la ciudad más perversa del mundo. Su paso nunca se detenía mientras

atravesaba los numerosos espectáculos de sexo en vivo, los cines que anunciaban películas *snuff*, los *topless* y otros bares con ganchos que prometían "bailarinas que harán realidad tus fantasías más salvajes". Al príncipe solo le interesaba su destino. Tenía algo que hacer, y no era precisamente turismo.

Manteniéndose a dos manzanas de su presa, Darrow seguía su ritmo. Caminaba pegado a las sombras, aunque el príncipe no se volvió ni una sola vez. Como Vargoss, tampoco él estaba especialmente impresionado con el paisaje y el sonido de la degeneración. Salvo por las mejoras en la tecnología y la cirugía estética, el Times Square moderno ofrecía el mismo encanto como burdel que el Londres del siglo XIX. El sexo, a pesar del modo en el que se presentara, no había cambiado a lo largo de los años, y el fondo de la depravación no había bajado más. Solo los nombres y los acentos eran distintos.

La multitud se aclaró un poco hasta convertirse en unos pocos borrachos cuando Vargoss cruzó la 45. Darrow, con cuidado de no ser descubierto, se vio obligado a quedar cada vez más atrás. Esperaba que el príncipe no fuera muy lejos. Quedarse escondido entre aquellos gigantes de hormigón del centro era difícil, y permanecer oculto si se desplazaban hacia las zonas más ricas sería casi imposible. Además, muy cerca estaba Central Park, un mortífero punto de reunión de hombres lobo. Aquel barrio no era seguro para los vampiros.

En la 50 con Broadway, Vargoss giró hacia el este. Ahora caminaba más rápido, lo que hizo que Darrow se preguntara si se estaba acercando a su destino. Cuando el príncipe pasó junto al Radio City Music Hall, el Brujah lanzó una maldición. Aunque no era un experto en la geografía de Nueva York, tenía la terrible sospecha de saber hacia dónde se dirigían. Unos minutos después sus temores se vieron confirmados cuando el príncipe bajó por los escalones que conducían a los niveles inferiores del Rockefeller Center.

Agazapado tras la barandilla que servía como barrera para las multitudes de turistas, Darrow asomó tímidamente la cabeza. El lugar estaba desierto. Los locos que se aventuraban a aquellas horas tan cerca de Central Park no solían sobrevivir hasta la mañana siguiente. Aquel famoso lugar era conocido como una meca turística durante el día y una trampa mortal por la noche. Nada de aquello preocupaba al príncipe de San Luis.

En el centro del enorme patio que servía como pista de patinaje durante el invierno se encontraba Alexander Vargoss. Junto a él había

una mujer, también una vampira. Darrow la reconoció inmediatamente. No podía creer lo que estaba viendo.

El Brujah no era solo el guardaespaldas de Alexander Vargoss, sino que también servía como su jefe de seguridad. Su trabajo era conocer a los principales enemigos, y la lista incluía a los líderes del Sabbat conocidos por la Camarilla. El primer nombre de aquella lista era la mujer que ahora conversaba con el príncipe Vargoss. Se llamaba Melinda Galbraith, considerada uno de los vampiros más peligrosos del mundo... y regente del Sabbat.

Al mirarla, recordó los rumores sin confirmación sobre su muerte en el terremoto que había azotado a México D.F. hacía medio año. Alejó aquellas ideas de su cabeza. La regente parecía demasiado real para estar muerta.

Aplastándose contra el muro de hormigón que rodeaba el Center, extendió su percepción hacia la pareja. Fue muy cuidadoso. Melinda era famosa por su crueldad, y morir allí no era una idea muy atractiva. Sufrir varios años de tortura le resultaba aún menos atractivo.

—...las últimas bolsas de resistencia en Long Island —fueron las primeras palabras que oyó. Era Melinda la que hablaba—. Los más salvajes rechazan los dictados de mi nuevo orden. Tenían sueños de implantar un estado libre anarquista. Justine era dura, y extremadamente cruel, y yo he añadido mi toque a la mezcla: velocidad. Justine necesitaba rapidez. Unos pocos vampiros acorralados y muertos con las cabezas y los miembros arrojados al fuego causaron una buena impresión. La rebelión terminó tan rápido como empezó.

—Muy bien —respondió Vargoss. Las dos voces eran suaves, casi apagadas, aunque audibles—. No estaba preocupado, solo interesado. ¿Marcha el nuevo plan según el calendario?

—¿Esperabas otras cosa? —preguntó Melinda—. Nuestro mayor talento es emplear nuestras habilidades únicas para adaptarnos instantáneamente según las circunstancias.

Los dos vampiros rieron, aunque Darrow no sabía exactamente porqué.

—¿Y la reunión? —preguntó Vargoss—. ¿Se ha fijado una fecha?

—La convoqué hace una semana y un día —respondió Melinda, murmurando un nombre que Darrow no fue capaz de captar—... se negaba a celebrar una reunión de las principales cabezas del culto en un mismo sitio, pero insistí. Después de todo, soy la regente del Sabbat.

Los dos volvieron a reír. Darrow se sentía inquieto. En aquella reunión secreta estaba pasando algo más importante que una traición de Vargoss a la Camarilla. Un vínculo invisible unía a aquellos dos Cainitas de un modo que no podía determinar. Compartían unos objetivos comunes. Parecían... *aliados*.

–¿Está lista la trampa? –preguntó el príncipe–. ¿Qué hay de Varney? Creo que aún sigue libre. Las noticias no dejan de hablar de estallidos de violencia en aeropuertos y estaciones de tren.

–Anis me está provocando –dijo Melinda–. Controla una vasta red de agentes mortales a los que emplea con extremada eficacia. Es imposible igualar su habilidad. Por suerte, no necesito seguirle el juego. Sus esfuerzos no son más que irritaciones menores. El único modo que tiene para evitar que nos hagamos con el control absoluto del Sabbat es hacer una aparición en la reunión de la semana que viene. –La regente rió–. Si se atreve a aparecer, la destruiré.

Darrow sacudió la cabeza confuso. ¿Anis, la legendaria Reina de la Noche? ¿Controlar el Sabbat? No comprendía lo que estaba oyendo, y tampoco le gustaba.

–No la subestimes –dijo Vargoss–. Todos lo hicimos. Recuerda Washington.

–Recuerdo –dijo Melinda. A través de su poder de Auspex, Darrow podía detectar la ira en la voz de la regente–. Hay un límite a la energía que Anis puede canalizar a través de su marioneta sin convertir en ascuas el cuerpo de la mujer. En Washington, Varney fue ayudada por esos malditos robots y el agente de Lameth, Dire McCann. Sola, no tiene nada que hacer contra mí. Ningún humano puede resistírseme.

Darrow no cabía en sí de asombro. Primero Anis y ahora Lameth, el Mesías Oscuro. Otra leyenda, relacionada de algún modo con el detective humano, Dire McCann. Parecía increíble, pero de algún modo sabía que Melinda Galbraith no se equivocaba.

–Cuidado –dijo Vargoss, con tono poco convencido–. Anis no es ninguna estúpida, y debe tener algo preparado.

–No me preocupa –respondió Melinda–. Nueva York ya es mía. Controlo la ciudad. Cualquier aliado que pueda tener será destruido. Superar a mis agentes para entrar en mi cuartel general será todo un reto, aunque casi deseo que sobreviva. Su aparición en la reunión capturaría la atención de los cuatro Serafines de la Mano Negra. La distracción le vendría muy bien a nuestros planes. –Melinda rió con una voz cruel y áspera que no denotaba el menor rasgo de humanidad–.

La trampa está dispuesta y lista para actuar. El tuyo es, con mucho, el mayor reto de todos. En el Cónclave habrá decenas de antiguos.

–Los muy idiotas no sospechan nada –dijo Vargoss–. Casi todos llegarán y se marcharán sin advertir cambio alguno. Todo discurre exactamente como había previsto. En menos de diez días, el control de la Camarilla será nuestro.

–Me preguntabas sobre Anis –dijo Melinda–. ¿Qué hay de Lameth? Es el más peligroso de los dos.

–El Mesías Oscuro sigue siendo un misterio –replicó Vargoss–. Sin embargo, me sorprendería mucho que el señor McCann no apareciera la próxima semana en el Cónclave. Le estamos preparando una bienvenida muy especial.

–El detective tiene aliados entre los Cainitas –dijo Melinda. Darrow creyó detectar un tono burlón en la voz–. Según mis fuentes, una tal Alexander Vargoss le dijo a una asesina Assamita llamada el Ángel Oscuro que le protegiera. Además, posee poderes mágicos.

–Se han hecho alianzas para despojar a McCann de sus protectores –respondió Vargoss–. Estamos preparados para cualquier eventualidad. Cuando llegue el enfrentamiento final estará solo. Como dijiste sobre Alicia Varney, a pesar de las fuerzas que controla el detective sigue siendo humano. No sirve más que como agente de Lameth. Ningún humano puede derrotar el poder combinado de dos antiguos. Su destino está sellado.

–En poco más de una semana controlaremos tanto la Camarilla como el Sabbat –dijo Melinda.

–Diez días para nuestro triunfo completo –respondió Vargoss–. El mundo será nuestro para siempre, y ni el Mesías Oscuro ni la Reina de la Noche pueden hacer nada para detenernos.

Para Darrow, que escuchaba con una mezcla de horror y asombro, aquello sonaba más como una amenaza que como una promesa.

siempre, llevaba un sencillo vestido ajustado de color negro con un collar de plata. Su cabello negro y liso y sus rasgos pálidos le daban más aspecto de adolescente sola y perdida que de vampiro centenario.

–¿Había solicitado mi presencia, respetado señor?

–Así es --respondió el mago, sentado tras su escritorio. Frente a él tenía abierto un enorme libro encuadernado en cuero. En una gran silla de roble, a su lado, estaba la maga conocida como Judith. Sonrió y saludó con la cabeza a Madeleine--. Por favor, pasa y siéntate. Cierra la puerta. Quiero que nuestra charla sea privada.

Madeleine obedeció. Había sido criada siguiendo el estricto código de los Giovanni, y trataba a sus mayores, tanto Cainitas como mortales, con deferencia y respeto. Maimónides la miró directamente desde su asiento.

–Y por favor, no me llames "respetado señor". Prefiero que te dirijas a mí como Rambam.

–Como desee, resp... Rambam --respondió Madeleine. Su mirada vagó unos instantes por la estancia--. Me sorprende la velocidad a la que su hogar ha sido restaurado. Después de los sucesos de la noche pasada, creí que tardaría meses en recuperarse.

–No poseo habilidad física alguna, y no dejo de asombrarme con lo que puede hacer un grupo de personas decididas --dijo Rambam riendo entre dientes--. Sin embargo, la honestidad me obliga a decir que la suerte tuvo un importante papel en el trabajo de reparación. Una asombrosa coincidencia hizo que todos los materiales necesarios para reconstruir mi hogar se encontraran disponibles en diferentes almacenes gubernamentales repartidos por toda la ciudad. En un giro de los acontecimientos igualmente improbable, varios carpinteros empleados por el Departamento de Interior acababan de terminar un trabajo de restauración cerca, y pudieron ser asignados inmediatamente a este proyecto. --Rambam juntó las manos, casi como en una plegaria. Su voz parecía solemne--. El Señor obra de formas misteriosas.

Madeleine no pudo reprimir una sonrisa.

–Sospecho que gran parte de esa suerte procede de su increíble habilidad para hacer que la realidad se ciña a sus propósitos. Creo que la frase adecuada es "Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos"

–Quizá --dijo Rambam--, empujé el proyecto en la dirección adecuada. Nada importante, por supuesto, poco más que un ánimo

insignificante y comedido. Nunca se es lo bastante discreto con los peligros de alterar el equilibrio natural y crear una Paradoja.

Madeleine asintió. Su clan estaba compuesto de vampiros y nigromantes.

–¿Quería hablar conmigo –dijo, cambiando de tema–, sin mis compañeros presentes?

–Correcto –respondió Rambam–. McCann, a petición mía, se ha llevado a Elisha y a Flavia con él para hacer preparativos para la siguiente parada en vuestro viaje. Quiere ir a Suiza, ya que desea hablar con cierta criatura. Creo que piensa decirle a tus compañeros que tenías que hablar con tu sire y que te unirás a ellos más tarde. Ezra está atendiendo unos asuntos en sus ciudades. Judith me pidió estar presente en esta reunión. Acepté, ya que le involucra a ella, al igual que a ti, y valoro su opinión. Los tres deberíamos estar libres de interrupciones durante la siguiente hora.

–¿Qué quiere? –preguntó Madeleine–. No debería estar aquí. Mi misión es proteger a Dire McCann. Si algo le sucediera mientras hablo con usted no podría excusarme de ningún modo ante mi abuelo Pietro. No espera de mí más que la perfección.

–Comprendo –dijo Rambam–. Sin embargo, tu misión ha tomado un rumbo inesperado, ¿no es así? Pareces preocuparte por mi pupilo, Elisha. Anoche salvaste su vida durante el ataque de Azazel. Varias veces, de hecho. En este mismo estudio expresaste tu disposición a sacrificar tu propia existencia por él. Como mi colega Ezra, encuentro estas acciones bastante inusuales en un vampiro, especialmente teniendo en cuenta tu reputación como despiadada asesina Giovanni.

–Fue bastante evidente –añadió Judith.

–Sospecho que mentir a dos de los mayores sabios que han existido nunca es una pérdida de tiempo –dijo Madeleine.

–Muy bien dicho –respondió Rambam–. Y bastante cierto. Los poderes de Judith son formidables. Por lo que a mí respecta, solo dire que soy capaz de discernir inmediatamente la verdad de la ficción. Además, las disciplinas vampíricas como Majestad o Presencia no tienen efecto sobre mí. No es posible engañarme.

Madeleine sonrió.

–¿Cómo consigue entonces aguantar a Dire McCann?

–El señor McCann es muy cuidadoso en lo que hace y en lo que no dice –dijo Rambam, respondiendo con otra sonrisa–. Es extremadamente hábil escondiendo secretos. A veces no estoy seguro de que conozca las respuestas. Podemos hablar más sobre el

detective si lo deseas, en otra conversación. De momento, por favor, atengámonos al tema. Tu respuesta es muy importante. Puede ser literalmente un asunto de vida o muerte.

Madeleine asintió con rostro grave. Estaba adiestrada en el engaño y la mentira, y al ver la profundidad de los ojos de Maimónides vio que ninguno de sus trucos funcionarían con el mago. Fuera cuales fueran las consecuencias, tenía que decir la verdad.

–Para comprender mis recientes acciones –comenzó–, deben conocer *quién* soy y saber lo que me ha hecho ser como soy. En caso contrario, nada tiene sentido.

Rambam asintió, pero no dijo nada. Esperó paciente a que Madeleine aclarara sus ideas. Judith también guardaba silencio. Era la sombra de Rambam.

–Soy Madeleine Giovanni, del clan Giovanni –dijo. Al principio le costó pronunciar las palabras, pero cuanto más hablaba más fácil le resultaba. Llevaba demasiado tiempo ocultando la verdad en su interior. Se sentía bien, se sentía honesta al revelar por fin a alguien sus sentimientos más íntimos. Alguien que, a pesar de ser un completo desconocido, parecía preocuparse por ella.

»Mi padre era Daniel Marista Giovanni. Durante siglos sirvió fielmente a su padre, Pietro Giovanni, como ghoul. Al final, hace poco más de un siglo, los antiguos del clan decidieron Abrazarle y convertirle en uno de los no-muertos. Como es costumbre en nuestra familia, antes de la transformación Daniel se casó y tuvo un hijo. De este modo, la línea de sangre del clan se continúa de una a otra generación.

»Mi madre murió durante el parto. Mi padre, que durante el embarazo se había convertido en vampiro, estaba ocupado con los asuntos del clan y apenas me veía. Sus visitas a lo largo de la siguiente década fueron breves y frías. Fui criada por una aya en un entorno duro y cruel, rodeada por vampiros, nigromantes y ghouls. Sobreviví, pues eso era lo único que sabía hacer. No tenía amigos, ni más intereses que los asuntos de la familia. El clan Giovanni era mi vida. Se entendía que cuando alcanzara la edad adecuada me casaría con algún financiero rico o importante para traer nueva sangre al clan. Mi destino estaba fijado desde el día de mi nacimiento. Hasta que mi padre fue asesinado. –Se detuvo un instante, enfrentada a una incómoda verdad.

»Antes de que eso ocurriera, acepté mi destino con la confianza ciega de un niño. Existía, pero no tenía más razón para vivir que



satisfacer las exigencias de mi familia. No sabía nada sobre el amor, la diversión, la pasión, ni siquiera el pesar. No tenía sentimientos hasta que mi padre fue ejecutado por Don Caravelli. Entonces, y solo entonces, experimenté una verdadera emoción. *Odié*.

–Una vida sin amor debe ser terrible --dijo Judith.

Madeleine sacudió la cabeza desafiante.

–Nunca signifiqué nada para Daniel Giovanni. No era más que mi padre biológico. Sin embargo, al matarlo, Don Caravelli invadió de algún modo mi espacio, mi mundo. Ofendió el honor de mi clan, *mi* honor. Una rabia absoluta y devoradora llenó el vacío en mi interior. Desde aquel momento toda mi existencia se concentró en la venganza. Por primera vez en mi vida tenía un propósito, una razón para existir. Durante los siguientes doce años me entrené de forma rigurosa. Al principio mi abuelo trató de disuadirme, pero una vez comprendió que no podía evitarlo, cambió de idea y aceptó colaborar. Siempre ha sido práctico, por lo que creo que admitió lo inevitable para intentar beneficiarse de mi tozudez.

»Como deseaba convertirme en asesina, en una destructora, contrató a los mejores expertos disponibles en tales artes. Aprendí mi oficio de los principales terroristas y saboteadores del mundo. Día y noche, durante más de una década, trabajé hasta que aprendí todo lo que era posible aprender.

»Fue entonces cuando le pedí a Pietro Giovanni, mi abuelo, padre de Daniel, el regalo definitivo. Como era mi derecho por el ritual de la Sangre y la Venganza de mi clan, solicité ser Abrazada. Solo como vampiro tenía una oportunidad de destruir a Don Caravelli. Aquella era una petición que mi abuelo no podía negarme. En mi vigésimo tercer cumpleaños, sin haber experimentado la vida, sin haber conocido el amor, me convertí en un miembro de los no-muertos.

Rambam cerró los ojos con una expresión pensativa.

–Por lo que Elisha me ha dicho, creo que el asesinato de tu padre sigue sin venganza.

–Durante más de ocho décadas serví como Daga de los Giovanni --respondió--. Cientos de enemigos de mi clan, mortales y Cainitas, han muerto por mi mano. Sin embargo, Don Caravelli ha logrado eludir mis poderes. Aún vive. Es la amargura de mi vida.

–Como Judith señaló --dijo el mago--, una historia verdaderamente deprimente. Sin embargo, no estoy seguro de entender cómo se relaciona con mi pregunta.

–Hace pocas semanas --siguió Madeleine--, mi sire, Pietro

Giovanni, me envió a América. Sus instrucciones eran breves: "Protege al mortal llamado Dire McCann. Protégele a toda costa de sus enemigos".

–El enigmático señor McCann –dijo Rambam–. Qué fascinante es descubrir que tiene lazos tan estrechos con los Giovanni.

–Mientras buscaba al detective me encontré con tres adolescentes huidos de casa –dijo con una breve sonrisa en los labios–. En realidad, ellos me encontraron a mí. Trataron de robar el camión que empleaba para cruzar el país. Por algún motivo que no alcanzo a comprender, en vez de acabar con ellos los recluté como mis ayudantes.

–¿Tu juventud perdida? –dijo Rambam en voz baja.

Madeleine asintió pensativa. Rambam parecía sentir instintivamente sus pensamientos más profundos.

–Supongo que su dolor agitó ciertos sentimientos en mi interior. Eran despojos de la civilización moderna que solo se tenían a ellos mismos. Les habían robado su niñez, como a mí se me había robado la mía. No podía abandonarlos a su suerte. Igual que no puedo dejar escapar a Don Caravelli sin castigo por la muerte de mi padre, no pude dejar que aquellos niños fueran aplastados por las circunstancias.

–A pesar de tu odio –declaró Rambam–, aún existe en tu interior una chispa de humanidad. Nunca lo olvides. Incluso entre los Condenados hay esperanza de redención.

–Luz y oscuridad –dijo Judith–. Pecado y perdón. El uno no tiene significado sin el otro.

Madeleine adoptó una expresión extraña. Sus ojos estaban oscurecidos y nublados por la emoción.

–Traté durante días de ignorar mis sentimientos hacia aquellos muchachos, pero no lo conseguí. Reconocía que me estaba mintiendo a mí misma. Tenía que concentrarme en mi trabajo, así que aparté todo aquel tema de mi cabeza. Creía que era lo mejor dadas las circunstancias. –Se detuvo un instante–. Entonces conocí a Elisha.

Le costaba mucho hablar, pero se obligó a continuar.

»En cuanto nos presentaron sentí su poder. En el transcurso de mis aventuras para el clan Giovanni me había encontrado con algunos magos, pero ninguno de ellos ardía con una energía mental tan intensa. Percibí su interés en mí... Como miembro leal del clan Giovanni, inmediatamente dije lo que pude para fomentar su atención. Convencer a un mago tan poderoso para que colaborara con la familia

hubiera sido un gran golpe de mano. Era joven, ingenuo y bastante crédulo.

–Asumo que tu entrenamiento incluyó el arte de la seducción –dijo Rambam riendo suavemente.

–Por supuesto –respondió Madeleine–, aunque no era una alumna especialmente aplicada. Al no haber experimentado nunca el sexo ni el amor, me es difícil simular cualquiera de los dos.

–Una deficiencia que no ha impedido a muchas otras mujeres simular ambos –rió Judith.

–Elisha está lleno del romanticismo de la juventud –dijo Rambam–, pero su experiencia en el mundo material es tan limitada como la tuya. Los dos formáis una interesante pareja.

–Lo comprendí pronto –respondió Madeleine–. Su inocencia le hacía encantador. A pesar de mi entrenamiento, descubrí que me gustaba. Él me deseaba, pero no por ello dejaba de respetarme. Hablábamos, y atendía a todo lo que le decía. Elisha me trataba como a una persona, no como a una... cosa. –Su voz se hizo más suave–. No como a uno de los no-muertos.

–Como dijiste –siguió el mago–, es un joven ingenuo y crédulo. Aún no está insensibilizado por la crueldad que impera en el mundo.

–Quería su compañía –dijo Madeleine–. Quería que me quisiera, que fuera mi amigo. Después de un siglo de soledad, necesitaba que alguien se preocupara por mí. –Dudó unos instantes.

»Sin embargo, comprendí su importancia para los Giovanni. Observé la potencia de su sangre aquella noche en Washington. Unas gotas bastaron a Flavia para recuperarse en un instante. Era un extraño premio. Me vi dividida entre mis propias necesidades y las de mi clan.

–Elisha procede de una antigua línea de magos –dijo Rambam con ojos brillantes–. A lo largo de los siglos, muchos de sus antepasados han estudiado conmigo. Vigilo muy estrechamente a su familia.

Los ojos de Madeleine se abrieron al comprender lo que el mago estaba sugiriendo.

–¿Es su descendiente?

–Su ascendencia no tiene importancia en esta conversación –respondió con firmeza.

Judith rió.

–Atrapado por tus propias palabras, maestro. Has subestimado a Madeleine.

Rambam bufó molesto.

–A veces hablas demasiado, Judith. Es un hábito que compartes con tu hermano. –Miró a la vampira–. Por favor, sigue con tu historia.

–Antes de que pudiera tomar decisión alguna sobre los tres chicos con los que había trabado amistad, fueron atacados por la escoria de la Mafia. Uno de ellos fue asesinado. Otro fue secuestrado por Don Lazzari, ayudante de Don Caravelli, para entretenerse. El tercero escapó, por fortuna, y fue capaz de darme información suficiente para rescatar a su amigo y cobrarme la justicia definitiva sobre el señor del crimen.

Su voz volvió a adoptar un tono de dureza.

»Salvar a los niños me hizo comprender que no podía traicionar a Elisha a mi clan para que fuera manipulado, corrompido y, antes o después, destruido. Confiaba en mí, igual que los niños lo habían hecho, y no podía traicionarle.

Su tono era acerado.

»No lo he hecho y no lo haré.

–Anoche le salvaste la vida –dijo Rambam–, aun a riesgo de tu propia existencia.

–Hice lo que tenía que hacer –respondió Madeleine–. Para mí no había opción alguna.

–No hay duda de que la chispa que mencioné antes es toda una llama –dijo el mago–. Mi amigo Ezra está en lo cierto. Te preocupas por Elisha. Te preocupas mucho por él.

Judith asintió.

–Hasta los vampiros pueden enamorarse –declaró.

–Hace un siglo sacrifiqué cualquier esperanza que hubiera podido tener en el amor –respondió Madeleine con tono neutro–. Sean cuales sean mis sentimientos, estoy condenada eternamente.

–En este mundo –dijo Rambam con lentitud–, no hay nada absoluto. Existe un hechizo, conocido por unos pocos, que revierte el Abrazo. Requiere de grandes poderes y de muchos días de preparación. Son necesarios dos magos trabajando al mismo tiempo. Yo soy uno de esos pocos que puede realizarlo, y Judith es mi ayudante.

–Dire McCann mencionó algo así en nuestro viaje a través del océano –dijo la vampira con una mezcla de asombro e incredulidad–. Creí que no hacía más que inventar mitos para distraerme.

–Judith y yo hemos ejecutado el hechizo dos veces con anterioridad –dijo el mago–. Funciona... a veces. Además, aunque los

sujetos se convierten en mortales, conservan muchos de sus poderes Cainitas, así como una longevidad mucho mayor de lo normal.

–¿Usted... p-podría realizar sobre mí ese ritual?

Rambam sonrió.

–Si no lo hiciera por ti, lo haría por Elisha.

–¿El precio? –preguntó Madeleine–. Todo tiene un precio.

–Quizá para los Giovanni –dijo Rambam, riendo–. No para mí.

Moisés Maimónides hace lo que quiere sin preocuparse de precios.

–¿Cuándo? –dijo la Giovanni–. ¿Cuándo puede realizarse ese milagro?

–En cuanto quieras –dijo el mago–. Si lo deseas, podemos iniciar los preparativos esta misma noche. Por eso ha regresado Judith.

Madeleine se quedó quieta durante un minuto. Lenta, muy lentamente, comenzó a sacudir la cabeza.

–No puedo. Ahora no. Todavía no. Aunque no hay nada en el mundo que desee más, debo permanecer tal y como soy. Alguna noche, Don Caravelli y la Daga de los Giovanni deben encontrarse, y uno de los dos será destruido. El destino así lo exige. Si sobrevivo al encuentro hablaremos. Solo entonces.

–¿Tanto significa la venganza para ti? –preguntó Rambam.

–La venganza no significa nada –respondió Madeleine–. Es el *honor* lo que importa. Entregué mi alma por eliminar a Don Caravelli. Mi clan, mi sire, lo esperan de mí. Ni siquiera por este regalo puedo romper mi palabra.

Rambam aceptó.

–Admiro tu determinación, que no tu sabiduría. Que así sea. La elección es tuya. La senda de la mortalidad permanece abierta. Sin embargo, recuerda que este hechizo es un secreto que solo unos pocos conocen. Si muero, la oportunidad muere conmigo.

–Entonces –dijo Madeleine con una sonrisa–, rezaré por su bienestar.

***Tel Aviv, Israel: 2 de abril de 1994***

–¿Que vamos *dónde*? –preguntó Flavia–. ¿Por qué?

–A Berna, Suiza –dijo McCann sosteniendo un grueso sobre en la mano–. Aquí están los billetes de avión. Nos vamos mañana poco después del anochecer. El vuelo nos dejará en tierra con tiempo de sobra para que tú y Madeleine encontréis refugio antes del amanecer.

Elisha, McCann y el Ángel Oscuro estaban sentados en una mesa en una pequeña terraza a menos de un kilómetro y medio de casa de Rambam. El detective había dejado instrucciones para que sus dos compañeros se reunieran con él allí después del anochecer. Les había dicho que Madeleine llegaría más tarde. Tras varios días sin contacto, necesitaba llamar a Venecia para informar de sus progresos.

Elisha estaba vestido de modo informal, con unos vaqueros azules y una sudadera de Notre Dame. Flavia, a la que McCann había pedido un vestuario discreto, llevaba tacones bajos, una falda azul oscuro y una blusa de color azul pastel. A pesar del esfuerzo, atraía la atención de todos los hombres del restaurante.

Elisha llamó al camarero.

–Café –pidió–. Y vino de la casa para mis dos amigos.

El joven sonrió mientras el camarero se alejaba.

–Un color adecuado. Además, el vino de aquí es tan malo que si alguien os ve tirarlo al suelo no se extrañará.

–No necesito nada más –dijo Flavia. Su cara tenía un color sonrosado y mostraba una sonrisa feroz, con dos filas de dientes blancos y perfectos–. Los ciudadanos de esta ciudad me deben un favor, ya que las calles están más seguras esta noche: hay algunos maníacos menos acechando en la oscuridad. Han pagado el precio definitivo por sus crímenes. –Volvió a mirar a McCann.

»Repito mi pregunta inicial. ¿Por qué Suiza? Tenemos que encontrar a la Muerte Roja y a su progenie. Los vampiros odiamos los Alpes y su nieve eterna. No hay Vástagos en el hielo.

–Hay algunos –respondió McCann–. Allí donde viven los mortales hay vampiros entre ellos. Sin embargo, es cierto que no son muchos. Da igual. Voy a ver a un viejo amigo íntimo. No es un vampiro.

–McCann, ¿cómo es que cada vez que utilizas la palabra "viejo" tiendo a pensar en milenios? –preguntó Flavia.

El detective rió.

–¿Puede ser la entonación? ¿O será mi hábito de alargar la palabra? No importa. Tus sospechas son correctas. Este amigo en particular es extremadamente viejo, y notablemente sabio. Espero que sea capaz de proporcionarme una pista sobre el paradero actual de la

Muerte Roja.

Elisha sacudió la cabeza asombrado.

–¿No es un vampiro y tiene miles de años? ¿Quién es ese amigo suyo, señor McCann? ¿O debería decir, *qué* es?

–El mundo está lleno de misterios, Elisha –dijo el detective–. No importa lo mucho que sepas, siempre hay sorpresas inesperadas aguardando en las tinieblas. Mi amigo no es ni vampiro ni mago, pero ha vivido desde hace mucho tiempo.

–Odio las sorpresas –dijo Flavia–. Siempre conducen a problemas, especialmente cuando tú estás involucrado.

El camarero regresó con las bebidas y Elisha tomó su café sediento. Flavia miraba sospechosamente el vino, como si esperara que fuera a saltar hacia ella. McCann se llevó el vaso a los labios, pero no bebió.

–Hay un pequeño problema con esta visita –declaró el detective, tratando a duras penas de no reír–. Mi amigo de las montañas tiene una fuerte aversión a los vampiros. Elisha y yo le visitaremos, ya que ha expresado su interés en conocer a nuestro joven aliado, pues ha oído hablar de él y de Rambam. Madeleine y tú os quedaréis en Berna mientras nosotros viajamos a las montañas. Solo será una noche.

Flavia entrecerró los ojos.

–¿No será otra de tus aventuras independientes, no McCann? –dijo con un tono amenazador. Elisha, que la estaba mirando, sintió un escalofrío. Con las manos apretadas contra la superficie de la mesa, Flavia tenía el aspecto de un gran felino dispuesto a saltar sobre su presa–. Ya te advertí contra dejarme atrás una segunda vez. Mi paciencia tiene límites.

El detective dejó su vaso vacío y se limpió los labios.

–No exagerabas sobre la calidad del vino –le dijo a Elisha ignorando a la vampira–. Sabe a vinagre. A vinagre del malo. –Se volvió y observó al Ángel Oscuro–. Te aseguro que en esta expedición no hay truco alguno. Mi amigo es el primero que me avisó de que Baba Yaga había despertado de su letargo. Mantiene una vasta red de informantes y espías a lo largo del mundo que rivaliza con los esfuerzos de los Nosferatu o los Giovanni, y todos sus agentes le informan directamente. Muy poco escapa a su atención. Si alguien sabe cómo localizar a la Muerte Roja, es él. Por desgracia, mi camarada está involucrado en un conflicto con un vampiro extremadamente malévolo. Esta fase de la Yihad ha durado cinco mil años, y no muestra señales de ir a terminar. Mi amigo valora su

intimidación y se niega a asumir riesgos. Ha aceptado reunirse conmigo con la condición de que ningún Cainita entre en su fortaleza.

–Sin embargo, este enigmático personaje está dispuesto a admitirte a ti... –dijo Flavia, dejando en el aire el resto de la frase.

–Compartimos intereses comunes en la alquimia –dijo McCann–. Además, a lo largo de los años me he ganado su confianza. Muchos de nuestros objetivos son comunes.

–Qué conveniente –respondió Flavia sarcástica–. ¿Tiene nombre este ser que no es ni vampiro ni mago? ¿Quizá un título?

–Tiene ambos –dijo McCann–, y no te voy a decir ninguno de los dos. Es mejor no saber ciertas cosas. –La mirada del detective recorrió la calle, se levantó y alzó la mano a modo de saludo–. Ahí está Madeleine.

–Salvado por la campana –comentó Flavia mientras la Giovanni esquivaba las mesas para unirse a ellos.

Con una sonrisa siniestra, el Ángel Oscuro observó a Elisha por encima de su vaso intacto. Le habló con voz muy baja, para que nadie más le oyera.

–Vas a ir con McCann a esa fortaleza. Puede que después de vuestro viaje podamos hablar sobre esa visita. Tengo muchas ganas de saber quién vive ahí. –Se pasó la lengua por los labios rojos–. Soy maestra de placeres que tu novia Giovanni apenas podría comenzar a imaginar.

Elisha mantuvo la boca cerrada. El Ángel Oscuro le asustaba. Era la mujer más voluptuosa y sensual que había conocido nunca, pero sabía más allá de toda duda que su alma era de hielo.

–¿Has podido contactar con Pietro? –preguntó McCann mientras Madeleine se sentaba en una silla vacía junto a Elisha, dedicándole una rápida sonrisa. Tenía una expresión extraña. El mago se preguntó qué habría hablado con su abuelo.

–Hablé con él largo y tendido –dijo Madeleine–. Le sorprendió saber que estábamos en Oriente Medio. Como la línea no era segura hablamos de generalidades, recurriendo a recuerdos comunes que sorprendieran a cualquier posible espía. Llevó tiempo, pero fui capaz de advertirle contra la Muerte Roja. Me prometió alertar a los miembros de nuestro clan para que estén vigilantes ante cualquier posible aparición del monstruo. Le prometí que volvería a llamar mañana.

–Te has perdido la última sorpresita –dijo Flavia–. McCann nos va a llevar de excursión a las montañas, pero nosotras nos



quedaremos en la tienda de campaña.

–¿Cómo? –preguntó Madeleine–. ¿Montañas? No comprendo.

–Ni yo –respondió Flavia–, aunque eso no ha detenido a McCann en el pasado.

El detective giró la cabeza fingiendo consternación.

–Pobrecita, apiadémonos de la triste Assamita maltratada. Luchar contra un monstruo legendario no ha sido suficiente para ella. Ya ansia nuevas emociones.

En frases concisas, McCann resumió a Madeleine los planes para los días siguientes. Mientras hablaban, pequeñas líneas de malestar comenzaron a formarse en la frente de la vampira. Cuando el detective terminó, parecía tan enfadada como Flavia.

–¿Cómo vamos a servirle de guardaespaldas si se niega a que le acompañemos en una misión tan peligrosa? –preguntó iracunda–.

Además, no solo está poniendo su vida en peligro, sino también la de Elisha. Dice que este ser valora la intimidad. ¿Qué ocurriría si de repente decidiera que ha revelado demasiado sobre sí mismo a Elisha? ¿Qué ocurriría? –Se detuvo, pero solo por un instante. Sus ojos prometían tormenta–. El clan Giovanni ha estado activo en Suiza en las últimas décadas, trabajando con la industria bancaria. A lo largo de los años se han repetido historias inquietantes sobre un místico sobrehumano que vive en las cercanías de Berna. Estas informaciones aseguran que cualquiera que ve su rostro muere.

¿Puede garantizar que Elisha no sufrirá ese destino? ¿Qué regresará indemne de esa estúpida expedición?

–Mi conocido extiende esas mentiras para asegurarse que nadie le moleste –dijo McCann–. Aunque puede ser bastante insoportable y arrogante por naturaleza, no es cruel. Nunca mataría a nadie sin una buena razón. Acerca de los pocos montañistas que se topan con su escondrijo, borra sus recuerdos sobre el lugar y los libera. Un rastro de cadáveres es mucho más difícil de explicar que un viajero ocasional con amnesia.

–¿Dire McCann llamando a alguien *arrogante*? –dijo Flavia con una risotada–. Es una auténtica pena que no vaya a conocer a esa persona tan notable.

Bajo sus párpados medio cerrados, observó fijamente a Elisha con dos carbones encendidos.

–¿Qué ocurrirá si su amigo no tiene ninguna información útil que darnos, señor McCann? –preguntó el joven mago evitando los ojos de la Assamita. Tratar con ella iba a ser un problema–. ¿Dónde iríamos a

continuación?

–París –dijo el detective–. Tengo una cita con Alicia Varney. Espero que sepa algo que nosotros desconocemos. Le gusta estar informada.

–Tengo muchas ganas de conocer a la famosa señorita Varney –dijo Madeleine–. Pietro maldice su nombre con frecuencia. No conozco los detalles de su desagrado, pero sospecho que se trata de asuntos financieros. A mi abuelo no le gusta nadie que controle una gran fortuna. Debe ser una mujer muy interesante.

–Es única en su especie –respondió McCann–. Estamos muy unidos.

Flavia rió sin humor. Elisha, como ya era frecuente, se sorprendió de las muchas cosas que desconocía.

–Es hora de visitar a Rambam –dijo el detective levantándose de la silla–. Hay algunos detalles que cerrar sobre la Muerte Roja antes de despedirnos.

Se marcharon juntos del café, mientras los clientes varones observaban el contoneo sensual de las caderas de Flavia. A la Assamita le gustaba ser el centro de atención.

La anchura de la calle les obligaba a caminar en parejas, McCann con Flavia y Elisha con Madeleine.

–Pareces contenta con la llamada telefónica –dijo el mago–. Debes haber recibido buenas noticias.

–Fue bastante satisfactoria –dijo Madeleine. Tomándole totalmente por sorpresa, pasó su brazo por debajo del de él. Aunque su piel era fría al tacto, a Elisha no le importaba–. No olvidaré la conversación de esta noche durante mucho, mucho tiempo.

Aunque el mago le preguntó una y otra vez de qué habían hablado, ella se negó a responder.

### ***Sicilia: 2 de abril de 1994***

Don Caravelli estudió cuidadosamente la imagen en el circuito cerrado de televisión. Se trataba de uno de los veinte monitores localizados en el centro de seguridad de su fortaleza. Esa cámara en particular estaba oculta en la parte frontal del centro de conferencias

del edificio. Proporcionaba una imagen panorámica de toda la estancia. Antes de cualquier reunión importante, al Capo de Capi le gustaba espiar a sus subordinados y asegurarse de que no le reservaban ninguna sorpresa. Permanecer al mando de una organización basada en el asesinato y la intimidación requería de una buena dosis de paranoia. Don Caravelli no confiaba en nadie porque no podía permitirse ese lujo.

–¿Ninguno lleva armas? –preguntó a Marius Michaud, jefe de seguridad del complejo.

–Nada que aparezca en nuestros detectores de metal --respondió éste--. Siguiendo sus instrucciones, también fueron registrados a su llegada. Ninguno de ellos estaba armado.

–Bien --dijo Don Caravelli--. Nunca está de más recordarles el poder que tengo sobre sus vidas.

Los treinta vampiros congregados en la cámara no parecían precisamente cómodos, y eso era lo que esperaba. Con toda seguridad ya habrían oído de las ejecuciones de Don Torazon y Don Brusca. Aunque aquellos Cainitas se contaban entre los asesinos más sanguinarios y crueles del mundo, todos compartían un miedo común. Temían a su líder, el Capo de Capi. Como amo absoluto de la Mafia tenía su existencia en sus manos, y era conocido que muy a menudo cerraba estas manos en puños implacables.

Habían acudido desde toda Europa a su llamada. La noche pasada se había corrido la noticia, y como no podía ser de otra manera la respuesta había sido inmediata. Ninguno se atrevía a perderse la reunión. Cuando Don Caravelli chasqueaba los dedos, sus subordinados saltaban. Su palabra era ley.

Satisfecho con que todo estuviera preparado, Don Caravelli dejó la cabina de control y recorrió los cien metros que conducían a la sala de conferencias. Se hizo un silencio absoluto en cuanto apareció por la puerta.

–Amigos míos --declaró, reconociendo su presencia mientras se dirigía al estrado en la parte frontal--. Por favor, sentaos. --Antes de que llegara a su puesto, todos habían obedecido.

»Quiero agradeceros vuestra presencia en esta reunión --comenzó, recorriendo a los congregados con la mirada. Había diecinueve hombres y once mujeres, y todos ellos habían vadeado ríos de sangre para lograr sus puestos como capitanes de la Mafia--. Normalmente no me gusta celebrar reuniones tan apresuradas, pero vivimos tiempos agitados. Necesito vuestra ayuda. Dos mortales que

trabajan con un Vástago determinado amenazan la misma existencia de la Mafia. Deben ser destruidos.

Nadie dijo una palabra. Don Caravelli esperaba silencio. Comprendían que tras aquel lenguaje educado se ocultaba una orden. El Jefe de Jefes no les estaba pidiendo un favor, sino que exigía su obediencia inmediata.

Levantó una mano y la sala quedó a oscuras. Proyectada contra una pared blanca junto a él estaba la fotografía de una joven de gran belleza.

–Estoy seguro de que todos la reconocéis --dijo--. La habéis visto muchas veces en el pasado. Esta mujer de aspecto aparentemente joven e inocente se llama Alicia Varney. La señorita Varney no es ni joven ni inocente. Es uno de los humanos más ricos del mundo, así como el cerebro que se oculta tras los Sindicatos del Crimen de los EE.UU. Durante décadas ha sido uno de nuestros peores enemigos. Ha llegado el momento de librar al mundo de su presencia. Aunque es mortal, una y otra vez ha demostrado ser muy difícil de matar. Muchos de nuestros hermanos lo han intentado, sin éxito. No la subestiméis, ni a ella ni a su compañero. No son humanos ordinarios. No los tratéis como a tales.

La fotografía desapreció, reemplazada un instante después por un boceto del rostro de un hombre.

»El nombre de su amigo es Dire McCann. Trabaja como detective, y en privado asegura ser un mago renegado. Extrañamente no se dispone de fotografía alguna del señor McCann. –La voz de Don Caravelli era terrible--. Encuentro este hecho bastante inquietante. Existen demasiadas preguntas alrededor de este hombre que carecen de respuesta. Lo único seguro es que es extremadamente poderoso.

El Capo chasqueó los dedos y las luces regresaron.

»Los dos mortales saben mucho sobre los Hijos de Caín. Varney es un ghoul, y McCann podría serlo también. Como he dicho, los hechos verificables sobre él son escasos. Creo que los dos se encuentran en algún lugar de Europa, y están involucrados en un insidioso plan de ciertos antiguos de la Camarilla para destruir a la Mafia. Esos insensatos tratan de destruir todo aquello que no pueden controlar. No permitiré que eso suceda, y vosotros tampoco. Vuestro trabajo es encontrar a estos problemáticos mortales, buscarlos allí donde se encuentren. El tiempo se está acabando. Reunid cualquier fuerza necesaria, repito, *cualquier fuerza*, y destruidlos. Rodeadlos, matadlos y traedme sus cabezas. Hacedme feliz y seréis

recompensados. Falladme...

Don Caravelli dejó vagar su voz. No tenía sentido realizar amenaza alguna.

–¿Alguna pregunta?

–Mencionó que ese ganado viaja con Vástagos –dijo Setge Reejmar, de Hungría–. ¿Debemos destruirlos también a ellos?

El Capo sonrió, mostrando sus dientes. Asintió.

–Si es posible –dijo, prefiriendo no comentar la identidad de los compañeros del detective. Cuanto menos supieran de aquel asunto, mejor–. Sin embargo, me preocupan menos los vampiros en su compañía que ellos mismos. McCann y Varney son vuestros objetivos. Extended la noticia. Hasta ahora no son conscientes de nuestro interés en ellos, y así debe seguir siendo. Dejad que descubran que la Mafia está detrás de su cabeza cuando la trampa se cierre, nunca antes. –La mirada del Capo de Capi vagó por la estancia en un amplio arco, abarcando a todos los presentes–. No hay más preguntas –dijo con voz seca–. Tenéis vuestras instrucciones. Obedecedlas. *Quiero sus cabezas.*

Sin más palabras, Don Caravelli abandonó el lugar. Ya había dado los primeros pasos para cumplir su parte del acuerdo con Elaine de Calinot. Sus tropas estaban listas para saltar a la acción, y la Mafia era la red criminal más extendida del Viejo Continente. No había duda de que encontrarían a los humanos, y cuando lo hicieran su muerte sería segura.

Diez minutos después, tras un breve paso por el centro de seguridad, abrió las puertas de su sanctum interior. No se sorprendió al ver a Elaine aguardando su regreso. Esperaba la aparición del miembro del Consejo Interior de los Tremere.

–Parece que no tienes muchos problemas superando las sofisticadas medidas de seguridad de mi ciudadela –señaló mientras se sentaba frente a su pared llena de armas–. Qué deprimente. Debería hacer revisar todos esos aparatos, aunque es posible que sea mucho más rápido despedazar a Marius Michaud.

–Como prefieras –dijo Elaine. Se quedó de pie, apoyada ligeramente sobre su bastón de hechicera. Sus ojos azules y brillantes parecían divertidos–. Ninguna solución te servirá. Las máquinas no tienen nada que hacer contra los antiguos del clan Tremere. Los jefes de seguridad son fáciles de engañar. Soy invisible hasta que decido dejar de serlo.

–Yo no he tenido problemas para verte –respondió Don Caravelli.

–Recuerda mis palabras exactas, asesino –dijo Elaine con una risa–. Considera esta breve demostración una lección.

El jefe de la Mafia abrió los ojos incrédulo. La hechicera Tremere había desaparecido. Elaine y su bastón se habían desvanecido en cuanto había terminado de hablar. Parecía que el suelo se la hubiera tragado. Sus sentidos, mil veces más agudos que los de un humano normal, no podían detectar el menor indicio de su presencia en la estancia. Atónito, se levantó de la silla para observar el lugar en el que había estado... solo para descubrir el filo de una daga tocando su garganta.

–Confío en haber dejado clara mi postura –dijo Elaine mientras bajaba la hoja hacia la mesa y la clavaba. El puñal tembló con la fuerza del impacto–. Muchos vampiros creen comprender la disciplina de la Ofuscación, pero solo unos pocos la dominan realmente. Solo se me ve cuando yo lo deseo.

–Una buena elección de armas –dijo Don Caravelli. Más rápido de lo que el ojo podía seguir, sacó la daga de la mesa y la arrojó al otro lado de la cámara, clavándola con tal fuerza en la pared que se hundió hasta la empuñadura–. Las demostraciones siempre son tan instructivas... Especialmente cuando las llevan a cabo aliados de confianza.

Elaine rió entre dientes.

–Una excelente observación –dijo–. Eres un estupendo asociado, Don Caravelli. Sospecho que debes ser un enemigo terrorífico.

–La sangre de mis adversarios habla por mí –dijo mientras la hechicera se situaba frente al escritorio–. Sus fantasmas tiemblan al oír mi nombre.

–Y, sin embargo, temes la ira de una jovencita –dijo Elaine.

El vampiro maldijo.

–Madeleine Giovanni es la espina de mi existencia. Es una asesina implacable y carece totalmente de compasión. –Una sombra de sonrisa asomó a sus labios–. En realidad, los dos compartimos esos rasgos. A pesar de sus orígenes, Madeleine podría haber sido confundida con uno de mis chiquillos. Esa puta es mi Némesis.

–Será detenida –dijo Elaine–. Es mi parte en nuestro trato. Cumple la tuya y la Daga de los Giovanni no volverá a representar una molestia para ti.

–La caza ha comenzado –declaró Don Caravelli–. Si como me has dicho, los humanos están en Europa, mis agentes darán con ellos. Descubrir que uno de los dos era Alicia Varney fue un placer

inesperado que eleva las apuestas aún más. Su muerte está asegurada, así como el fin de Dire McCann.

–Eso espero –dijo Elaine–. Por tu bien. –La mujer rubia se detuvo un instante–. Dile a tus soldados que presten una especial atención a París. Tengo la fuerte sensación de que esos dos molestos mortales aparecerán en la Ciudad de las Luces.

–¿París? –repitió Don Caravelli, tratando de no mostrar curiosidad en su voz. Sentía que en aquel comentario había mucho más que una mera sospecha.

–Corren historias, rumores sin confirmar, sobre un antiguo vampiro Nosferatu que habita en los túneles bajo las calles de la metrópolis –dijo Elaine–. Según estos rumores, su nombre es Phantomas. Creo que McCann y Varney le están buscando.

–Bien –dijo Don Caravelli eligiendo sus palabras cuidadosamente–. Podremos tender un cebo empleando ese nombre. ¿Sabes el motivo por el que buscan a este Cainita en particular?

–No tengo ni idea.

El Capo asintió, sintiendo su mentira.

–No importa –declaró–. Su nombre bastará.

–Mátale si interfiere con tus planes –terminó la hechicera.

–Por supuesto. Mi palabra es ley. No dejaré que nadie me detenga.

Sin embargo, antes de destruir a Phantomas tenía la intención de sacarle todos sus secretos, especialmente aquellos que tanto preocupaban a Elaine de Calinot. La Tremere tenía razón: Don Caravelli era un enemigo peligroso, y no confiaba en nadie. Ni siquiera en sus aliados.

## \_\_\_\_\_ 10 \_\_\_\_\_

### ***París, Francia: 3 de abril de 1994***

Se decía que si una persona se sienta el tiempo suficiente en el Café de la Paix, frente al Teatro de la Ópera de París, todo el mundo pasará frente a él. Aunque los tiempos habían cambiado desde la primera vez en que se dijo aquella frase, el restaurante al aire libre aún servía como principal punto de la ciudad para ver a la gente. Era un nudo alrededor del cual parecía girar toda la metrópolis.

Había algunos lugares más grandes que el Café en la Ciudad de las Luces, pero no muchos. Se trataba de un punto favorito de ricos y poderosos, de famosos y de aquellos que deseaban la fama, de notorios y de los que ansiaban la notoriedad. Los precios, como el lugar eran magníficos. Una merienda en el Café permitiría pagar dos entradas para la Ópera. Solo los más ricos o insensatos se permitirán algo más que un café y unas pastas. Los mejor situados bebían vino mientras observaban al populacho de Francia pasar frente a ellos.

La joven pareja sentada en una pequeña mesa en la parte trasera llamaba poco la atención de los clientes de media tarde. Su aspecto era el de dos personas muy adineradas y profundamente concentradas en su conversación. A esa gente era mejor dejarla en paz. Un ligero parecido indicaba que se trataban de hermano y hermana, no de amantes. Ninguno de los camareros recordaba cuándo habían llegado ni lo que habían pedido, pero eso no parecía importar. Con aquella pareja siempre era así.

El hombre era alto, aunque delgado, con el cabello rubio y los ojos azules y claros. La piel era del color del bronce. Estaba vestido con una camisa blanca de manga corta y pantalones del mismo color, igual que los calcetines y los zapatos.

Su hermana llevaba un *top* y una falda blancos de punto, unas medias claras y zapatos blancos de tacón alto. Un intrigante patrón de estrellas y cruces subía por las medias de nailon. Su cabello era pelirrojo, y tenía los ojos tan radiantes como los del hombre. Su figura haría que los varones, especialmente los parisinos, se detuvieran a mirar. Extrañamente, a pesar de su aspecto, no atraía la atención de nadie.

Hablaban en tono normal, riendo y charlando, pero sus palabras nunca llegaban más allá de su mesa. De vez en cuando uno de los dos miraba a la calle como si esperara ver a alguien conocido. No tenían prisa. Los acontecimientos se estaban desarrollando tal y como estaba previsto.

—¿Cuándo llegará Alicia? —preguntó la mujer, que se hacía llamar Rachel Young. A lo largo de los siglos había sido conocida como Leah, Mareth, Tablis, Seramis, Elizabeth, Jill y cien nombres más. Solo su hermano y su padre conocían su verdadero nombre, que llevaba perdido más de siete mil años.

—Creo que tomó un vuelo privado ayer por la noche —respondió el hombre. Se hacía llamar Reuben, y en el pasado había asumido tantas personalidades diferentes como su hermana. Eran gemelos—.



Espero que llegue con Jackson al Café a primera hora de la noche. McCann nunca parece actuar de día. Rehuye el sol.

–Eso he notado –dijo Rachel–. Observarle en acción ha sido una experiencia que da que pensar. No soy capaz de determinar la relación exacta que guarda con Lameth. A veces no parece ser más que un detective inteligente con gusto por lo melodramático. Luego, inesperadamente, demuestra poseer un poder extraordinario, o menciona acontecimientos que tuvieron lugar hace cincuenta siglos. Ese hombre es un enigma ambulante.

–No es un ghoul como Alicia –dijo Reuben–, ni un mago como asegura. –El joven negó con la cabeza–. Es único. Sospecho que nunca descubriremos el secreto de Dire McCann.

–Yo no me rindo tan fácilmente –dijo Rachel–. Una vez termine este asunto con la Muerte Roja pretendo descubrir todo lo posible sobre él.

Rió. Se trataba de un sonido seductor que provocaría escalofríos en un sacerdote, pero ningún hombre en el Café reaccionó. Reuben y Rachel no deseaban ser oídos, o notados, y todo lo que deseaban *sucedía*.

–Espero que tengas esa oportunidad –dijo Reuben–. La Muerte Roja está dispuesta a hacerse con el poder de la Camarilla y del Sabbat. Si McCann y Varney no logran contactar pronto con Phantomas, el mundo podría hacerse incómodamente cálido.

Rachel torció el gesto.

–Si los Sheddim se introducen en nuestra realidad se producirá una gran catástrofe. Tendríamos que intervenir directamente en los asuntos de la humanidad, lo que crearía todo tipo de problemas.

–Por no mencionar que se nos harían muchas preguntas que no querríamos responder –dijo Reuben–. No, nuestro plan original es el mejor. Hemos hecho todo lo posible por conducir a Lameth y a Anis en la dirección correcta para que se enfrenten a la Muerte Roja y la destruyan. De ellos depende rematar el trabajo.

–Phantomas ha averiguado al menos parte de la verdad sobre la Muerte Roja –dijo Rachel–. Posee un increíble talento para tomar informaciones totalmente aisladas y unir las en un asombroso mosaico. Su deducción fue brillante.

–Recopilar su enciclopedia durante el último milenio le ha dado un importante conocimiento sobre la mente de los Cainitas –dijo Reuben–. Su saber le permite desvelar las tramas más complejas como una madeja.

–Es una suerte que no sepa tanto sobre nosotros –dijo Rachel con los ojos brillantes–. Me gusta la intimidad.

–La suerte le permitió relacionarme con Khufu –dijo Reuben, sonriendo–. Ese es el problema de tener tus rasgos tallados en una piedra. No importa demasiado. McCann dedujo nuestras identidades cuando habló con Maimónides, y el egipcio nos conoce y sabe de nuestro trabajo.

–Nuestro amigo en Suiza no dirá nada acerca de nosotros –añadió Rachel–. Después de todo, fuimos los que le proporcionamos gran parte de los documentos originales sobre Baba Yaga que envió a McCann. Además, el detective tiene tantos secretos propios que no creo que vaya extendiendo historias sobre nosotros.

–Eso creo yo –dijo Reuben encogiéndose de hombros–. Apuesto a que Padre nunca tuvo este tipo de problemas para pasar desapercibido.

–No es fácil ocultarse cuando tratas de manipular la historia –rió Rachel.

Reuben le sonrió.

–Hablando de eso –dijo cambiando de tema–. Supongo que has estado vigilando los distintos planes de Elaine...

–Eso creo –dijo Rachel–. Tiene un formidable talento para tejer hechizos de ocultación. Por suerte, yo soy mejor. Sus recientes esfuerzos han complicado la partida, hay que admitirlo.

–Hay muchos matones de la Mafia recorriendo las calles –respondió Reuben.

–No podemos hacer demasiado al respecto. Elaine jugó su as al reclutar a Don Caravelli. Controla a una horda de criminales que está por todas partes.

–Me sentiría muy defraudado si Alicia o Dire McCann fueran abatidos por un pistolero mafioso antes de tener la oportunidad de encontrar a Phantomas –dijo Reuben.

–Sería terriblemente anticlimático –respondió sombría Rachel–. Por suerte, ya han demostrado una increíble capacidad para defenderse. Las calles de París podrán teñirse de rojo, pero no creo que la sangre pertenezca a ninguno de ellos dos.

–Ha llegado el momento de movernos –dijo Reuben–. Alicia viene hacia aquí. La siento moverse por la ciudad. Aunque verla es todo un placer, creo que no sería prudente que ninguno de los dos estuviera por aquí cuando llegara.

–¿Qué hay de la factura? –preguntó Rachel–. Ese vino era una

añada muy buena.

–Ninguno de los camareros recordará habérselo traído  
–respondió su hermano–. No está anotado en ningún pedido. Van a tener problemas para cerrar la facturación.

–Cualquiera que se quede con la propina logrará encontrar una solución –dijo Rachel–. Recuerda que esto es París, donde la inventiva lo consigue todo.

–Me encanta París en primavera.

–Y a mí en otoño. Suponiendo que siga existiendo para entonces...

–Esperemos que sí –terminó Reuben. Su tono era sombrío y no carecía de un tono de desesperación–. La Mascarada de la Muerte Roja está casi completa. En Linz las caretas caerán definitivamente, y los Sheddin triunfarán o serán destruidos.

## \_\_\_\_\_ 11 \_\_\_\_\_

### ***Berna, Suiza: 3 de abril de 1994***

El avión aterrizó en suelo suizo pocos minutos después de medianoche. Una limosina Mercedes de color negro estaba esperando a McCann y a Elisha en la terminal. Flavia no parecía muy contenta, igual que Madeleine Giovanni.

–No me gusta esto, McCann –dijo mientras el conductor esperaba paciente a unos metros. Se trataba de un hombre altísimo y esquelético, de rostro lampiño y oscuro y expresión totalmente neutra. Vestía de negro riguroso y decididamente no era suizo. Elisha pensó que debía ser árabe–. Podríais estar dirigiéndoos a una trampa. ¿Cómo podremos Madeleine o yo acudir en vuestra ayuda si no sabemos dónde habéis ido?

El detective rió.

–Estoy seguro de que Madeleine ya es más que capaz de localizar a Elisha aunque estuviera enterrado en el fondo de un glaciar.  
–Viendo la expresión en los ojos de la Giovanni, McCann se apresuró–. Claro, que no debe preocuparse de que pueda ocurrir nada de eso. Todo el viaje se ha preparado por teléfono. Os juro que no necesitaremos ayuda alguna. Elisha y yo no tendremos ningún problema, y probablemente descansemos mejor que vosotras dos.

--Mis contactos en la ciudad nos han procurado un cómodo chalé --dijo Madeleine con una voz fría como el viento de la noche--. Nos servirá en el poco tiempo que estemos aquí. Flavia y yo estaremos bien, lo que no significa que aprobemos esta ridícula aventura. Me opongo terminantemente a que aceptéis tantos riesgos sin un objetivo claro. Deberíamos estar persiguiendo a nuestro enemigo, no haciendo expediciones innecesarias a los Alpes para hablar con extraños desconocidos.

--Necesitamos información --dijo McCann. El detective parecía exasperado, y Elisha no podía culparle. Aunque no conocía a Madeleine desde hacía mucho, sabía que su tozudez podía frustrar a la voluntad más férrea. Aún la encontraba increíblemente fascinante, pero tenía sus defectos--. Espero obtener algunas pistas muy valiosas de esta visita. Juzgado por vosotras mismas cuando regresemos, ¿de acuerdo?

--Sigue sin gustarme --gruñó Flavia, que observaba al chofer--. ¿Cómo sabemos si podemos confiar en ese personaje? Tenemos enemigos por todas partes.

--Su nombre es Ectabana --dijo McCann, haciendo un gesto al conductor para que se acercara--. Me ha servido como chofer muchas veces en el pasado, y es un leal sirviente de su maestro. Os aseguro que no es posible obligarle a cometer una traición.

Flavia observaba al hombre de piel oscura con una mirada suspicaz, pero éste aguantó sin moverse. Tras unos instantes, la Assamita se volvió y sacudió la cabeza con frustración.

--Su mente es férrea como una piedra --declaró--, y está cerrada a mis pensamientos. Podría tratarse de un Assamita en forma mortal. Su maestro, tu amigo, debe ser una persona interesante para lograr tal devoción.

--El señor McCann parece tener un rango extremadamente amplio de conocidos --señaló Madeleine.

--Si vives lo suficiente --dijo el detective tomando a Elisha por el codo--, terminas conociendo a toda clase de gente interesante, incluyendo a dos fascinantes señoritas. Elisha y yo nos reuniremos con vosotras mañana por la noche en el chalé. Hasta entonces, no os metáis en líos. Nada de fiestas salvajes.

El detective hizo un gesto al conductor.

--Vámonos, Ectabana. Hemos perdido demasiado tiempo hablando.

--Sígueme, caballeros --dijo el hombre con una voz seria como

sus rasgos—. Mi maestro espera.

La limosina disponía de un bar portátil y de ventanas tintadas. Era imposible ver el interior de la sección de los pasajeros desde fuera, pero tampoco se podía ver nada desde dentro. Elisha, que esperaba haber podido contemplar los Alpes, no estaba muy contento.

—Algo que aprendí de mis anteriores visitas a Suiza —dijo McCann respondiendo a la pregunta muda mientras Ectabana salía del aeropuerto—, es que no es aconsejable mirar por las ventanas en este país. La caída suele ser de varios kilómetros. Los Alpes es mejor verlos desde un lugar estable.

—No me gustan las alturas —admitió Elisha—. En Israel no hay muchas montañas.

—Bueno, y en Suiza no tienen demasiado desierto —sonrió el detective—. Mi amigo está familiarizado con ambos tipos de terreno. Como habrás adivinado, valora enormemente su intimidad. Nadie conoce la localización exacta de su fortaleza. Parece encontrarse en algún lugar en las montañas que rodean Berna. Aunque confía en mí más que en la mayoría, estoy seguro de que las puertas y ventanas no se abrirán hasta que lleguemos a nuestro destino.

—¿Cuánto tardaremos en el viaje? —preguntó el mago.

—Unas dos horas. Por supuesto, podríamos estar conduciendo en círculos la mayor parte del tiempo, estando el lugar a veinte minutos del aeropuerto. Solo Ectabana lo sabe con seguridad, y nunca abrirá la boca.

—Flavia parecía impresionada con él —dijo Elisha—. Me pareció algo sorprendente.

—No hace cumplidos a la ligera —respondió el detective—. Tendré que mencionarle sus palabras a mi amigo, aunque dudo que signifiquen mucho para él. Odia a los Vástagos y desconfía de ellos, aunque tiene algún respeto por los Assamitas.

—Mencionaste la Yihad —dijo Elisha—. No sabía que involucrara a los humanos, además de a los vampiros.

—Mi amigo es algo más que humano, como descubrirás dentro de poco. Ahora, cálmate y relájate. No he tenido mucho tiempo últimamente para concentrarme en mis problemas con Flavia y Madeleine molestándome constantemente. Necesito ordenar mis ideas antes de que lleguemos.

—Pero...

—Silencio —respondió McCann.

Elisha, al que Rambam había enseñado que siempre había que

respetar a sus mayores, ahogó los miles de preguntas que ardían en su mente. Cerró los ojos y se recostó en los cómodos asientos de la limosina, sabiendo que estaba demasiado excitado como para descansar.

\* \* \*

La mano de McCann sobre su hombro le despertó pocos minutos antes de su llegada.

–Lo siento –dijo el mago aturdido mientras se frotaba los ojos. Tenía los dedos rígidos–. No creía que me fuera a dormir.

–No pasa nada –dijo McCann, señalando una botella de vino vacía en la papelera aneja al bar–. Unos cuantos vasos de un excelente Zinfandel me hicieron compañía. He agradecido el silencio.

–¿Ya llegamos a la fortaleza? –preguntó Elisha estirándose en el asiento.

–Llegaremos de un momento a otro, según Ehtabana –respondió el detective.

–Espero que Madeleine esté bien –preguntó el mago, cuyos pensamientos vagaron por un momento–. Parecía disgustada con no poder acompañarnos.

–No me preocuparía por eso –sonrió McCann–. Madeleine Giovanni ha logrado sobrevivir casi cien años como una de las principales asesinas del mundo. Sospecho que aunque conocerte haya sido todo un acontecimiento en su gris existencia, no habrá perdido ninguna de sus habilidades o talentos. Sobrevivirá sin ti durante un día.

Elisha sintió cómo la sangre le acudía a las mejillas. Sabía que se estaba sonrojando.

–El coche se ha parado –dijo McCann, ahorrándole al joven una mayor vergüenza–. Hemos llegado.

Un instante después, Ehtabana abrió la puerta derecha de la limosina.

–Caballeros, por favor, síganme. Mi maestro espera su presencia en la sala de recepción.

El maestro del chofer se encontraba sentado en un sillón de aspecto cómodo frente a una pequeña mesa de cóctel en una sala decorada exclusivamente en azul y dorado. A su lado había un alto mayordomo, vestido totalmente de negro y con rasgos tan oscuros e impasibles como los del otro.

–Amigos míos –dijo el misterioso amigo de McCann, poniéndose en pie cuando entraron en la estancia–. Bienvenidos a mi hogar. Me alegro de veros a ambos. Por favor, sentaos.

El hombre señaló dos sillas frente a él. El detective tomó la de la izquierda y Elisha la otra. Eclabana giró hasta el otro lado de la mesa y se situó junto a su maestro, en el lado opuesto al mayordomo.

–¿Algo que beber después de vuestro largo viaje? ¿Quizá algo de comer?

–Estoy bien –dijo McCann–. Bebí algo de vino en el coche, pero Elisha podría querer algo.

–Un vaso de ginger ale estaría bien –dijo Elisha titubeante–. Y tengo algo de hambre. Solo tomamos un aperitivo en el avión.

El hombre miró a su mayordomo.

–Ya has oído. Un vaso de ginger ale para nuestro joven amigo. Yo tomaré lo de siempre. Dile al chef que prepare algo especial. Podemos comer mientras hablamos.

Aquel breve intercambio dio al mago unos segundos para escrutar a su anfitrión sin ser demasiado indiscreto. Parecía tener unos veinticinco años, muy pocos más que él mismo. Mediría un metro ochenta y vestía pantalones oscuros y camisa dorada. Aun sentado, parecía estar en una condición física excelente. La mandíbula era fuerte, la nariz de halcón, el cabello negro y la piel del color del oro fundido. El ojo derecho brillaba inteligente; el izquierdo estaba cubierto con un parche enojado.

–Como desee –murmuró el sirviente–. Así se hará –dijo inclinándose ligeramente y saliendo de la estancia.

–Khemis es tan melodramático –dijo el hombre riendo mientras devolvía su atención a McCann y a Elisha–. Le encanta impresionar a los invitados. Normalmente dice "Sí, jefe".

McCann sonrió.

–Les estás dejando ver demasiadas películas de Indiana Jones en la televisión, Príncipe.

–Más bien de Jeeves y Bertie Wooster que del Dr. Jones –respondió el hombre–. Pero Khemis, a pesar de todo, es muy eficaz. Aquí están las bebidas.

Elisha observó su vaso, una copa de cristal terminada con un borde de oro puro. Debía valer millones. Casi parecía sacrilego emplearla para beber un refresco.

–Aún no me has presentado a tu joven protegido, McCann –dijo el anfitrión mientras daba un sorbo de un líquido ámbar de una copa

similar.

–Lo siento –dijo el detective–. He olvidado mis modales, Príncipe. Me honra presentarte a Elisha Horwitz, estudiante del notable erudito y mago Moisés Maimónides. Elisha, el Príncipe Horus de Egipto.

Su anfitrión inclinó ligeramente su cabeza.

–Es un placer Elisha. Rambam me ha hablado sobre tu don extraordinario. Veo por tu aura que no exageraba en absoluto.

El joven mago enrojeció. A veces tenía la sensación de que su maestro había hablado de sus habilidades con todos los demás magos del mundo. No le importaba, pero le preocupaba tener que cargar con unas expectativas tan grandes.

–¿Ha asumido el título del antiguo dios celeste egipcio, Príncipe? –preguntó, tratando de sacar conversación. Para mantener su verdadero nombre en secreto, muchos magos adoptaban como alias la identidad de famosos seres mitológicos.

Horus rompió a reír mientras McCann lanzaba un gran suspiro. Elisha se sonrojó aún más, consternado y preguntándose qué había hecho mal.

–Un error normal –dijo el Príncipe limpiándose las lágrimas de los ojos–. No empleo el nombre de Horus, Elisha. Soy Horus, hijo de Osiris e Isis, hermano de Anubis y sobrino de Set el Corruptor. Aunque no soy un dios, soy uno de los pocos inmortales del mundo. Puedo ser muerto, pero nunca detenido. Soy *una momia*.

## \_\_\_\_\_ 12 \_\_\_\_\_

### ***Los Alpes Suizos: 3 de abril de 1994***

–Déjenme ver si lo he entendido todo –dijo Elisha media hora más tarde. Había absorbido demasiada información en demasiado poco tiempo. No era fácil mantenerse al día cuando se estaba con Dire McCann–. Puede ser asesinado, pero antes o después su espíritu y su cuerpo se reunifican y vuelve a la vida, con el mismo aspecto exacto que antes.

–Es parte del secreto conocido como el Hechizo de la Vida –dijo Horus, metiéndose una uva en la boca. En la mesa que les separaba había una enorme bandeja con frutas, quesos y pasteles exóticos. El príncipe se concentraba en las uvas rojas. Elisha comía queso y



McCann, como era habitual, no probaba bocado.

»Mi madre Isis, una brillante hechicera, descubrió la fórmula hace casi cinco mil años. La empleó para salvarme de la ira de mi tío Set, que pertenecía a los Condenados. No estoy seguro de si le debo las gracias o mi odio eterno. Cuando se le ofreció la misma oportunidad para lograr la inmortalidad, ella rechazó el regalo. Isis pasó hace milenios a las tierras de los muertos. Me dejó solo para pelear con mi tío y sus hordas de vampiros.

–Has logrado reclutar un buen número de soldados a lo largo de los siglos –dijo Dire McCann.

Horus apartó el comentario con un gesto.

–Varias decenas de criados leales me sirven en mi eterno conflicto contra el Corruptor –declaró–. ¿Pero cómo un puñado de momias puede prevalecer contra las hordas de los Seguidores de Set? Cada vez que su número disminuye, los Setitas se limitan a Abrazar a una nueva legión de acólitos.

–Podrías dejar de luchar –dijo McCann.

–Nunca –protestó el príncipe, iracundo–. Set destruyó a mi padre, Osiris, y a mi hermano, Anubis. Me hizo perder un ojo. Ese monstruo es el señor de las tinieblas y de la corrupción. Como hijo del sol, mi misión sagrada es poner fin a su maldad.

–Suponía que dirías eso –sonrió el detective.

–¿Puedo hacer una pregunta? –intervino Elisha.

–Por supuesto –invitó Horus. Su furia había desaparecido con la misma velocidad con la que había llegado–. ¿Qué deseas saber?

–Aunque controla vastos poderes mágicos, es mortal y es posible matarle. Cuando eso ocurre, su alma abandona su forma física y mora en el mundo espiritual. Tras varios años, su cuerpo se regenera, su alma regresa y usted renace. ¿Es correcto?

–Es una explicación extremadamente simplificada, pero esencialmente correcta –dijo Horus.

–Entonces –siguió Elisha–, si su alma debe reunirse con el mismo cuerpo, ¿por qué no destruyen sus enemigos su cuerpo mientras está vacío? Eso rompería el ciclo y anularía el Conjuro de la Vida.

–Lo han intentado –replicó Horus con una extraña sonrisa en los labios–. No una, sino numerosas veces. Como mucho, durante uno de los intentos, mi tío fue capaz de sacarme el ojo izquierdo y destruirlo. El Conjuro de la Vida incluye la ingestión de poderosos elixires y pociones, así como en el canto de numerosas plegarias místicas.

Juntos, conceden tanto la inmortalidad como proporcionan a mi cuerpo una invulnerabilidad limitada. Puedo ser gravemente dañado, incluso cortado en pedazos, pero a lo largo de los años, las décadas o puede que los siglos, mi forma se regenera y se recompone. --El príncipe negó con la cabeza--. Aunque deseara terminar con mi propia existencia, sería incapaz. Como momia, estoy destinada a caminar eternamente por la Tierra.

--Cuando Rambam supo que pensaba visitar a Horus --dijo McCann--, me pidió que te trajera. Sospecho que espera que algún día llegues a estudiar con el príncipe. Horus es el mayor alquimista del mundo.

--Estaría encantado de tenerte como estudiante, Elisha --dijo el príncipe--. Tus habilidades de mago y mis enseñanzas combinadas serían una mezcla interesante. Sin embargo, McCann es demasiado modesto. Lameth, el Mesías Oscuro de los Vástagos, ha sido considerado desde hace mucho tiempo como el alquimista supremo de la historia. McCann conoce muchos de los secretos de su mentor. Hemos pasado muchas, muchas horas juntos en mi laboratorio, tratando de reformular antiguos elixires empleando ingredientes modernos.

Elisha mantuvo la boca cerrada, pero dejó que sus pensamientos vagaran libres. A bordo del barco que les llevó desde Estados Unidos hasta Israel, Madeleine le había entretenido contándole diversas leyendas sobre el Matusalén de la Cuarta Generación conocido como Lameth, el Mesías Oscuro. Había sido una lección fascinante.

Según la versión más ampliamente aceptada de la leyenda, Lameth había sido un poderoso mago atlante Abrazado hacía muchos miles de años por un Antediluviano. Buscando alivio de la sed de sangre que acosaba a todos los vampiros, había inventado un elixir mágico capaz de inducir artificialmente la Golconda. Beber aquella poción producía la paz interior que buscaban muchos de los Hijos de Caín. Tal poción podía ser la salvación de los Condenados. Sin embargo, en vez de compartir su descubrimiento con el resto de los suyos, Lameth dividió el elixir con su amante, Anis, y después destruyó la fórmula. Ambos vampiros desaparecieron de la vista y no volvieron a aparecer jamás. La traición de Lameth nunca llegó a ser explicada. A lo largo de los siglos fue conocido como el Mesías Oscuro, ya que solo él poseía el secreto de la salvación de su raza.

Elisha, que sabía que el tiempo y la historia tendían a distorsionar los hechos, sospechaba que en aquella leyenda solo había una

pequeña parte de verdad. Sin embargo, no podía sino preguntarse si, miles de años después, Lameth se lo estaba volviendo a pensar.

–Basta de hablar del pasado –dijo McCann molesto. Como siempre, cada vez que las conversaciones giraban hacia el Mesías Oscuro parecía ansioso por cambiar de tema–. Tenemos que hablar del presente. Estoy especialmente preocupado por un vampiro que se hace llamar la Muerte Roja. ¿Fuiste capaz de descubrir algo sobre su paradero?

–Me temo que no –dijo Horus–. Se ha hablado mucho de él desde que se anunció el Cónclave, pero no hay hechos.

–¿Cónclave? –preguntó el detective–. ¿De qué estás hablando?

–Suponía que lo sabías –respondió Horus–. Es evidente que estaba equivocado. Karl Schrekt, el Justicar Tremere, ha llamado a los más poderosos Vástagos de Europa a un Cónclave la próxima semana en su castillo de Austria. El tema de la reunión será la Muerte Roja.

McCann silbó.

–Un Cónclave con la élite de la Camarilla como invitados. ¿Qué mejor lugar para que la Muerte Roja y los suyos lleven a cabo sus diabólicos planes?

–¿Crees que el monstruo se atrevería a atacar el poder combinado de decenas de vampiros? –preguntó Horus–. Por mucho que odie a los Hijos de Caín, respeto su poder. Enfrentarse a ellos en grupo sería un suicidio.

El detective asintió.

–Estoy de acuerdo, pero la idea es clara. –Sus rasgos se torcieron con enfado–. El momento es el adecuado. La Muerte Roja y los Hijos de la Noche del Terror están rodeados por demasiados misterios. Deben tener un plan, pero no tengo ni idea de cuál puede ser.

–Fui capaz de descubrir algo sobre la situación en Australia –dijo el príncipe.

–¿Los asesinatos? –preguntó el detective.

Durante el curso de la primera reunión en casa de Rambam, Dire McCann había descrito los extraños sucesos en Australia, Rusia y Sudamérica. Los Nictuku se habían alzado en aquellos tres lugares. El más peligroso de ellos era Baba Yaga, la Bruja de Hierro, que había retomado el control en Rusia y que amenazaba a los Vástagos de Europa Occidental. Igualmente terroríficos, pero mucho menos activos, eran Nuckalavee, el Desollado, y Gorgo, La Que Aúlla en la

Oscuridad.

–Justo después de tu llamada telefónica --dijo Horus--, envié tres agentes desde Brisbane a Darwin. Tenían instrucciones estrictas para investigar los asesinatos pero por lo demás no intervinieron. Lo último que quería era que un monstruo vampírico conocido por los aborígenes como "el Devorador de Calaveras" los matara.

–Nuckalavee era considerado el menos inteligente de los Nictuku --dijo McCann--. Solo era remotamente humano antes de ser Abrazado por Absimiliard. Después se convirtió en una abominación destructora y atacaba a cualquiera que se cruzara en su camino, vivo o no-muerto.

–Un total de cuarenta y siete personas fueron asesinadas en el transcurso de tres días --dijo Horus--. Cada noche, a pesar de las elaboradas medidas de seguridad, los colonos de los distritos exteriores eran cazados en sus hogares, así como todos los animales de la zona. En todos los casos la cabeza de las víctimas era arrancada del cuerpo con el mordisco de unos dientes gigantescos. No se encontró rastro alguno de los cráneos.

–Ni se hallará --aseguró McCann.

–Las muertes terminaron tan abruptamente como empezaron. Tres noches de locura y se acabó. No se halló pista alguna sobre la identidad del asesino. Dos días después de la última muerte, los aborígenes que habían bajado hasta Darwin en un éxodo masivo comenzaron a regresar a casa. El gobierno local, por supuesto, trató de llevarse el crédito por la marcha de los nativos. Sin embargo, mis agentes dejaron claro en sus informes que el motivo no tuvo nada que ver con la política. De algún modo, los aborígenes sintieron que el peligro había pasado. Nuckalavee había regresado al letargo y podían marcharse con seguridad.

–Ha vuelto a su tumba bajo las Cordillera Macdonell --dijo McCann--. Una historia muy extraña.

–Las noticias sobre el horror al que has llamado Gorgo son mucho más inquietantes --dijo Horus--. Mis agentes en Sudamérica no han encontrado rastro alguno de ella en Buenos Aires. No hay duda de que acabó con toda la población vampírica de la ciudad para luego desaparecer. No dejó pista alguna sobre su siguiente paradero. El monstruo sigue libre. Si fuera tú, me cuidaría cuidadosamente las espaldas.

–¿He de asumir que no regresó a su tumba como Nuckalavee?  
Horus negó con la cabeza.

–No. Mis hombres lo comprobaron. Las cavernas son el lugar de un importante proyecto arqueológico, y cualquier problema en la zona hubiera sido detectado. Sin embargo, sí descubrieron algo que encontrarás interesante.

–Malas noticias, con toda seguridad –dijo McCann.

–¿Cómo no? –rió el príncipe sin humor–. Los científicos en la excavación quedaron sorprendidos por un pequeño misterio en la entrada de la red subterránea. Fotografías de la zona tomadas hace cinco años muestran una pequeña colina que cubre un pasadizo descendente. Por eso no se descubrieron hasta hace poco los túneles: estaban ocultos a la vista. Sin embargo, no existe información alguna sobre otra expedición en la zona. Quienquiera que rompiera el sello de las cuevas, lo hizo y se marchó.

–La Muerte Roja nunca haría algo así –dijo McCann–. Él y su progenie temen a los monstruos. Creen que su regreso señala la llegada del Apocalipsis. Sin embargo, si los Hijos de la Noche del Terror no los liberaron, ¿quién fue?

–Lo mejor de los Vástagos –dijo Horus–, es que, no importa el crimen, siempre hay numerosos sospechosos.

–¿Qué hay de Baba Yaga? –preguntó McCann, sacudiendo la cabeza como si tratara de apartar aquella información de su mente–. ¿Sigue también libre? Ya que estamos puestos, prefiero oír todas las malas noticias a la vez.

–No seas demasiado pesimista, McCann –dijo el príncipe–. La Bruja de Hierro está teniendo muchas dificultades para controlar las Repúblicas Soviéticas. Baba Yaga y sus servidores permanecen firmemente anclados en el pasado. Son incapaces de tratar con una población que quiere cambios inmediatos. Mis agentes me informan de que se está preparando la revolución en varios estados rusos clave. En los meses venideros van a darle problemas a la bruja. Yeltsin no es un líder fuerte, y la Mafia ya ha establecido un poderoso sindicato del crimen en Moscú. El Ejército de la Noche no es tan poderoso como muchos creen. Tiene problemas para encargarse de los Tremere... y de los Garou.

Horus sonrió con satisfacción.

»La Bruja de Hierro va a aprender una lección que los usurpadores han descubierto a lo largo de la historia. Robar una corona es fácil. Lo complicado es conservarla.

–Y lo dice alguien que ha tenido una gran experiencia en tales asuntos –dijo el detective, relajando el ambiente.

--Si no fuera por las maquinaciones del Corruptor y sus lacayos --dijo Horus solemne--, Egipto aún gobernaría el mundo bajo mi guía. --Su expresión orgullosa dejaba claro que no estaba bromeando.

--Mejor tú que la Muerte Roja --respondió McCann--. Si no descubro los próximos movimientos del monstruo me temo que eso podría pasar... aunque el mundo también podría verse consumido por las llamas.

--Te teme, McCann --dijo Horus--. El monstruo y su progenie sienten que amenazas sus planes. Descubre el motivo y descubrirás sus planes.

--Por desgracia --dijo McCann--, eras mi última y mejor esperanza en ese aspecto. No tengo la menor idea de dónde encontrar al monstruo, y si no doy con él nunca podré detenerlo.

--Sé muchas cosas --dijo Horus--, pero hay otro cuyo conocimiento de los recientes acontecimientos sobre tu raza empequeñece los míos. Aunque esta misteriosa figura trata de permanecer oculta, a lo largo de los años la he detectado acechando en las redes informáticas, escamoteando información del mismo modo que yo hago con cientos de fuentes diferentes. Es un maestro sin igual a la hora de robar secretos.

--¿Es hombre o vampiro? --preguntó el detective.

--No estoy seguro. Sin embargo, parece especialmente interesado en las transmisiones relacionadas con los antiguos de los diferentes clanes. Por lo que sé, yo diría que se trata de uno de los Condenados.

--¿Conoce su nombre? --preguntó Elisha.

--No --admitió el príncipe--. Es un fantasma en la red. Sin embargo, comprobando cuidadosamente el sistema de retransmisión europeo, he sido capaz de situar su morada en una ciudad determinada.

--¿Cuál es? --preguntó McCann.

--París --dijo Horus--. Ese escurridizo fantasma que habita en el ciber mundo vive en París.

--Qué conveniente --sonrió Dire McCann--. Ese es nuestro próximo destino.

### **París: 3 de abril de 1994**

–¿Ha estado alguna vez en el interior del Palacio de la Ópera de París, señor Jackson? –preguntó Alicia mientras el *maitre* en el Café de la Paix les conducía hasta su mesa.

–No puedo decir que sí, señorita Varney –respondió el guardaespaldas, contemplando el enorme edificio al otro lado de la calle–. Nunca fui un gran aficionado a la ópera. He estado en París algunas veces en el transcurso de mis viajes, pero nunca había visitado esta zona. –Observó la carta y no pudo reprimir un escalofrío–. Demasiado caro para mí, debo admitir.

–El dinero no puede comprar la felicidad –sonrió Alicia–, pero ayuda a hacer soportable el sufrimiento. Creo que beberé champaña. ¿Le apetece un vaso de vino?

–Tomaré una cerveza –dijo Jackson–. ¿Tendrán galletitas saladas?

–Nos quedaremos con un aperitivo de pastel de trufa de paloma caliente y algo de pan –dijo Alicia con firmeza–. Es una especialidad del restaurante. Necesitas algo de cultura en tu vida, Jackson.

–Hasta ahora me ha ido bastante bien –dijo el guardaespaldas sonriendo–. Estoy seguro de que no me contrató por mi gusto refinado o por mi temperamento civilizado.

–Bienvenidos al Café de la Paix –interrumpió el camarero en inglés. Era evidente que los había considerado turistas por su vestuario. El hombre parecía cansado y aburrido–. ¿Ya saben lo que desean, *madame*?

–Así es –respondió Alicia en un perfecto francés. Había pasado varias vidas en aquella ciudad. Tras decirle lo que deseaban, observó al camarero con los ojos entrecerrados–. Y no piense ni por un momento en servirme la basura barata que reservan para los turistas. Espero un Chateau Phelan Segur del 79, y me sentiré muy molesta si se le ocurre servirme otra cosa. –Se detuvo un instante y observó a Jackson–. Lo que es más importante, mi amigo también se sentirá muy insultado, y no se toma los deslices con muy buen humor.

Jackson mostró un rostro de muy pocos amigos. Cuando quería, podía tener un aspecto muy amenazador. El camarero se escabulló rápidamente, con la cara blanca.

–¿Era necesario? –preguntó Jackson–. Me dijo que éste era un restaurante de categoría.

–En París nunca está de más ser precavido –dijo Alicia–. La gente tiende a pensar que vivir aquí te hace superior al resto del

mundo. Si no sacudes un poco el látigo se te suben a las barbas, incluso en el mejor establecimiento de toda la ciudad.

–¿Qué me decía sobre el Teatro de la Ópera?

–Es un lugar maravilloso –dijo Alicia–. He pasado muchas horas felices en días pasados oyendo a los mayores cantantes del mundo actuar aquí. Ahora se ha convertido en una atracción para turistas y en un museo, con algún ballet ocasional. Aún merece la pena verlo, aprecies o no el arte, El escenario principal es el mayor del mundo, y puede albergar a cientos de intérpretes al mismo tiempo. Además, el inmenso vestíbulo y la famosa escalera de mármol también son impresionantes.

Jackson se encogió de hombros.

–Se dice que hay un fantasma en el edificio.

–He oído historias similares –dijo Alicia–. Todos los que visitan París descubren antes o después la leyenda del Fantasma de la Ópera. Es una historia interesante. Lo más curioso es que *existe* una red de catacumbas que supuestamente recorre toda la ciudad. Nadie está seguro de quién la construyó, y los túneles nunca han llegado a ser explorados por completo. Los pocos que lo han intentado han desaparecido en circunstancias misteriosas. El director del Teatro de la Ópera se ha negado durante años a permitir que nadie entre en los pasadizos, temiendo por la mala publicidad. Sigue siendo uno de los mayores misterios de París.

–¿Por qué sospecho que me está contando todo esto por algún motivo? –preguntó Jackson.

La llegada de las bebidas y el pastel de trufa de paloma detuvo un instante la conversación. El champaña recibió la aprobación de Alicia, aunque Jackson estaba menos impresionado con el aperitivo y el pan.

–Un amigo cercano me dijo que en esas catacumbas vive un viejo vampiro –dijo Alicia–. Nadie conoce mucho sobre él, salvo que supuestamente sabe muchísimo sobre la historia de los Vástagos. Su nombre es Phantomas, y comparte su dominio con miles de ratas de alcantarilla.

–Qué agradable –comentó Jackson sarcástico.

–¿Recuerdas cuando fui a visitar a Madame Zorza, la gitana adivinadora? Me dijo que el hombre rata conocía la respuesta, pero que nadie le había hecho la pregunta. Necesito dar con él y descubrir qué secretos guarda sobre la Muerte Roja.

–¿Está pensando en que bajemos por esos túneles? –preguntó Jackson–. Odio arrastrarme por las alcantarillas.



–No te preocupes –respondió Alicia–. Esta misión es mía. Sin embargo, no voy a ir sola. Tenemos una cita con Dire McCann en este restaurante mañana o pasado. Quiero hablar con él antes de tomar una decisión precipitada. Vagar por los túneles tampoco es mi idea de una noche agradable, pero el señor McCann me hará compañía.

–Qué extraña coincidencia que se reúna con McCann justo frente al Teatro de la Ópera, donde supuestamente vive su presa –dijo Jackson–. Es sorprendente el modo en el que a veces funcionan las cosas.

Alicia sonrió.

–No creo en las coincidencias en un mundo lleno de manipuladores invisibles, Jackson. Sin embargo, debo admitir que parece que el destino ciego me ha arrastrado hasta aquí.

–No solo a usted, señorita Varney, por lo que veo. –dijo Jackson, señalando con una ceja enarcada a tres grandes figuras sentadas en una mesa cercana–. Esos tipos tienen el carné de la Mafia tatuado por todas partes. He visto a un número sorprendente de agentes de la Cosa Nostra en la ciudad. Normalmente suelen mantenerse ocultos. ¿Existe la posibilidad de que alguien les haya comentado su visita? Es usted una de las chicas favoritas de Don Caravelli, y le encantaría verla debajo de una lápida, o metida dentro de un bloque de hormigón.

–Tuve un cuidado exquisito de no comentar con nadie nuestro destino, salvo con mi amigo en Nueva York, y estoy segura de poder confiar en él.

–Bueno, igual que usted no cree en las coincidencias, yo tampoco lo hago cuando tiene que ver con gánsteres. Los matones de la mesa nos miraron antes y no reaccionaron, de modo que supongo que nuestros disfraces funcionan. Hay un teléfono en la parte trasera del restaurante. Voy a hacer unas cuantas llamadas para ver qué puedo descubrir.

–Me beberé mi champaña, comeré algo de pastel y me empaparé de París –dijo Alicia–. Tómame el tiempo que necesites.

Jackson regresó a la mesa diez minutos después. Por la expresión seria, Alicia supo que no traía buenas noticias.

–Nada demasiado claro –dijo el guardaespaldas–. Tampoco esperaba algo concreto. Con la Mafia, todos son rumores. Don Caravelli controla muy en corto a los suyos, y nadie se atreve a revelar sus secretos si tiene algún interés en seguir vivo.

–El Capo de Capi es un líder excepcional –dijo Alicia, sonriendo como si un pensamiento pasajero le pasara por la cabeza–. No está

lastrado por algunos rasgos humanos como el perdón o la misericordia.

–Sí –dijo Jackson–. Es un maldito hijo de puta. Toda su organización le tiene un miedo mortal, y cuando miras quiénes son sus líderes eso significa mucho.

–¿Qué rumores hay?

–Hubo una gran reunión la otra noche en la fortaleza del Don en Sicilia a la que acudieron todos los jefes menores. Según lo que me han dicho, Don firmó la sentencia de muerte de dos personas.

–¿Dos? –repitió Alicia–. Estás subiendo posiciones, Jackson.

–No, yo no –dijo el guardaespaldas–. No he conseguido nombres, pero uno de ellos es una mujer que sonaba a usted. No me sorprende. El otro era un hombre, un detective americano con contactos entre los Vástagos.

–Dire McCann –comentó Alicia, torciendo el gesto–. ¿Qué motivos puede tener Don Caravelli para cazar a McCann?

–Por todo lo que me ha dicho en el pasado, me aventuraría a decir que el Capo ha unido sus fuerzas a las de su amigo, la Muerte Roja.

–Un pensamiento deprimente que probablemente sea correcto –dijo Alicia. Estaba realmente enfadada–. Primero Melinda Galbraith y ahora Don Caravelli. ¿A quién más piensa reclutar ese monstruo?

–Desde luego, ha movilizado una gran potencia de fuego para acabar con dos personas –dijo Jackson–. Pero claro, la Muerte Roja voló por los aires el Depósito de la Armada de Washington para destruirles a usted y a McCann, y no tuvo éxito.

–Somos difíciles de matar –respondió Alicia con una sonrisa.

–Oí otra historia interesante de nuestros contactos –dijo Jackson–. No estoy seguro de si tiene alguna relevancia para su situación, pero supongo que debería mencionarlo.

–Espera –dijo Alicia, levantando una mano para atraer la atención de un camarero–. Me he quedado sin champaña, y cuando pones esa voz es que voy a necesitar otra copa. ¿Quieres más cerveza?

–No estaría mal –respondió Jackson–. Y algo sólido para comer. Ese pastel de paloma estará muy bien para la nobleza, pero yo necesito comida de verdad.

Alicia pidió y volvió a recostarse en la silla con una mirada decidida.

–Muy bien, oigamos el resto.

–Algo muy extraño pasó en Marsella hace dos noches –dijo

Jackson--. Once personas desaparecieron sin dejar rastro en el curso de unas pocas horas. Se desvanecieron de sus casas y trabajos. Nadie vio ningún secuestro, nadie oyó nada extraño, pero han desaparecido. Incluso en un infierno como Marsella, eso es un récord muy alto para una sola noche. Todas las víctimas tenían algo en común: era gente de hábitos nocturnos. Trabajaban de noche y nunca se les veía durante el día.

--¿Vampiros? --preguntó Alicia.

--Parece bastante probable --respondió Jackson--. Mis fuentes no especificaban nada al respecto. La policía está tratando de culpar de todo a las guerras de bandas, pero nadie se lo cree. Además, está lo del barco.

--¿El barco? --pregunto Alicia--. No me gusta tu melodramatismo, Jackson. ¿Qué barco?

--Unas pocas horas antes de las desapariciones, un barco de carga procedente de Sudamérica llegó al puerto. Fue una sorpresa para los operarios, ya que no se esperaba entrada alguna. Cuando la policía subió a bordo encontró al capitán y a tres marineros muertos en sus camarotes, y al resto de la tripulación aturdida y confusa. No fui capaz de conseguir detalles sobre las muertes, pero asumo que no se trató de causas naturales. Los demás marineros no tenían ni la menor idea de dónde estaban o de porqué estaban allí. No recordaban haber cruzado el Atlántico, y ninguno sabía cómo habían muerto el capitán y los otros. Es una historia extraña. Puede que no esté relacionada con las desapariciones, pero muchas veces usted ha dicho que no existen las coincidencias.

--El barco llegó de Sudamérica --dijo Alicia. Recordó una terrible declaración durante una charla hacía dos semanas en el Depósito de la Armada de Washington--. ¿Dijeron tus fuentes de qué zona?

--De Buenos aires --respondió Jackson--. ¿Importa?

--Importa --dijo Alicia sombría--. Vaya si importa. Un nuevo jugador acaba de entrar en liza. Espero que McCann llegue pronto. Necesitamos encontrar a ese vampiro llamado Phantomas cuanto antes, porque ya no somos los únicos que queremos dar con él.

## SEGUNDA PARTE

[ *«Vi claramente el destino  
que se me había preparado...»*  
Edgar Allan Poe, "El Pozo y el Péndulo" ]

\_\_\_\_\_ 14 \_\_\_\_\_

### **París: 4 de abril de 1994**

–Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que compartimos una botella de vino en un café de París --dijo Dire McCann mirando a Alicia Varney desde el otro lado de la mesa. Sonrió--. Parece una eternidad.

–Casi --rió Alicia suavemente mientras probaba su vaso. El de McCann ya estaba vacío--. Han pasado más de cien años. El precio del champaña ha subido muchísimo desde entonces.

–Tienes el mismo aspecto radiante de siempre --dijo el detective--. Algunas mujeres envejecen bien. Tú lo haces de forma *exquisita*. Por supuesto, siempre has sido una belleza.

–La Reina de la Noche tiene una reputación que mantener --dijo Alicia con tono presumido--. Debo decir que tu gusto en humanos es bastante consistente a lo largo de los milenios. Alto, oscuro y guapo, con un pequeño toque siniestro. A pesar de pequeñas diferencias, nunca he tenido problemas para reconocerte como mortal.

McCann frunció el ceño.

–Eso me dijiste en Washington. Necesito corregir eso. Ser

predecible es peligroso.

Estaban sentados en una mesa para dos en la acera frente al Café de la Paix. El aire de la noche era fresco y agradable. Faltaba una hora para la medianoche y el lugar estaba lleno de clientes. A pocas mesas a su izquierda, sumidos en una conversación privada, estaban Elisha Horwitz y Madeleine Giovanni. A unos doce pasos a su derecha se sentaban Flavia y Jackson, inmersos en una discusión técnica sobre sus modos favoritos de matar. Era primavera en París, y el amor y la muerte flotaban en el ambiente.

McCann y su séquito habían llegado al café poco después de las diez de la noche. Alicia y Jackson ya estaban allí, cenando un pato asado con miel especiada, pan francés y la inevitable botella del mejor champaña de la casa. Una vez hechas las presentaciones, y a pesar de las protestas de las dos vampiras, decidieron separarse en tres grupos. McCann y Alicia querían hablar en privado, y no iban a permitir negativas. Un buen soborno al maitre aseguró que todos estuvieran bastante próximos.

El detective y la mujer habían pasado la última hora describiendo sus aventuras desde la explosión en el Depósito de la Armada. Alicia habló de sus encuentros con los secuaces de Melinda Galbraith, omitiendo cuidadosamente cualquier mención a Walter Holmes. McCann le habló de sus reuniones con Rambam y de las revelaciones del mago sobre las monstruosas criaturas de fuego conocidas como los Sheddin. No aludió a su encuentro con Horus. Los dos sabían que se estaban ocultando información sobre los últimos días, pero también que no habían omitido nada importante. McCann y Alicia confiaban el uno en el otro... hasta cierto punto.

–Incluso Lameth, el Mesías Oscuro, puede caer en un patrón de comportamiento –dijo Alicia mientras se acercaba y acariciaba la mejilla de McCann–. En cierto modo, encuentro esa idea reconfortante. Te hace parecer algo menos inhumano.

–Haces que parezca diabólico –sonrió McCann.

Alicia asintió.

–Lo eres. Como Anis y Lameth, nos conocemos desde antes del comienzo de la historia escrita. Hemos sido amantes y conspiradores durante siglos. Compartiste conmigo, y solo conmigo, tu mayor descubrimiento, la poción que te otorgó el título de Mesías Oscuro. Sin embargo, a pesar de todo eso, siempre he sabido que hay secretos que te guardas para ti mismo. De todos los maquinadores en una raza de maquinadores, siempre has sido el más enigmático y misterioso. A

lo largo de los siglos nada de eso ha cambiado, te lo aseguro. Encuentro bastante frustrante tu capacidad para resistirte a mí, y terriblemente inhumana.

El detective rió con suavidad.

–Ya hemos tenido antes esta conversación. La última vez, si no me equivoco, fue en este mismo café, hace poco más de un siglo. Mi respuesta ahora es la misma que la de entonces. Sé paciente. En el momento adecuado, todos mis secretos serán revelados y todas tus preguntas tendrán respuesta.

Alicia sonrió burlona.

–Eso puede valer para una campesina, pero no para una reina. Me ofreces una respuesta que no lo es. *¿En el momento adecuado?* –repitió, riéndose de las palabras–. *¿Cuándo será eso, amor mío?* *¿Un momento antes de la Gehena?* –Se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes–. Escucha, McCann. La Muerte Roja ha demostrado lo que un Matusalén decidido de la Cuarta Generación puede hacer. Imagínate dos juntos. Casi todos los grandes están muertos o en letargo. Si trabajamos juntos de nuevo, combinando nuestros poderes, podríamos alcanzar el control de la Camarilla y del Sabbat. Los dos nos dirigimos por separado hacia el mismo objetivo. Como compañeros, podríamos reinar supremos sobre los vivos y los no-muertos.

–Quizá –dijo McCann. Su expresión era severa e inflexible–. *¿Pero a qué precio?* *¿La destrucción de la Mascarada?* *¿La muerte de miles, puede que de millones?* *¿El Infierno en la Tierra, o algo peor?* No estoy dispuesto a asumir ese riesgo. No soy la Muerte Roja, y nunca lo seré.

Alicia torció el gesto, arrugando molesta la nariz.

–Así que planeas obtener el control del mundo cuidadosamente mediante las altas finanzas. En vez de conquistar la Tierra, quieres comprarla.

–Mientras tú, anclada sobre tu telaraña, esperas poder robarla –dijo sarcástico el detective.

Alicia abrió la boca sorprendida.

–*¿El Sindicato del Crimen?* *¿Lo sabes?*

–Por supuesto –dijo McCann lanzando un suspiro–. Soy un detective, ¿recuerdas? Dame algo de crédito. Hace años que soy consciente de tu control sobre el crimen organizado en América. Estructuraste la jerarquía de la organización del mismo modo en el que operaban los gremios de ladrones en la Edad Media. Como dijiste,

tendemos a pensar en patrones.

–Un buen punto –dijo Alicia–. Tendemos a ver las faltas en los demás, pero nunca en nosotros mismos.

–Si eso es cierto con dos maravillas como nosotros –dijo McCann con buen humor–, imagínate cómo será con la Muerte Roja. El exceso de confianza de ese monstruo significará su destrucción.

–Puede ser confiado –dijo Alicia–, pero tiene buenos motivos. De momento, nuestra oposición a sus planes consiste básicamente en permanecer con vida.

–Nuestra hora se acerca –respondió McCann–. La Muerte Roja ha tratado desesperada de eliminarnos, y tiene razones para ello. Nuestra furia acabará con él.

–Este Phantomas, el hombre rata, es la clave –dijo Alicia–. Él conoce las respuestas.

–¿Aún sigues visitando a la adivinadora? –preguntó McCann–. Me sorprende que creas en sus absurdas predicciones.

–Búrlate si quieres, pero he descubierto que sus profecías son de lo más acertado.

–Una vez las descifras –sonrió McCann–. Si no recuerdo mal, eso llevaba varios años...

–Tiende a hablar de forma oscura –se defendió Alicia–. Escucha. A ver qué piensas de estas frases.

–*Trece, tres y uno* –comenzó, repitiendo palabra por palabra la advertencia de la gitana–. *Los números siempre importan. Muchos no son lo que parecen. Los números siempre importan. La respuesta está en el pasado. La respuesta está en el futuro. Los niños se dedican a su juego. Las reglas no tienen orden. Los números siempre importan. El hombre rata tiene la respuesta, pero no se le ha preguntado. Y, sobre todo, los números siempre importan.*

McCann parpadeó.

–¿Eso es todo? –preguntó serio–. No tiene sentido.

Alicia rió.

–Eso mismo pienso yo. Le dije lo mismo cuando me lo soltó. Desde entonces he pensado mucho en ello, y el significado parece ir cobrando sentido poco a poco.

–Empieza –dijo McCann.

–Algunos son muy fáciles –dijo Alicia–. Trece, tres y uno, por ejemplo, no tiene más misterio. Son los números místicos que definen nuestra raza. Un vampiro, Caín, sus tres chiquillos y sus trece descendientes, fundadores de los clanes originales. Si los números

siempre importan, la afiliación del clan debe ser muy importante para el secreto de la Muerte Roja.

McCann se encogió de hombros.

—De acuerdo. Me parece un poco forzado, pero es adivinación. Ninguno de los dos hemos podido determinar la línea a la que pertenece ese monstruo. Evidentemente, como ciertos rasgos son comunes a líneas de sangre específicas, esa información sería muy valiosa para enfrentarnos a él. Sigue.

—"Muchos no son lo que parecen" —dijo Alicia—, parece referirse al hecho de que hay cuatro Muertes Rojas, y no solo una. El número importa. Los demás monstruos casi significaron nuestra destrucción. Como duplicados, desde luego no eran lo que parecían.

—Puede ser —dijo McCann—. Puede que no. Estoy menos convencido con esa línea. ¿Qué más?

—Que la respuesta esté en el pasado y en el futuro es bastante claro —dijo Alicia—. Estamos luchando por el control del futuro. El secreto para derrotar a la Muerte Roja se encuentra en el pasado, en el descubrimiento de su historia. No solo necesitamos descubrir el nombre de su sire, sino algunos de sus antecedentes.

—Te lo concedo —dijo McCann—. Rambam ya nos dio parte de la información con su advertencia sobre los Sheddin. La estrategia básica dicta que necesitas conocer a tu enemigo antes de aplastarlo. Eso es claramente cierto sobre cualquier miembro de la Cuarta Generación.

Sonrió.

»Las siguientes líneas son mías. *Los niños se dedican a su juego. Las reglas no tienen orden.* Reuben y Rachel son los niños, y participan claramente en un juego sin reglas fijas: la Yihad.

—Supuse lo de la Yihad —dijo Alicia—, pero—, ¿cómo considerar niños a nuestros misteriosos benefactores?

—En casa de Maimónides comprendí por fin la verdad —dijo McCann—. Un comentario casual que hizo me situó en la dirección correcta. Reuben y Rachel son aparecidos, hijos de un ghoul. Sus poderes los han heredado directamente de su padre, que obtuvo su fuerza del vampiro al que servía.

—¿Aparecidos? —dijo Alicia—. ¿Qué aparecidos poseen habilidades mayores que las de la mayoría de los Vástagos?

—Piensa en su padre —dijo McCann—. Dime quién es el ghoul más poderoso que haya existido jamás.

Una expresión extraña pasó por la cara de Alicia.



–El otro hermano de Caín, Seth –dijo con un susurro–. El ghoul de Caín. Por eso tenían un aspecto tan familiar. Recuerdo haber visto cuadros y estatuas de él en la Segunda Ciudad.

–Una figura casi tan misteriosa como el Tercer Humano –dijo el detective–. Supuestamente fue el primer mago, nombrado protector del ganado en las leyendas vampíricas. No ha sido visto desde hace siete mil años. Nadie conoce su destino. Se asumió hace mucho que ya no está involucrado en los asuntos de los Vástagos, aunque puede no ser así.

–O puede que sus hijos estén persiguiendo metas propias –dijo Alicia.

–Sean cuales sean sus motivos, Reuben y Rachel son decididamente los niños. El juego, como dije, es la Yihad.

–El hombre rata conoce la respuesta –siguió Alicia–. Pero no se le ha preguntado.

–Quizá tengas razón –dijo McCann–. Puede que Madame Zorza nos esté situando en la dirección correcta. Una fuente fiable me ha dicho que Phantomas conoce los secretos más profundos de los Condenados.

–Yo he oído lo mismo de otro informador bastante seguro –interrumpió Alicia.

–Como dije, la Muerte Roja nos teme. Eso significa que no es invencible.

–Si pudiéramos descubrir su línea de sangre –dijo Alicia–, sospecho que todas nuestras respuestas quedarían contestadas.

–Asumiendo que Phantomas conozca el linaje de la Muerte Roja –dijo McCann–, parece posible que el monstruo pueda ser derrotado antes de que consiga terminar sus planes...

–...en el consejo de la jerarquía del Sabbat la próxima semana en Nueva York –terminó Alicia.

–...o en el Cónclave de los antiguos Vástagos en Linz, Austria, también la próxima semana –respondió McCann.

–Qué extraña coincidencia que dos reuniones tan importantes tengan lugar la misma noche –señaló Alicia.

–Entre los no-muertos no existen las coincidencias –declararon los dos solemnes al mismo tiempo, estallando en carcajadas.

–Sospecho que estamos de acuerdo en cuándo planea la Muerte Roja su golpe –dijo el detective.

–Por supuesto. El monstruo espera alcanzar el control de la Camarilla y del Sabbat en esas dos reuniones paralelas. Todos sus

planes, todos sus ataques, han ido encaminados a obligar a los líderes de ambos cultos a reunirse más o menos en el mismo momento. Cualquier maldad que esté preparando se producirá entonces, salvo que logremos detenerle antes de que actúe.

–Si no lo hacemos –dijo McCann–, los verdaderos vencedores serán los Sheddin. Antes o después, la Muerte Roja o uno de sus lacayos volverá a invocar a los demonios y el mundo será engullido por las llamas.

Alicia sintió un escalofrío.

–Tengo ambiciones –declaró–, igual que tú. ¿Qué sentido tiene gobernar un paisaje de cenizas? La Muerte Roja está loca.

–Él y su progenie, los Hijos de la Noche del Terror, tienen tanto miedo de los Antediluvianos que no alcanzan a ver la amenaza que representan sus impíos aliados.

–Qué irónico –dijo Alicia–. Buscando salvar a la raza Cainita, la Muerte Roja y sus chiquillos están a punto de destruirla. Ur nos salve de tan nobles esfuerzos.

–¿Ur? –repitió McCann sonriendo–. Hace mucho, mucho tiempo que no apelabas al dios de tu niñez.

Alicia asintió lentamente y se humedeció los labios.

–Siglos –dijo–. Puede que más aún. –Su frente se arrugó pensativa–. A veces me pregunto exactamente hace cuánto. ¿Tú no, McCann?

–¿Qué? –preguntó el detective–. No estoy seguro de saber lo que quieres decir. Nunca veneré a Ur, ni viví en la ciudad que llevaba su nombre.

–¿Cuánto tiempo ha pasado desde que fui una princesa de la magnífica ciudad de Ur? –preguntó Alicia–. ¿Cuánto desde que tú fuiste uno de los mayores hechiceros de Atlantis? En aquellos tiempos éramos amantes, antes de que ninguno de los dos fuera Abrazado. Nuestro romance era legendario. ¿Cuándo sucedieron exactamente aquellos días? ¿Lo recuerdas?

El detective abrió la boca para responder, pero la cerró sin decir nada. Pasó un minuto antes de que volviera a hablar–.

–Casi seis mil años.

–¿Sesenta siglos? –preguntó Alicia, sacudiendo la cabeza–. Es que hace mucho tiempo. Sin embargo, recuerdo perfectamente el momento en el que bebí tu poción, el elixir de Lameth, en la Segunda Ciudad. Aquella fue la noche en la que te conté mi plan para destruir a mi sire, Brujah, seduciendo a Troile y persuadiéndole para que

cometiera diablerie.

McCann asintió con una extraña expresión. Su voz sonaba diferente, distante.

–Aquel momento estará grabado en mi memoria para siempre --dijo—. Nunca olvidaré la conversación.

–¿En serio? --respondió Alicia con la voz súbitamente fría—. ¿Estás seguro, más allá de toda duda, de lo que sucedió en realidad? No estoy tan convencida. La Segunda Ciudad fue destruida hace *siete mil años*, cuando la humanidad se alzó para rebelarse contra la Tercera Generación. Setenta siglos, McCann; supuestamente, mil años antes de que ninguno de los dos hubiera nacido.

–Pero eso no puede ser --dijo el detective—. Vivimos en la Segunda Ciudad durante cientos de años antes de que lograra dar con la fórmula adecuada. Brujah era tu sire, Ashur el mío. La rebelión tuvo lugar, en parte, debido a nuestros esfuerzos por derrocar a la Tercera Generación.

–O eso creímos --dijo Alicia—. ¿Son fiables esos recuerdos? ¿Puedo haber vivido en la Segunda Ciudad y en la vieja ciudadela llamada como mi dios, Ur? ¿Es posible que hayas sido un alquimista de la perdida Atlantis y un hechicero de los Condenados? ¿Estamos recordando la verdad, McCann, o lo que creemos que es la verdad?

–¿Piensas que alguien ha jugado con nuestra memoria? --preguntó el detective.

–Una voluntad férrea puede imponer recuerdos falsos a una mente inferior --dijo Alicia—. Los dos hemos empleado estas técnicas con nuestros respectivos peones a lo largo de la historia. Recuerdan lo que nosotros queremos, no lo que sucedió en realidad. Su mundo queda reformado según nuestros deseos. Quizá, a lo largo de los años, nuestros pensamientos hayan sido moldeados de un modo similar.

–Tonterías --dijo molesto McCann—. Somos los avatares de dos de los más poderosos vampiros del mundo. Nuestra voluntad no puede ser quebrada y manipulada tan fácilmente. Cualquier problema que podamos tener es el resultado del paso de los milenios. Es el tiempo el que afecta a nuestros pensamientos, no la mano invisible de los Antediluvianos. Estamos libres de su dominio. Nuestras mentes nos pertenecen. Nunca lo olvides. Somos libres.

–Quizá tengas razón --dijo Alicia—. Quizá.

No sonaba muy convencida.

***París: 4 de abril de 1994***

–Nunca antes había visto París --dijo Elisha. Miraba con ojos asombrados a toda la gente que pasaba por delante del café--. Hay muchísimas personas para ser esta hora de la noche.

Madeleine sonrió.

–En realidad, las aceras parecen más vacías de lo habitual. Hace décadas, cuando el Teatro de la Ópera seguía en funcionamiento, después de los espectáculos era imposible caminar por la zona.

–¿Has estado aquí antes? --preguntó el mago.

–Muchas, muchas veces --respondió la vampira--. Los negocios familiares me trajeron a la Ciudad de las Luces muchas veces entre las dos guerras mundiales. Había tratos que hacer, contratos que negociar, enemigos que eliminar... París y yo somos viejos amigos.

Elisha tembló al pensar en las palabras de Madeleine. A veces casi olvidaba que no era tan joven como aparentaba... y que su profesión era matar a los enemigos de su clan.

La Giovanni abrió los ojos disgustada. Extendió el brazo y puso una mano fría sobre la de él.

–Por favor, Elisha, no me odies por lo que soy. El honor de mi familia es lo único que me importaba. Hasta que te conocí.

–¿Puedes leer mi mente? --preguntó sorprendido. No apartó las manos--. ¿O simplemente soy evidente?

–Eres muy evidente para alguien acostumbrado a leer los cambios más sutiles en la expresión --dijo Madeleine con una leve sonrisa--. La tuya no es difícil de comprender. Pocos mortales son tan honestos con sus sentimientos.

–Soy bastante ingenuo, ¿no? --dijo Elisha, sintiéndose estúpido--. Decididamente, ni romántico ni atractivo, especialmente comparado con los hombres sofisticados que habrás conocido a lo largo de los años.

Madeleine rió, aplaudiendo de alegría. El ruido atrajo miradas de algunos clientes del Café, que al ver de quién se trataba, apartaban rápidamente la mirada. Aquella mujer de negro exudaba una extraña sensación peligrosa. Prestarle atención no parecía una buena idea.

–Tu impresión sobre mí --dijo--, está alterada por tu afecto. Mi

existencia como la Daga de los Giovanni no es ni romántica ni satisfactoria. Casi todos los mortales me temen, Elisha, ya que presienten mi verdadera naturaleza. Aquellos con los que me encuentro en el transcurso de mis misiones no suelen tener la oportunidad de deslumbrarme con su encanto. Suelen estar demasiado ocupados suplicando una misericordia que no les otorgo. Los clanes de la Camarilla, siempre en guerra, odian a los Giovanni, ya que temen todo aquello que no pueden comprender. Como nos relacionamos con la humanidad y tratamos a los mortales con respeto, el Sabbat nos considera traidores a la raza Cainita.

Se detuvo un momento.

»Dentro de mi propio clan soy una proscrita y una paria. Atados por tradiciones y creencias de hace muchos siglos, casi todos los miembros de la familia Giovanni consideran a las mujeres inferiores. Muy pocas somos Abrazadas, y son menos aún las que reciben posiciones de autoridad. Aunque nadie se atreve a mostrar abiertamente su descontento, temiendo la ira de mi abuelo, hay muchos a los que les gustaría verme destruida. Soy demasiado poderosa para sus gustos y sospechan que algún día sucederé a mi sire como maestra del Mausoleo. --Sonrió--. La idea es tentadora, aunque solo sea por ver sus caras horrorizadas antes de que los pase a cuchillo.

Elisha se humedeció nervioso los labios. Madeleine solía hablar de un modo que encontraba desconcertante.

»Lo siento --dijo la vampira, evidentemente reparando en su expresión--. No pretendía asustarte. No eran más que ideas pasajeras. Mi abuelo es una figura temible que disfruta del control que tiene sobre el clan. No hay muchas posibilidades de que llegue a entregarme algún día su posición, y es más difícil aún que yo aceptara.

--No me preocupaba --dijo Elisha, aunque tras unos segundos se encogió de hombros--. Bueno, puede que un poco.

Madeleine ladeó la cabeza y sonrió.

--Tu vaso está vacío --dijo, cambiando abruptamente de tema. Estaba claro que no tenía muchas ganas de hablar sobre la política interna de su clan--. ¿Quieres otra coca-cola?

--Sí, por favor --dijo Elisha--. Y algo para comer. Estoy harto de la comida del avión.

--Tenía un aspecto horrible --respondió Madeleine--. Hasta para mí. Te pediré algo de postre. El pastel de cacao y pasas con yogur helado y ralladura de naranja es muy famoso. Estoy segura de que te

gustará.

Elisha asintió. Por suerte, Madeleine hablaba francés, así como otros once idiomas aparte de su italiano nativo. Sus propios estudios se limitaban al hebreo y al inglés, así como a un poco de latín. Mientras ella hablaba con el camarero se dedicó a observar el paseo atestado. Ahora parecía haber más gente aún que antes.

–Por si estás pensando en ello –dijo Madeleine suavemente para que solo él lo oyera–, hay cuatro vampiros a distancia de ataque. Dos están sentados en una mesa del café y la otra pareja no deja de andar de un lado para otro, pasando a unos cuatro metros por la acera. También hay once ghouls fuertemente armados en las cercanías, algunos en el restaurante y los demás caminando por la calle. Les apoya más de una decena de humanos normales que deben ser pistoleros de la Mafia.

La boca de Elisha se secó repentinamente.

–¿Estás segura de que nos buscan?

–Según lo que dijeron la señorita Varney y el señor Jackson, no puedo imaginar a quién más querrían. Su líder, Don Caravelli, suele verlo todo en términos de blanco y negro. Éxito o fracaso. Estoy segura de que sus secuaces no quieren defraudarle. Una vez confirmen la identidad de Dire McCann y Alicia Varney atacarán. No tardarán mucho.

–¿En una calle atestada como ésta? –preguntó Elisha.

–Las vidas inocentes no significan nada para esa escoria –dijo Madeleine–. Asegúrate de disfrutar de tu pastel de cacao con pasas. Es más que probable que esta comida sea la última que pruebes en algunas horas. Por eso creo que es mejor que comas ahora. Una vez comience la pelea, dudo que tengas tiempo para picar nada.

Elisha miró a Dire McCann y Alicia Varney. El detective y la dama parecían estar absortos en su conversación. Ninguno de los dos prestaba atención alguna a su entorno.

–Son conscientes de la presencia de sus enemigos –dijo Madeleine, siguiendo la mirada de Elisha–. No dejes que su aspecto despreocupado te engañe. Los dos están listos para el combate, igual que Flavia y el señor Jackson. Cuando comience el combate reaccionarán de inmediato.

–Lo que no comprendo es por qué se reúnen aquí, en espacio abierto, sabiendo que sus enemigos les están buscando.

–Dos motivos –respondió Madeleine–. Primero, es evidente que tienen asuntos importantes que discutir sin demora alguna. Vayan

donde vayan, es más que probable que sean detectados y atacados. Es más fácil ocuparse del asunto ahora y preocuparse más tarde del peligro.

Elisha se encogió de hombros.

–Puede ser –dijo–. No estoy seguro de que tenga mucho sentido. ¿Cuál es el segundo motivo?

–Nunca debes olvidar que Dire McCann y Alicia Varney están actuando, de algún modo desconocido, como agentes de dos de los más poderosos vampiros que nunca hayan existido: Lameth, el Mesías Oscuro, y Anis, Reina de la Noche. Como Matusalenes, estos Cainitas poseen poderes casi divinos. Están muy cerca de la inmortalidad. Como jugadores de la Yihad, se consideran a sí mismos amos secretos del mundo. Ninguno de los dos está muy capacitado para el compromiso. –Madeleine sonrió y siguió.

»He visto ese mismo tipo de desorden de la personalidad en mi propio sire, mi abuelo Pietro Giovanni. Los seres tan poderosos se niegan a amedrentarse por las acciones de los demás. Cuando se les amenaza, en vez de proceder con cautela se vuelven desafiantes, y a menudo enojados. Los dos saben que están en el centro de una trampa de la Mafia, pero no les preocupa. A pesar de su sabiduría, son sorprendentemente arrogantes. Nada les asusta.

–Es difícil imaginar a Dire McCann desconcertado –dijo Elisha pensativo–. Siempre parece tan... preparado.

Madeleine asintió.

–Eso es exactamente lo que quería decir –dijo–. Su autoconfianza suprema no deja sitio para la negociación. Por eso la Muerte Roja es tan implacable en sus intentos por destruirlos a los dos. Entre los Matusalenes no hay lugar para la tregua. –La Daga de los Giovanni sonrió.

»Como no tenemos voz alguna en esta situación, es mejor aceptarla de buen grado. Aquí están tu pastel y tu coca-cola. Espero que no sea una combinación demasiado dulce. No soy precisamente experta en asuntos culinarios. –Madeleine observó atentamente a Elisha mientras éste se llevaba a la boca un trozo del pastel. Su mirada siguió cuidadosamente cada movimiento de la mandíbula. El joven parecía totalmente ignorante de su atención–. Come con tranquilidad –dijo.

Durante los siguientes cinco minutos, Elisha se concentró en su comida. El postre era extremadamente dulce, pero delicioso.

El pastel era todo un alivio después de la carne misteriosa que le

habían servido en el vuelo desde Suiza. Mientras tanto, Madeleine mantuvo una charla continua, describiendo algunas de sus aventuras en París durante la ocupación Nazi. Cuando el mago terminó con su comida, ya se sabía toda la historia sobre la desaparición de tres obras maestras "perdidas" de los museos de París, y de cómo su recuperación puso fin a un intento secreto de los alemanes para invadir Inglaterra. Era una aventura emocionante, y estaba totalmente seguro de que era cierta.

–Entonces, ¿nunca devolviste los cuadros a las autoridades apropiadas? –preguntó, lamiendo de su cuchara los últimos restos de yogur helado y ralladuras de naranja.

–Las autoridades apropiadas, como tú las llamas, eran en aquel momento una banda degenerada de colaboracionistas y traidores –dijo Madeleine–. Darles las pinturas hubiera sido tan malo como entregárselas a los Nazis. Antes hubiera preferido quemarlas.

–Sonrió–. Los tesoros decoran las paredes de mi habitación en el Mausoleo. Tres cuadros maravillosos a cambio de la seguridad de Inglaterra. Creo que fue un precio justo para la nobleza de Francia.

–No estoy seguro de que todos los franceses estén de acuerdo contigo en estos tiempos turbulentos –dijo Elisha–. Ahora casi todos parecen odiar a los ingleses. Y a los estadounidenses, ya puestos.

–Tratar de comprender los nacionalismos modernos –respondió Madeleine–, es como intentar entender las afiliaciones de los clanes Cainitas. Tiene sentido para los involucrados, pero para los demás no es más que una locura. Un ámbito de lealtades es más que suficiente para mí.

–Por cierto –comentó el mago de forma casual–. ¿De qué hablaste con Rambam y Judith la otra noche, antes de que te reunieras con nosotros en el restaurante?

Madeleine abrió los ojos sorprendida, pero no evitó la pregunta.

–Asuntos de vida o muerte –respondió sin titubeos–. ¿Cuándo comprendiste la verdad?

–Inmediatamente –dijo el joven sonriendo–. He pasado la mitad de mi vida en esa casa con Rambam. Cuando un extraño entra, siento su presencia, aunque me encuentre en otra parte. Supe que Judith y tú estabais allí. ¿Por qué no me lo dijiste directamente? ¿Era un secreto?

–Pensé que era mejor no hablar de esa conversación en particular hasta que no hayamos terminado con la Muerte Roja –dijo Madeleine–. Si ese monstruo vence, mi charla con Rambam no tendrá



significado alguno. El mundo tendrá problemas mucho más urgentes de los que preocuparse. Si derrotamos al Matusalén te prometo que te revelaré todo lo que se dijo.

–No tengo ni idea de lo que estás hablando –dijo Elisha confundido. Parecía a punto de reír y de llorar, como si no pudiera decidirse.

–Ya lo sé –respondió Madeleine nerviosa–. Por favor, Elisha, debes dejar ese asunto. –La vampira cerró sus dedos sobre los de él. Sus manos eran como el hielo–. Rambam y yo hablamos del futuro, Elisha. De un futuro que nunca hubiera creído posible. Eso es todo lo que puedo decirte. Si te importo, no me preguntes más.

–M-me importas –respondió el mago con voz temblorosa–. Pero no entiendo por qué no puedes revelarme lo demás.

–En este mundo –respondió Madeleine con una leve sonrisa–, no todas las conversaciones deben compartirse. A ver si entiendes esto. A veces los actos hablan más alto que las palabras.

Poniéndose en pie, Madeleine se inclinó sobre la mesa y besó a Elisha ligeramente en los labios. Su boca era fría, pero a él no le importó.

–No te mentaré jamás –dijo la vampira suavemente mientras volvía a echarse hacia atrás–. Si tienes que conocer la verdad te la dire, pero te ruego que no me lo pidas.

–Cuando me envió en busca de Dire McCann, Rambam me advirtió que nunca creyera en nadie, especialmente en los Vástagos. Me dijo que el mundo estaba lleno de mentiras, y que el engaño abundaba. –Miró fijamente a los ojos de Madeleine–. Sin embargo, a pesar de todos sus consejos, mi maestro también me dijo que cuando todo lo demás fallara confiara en mi corazón. –Sonrió–. Odio no saber todas las respuestas, pero sobreviviré. Guarda tus secretos, al menos hasta que derrotemos a la Muerte Roja.

Una lágrima de sangre negra cayó por la mejilla derecha de Madeleine. Se dio cuenta y se la limpió.

–No puedes imaginar cuánto...

Nunca terminó la frase. Moviéndose con una velocidad y una elegancia inhumanas, se puso en pie y *voló* hacia una mesa cercana. Dos hombres de mediana edad, vestidos con ropas de noche, llevaban allí sentados los últimos veinte minutos hablando de la temporada de ópera y compartiendo una botella de vino de la casa. Aún estaban tratando de sacar sus armas cuando Madeleine cayó sobre ellos. Un giro de la muñeca partió el cuello del primer asesino con un claro

chasquido. Su compañero murió en silencio, con los huesos de la cara aplastados por los mismos dedos exquisitos que acababan de limpiarse con delicadeza una lágrima.

La batalla en las calles de París había comenzado.

***París: 4 de abril de 1994***

–Yo prefiero una cuerda con un solo nudo --dijo Jackson--. Sirve como ancla y estrangula el último aliento en la garganta. Para aquellos que merecen un día especialmente desagradable, una piedra afilada en el centro del nudo multiplica el sufrimiento.

–Un bonito detalle cuando se utiliza una bufanda --aceptó Flavia--, pero un buen alambre funciona mejor. Uno especialmente preparado atraviesa la piel y el músculo como un cuchillo. Combinado con el famoso giro bengalí, un estrangulador de alambre silencia al objetivo de forma rápida y eficiente.

–Debo admitir que es muy eficaz --asintió Jackson, animándose con el tema--, pero hay tantos edificios de oficinas equipados con detectores de metales que su uso queda limitado básicamente a exteriores. Una bufanda de seda puede llevarse en cualquier parte, y funciona a las mil maravillas como elemento de asesinato. Además, da un toque de distinción al vestuario.

Los dos rieron. Jackson descubrió que disfrutaba con la compañía del Ángel Oscuro. Sabía más sobre el arte del asesinato que nadie a quien hubiera conocido desde sus días en Vietnam. Si eso era posible, era más despiadada todavía que su jefa, Alicia Varney. De un modo salvaje e indómito, era igualmente bella.

–Mi hermana, Fawn, prefería estrangular con bufandas de seda roja --dijo Flavia.-- Creía que proporcionaban un contraste interesante con el cuero blanco que vestía normalmente. Yo creo que es demasiado ostentoso. Nunca fui tan extrovertida como ella. Era una exhibicionista.

–¿Era? --preguntó Jackson, notando el tiempo verbal.

–La Muerte Roja la destruyó --respondió la vampira. Su voz, llana y fría, ya no denotaba humor alguno. Un fuego oscuro ardía en su mirada--. Ese monstruo la convirtió en cenizas.

–Lamento saber de tu pérdida –dijo Jackson–. ¿Murió peleando?  
Flavia asintió.

–Conoció la Muerte Definitiva en combate, como desean todos los verdaderos guerreros. Fue un fin noble. Sin embargo, mi honor sigue clamando venganza. He hecho un juramento irrompible de sangre por el que debo destruir al monstruo o morir en el intento.

Jackson asintió.

–No me sorprende con lo que me has dicho. Es algo que encuentro divertido sobre los vampiros. A pesar de toda su cháchara sobre lo de estar no-muertos, tengo la impresión de que son muy apasionados sobre muchísimos asuntos. La única diferencia es que el foco no es el mismo que el de los humanos.

Levantó una mano e hizo un gesto al camarero para que le trajera otra cerveza.

–¿Otro vaso de vino? –preguntó.

–Claro –dijo ella–. El líquido hace formas intrigantes en el suelo. Además, el vaso vacío ayuda a mantener la ilusión de la vida.

La Assamita observó a Dire McCann y a Alicia Varney, absortos en su conversación, igual que Elisha Horwitz y Madeleine Giovanni. Asintiendo satisfecha, volvió a mirar a Jackson.

–La lujuria nunca muere –dijo lamiéndose sensual el labio superior con su larga lengua. Lanzó una profunda risa que era al mismo tiempo lasciva e inhumana–. Simplemente es transformada por el Abrazo. Nuestras pasiones se hacen más oscuras, y a menudo más profundas. Mira a nuestros compañeros, enzarzados en sus elaborados rituales de apareamiento. Algunos vampiros aseguran que el sexo es mucho mejor aún tras la muerte. Dicen que al requerir una mayor concentración los resultados son mucho más intensos.

Jackson tragó su cerveza de un solo trago. Hablar de sexo con una mujer bella vestida con un mono de cuero blanco ajustado no era el modo en el que había esperado pasar la noche.

Flavia sonrió, sintiendo evidentemente su incomodidad.

–¿Qué piensa, señor Jackson? ¿Cree que hacerme el amor compensaría los riesgos asumidos?

–Dudo que muchos hombres pudieran resistirse a sus encantos, señorita Flavia –dijo honestamente.

–¿Muchos hombres? –rió la vampira–. No quería decir eso. "Muchos mortales" no me interesan. ¿Qué hay de ti, Jackson?

El guardaespaldas sacudió la cabeza–.

–Eres una tentación –dijo–. Una inmensa tentación. Viva o

muerta, eres una mujer peligrosa. Sin embargo, valoro demasiado mi libertad como para rendirme a mis deseos. No me asusta poner mi vida en peligro. Eso es fácil. Sin embargo, contigo estaría arriesgando el alma, y no estoy dispuesto a ello.

–No eres ningún idiota, señor Jackson –dijo Flavia–, lo que te hace doblemente peligroso. Son muchos los Cainitas que subestiman a los mortales. Los hombres como tú servís como un maravilloso ancla con la realidad. Me alegro de haberte conocido.

–Lo mismo digo –respondió Jackson. Apuró su cerveza y se preguntó si quería otra–. ¿Qué hay del señor McCann? Por lo que he oído, parece del tipo que haría a cualquier vampiro pensárselo dos veces acerca de las relaciones.

–Dire McCann es el hombre más peligroso del mundo –respondió Flavia–. Se encuentra en el filo entre la vida y la muerte y no pertenece a ninguna de las dos. Espero descubrir algún día la verdad sobre él, pero no cuento con ello.

–La audiencia se está inquietando –dijo Jackson intranquilo. Tenía los nervios a flor de piel, y era muy sensible al menor cambio en su entorno. La gente se agitaba en sus sillas y se reunía en la calle–. ¿Crees que la Mafia se está preparando para actuar?

–Desde luego –respondió Flavia. Tenía una sonrisa salvaje–. Ahora mismo. En este instante. Sin más demoras. El... baile... comienza...

Nunca llegó a ver a la Assamita dejar la silla. Flavia se movía a tal velocidad que pareció desaparecer ante sus ojos. Se materializó a tres metros de distancia, frente a una mesa que había identificado con anterioridad por sus dos ocupantes vampíricos. Aunque sus oponentes eran Vástagos, con reflejos y fuerza decenas de veces mayores que los de un mortal, estaban indefensos ante el Ángel Oscuro.

Flavia se movía con la gracia sinuosa de una cobra. Con su mano derecha aferró a uno de los asesinos por el cuello mientras con la otra cogía el hombro del segundo. Los dos trataron de resistirse, pero la Assamita era fuerte más allá de toda comprensión. Aparentemente sin esfuerzo, arrancó a los dos de sus sillas y los alzó por el aire. Chocaron con un sonido de huesos rotos mientras sus caras se partían con el impacto. Un segundo golpe aplastó las cajas torácicas y las columnas vertebrales. Con desprecio, el Ángel Oscuro tiró a los dos al suelo y se volvió en busca de nuevas presas.

Jackson sabía que los vástagos eran difíciles de matar, pero a pesar de ello no eran inmunes a las heridas, como Flavia acababa de

demostrar. Ninguno de los dos causaría problema alguno en un futuro cercano.

El tiempo de espectador había terminado. Jackson se puso en pie al tiempo que desenfundaba una pistola ametralladora Skorpion con la mano derecha. Normalmente prefería las armas más pesadas, como las .45, pero en espacios reducidos como aquél la ametralladora portátil era más eficaz. Una decena de secuaces de la Mafia, mezclados con los clientes en la terraza, estaban poniéndose en pie. Otros tantos esperaban en la calle. Era evidente que los gánsteres habían recibido la orden de atacar. Para su desgracia, sus supuestas víctimas también esperaban el mensaje, y su reacción fue mucho más rápida.

Flavia ya se había encargado de los más peligrosos, los dos vampiros sentados en el café. Por el rabillo del ojo, Jackson notó que Madeleine Giovanni estaba partiendo cuellos y miembros con una tranquilidad nacida de un siglo como ejecutora. El guardaespaldas sacudió la cabeza asombrado. Si no actuaba rápidamente, se quedaría sin objetivos. Las protectoras de McCann eran todo un ejército personal. Aunque no se consideraba un hombre vanidoso, creía su obligación como guardaespaldas terminar con un buen número de ghouls y mafiosos.

Gruñendo obscenidades, dos caballeros vestidos de negro apartaron a un lado una de las mesas de la terraza y comenzaron a rociar a los clientes con balas. Los más cercanos gritaban horrorizados y corrían para escapar.

Jackson apuntó con frialdad y disparó. A esa distancia era imposible fallar. Los asesinos se desplomaron como muñecas de trapo a las que se les hubiera salido el relleno. Un tercer y un cuarto hombre, que se abrían paso entre la multitud aterrorizada cerca de la mesa de la señorita Varney, se reunieron con su creador de un modo similar. Alcanzó a ver a una atractiva joven armada con un cuchillo de carnicero y una mirada homicida, y acabó con ella como medida de precaución. Podía no pertenecer a la Mafia, pero parecía estar dispuesta a matar. En situaciones confusas no había tiempo para hacer preguntas.

Un ghoul armado con estiletes demostró ser mucho más peligroso. Seis disparos al cuerpo consiguieron frenarle, pero no detenerlo. Con frialdad, Jackson evitó las acometidas salvajes del asesino, clavándole por fin la ametralladora en la boca y cambiando con el pulgar el modo de disparo a automático. Ni siquiera un ghoul

podía seguir luchando sin la mitad superior de la cabeza.

El tiroteo duró menos de un minuto. La multitud se perdió en la noche, dejando atrás solo a los muertos. Con los sentidos alerta, Jackson escudriñó la zona. No había señal de su jefa ni de Dire McCann. Los únicos que quedaban en pie en la terraza eran él, el Ángel Oscuro y Madeleine Giovanni. Elisha Horwitz estaba sentado solo en la mesa, con los ojos abiertos por el asombro. Parecía estar contando los más de treinta cadáveres que inundaban la acera. Todos los matones de la Mafia habían muerto, así como seis inocentes atrapados en el fuego cruzado.

–Eso sí que ha sido rápido –señaló el joven–. Ni siquiera me ha dado tiempo a asustarme.

–No eran más que corderos para el sacrificio –dijo Flavia. En una mano empuñaba una espada corta brillante. Jackson tragó saliva, notando que no había señal de ninguno de los dos vampiros. El Ángel Oscuro se había asegurado de que no causarían problemas en el futuro–. Estaban aquí solo para comprobar nuestras identidades. Estoy segura de que las verdaderas tropas de asalto están en camino.

Como respuesta a su comentario, dos grandes vehículos negros rugieron al fondo de la calle, dirigiéndose hacia ellos. Grandes ametralladoras surgieron de las ventanillas blindadas, entonando una canción de plomo. Jackson se arrojó al suelo, igual que Flavia y Madeleine. Solo Elisha pareció no preocuparse. Su frente parecía concentrada, pero por lo demás estaba inmóvil.

Los escaparates del café estallaron cuando la lluvia de balas los hizo pedazos. Sin embargo, algún milagro hizo que ningún proyectil alcanzara a Elisha. Parecían doblarse a su alrededor, dejándole indemne.

*Elisha es un mago*, recordó Jackson al sentir la alteración de la realidad. Un instante después, la ametralladora en el primer coche tosió, hizo un extraño ruido y dejó de disparar. Una carga había quedado atrapada accidentalmente en el cañón. Todo ocurrió tan rápido que su operario no tuvo tiempo de dejar de disparar. La parte trasera del vehículo estalló en llamas. Con un chirrido de las ruedas, el coche derrapó por la calle y se estrelló contra la reja reforzada que protegía el Teatro de la Ópera. Se produjo otra explosión cuando los cargadores adicionales estallaron. Las llamas lo envolvieron todo y nadie llegó a salir del infierno.

Viendo lo ocurrido, el conductor del segundo vehículo pisó inmediatamente el freno. Se produjo un chirrido mientras el coche se

detenía, pero antes pasó sobre una mancha de aceite dejada por su compañero. Con los frenos bloqueados y las ruedas giradas, el vehículo trazó un amplio trompo y se estrelló fuera de control contra los restos ardientes del primero. El sonido de la gasolina prendiéndose anunció la explosión del motor.

Del interior llegaron los gritos de agonía, pero nadie consiguió salir con vida. Jackson sospechaba que los picaportes debían estar averiados. El vehículo pareció saltar en el aire cuando detonaron la ametralladora y toda la munición. Aquél era un modo feo y horrible de morir. Jackson se prometió que nunca se cruzaría con un mago.

El rostro de Elisha estaba totalmente pálido.

–No quería ser tan violento –declaró.

–No te preocupes por su destino –dijo Madeleine Giovanni, poniéndose en pie y tomando las manos del joven en las suyas–. Hiciste lo que era necesario. Esos hombres querían matarnos. Si hubiéramos sido nosotros lo que hubiéramos ardido, estarían riéndose.

Flavia asintió.

–¿Cuántos inocentes han muerto aquí esta noche? –le preguntó a Elisha–. Un asesino capaz nunca se mancha las manos con la sangre de inocentes. Pagaron el precio por su ineptitud.

–Eso supongo –dijo Elisha–. Solo... Creo que nunca me será fácil matar a nadie... ni siquiera a un enemigo.

–Mejor para ti, chaval –dijo Jackson–. Al mundo nunca le vienen mal las personas con moral. Últimamente no abundan.

El guardaespaldas miró alrededor. Alicia Varney y Dire McCann se habían esfumado. El único sonido procedía de los coches en llamas.

–No hay sirenas –señaló–. Eso no es bueno. La policía ya debería haber llegado.

Madeleine Giovanni cerró los ojos y negó con la cabeza.

–Siento a más de diez vampiros acercándose desde tres puntos diferentes. En su mayoría Brujah, pero con ellos van algunos Gangrel.

–Grupos de caza –dijo Flavia–. Las autoridades están compradas. Estamos solos.

Madeleine abrió los ojos.

–No podemos quedarnos aquí mucho más tiempo. ¿Dónde están McCann y la señorita Varney?

–Comparando notas –dijo Dire McCann, saliendo a la terraza desde el interior del restaurante. A su lado estaba Alicia Varney–.

Necesitábamos unos momentos de tranquilidad para hacer planes. --El detective sonrió--. Aquí había demasiado ruido, aunque calmasteis las cosas bastante rápido.

--No eran más que el aperitivo, McCann --dijo Flavia--. El plato fuerte está en camino. Probablemente se trate de un pequeño ejército. Don Caravelli parece dispuesto a acabar con vosotros a toda costa, y no ha reparado en gastos. ¿Tienes algún plan para quitarles las ganas?

--En este momento la situación es bastante complicada --dijo McCann, como un tono casi de disculpa--. Lo siento, pero tenemos que volver a dividirnos.

--McCann y yo debemos localizar a un antiguo Nosferatu que vive en las catacumbas bajo París --dijo Alicia--. Creo que una de las entradas a su guarida está escondida en algún lugar en los niveles inferiores del Teatro de la Ópera.

--Mientras buscamos --dijo McCann--, tendréis que retrasar la acción de la Mafia. Alicia y yo sospechamos que no somos los únicos ansiosos por encontrar a este vampiro en particular. No podemos permitir que nuestros enemigos den primero con él. Eso sería un desastre de grandes proporciones.

--¿Así que los dos os vais de caza --dijo Flavia--, mientras nosotros nos quedamos para darle trabajo a los chicos de Don Caravelli?

--Básicamente sí --respondió McCann.

--¿Cuánto tiempo necesitáis que nos quedemos jugando? --volvió a preguntar la Assamita.

--Me temo que casi toda la noche --dijo el detective--. Ya sabes cómo son las guaridas de los Nosferatu. Además, aunque lo único que queremos es hablar con el vampiro, él no lo sabe. Localizarle puede ser difícil.

--Cuatro contra varias bandas de mafiosos --dijo Jackson--. Parece complicado, incluso teniendo en cuenta el talento demostrado.

Madeleine Giovanni sonrió. A Jackson le parecía demasiado joven para ser una asesina, aunque sabía que con los vampiros las apariencias solían ser engañosas.

--Creo que puedo mejorar un poco nuestra posición. El clan Giovanni tiene oficinas en París. Mis primos Cesare y Montifloro se encuentran aquí. Si les llamo, el honor familiar les obligará a prestarnos ayuda. Nunca dejarán pasar la oportunidad de una buena pelea, especialmente cuando sepan que es contra la odiada Mafia.



--¿Cesare Giovanni, el de los cuchillos? --preguntó Flavia.

--El mismo --respondió Madeleine--. Fue él quien me enseñó el arte.

La Assamita rió.

--Le he visto pelear. Es un maestro con las dos hojas. Será un placer trabajar con él.

--Tenemos que irnos --dijo McCann. Cogidos de la mano, él y Alicia se volvieron hacia el Teatro de la Ópera--. Mañana a medianoche acudid a Versalles. Intentaremos estar allí. Si no aparecemos, volved la noche siguiente. Mientras tanto, no asumáis riesgos innecesarios en la pelea, pero contenedlos todo el tiempo que podáis.

--Suena divertido --dijo Flavia.

Jackson sacudió la cabeza atónito. Lo decía en serio.

## \_\_\_\_\_ 17 \_\_\_\_\_

### ***París: 5 de abril de 1994***

Con las manos retorcidas temblando de miedo, Phantomas aferraba desesperado los papeles de fax que acababa de sacar de su centro de mensajes hacía cinco minutos

--Esto no me gusta --declaró, aumentando el volumen y el tono con cada palabra--. ¡No me gusta nada este giro de los acontecimientos!

A su alrededor, las enormes ratas de alcantarilla que compartían con él su reino empezaron a chillar como respuesta. Phantomas estaba conectado a miles de ratas de forma sutil mediante la disciplina vampírica conocida como Animalismo. Podía sentir sus emociones y obligarles a obedecer órdenes sencillas. Sin embargo, aquel vínculo funcionaba en muchas capas. Cuando él estaba enfadado o molesto, las ratas lo sentían. Aquella noche corrían enloquecidas por el suelo mientras su amo agitaba en el aire un puñado de papeles y gritaba impotente.

--¡Mirad esto! --chilló--. Mirad estos informes. Hace tres noches, once ciudadanos desaparecen en Marsella sin dejar rastro. ¡Once! ¡Desaparecidos sin dejar rastro! Nada de cuerpos. He cruzado sus nombres en los informes oficiales de la policía con los de mi

enciclopedia. Todas las víctimas eran Vástagos, seis de ellos del clan Nosferatu,

»Un barco había atracado horas antes en el muelle procedente de Argentina. Parte de la tripulación estaba muerta y el resto no tenía recuerdos del viaje. Algo terrible viajaba a bordo. Trajeron un monstruo a nuestras costas, una criatura que amenaza la existencia de todos los vampiros de Europa, un horror que se acerca a París a toda prisa.

»La noche siguiente, seis vampiros se desvanecieron en Lyon. De nuevo, la mayoría eran Nosferatu. Uno de los desaparecidos era Rocholone, un Vástago de la Sexta Generación de gran poder. Según los informes policiales, el único acontecimiento extraño de la noche se produjo cerca de la medianoche, cuando cuarenta y siete ventanas se rompieron en el barrio en el que se produjeron las desapariciones. Nadie pudo explicárselo, aunque varias personas se quejaron de haber oído un chillido extremadamente agudo un instante antes del desastre.

Phantomas juntó las manos, aplastando los papeles.

»Un buen chillido es ése, vaya que sí –dijo, derrumbándose como una piedra sobre la silla frente a su monitor. Sus rasgos estaban retorcidos por el miedo–. Un aullido, más bien. Ese monstruo siempre aúlla en su momento de triunfo. Por eso se ha ganado su título: Gorgo, La Que Aúlla en la Oscuridad.

Miraba con ojos aterrorizados las paredes de bloques de cemento de su guarida subterránea.

»Anoche cayó sobre Fontainebleau. Según mis informes, solo dos Vástagos vivían en esa ciudad. Eran Toreador, por supuesto, artistas inmersos en sus recuerdos de la corte de Enrique II. Aún no se ha informado de su desaparición, pero las doscientas treinta ventanas destrozadas en el palacio aparecieron en las noticias de esta mañana. La voz de Gorgo es única en la Tierra. –Tiró los faxes al suelo y descansó su cabeza calva sobre las manos, apoyadas en la mesa.

»Fontainebleau está a solo cuarenta y cinco kilómetros de París. Es posible que la Que Aúlla en la Oscuridad ya esté aquí. No soy ningún estúpido. Absimiliard ordenó a los Nictuku que localizaran y destruyeran a los más poderosos antiguos del clan Nosferatu. Dos mil años de existencia me incluyen en esa categoría. Gorgo ha venido en mi busca. –Sacudiendo la cabeza desesperado, dio un puñetazo al teclado de su ordenador.

»Primero, la Muerte Roja trata de destruirme. Después envía a tres locos a mi guarida. Ahora me veo acosado por uno de los Nictuku.

¡No es justo! Lo único que quería era sentarme tranquilamente y trabajar en mi gran enciclopedia. No quería verme involucrado en modo alguno en la Yihad.

Las ratas chillaron dando su aprobación. Abatido, Phantomas se quedó inmóvil frente al monitor parpadeante. Las ratas eran las únicas que hacían sonido alguno. Pasó un minuto. Otro. Lentamente, el vampiro se enderezó.

–Es evidente –dijo el Nosferatu hablando a la enorme rata gris que se encontraba sobre la pantalla–, que mis deseos no significan nada para la Muerte Roja o los Nictuku. Es hora de que aprendan que no soy fácil de eliminar. Un soldado romano nunca se rinde. Mis enemigos podrán poseer grandes poderes, pero para destruirme tienen que entrar en mi guarida, y aquí, bajo las calles, reino supremo. –Comenzó a escribir febrilmente en el teclado con asombrosa velocidad.

»Se impone un rápido diagnóstico del sistema de seguridad –dijo, cobrando fuerza con cada palabra. Asintió satisfecho al ver aparecer en la pantalla las largas cadenas de símbolos. El Nosferatu comprendía aquel lenguaje informático con la misma facilidad con la que escribía.

»Todos los sistemas están operativos y funcionan a la perfección –declaró tras unos segundos–. Los sensores y unidades de sonido funcionan a la máxima eficiencia. Los sistemas suplementarios están listos. Los puentes están preparados. –Pulsó tres teclas–. Los muros están cambiando, adoptando el esquema catorce, el ciclo sin fin. Se han cerrado catorce salidas y han quedado seis abiertas. Las trampas disparadas por los Tres Impíos vuelven a estar operativas. Los muros destruidos han sido cambiados. No queda rastro alguno de su paso. –Tecleó cinco líneas de órdenes y asintió satisfecho al comprobar la respuesta inmediata.

»Es un plan digno del mismísimo Julio. Audaz, descarado y lleno de engaño. –El vampiro rió–. ¡Algunas lecciones no se olvidan nunca! ¡Ave, César!

Se puso en pie como si se hubieran activado unos muelles. Tres pasos le llevaron hasta una pared de la cámara. Extendiendo sus dedos alcanzando una extensión que ningún mortal o vampiro podía abarcar, presionó simultáneamente cuatro interruptores ocultos. Sin un solo sonido, la losa de ladrillo se deslizó hacia un lado, revelando un panel brillante lleno de luces electrónicas. Pulsó cinco interruptores, sonrió y devolvió a su sitio la sección del muro, asegurándose de que

se había cerrado. Su segunda línea de defensa estaba preparada.

–Ahora debo descargar toda la enciclopedia en las copias de seguridad –confió a las ratas que le seguían–. No importa lo que me suceda a mí o a mi guarida, la información estará a salvo en otros doce puntos repartidos por el mundo.

Quince minutos después, el trabajo estaba concluido. Phantomas se sentía satisfecho. Se volvió hacia sus pequeñas compañeras.

–Un estúpido que sepa que es objeto de la atención de Gorgo huye, tratando de correr más rápido que su furia. Una elección errónea, ya que nadie puede escapar de lo inevitable. Un hombre sabio se enfrenta a su enemigo. Solo encarándonos con nuestras peores pesadillas podemos derrotarlas.

Las ratas asintieron con un chillido. El vampiro volvió a sentarse en la silla frente al monitor principal. Cualquiera que intentara entrar en las catacumbas pondría en marcha su plan maestro.

No quedaba más que esperar.

Estaba seguro de que Gorgo llegaría aquella noche. Sin embargo, la recepción iba a ser diferente a todo lo que hubiera conocido con anterioridad. La Que Aúlla en la Oscuridad iba a recibir una sorpresa... o eso esperaba Phantomas.

## \_\_\_\_\_ 18 \_\_\_\_\_

### ***París: 5 de abril de 1994***

Las puertas del Teatro de la Ópera estaban cerradas.

–No hay tiempo para sutilezas –dijo McCann, aferrando el pomo de uno de los elaborados portones. Giró la muñeca y el mecanismo saltó con un crujido–. Detrás de ti –dijo abriendo la puerta–. He neutralizado las alarmas, por supuesto.

–No esperaba menos –dijo pasando junto a él para entrar en el edificio–. Mientras tanto, yo me he encargado de que los diversos guardias apostados por el edificio estén dormidos. No despertarán hasta la mañana, así que podemos explorar sin interrupciones inesperadas.

McCann rió entre dientes.

–Formamos un excelente equipo de ladrones. Piensa en toda la diversión que nos hemos estado perdiendo estos años.

–Los allanamientos son una pérdida de tiempo –dijo Alicia mientras recorrían el paseo que conducía a la Gran Escalera–. El crimen organizado es mucho más rentable.

–Manipular los tipos de cambio en los mercados internacionales es aún mejor –replicó McCann.

Alicia sacudió la cabeza disgustada.

–A lo largo de los siglos has perdido el sentido de la aventura, McCann. ¿Qué emoción tiene intercambiar dinero?

–La emoción de la victoria –respondió el detective, volviendo a reír–. Algún día, el mundo será mío.

–Eso ya lo veremos –respondió Alicia, imitando su risa–. Mis planes... –Su voz comenzó a fallarle y se detuvo cuando llegaron al esplendor de mármol blanco de la Gran Escalera–. Había olvidado lo magnífico que es este lugar –dijo, con un claro brillo en los ojos–. Han pasado muchos años desde nuestra última visita.

–Recuerdo que una vez mencionaste haber estado en la noche de la apertura –dijo el detective–. Invitada por algún rey, ¿no?

–Por Alfonso XII de España –respondió Alicia observando las estatuas de las Musas que protegían la entrada a la planta principal–. Éramos amigos íntimos. –Lanzó una mirada al detective, retándole a hacer algún comentario. Sabiamente, McCann mantuvo la boca cerrada–. Aquélla sí que fue una noche –dijo apasionada–. Las escaleras estaban llenas con los ricos y famosos de todo París. El Presidente de la República, el Mariscal McMahon, estaba allí, así como el Lord Mayor de Londres, junto con sus alguaciles, espadachines y alabarderos. El Príncipe vampírico de París, François Villon, también asistió, rodeado como siempre por su séquito y varios miembros del clan Toreador. Entre la Vástagos se comentó que gran parte de los extravagantes diseños arquitectónicos de Garnier debían mucho al príncipe. Conociendo el gusto de Villon para los excesos, sospechaba que las historias eran ciertas. Viendo esta opulencia un siglo después, estoy convencida de ello.

El estruendo del fuego de ametralladoras terminó con los recuerdos de Alicia.

–Parece que la Mafia ha regresado con ganas de marcha –dijo McCann–. Más nos vale que nos movamos. No creo que puedan con Flavia y Madeleine, pero es mejor no dejar nada al azar. Tú conoces este lugar. Yo solo venía a París para verte, y no perdía el tiempo haciendo turismo. ¿Dónde vamos a encontrar la entrada de esas famosas catacumbas?

–En el sótano –dijo Alicia–. Muy, muy abajo.

–Eso no será difícil –dijo McCann mientras seguía a Alicia por el pasillo bajo la Gran Escalera.

–No estés tan seguro –respondió ella–. Hay siete plantas bajo el nivel de la calle. Las salas del sótano son tan inmensas y los techos tan altos que podían guardarse allí escenarios enteros. Durante la época de la Comuna de París, el sótano de la Ópera sirvió como prisión militar. Nadie sabe con seguridad cuántos hombres murieron durante el asedio de la ciudad, pero la tradición dice que sus espectros aún moran en los niveles inferiores.

–Qué idea más agradable –dijo McCann mientras atravesaban una puerta marcada *Prohibido el Paso*–. ¿Hay algo más que deba saber?

–Los disparos han cesado –dijo Alicia–. Eso son buenas noticias. El ataque ha terminado. –Se detuvo al encontrar una escalera de piedra que bajaba hacia la penumbra–. Sin embargo, parece que en el segundo sótano no hay luz.

–Es probable que hayan cortado la electricidad para ahorrar dinero –dijo McCann sombrío–. Típico de los franceses. Puedo ver en la oscuridad. ¿Y tú?

–Razonablemente bien. El problema lo tendremos cuando lleguemos al lago.

–¿Lago? –repitió el detective mientras descendían. No parecía muy contento–. ¿Has dicho *lago*?

–Se encuentra en los niveles más bajos –respondió Alicia–. Antiguamente pasaba por aquí una corriente subterránea. Garnier usó bombas de vapor durante ocho meses para secar el suelo y bajar el nivel freático. Cuando terminó construyó una cimentación de hormigón en dos capas. A pesar de sus esfuerzos, terminó formándose un lago muchos metros bajo el escenario principal. Ése es nuestro destino. Supuestamente, la entrada a las catacumbas está oculta por el agua.

–¿Y nadie ha intentado nunca explorar ese lago tan especial? –preguntó McCann.

–No recientemente. Unos años después de la apertura de la Ópera, algunos valientes anunciaron su intención de localizar la entrada de agua. Los dos primeros intentos fallaron, y los tres siguientes grupos desaparecieron sin dejar rastro. Nadie lo ha intentado desde entonces. La investigación parece encontrarse con algunos problemas insalvables. Espera. Lo verás por ti mismo cuando encontremos la entrada del lago.

–¿Y el gobierno? –preguntó McCann–. ¿Nadie se preocupa por la seguridad del edificio con una corriente en el sótano?

–A los funcionarios no les preocupa en absoluto –dijo Alicia–. ¿Por qué gastar dinero si nos lo podemos ahorrar?, pensarán. La Ópera se ha mantenido en pie durante más de un siglo y los cimientos siguen en buen estado. Como casi todos los políticos, están demasiado preocupados por los asuntos importantes, como los sobornos y la corrupción.

–La naturaleza humana nunca cambia –dijo McCann–. A menudo me pregunto si Caín se enfrentó a problemas similares cuando construyó Enoch. Dicen que la prostitución es la profesión más antigua del mundo, pero, ¿qué hay de la política?

Alicia rió.

–¿Qué diferencia hay entre las dos?

Pasaron veinte minutos buscando la puerta adecuada por el sótano. Alicia solo había visitado el lago una vez con anterioridad, y había sido hacía un siglo. Había cientos de cuartos que investigar. Al final, justo cuando los nervios de McCann empezaban a alterarse, dieron con el lugar. Un pasillo largo y estrecho terminaba en una puerta de acero con un cartel con enormes letras rojas: "Peligro: Prohibido el Paso". La cerradura estaba echada.

–Ahora lo recuerdo –dijo Alicia–. El lago se encuentra bajo nuestros pies. Al otro lado del portal hay una trampilla que conduce al nivel inferior.

–¿Una trampilla? –preguntó McCann–. ¿No hay siquiera un embarcadero? No me digas que tenemos que nadar para llegar a las catacumbas.

–Debería haber un bote anclado al techo cercano a la trampilla –respondió Alicia–. Al menos, hace un siglo lo había.

El detective parecía disgustado.

–Si lo hubiera sabido me hubiera traído una barca hinchable. Espero que la memoria no te falle.

Alicia se puso en cuclillas frente a la cerradura.

–Déjame intentarlo. Parece sencilla.

Flexionó los dedos sobre el metal, y con un chasquido casi inaudible la puerta se abrió.

–Presumida –dijo McCann, empujando.

Alicia sonrió.

–La fuerza bruta tiene un lugar en este mundo, pero la delicadeza funciona en la mayoría de las situaciones.

En el centro de la cámara oculta se encontraba una gran trampilla con una argolla metálica en el centro. Descansando contra la pared había cuatro grandes remos de madera, y junto a ellos había varias linternas. McCann tomó una y la encendió. Una luz blanca inundó la estancia.

–Pilas nuevas –dijo–. Alguien ha estado aquí hace poco. Los remos parecen en buen estado. Puede que la cosa no esté tan mal como esperaba.

El detective se agachó y abrió la trampilla, revelando una oscuridad absoluta. Alicia apuntó su linterna hacia el hueco, mostrando una masa de agua en calma a un metro y medio bajo el techo. McCann gruñó. Un pequeño bote en el que apenas cabían dos personas esperaba sobre la superficie, atado con un grueso cabo a un gancho en el techo.

–No hay precisamente mucho espacio entre el techo y la superficie –señaló McCann–. Me parece que va a ser un viaje bastante claustrofóbico.

–Nunca pasé de aquí –dijo Alicia–. Las historias aseguran que varios túneles surgen desde el extremo del lago hacia las catacumbas. El problema es que, con esta altura del agua, los pasadizos apenas son visibles.

–Genial –dijo McCann–. Encontrarlos va a ser divertidísimo. No parece que tengamos más elección. ¿Quieres subir primero? Te pasaré los remos. Llévate una linterna. Con visión nocturna o sin ella, prefiero remar con las luces encendidas.

Alicia bajó cuidadosamente hacia el bote. Con sus largas piernas estiradas apenas podía sentarse sin que su cabeza tocara los ladrillos rojos del techo.

–Pásame los remos –dijo–. Ten mucho, mucho cuidado cuando subas a bordo. No vas a poder sentarte estirado. Creo que si te arrodillas tendrás sitio suficiente. Vas a ir bastante apretado.

McCann le dio los remos y se descolgó desde la trampilla. Apoyó cuidadosamente los pies en el fondo del bote y dejó sentir su peso poco a poco. Si volcaban, alcanzar la trampilla sería difícil.

–Ésta no es mi idea de la comodidad –dijo el detective unos minutos después, con los brazos recostados en el borde del bote. Tenía la barbilla apoyada sobre los dedos y escudriñaba la oscuridad, tratando de dar con un hueco en las paredes de la gigantesca cámara–. ¿Quieres probar primero en alguna dirección particular?

–Dime tú –respondió Alicia, introduciendo los remos en el agua.



McCann apenas cabía en el bote, por lo que tenía que remar ella. No parecía muy contenta—. Tú eres el detective, ¿recuerdas? Venga. No tenemos toda la noche para localizar esas malditas catacumbas.

McCann frunció el ceño concentrado.

—Por ahí —dijo tras unos segundos señalando a la derecha—. Siento una interrupción en la pared. Más allá hay una cueva con una playa. Debe ser la entrada de los túneles.

—Hay un olor extraño —dijo Alicia mientras giraba el bote en la dirección indicada.

—¿También lo has notado? —respondió el detective mientras mojaba los dedos en la superficie gélida del lago. Se llevó la mano a los labios y lamió—. Mierda. Justo lo que temía, aunque tiene sentido. Hay restos de vitae Cainita mezclada en el agua. Este lago es un gigantesco estanque de sangre.

—¿Un estanque? —repitió Alicia—. Eso podría explicar lo sucedido con los exploradores. A los Nosferatu les gusta este tipo de trampas. Si Phantomas es un Matusalén, su sangre será extremadamente poderosa. —Sintió un escalofrío—. ¿Qué tipo de monstruos subacuáticos vivirán bajo el Teatro de la Ópera?

Casi como respuesta, el agua frente al bote se agitó. Algo se estaba moviendo bajo la superficie, dirigiéndose hacia ellos.

—Tengo la molesta sensación —dijo sombrío Dire McCann—, de que estamos a punto de descubrirlo.

### ***Sicilia: 5 de abril de 1994***

El comunicador en la mesa de Don Caravelli empezó a zumbar. El jefe de la Mafia extendió el brazo y apretó el botón del altavoz.

—¿Y bien? —preguntó.

—Nuestros agentes han hecho una identificación positiva de la presa en las inmediaciones del Teatro de la Ópera de París —dijo Marius Michaud—. No hay duda de que tanto McCann como Varney están allí.

—Excelente —dijo Don Caravelli. Al otro lado de la mesa, sentada en una silla, estaba Elaine de Calinot. Sobre su regazo descansaba su bastón. No mostró reacción alguna ante las noticias—. ¿Cuándo

comenzará el ataque?

La línea quedó en silencio durante un instante. Cuando Michaud volvió a hablar quedó claro que no parecía muy entusiasmado.

–El primer intento terminó hace casi una hora –dijo hablando lenta y cuidadosamente–. No tuvo éxito. Todos nuestros agentes en los alrededores fueron destruidos. No hay supervivientes.

–Sospecho que Madeleine Giovanni estaba allí –dijo Don Caravelli–. No le gusta dejar cabos sueltos.

–Tanto ella como la asesina Assamita conocida como el Ángel Oscuro demostraron ser imposibles de matar –siguió Michaud–. En las pocas ocasiones en las que nuestras fuerzas lograron acercarse lo suficiente como para preparar un ataque serio, la mala suerte abortó todas nuestras acciones. Los depósitos de gasolina se rajaban provocando explosiones, se producían incendios en los carritos de los vendedores, las armas se encasquillaban... Parecía que las leyes del azar se hubieran vuelto contra ellos.

–Un mago –dijo Elaine suavemente, de modo que solo Don Caravelli pudiera oírla. Una sonrisa siniestra apareció en sus labios rojos–. Deben haber reclutado a un mago poderoso para su causa. Sea quien sea, tuerce la realidad para ayudarles.

Don Caravelli asintió. Parecía sorprendentemente compuesto, considerando las malas noticias que había recibido. No le importaban. El contacto inicial no significaba nada. Que sus agentes estuvieran siendo exterminados por decenas tampoco era demasiado grave. Lo verdaderamente importante era el resultado final.

–Supongo que nuestros representantes volvieron al ataque –preguntó el señor de la Mafia.

–Por supuesto –respondió el jefe de seguridad–. Tenían sus órdenes. La segunda oleada no tuvo más éxito. De nuevo, ninguno de los agentes escapó a la Muerte Definitiva. Desde entonces la batalla ha abandonado la Ópera y ha degenerado en una lucha urbana por el distrito entre nuestras fuerzas y las de Madeleine Giovanni.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Don Caravelli frunciendo el ceño–. ¿Esa puta ha conseguido refuerzos?

–Dos miembros del clan Giovanni que operan una oficina en París –dijo Michaud–. Nunca creímos que fueran a participar activamente en el combate. Llegaron por sorpresa, acompañados por varios ghouls. Su presencia ha anulado nuestra superioridad numérica. Los recién llegados luchan como posesos.

–Nunca *creímos* –repitió Don Caravelli rezumando sarcasmo–.

Qué desafortunado. Lo recordaré cuando este episodio haya terminado. De momento, llama a más agentes de la zona circundante. Ésta es tu única oportunidad para redimirte Michaud. Quiero ver destruida a esa puta Giovanni, y a sus familiares y amigos con ella. ¿Entiendes? No quiero más fallos.

—A sus órdenes, mi Don —respondió Michaud aturdido. No había escapatoria. Destruir a Madeleine Giovanni era imposible, lo que convertía la orden de Don Caravelli en una sentencia de muerte. El intercomunicador se apagó.

—Me estaba cansando de ese estúpido —dijo Don Caravelli con una sonrisa cruel—. Encontrar un repuesto no me costará demasiado.

—No ha mencionado a Varney ni a McCann después del ataque inicial —señaló Elaine con un gesto de la mano. Pertenecía al Círculo Interior del clan Tremere y no le preocupaba el destino de los subordinados—. Estoy segura de que nuestros objetivos ya no se encuentran con sus ayudantes.

Don Caravelli asintió.

—Estoy de acuerdo. Los abandonaron para que lucharan mientras ellos seguían con su búsqueda. ¿Qué mejor distracción que un tiroteo en las calles de París?

—Las habladurías locales aseguran que existe una entrada a las viejas catacumbas en algún lugar bajo el Teatro de la Ópera —dijo la hechicera.

—Interesante, pero carece de importancia. Mis representantes en la ciudad han encontrado cuatro entradas secretas a los túneles repartidas por toda la ciudad. Cada una conduce a las zonas inferiores desde lugares diferentes. Tenemos a ese tal Phantomas rodeado. Lo único que falta es hacer saltar la trampa y aplastar a nuestros enemigos como a insectos.

—Si los combates comenzaron hace una hora —dijo Elaine levantándose de la silla—, es probable que McCann y Varney ya estén de camino hacia la guarida del Nosferatu. Retrasar demasiado el ataque podría ser un error fatal. Juntos, los tres representan una oposición formidable.

—No cometas el error de juzgar a mis escuadrones de asalto por la incompetencia de aquéllos que combaten al Ángel Oscuro y a Madeleine Giovanni —dijo Don Caravelli tomando un hacha de la pared. Cuando Elaine estaba de pie se sentía mucho más seguro con un arma en las manos. El tacto del acero frío siempre le calmaba—. Esos idiotas son carne de cañón. Son prescindibles y no tienen más

objetivo que intentar dar al ataque un viso de realidad. Mientras los amigos de McCann pintan las calles de París de rojo, nuestro ejército clandestino se encuentra cientos de metros bajo las calles, buscando y destruyendo a los verdaderos enemigos.

–Phantomas es un Matusalén --dijo Elaine--. McCann y Varney pueden ser humanos, pero disponen de poderosos mentores.

Don Caravelli sonrió despectivo.

–¿Debería echarme a temblar? Tras nuestra discusión, ordené en secreto a mis mejores asesinos en todo el continente que se reunieran en París. No se trata de vampiros ordinarios, señorita de Calinot. Son los criminales más peligrosos y preparados de mi organización. Es una hueste de asesinos amados con la tecnología más avanzada disponible. Las pistolas de eco Doppler y los detectores de movimiento darán con Phantomas y con los dos humanos antes de que se den cuenta. Cuando amanezca, esos tres habrán dejado de ser una molestia.

–Eso espero --dijo Elaine--, por tu propio bien.

Don Caravelli empuñó el hacha con más fuerza.

–¿Una amenaza, señorita de Calinot?

Elaine rió.

–Te confundes, Don Caravelli. --El jefe de la Mafia creyó sentir un toque de sarcasmo en su voz--. Somos aliados, compañeros en la búsqueda para lograr el control de la raza Cainita. Solo estaba expresando mi preocupación por tu seguridad. --Su voz se hizo fría--. Si Dire McCann y Alicia Varney sobreviven a esta noche habrás hecho enemigos extremadamente poderosos. Madeleine Giovanni puede ser una rival peligrosa, pero comparada con Lameth y Anis no es más que un insecto. Hasta la Muerte Roja teme la furia del Mesías Oscuro y su consorte.

–¿Ahora presumes de hablar no solo por el Consejo Interior de Tremere, sino también por la Muerte Roja? --dijo Don Caravelli con un tomo igualmente gélido--. Como señor de la Mafia no temo a nadie, incluyendo al misterioso Nosferatu y a los dos mortales que le buscan.

Se llevó la mano al bolsillo del traje y sacó un teléfono móvil. Con la mirada ardiente, marcó un código de cuatro dígitos. La conexión por satélite fue casi instantánea.

–Ahora --dijo al auricular, cortando inmediatamente la comunicación--. La búsqueda ha comenzado --dijo--. Mis agentes me informarán en cuanto traben contacto. Las catacumbas serán la sepultura de nuestros enemigos.

Elaine sonrió.

–Destruye a esos tres y el mundo será nuestro.

***París: 5 de abril de 1994***

Dire McCann sacó la pistola ametralladora y se la puso sobre el regazo. Con los ojos entrecerrados por la concentración, dejó que la punta de sus dedos tocara la superficie del lago subterráneo. Lanzó una maldición.

–Qué demonios...

–¡Cuidado! –gritó Alicia.

Dos gigantescas cabezas surgieron del agua a pocos metros del bote. Las criaturas recordaban a inmensos cables multicolores terminados en fauces llenas de colmillos de quince centímetros, afilados como cuchillas. Unos ojos negros situados justo sobre la boca estaban fijos sobre Dire McCann. Siseando como gigantescas locomotoras de vapor, se lanzaron hacia delante para atacar al sorprendido detective.

McCann se levantó instintivamente para repeler el ataque, olvidando por un instante la pistola sobre sus piernas. Con un golpe que resonó por toda la cámara, se golpeó la cabeza contra el techo de ladrillo. Gruñendo dolorido, se derrumbó sobre el bote mientras los dos horrores golpeaban el lugar donde había estado hacía un segundo. La barca zozobró cuando los monstruos golpearon sus costados. Con un chapoteo las criaturas se sumergieron de nuevo, igual que la ametralladora de McCann, que se perdió en la negrura del lago.

Como enormes cobras, los dos monstruos volvieron a sacar la cabeza del agua. Los colmillos brillaban como dagas contra la débil luz de la linterna. Criadas en el estanque de sangre del Nosferatu, aquellas rémoras poseían una inteligencia sobrenatural. Les dominaba un loco deseo de destruir a cualquiera que invadiera su guarida.

Gruñendo furiosa, Alicia soltó los remos. Señaló con sus manos directamente a las criaturas, concentrando su inmensa voluntad. Chispas brillantes surgieron de sus dedos, convirtiéndose en bolas de fuego a medida que avanzaban. Las llamas golpearon en la garganta a los monstruos, que siseando agónicos se sumergieron bajo la

superficie del lago.

–Rémoras –escupió McCann iracundo desde el fondo del bote–. Hay decenas de ellas repartidas por todo el estanque. Son enormes.

–Imposible –dijo Alicia–. Son peces tropicales. Necesitan aguas templadas. Tuve algunas en una pecera hace unos años.

–Díselo a ellas –respondió McCann, sacudiendo la cabeza para aclarar sus pensamientos. Aferró los costados del bote y trató de arrodillarse.

–¡Hostia! –gritó Alicia mientras una serpiente de color rojo y plateado se lanzaba contra ella desde la derecha. Se giró mientras el fuego infernal surgía de sus dedos. Las chispas alcanzaron la piel del monstruo, pero no tuvieron mayor efecto. La criatura seguía avanzando. Al mismo tiempo, un ser verdoso y dorado apareció a un metro de la popa. Las fauces abiertas eran más grandes que la cabeza de Alicia. No había modo de esquivar ambos ataques, pero tampoco fue necesario. Moviendo las manos a una velocidad cegadora, Dire McCann atrapó al animal rojo y plateado unos centímetros por debajo de la cabeza. Tirando con todas sus fuerzas logró cambiar la dirección de la acometida del monstruo, cuya velocidad e inercia le impidieron detenerse. La boca golpeó el cuello del segundo atacante. Involuntariamente, la criatura cerró las fauces, hundiendo sus inmensos colmillos en los músculos desprotegidos de su víctima. Agitándose salvajes, los dos leviatanes se hundieron bajo la superficie.

»Eso ha sido impresionante –dijo Alicia con la cara blanca.

–Eso creo yo también –dijo McCann doblando los dedos–. No cuentas con que pueda hacerlo una segunda vez. Fue mucho más una cuestión de suerte que de habilidad.

–Las rémoras tropicales no hacen esos ruidos –dijo Alicia.

–Tampoco miden diez metros –replicó el detective–. Es sorprendente cómo estos estanques de sangre afectan a las cosas. –McCann observaba el agua oscura, totalmente en calma. Entrecerró los ojos–. Están bajo nosotros –dijo preocupado–. Cuento más de diez. Eso son muchas. Un buen montón de colmillos.

–Están comenzando a emerger –dijo Alicia–. No podremos derrotar a tantos de esos monstruos al mismo tiempo.

–No te infravalores –dijo McCann–. ¿Qué tal va tu control sobre la disciplina Temporis?

–Como siempre –respondió Alicia–. Puedo emplearla durante breves intervalos. Detener o cambiar el flujo del tiempo no es fácil,

especialmente en un sitio así.

--Unos segundos serán suficientes para lo que necesito --dijo el detective. El agua a su alrededor comenzaba a agitarse. El bote tembló cuando los gigantescos cuerpos golpearon la madera--. Cuanto antes mejor.

Alicia inspiró profundamente. Las cabezas brillantes y lisas de siete monstruos emergieron, rodeando completamente la barca. El resto de las criaturas seguía bajo la superficie, tratando de destruir la embarcación. Las gigantescas fauces se abrieron y las rémoras sisearon triunfantes. Repentinamente, el sonido cesó. El tiempo estaba congelado.

--Buen sentido de la oportunidad --dijo McCann. Su mirada brillaba de forma extraña y en su voz había un tono demoníaco--. Muy melodramático.

--Todo por ti --dijo Alicia, con la voz contraída por el dolor. Se humedeció los labios mientras el esfuerzo le obligaba a cerrar los ojos. El sudor comenzaba a caerle de la frente. Sus manos eran puños blancos--. Estamos más allá del tiempo, en una cronoburbuja. No puedo mantener este estado mucho tiempo. Si tienes algún plan, utilízalo ahora mismo.

McCann puso una mano suavemente sobre el agua inmóvil mientras el aire que rodeaba al bote parecía crepitar con vastas energías psíquicas.

--Ya está --dijo--. He terminado.

Alicia lanzó un suspiro de alivio. La realidad tembló mientras la burbuja de tiempo que les rodeaba se disolvía. El siseo mortal de los monstruos llenó la oscuridad, pero repentinamente se convirtió en un chillido. Las criaturas emitían un horrible sonido que ya no era de triunfo, sino de dolor.

Dire McCann rió con un sonido que no tenía ni remotamente nada de humano.

Una ola de calor sofocante cruzó el rostro de Alicia, haciéndole parpadear. Nubes de vapor inundaron el sótano mientras el agua alrededor del bote comenzaba a hervir. El olor de la carne y el músculo quemado lo inundó todo. Alicia tosió por unos instantes antes de alejar mentalmente el hedor de sus fosas nasales. Miró asombrada a los atacantes. Los ojos negros y muertos se hundían poco a poco en las profundidades del lago subterráneo. De algún modo, con un toque de su mano, McCann había matado a todas las criaturas que rodeaban el bote.

–Los he cocido vivos –dijo el detective, respondiendo a la pregunta muda de Alicia. Sonrió–. La burbuja temporal me dio el tiempo necesario para enfocar mis pensamientos sobre las moléculas del agua. Cuando liberaste el campo, el líquido se calentó en cuestión de milésimas de segundo. Nada vivo podría haber sobrevivido en ese caldero. Generar calor no es difícil si ya estás acostumbrado a manipular el clima. Lo verdaderamente difícil fue conseguir que el bote no ardiera en llamas.

–Sopa de rémora –dijo Alicia–. Creía que había agotado mi capacidad de asombro, McCann, pero tú consigues sorprenderme sin esfuerzo.

–Eso intento –dijo el detective. Señaló hacia la derecha–. La corriente parece desaparecer en esa dirección. Ahí es donde sentí la ruptura en el muro del sótano. Más allá hay un túnel y una playa. Debe ser la entrada a las catacumbas.

–Se ha evaporado el agua suficiente como para que puedas sentarte –dijo Alicia–. ¿Te apetece intentarlo con los remos?

El detective sonrió.

–Lo has hecho tan bien que no quiero privarte del privilegio de seguir tú. Llegados a una cierta edad, el ejercicio es muy saludable. –Alicia le perforó con la mirada. El detective cogió rápidamente los remos, que sorprendentemente habían sobrevivido al ataque sin quedar convertidos en astillas–. Tú navegas, yo remo.

El rastro del vapor les llevó hasta una estrecha abertura en la cimentación de hormigón. El hueco era de un metro y medio y estaba a unos treinta centímetros por encima del nivel del agua. Con cuidado, el detective alzó los remos. Iba a ir muy justo.

–Agáchate –dijo reclinándose en la proa del bote. Extendió el brazo, asió el borde de la abertura y tiró hacia ella. La madera arañó el hormigón mientras la barca se deslizaba bajo la pared rota y se introducía en la oscuridad que había al otro lado–. No fue tan mal –dijo McCann incorporándose.

En aquel lugar el techo era más alto. Recorrió la zona con la linterna. Estaban en una pequeña caverna de unos seis metros de anchura por diez de longitud. El terreno ascendía poco a poco y el lago terminaba en un dedo de barro de pocos metros cuadrados. Al otro extremo de la cueva había una abertura oscura que solo podía ser la entrada a las catacumbas.

–Hay una argolla de hierro metida en el suelo –dijo Alicia–. Evidentemente, no somos los únicos que hemos venido por aquí. No



es la primera vez que se emplea este lugar para entrar en los túneles.

--O puede que se trate de un punto por el que abandonarlos --dijo Dire McCann--. Mantener a esos monstruos vivos y salvajes requiere de una cantidad pequeña pero constante de la sangre de Phantomas. Debe venir con frecuencia al lago para alimentarlas. Después puede salir por el Teatro de la Ópera.

--Con sus poderes de Nosferatu, salir no sena mucho problema --dijo Alicia--. Su presencia en el lugar desde hace un siglo debe haber contribuido a las numerosas leyendas sobre el Fantasma de la Ópera. Piensa en ello. Phantomas de la Ópera. Suena melodramático. Parece casi una ópera en sí misma.

--Buen título para una novela de intriga --dijo McCann mientras dirigía el bote hacia la playa. Saltó a tierra y aseguró el cabo a la argolla metálica--. Ya estamos. Las catacumbas nos esperan. ¿Estás lista?

Alicia salió del bote y tomó la linterna.

--Es una pena que hayamos perdido tu arma. Un estanque de sangre aquí indica que a Phantomas no debe gustarle la vida social. Es probable que haya otros monstruos más adelante.

--Trabajando como un equipo podemos enfrentarnos a todo --dijo McCann.

A lo lejos, en la absoluta oscuridad de las catacumbas, algo aulló. Se trataba de un sonido agudo e inhumano de una absoluta locura que rebotó una y otra vez en las paredes de la caverna. Un minuto, dos minutos, cinco minutos siguieron con terrorífica intensidad, impidiendo que McCann y Alicia pudieran avanzar. El sonido era la demencia destilada, y tanto el detective como la mujer conocían su origen.

--¿Gorgo? --preguntó McCann con expresión perpleja--. ¿La Que Aúlla en la Oscuridad está aquí, en las catacumbas? Creía que ese monstruo estaba en Argentina.

--Se me olvidó comentártelo --dijo Alicia con un suspiro--. Es una larga historia, pero has acertado.

El detective sacudió la cabeza.

--No me sorprende demasiado --dijo--. Los Nictuku siguen las órdenes de Absimiliard que les obligan a destruir a los Nosferatu más poderosos del mundo. Desde luego, Phantomas pertenece a ese grupo. Es un objetivo natural, y Gorgo era la más determinada de todos ellos. Antes o después hubiera venido a por él. Ojalá hubiera decidido hacerlo una noche diferente.

--Más nos vale que demos con Phantomas de inmediato --dijo

Alicia apuntando al túnel con la linterna--, antes de que lo haga Gorgo.

--Sí. --Dijo McCann--. En caso contrario, no quedará mucho que encontrar.

## \_\_\_\_\_ 21 \_\_\_\_\_

### ***París: 5 de abril de 1994***

Las alarmas saltaban por todas partes en el centro de mando de Phantomas, alterando a la horda de ratas que cubría el suelo de la cámara. El vampiro, sentado en su silla frente al monitor principal, podía sentir la ansiedad de los roedores. No le sorprendía, ya que él también estaba inquieto. Como esperaba, sus catacumbas subterráneas habían sido invadidas. Sin embargo, no estaba preparado para la enorme cantidad de enemigos. Ya no se trataba solo de una batalla entre él y Gorgo. Numerosos comodines inesperados habían entrado en la partida.

--Hay intrusos en seis pasadizos diferentes --dijo para sí mientras sus garras volaban sobre el teclado. Primero apagó las alarmas, ya que el sonido molestaba a las ratas, y los chillidos constantes de éstas le impedían concentrarse. Después, con una velocidad y una agilidad sobrehumanas, accedió a la última información recogida por sus cámaras ocultas. El panorama no era muy alentador.

»Esos invasores creen poder atraparme en mi propia guarida --gruñó molesto--. Insensatos. Puede que solo sea uno contra muchos, pero las ratas acorraladas son las más peligrosas.

Cuatro túneles que conducían a su guarida desde cuatro esquinas de la ciudad estaban llenos de escoria de la Mafia. Evidentemente, su plan era rodearle por todas partes. Phantomas se burló con desprecio. Como si no hubiera decenas de salidas de emergencia en aquel lugar. Acorralarle no era precisamente sencillo.

Cada grupo constaba de dos Brujah y de tres vampiros Gangrel. Los primeros eran los líderes y los guerreros. Los segundos, con sus disciplinas lobunas, actuaban como exploradores. Unos seis ghouls acompañaban a cada expedición. Eran ladrones y asesinos armados con lanzallamas y potentes ametralladoras. Los cuatro grupos estaban interconectados por walkie-talkies y teléfonos móviles.

Phantomas nunca había tratado directamente con la Mafia. Era un

morador de las sombras que siempre se había creído invisible para el imperio del crimen. Aquel ataque cuádruple dejaba claro que se equivocaba. Sospechaba que la Muerte Roja tenía algo que ver con aquel inesperado revés de la fortuna.

Los grupos ya llevaban casi una hora en las catacumbas. Al principio habían avanzado muy rápido, confiados en que Phantomas no podría hacer nada para detenerles. Sin embargo, en cuanto Gorgo dejó clara su presencia se pararon. La mayoría de los Gangrel y los Brujah de las últimas generaciones ni siquiera sabían de la existencia de los Nictuku, pero los terroríficos aullidos del monstruo bastaban para amedrentar hasta al vampiro más valiente. Los matones habían llegado para buscar a un Nosferatu supuestamente asustado de su propia sombra. No esperaban encontrarse con La Que Aúlla en la Oscuridad.

A pesar de los dispositivos electrónicos de vigilancia extremadamente sofisticados, Phantomas era incapaz de determinar la situación actual de Gorgo en las catacumbas. El aullido de la Nictuku había destrozado las lentes de la mitad de sus cámaras ocultas por todo el complejo. De vez en cuando el mecanismo de enfoque de su monitor principal se volvía loco y no era capaz de ver más que un borrón en los túneles. El monstruo se encontraba en el ala oeste del laberinto, en el anillo exterior de las catacumbas. Estimó que tardaría una hora o dos en escapar del laberinto. Sacudió la cabeza. El único modo seguro de descubrir lo que Gorgo estaba haciendo era salir a buscarla, y no tenía la menor intención de correr ese riesgo.

Dos mortales habían entrado en las catacumbas empleando los pasadizos que las conectaban con el Teatro de la Ópera. Serían aventureros o estúpidos, decidió, atraídos por las historias que corrían sobre el tesoro del fantasma. Los humanos eran imbéciles que creían las cosas más absurdas mientras tuvieran relación con el dinero. Por un momento pensó en inundar el lugar con gas venenoso. Odiaba a los cazadores de fortuna. Después se detuvo, pensando que si la pareja había llegado para buscar un tesoro oculto era por culpa de los rumores que él mismo había extendido. No era justo penalizarlos por su propio sentido melodramático.

--Han entrado por el túnel en el extremo del lago bajo el Teatro --murmuró Phantomas pensativo--. Me pregunto cómo habrán evitado a mis criaturas. --Tres pulsaciones de teclas le mostraron la respuesta--. Muertas --dijo el Nosferatu a las ratas a sus pies. No daba crédito a lo que veía--. Están todas muertas.

Mutadas por su sangre hasta alcanzar cuatro veces su tamaño y su ferocidad, las rémoras habían servido como eficaces guardianes de las catacumbas durante décadas. Ni Vástagos ni mortales podían combatir a aquellos monstruos de colmillos afilados. Le costaba aceptar que hubieran sido exterminados por esos dos mortales de aspecto inocente.

–Es evidente que he cometido un terrible error de juicio –dijo suavemente–. Esos dos no son ni *inocentes* ni *ordinarios*.

Sus manos volvieron a volar sobre el teclado. Las cámaras de ese túnel en particular funcionaban bien. La pareja estaba lo bastante lejos de Gorgo como para no haber sido dañada por el grito. Ajustando el foco y la iluminación infrarroja, Phantomas se acercó al rostro de la mujer. Le parecía vagamente familiar.

Ejecutó una subrutina que revisó miles de informes periodísticos. Su ordenador tardó dos minutos en identificar a la intrusa e imprimir su nombre bajo la imagen. Era Alicia Varney, una de las mujeres más ricas del mundo. Su nombre aparecía en letras rojas en la pantalla, lo que indicaba que se la mencionaba en su enciclopedia. Un golpe de tecla recuperó la referencia. Según su monumental obra, Alicia Varney servía como ghoul de Justine Bern.

El Nosferatu sacudió la cabeza, rechazando aquella idea inmediatamente. Llevaba muchos siglos estudiando rostros, y los rasgos de aquella mujer mostraban una increíble fuerza de carácter. Nunca obedecería las órdenes de otro. Podía ser un ghoul, sí, pero nadie era su maestro.

Los dedos volvieron a recorrer el teclado y la cámara enfocó al compañero de Varney. La máquina se centró en él y trató de mejorar la imagen, pero no lo consiguió. Cambió de cámara y sucedió lo mismo. A pesar de todos sus intentos en los minutos siguientes, todas las cámaras del túnel se negaban a lograr una imagen clara.

Phantomas gruñó frustrado. Primero aparecía Gorgo, luego los agentes de la Mafia y por último aquellos dos humanos, uno de los cuales desafiaba a la tecnología moderna. Aquella era una noche llena de frustraciones. Como siempre, estaba convencido de que los tres acontecimientos estaban relacionados de algún modo. No conocía el motivo, y presentía que rápidamente se le terminaba el tiempo para establecer la relación.

Otra orden en el ordenador le permitió filtrar el sonido de los micrófonos ocultos en los muros del corredor a través de los altavoces. Hacer coincidir voces con archivos de sonido era mucho más difícil

que rastrear imágenes, pero aquel sistema conseguía cosas asombrosas. Mientras el ordenador trabajaba, se concentró en la conversación.

–¿Has sentido algo extraño en los túneles? –preguntó la mujer a la que había identificado como Alicia Varney–. Parezco detectar muchísimo movimiento para tratarse de un laberinto subterráneo secreto.

–Es cierto –dijo el hombre sin rostro–. Aquí abajo no estamos solo Gorgo, tú y yo. Hay muchos más Vástagos dando vueltas.

–Son matones de la Mafia –dijo Alicia Varney–. Si Don Caravelli sabe sobre nosotros dos, McCann, probablemente también sepa de Phantomas. He combatido desde hace años al Capo de Capi. Es un hombre muy cuidadoso.

–Tiene sentido –dijo el hombre llamado McCann–. Al menos tenemos algo a favor. Puede que los dos juntos no logremos derrotar a Gorgo. Tiene fama de ser la más poderosa de todos los Nictuku. No estoy seguro de que nada pueda sobrevivir a un encuentro contra sus aullidos. Sin embargo, tenemos muchas más posibilidades que esos grupos de asalto.

Alicia Varney rió.

–Y que lo digas. No hay duda de que va detrás del Nosferatu. Sin embargo, su misión no le impedirá detenerse a tomarse algunos aperitivos por el camino.

La mandíbula de Phantomas se abrió asombrada. Trataba de hablar, pero era incapaz de emitir sonido alguno. Pasaron varios segundos antes de que notara siquiera que un nombre en letras rojas parpadeaba en la pantalla de su ordenador, bajo la imagen borrosa del hombre que acompañaba a Alicia Varney. Era Dire McCann. La referencia de su enciclopedia le identificaba como un mago renegado y detective que trabajaba para Alexander Vargoss, Príncipe de San Luis. Recordaba que Vargoss y los suyos habían sido el primer objetivo de la Muerte Roja.

Aquella idea le hizo solicitar una revisión rápida de Justine Bern. La arzobispo de Nueva York también había estado entre los primeros Cainitas en combatir al monstruo. Una revisión de los dos ataques confirmó las sospechas de Phantomas. Tanto McCann como Varney habían estado presentes en aquellas apariciones de la Muerte Roja.

Una revisión más en profundidad de los informes recibidos desde Washington hizo aún más tupida la red. El detective y la ghouls habían estado en la ciudad durante el asedio del Sabbat, así como la Muerte

Roja. No era posible encontrar relación alguna que los uniera, pero a Phantomas le preocupaba menos lo posible que lo probable.

Ahora los dos estaban en las catacumbas, buscando su guarida. Parecían saber sobre Gorgo y los grupos de la Mafia, y solo unos pocos humanos conocían la existencia de los Vástagos. Eran menos aún los que sabían algo sobre la raza Cainita, y era imposible que tuvieran información sobre los Nictuku. Sin embargo, así era. En aquellos mortales había algo claramente inhumano. No tardó mucho en descubrir la verdad.

–Máscaras –susurró–. Son Máscaras.

Corrían historias, nunca confirmadas pero tampoco negadas, que indicaban que determinados vampiros de la Cuarta Generación eran maestros de la disciplina conocida como Dominación. Sus mentes eran tan inconcebiblemente poderosas que, aun en letargo, podían alejarse del cuerpo y tomar el control de un mortal ordinario. En esencia, poseían el cuerpo de su anfitrión. Volvían a vivir, experimentando codiciosos todos los placeres de la vida mortal, desde la caricia del sol hasta la emoción del sexo. Para asegurar la protección de sus nuevos cuerpos, los Matusalenes les otorgaban una cierta cantidad de su poder. La leyenda denominaba Máscaras a aquellos vampiros.

Mientras creaba su enciclopedia, Phantomas se había encontrado con numerosas referencias a tales seres. Nunca había encontrado pruebas reales de que existieran, pero ahora estaba convencido de que dos de ellos se encontraban en sus catacumbas.

Había estado buscando desesperadamente alguna pista sobre el paradero de Lameth y Anis. Según su obra, eran los dos únicos vampiros que le podían ayudar a derrotar a la Muerte Roja, pero había sido incapaz de encontrar rastro alguno de los dos Matusalenes. Quizá hubieran estado claramente a la vista durante toda su investigación, solo que no en la forma que él esperaba.

Gorgo volvió a gritar, haciendo que su atención regresara al presente. El monitor tembló, pero no estalló. El aullido parecía más alto. La Nictuku se estaba acercando. Una rápida comprobación indicó que menos del diez por ciento de sus cámaras ocultas seguía en funcionamiento. Los cuatro grupos de la Mafia discutían nerviosos si debían seguir o retirarse. Temían a los monstruos que pudieran habitar en los túneles, pero también les aterraba la idea de enfrentarse a Don Caravelli. En aquel momento estaban quietos, tratando de reunir el coraje necesario para continuar.

Alicia Varney y Dire McCann se apresuraban por los pasadizos, acercándose cada vez más a su sanctum. El Nosferatu estaba seguro de que le buscaban por el mismo motivo por el que él quería dar con ellos: para destruir a la Muerte Roja.

Por desgracia, nunca había pensado en la necesidad de comunicarse con alguien en las catacumbas, por lo que no había altavoces en las paredes de los túneles. Podía seguir el avance de los mortales, pero no hablar con ellos directamente. No había modo alguno de pedirles que se apresuraran. Se trataba de una carrera a tres bandas hasta su guarida, y si no ganaban ellos aquello se convertiría en un infierno... literalmente.

## \_\_\_\_\_ 22 \_\_\_\_\_

### ***Venecia: 5 de abril de 1994***

El vampiro escuchó la voz al otro lado de la línea telefónica y frunció el ceño enfadado. No le gustaba lo que oía.

Pietro Giovanni, un hombre delgado de pelo canoso y rostro aristocrático, vestía un caro e impecable traje de tres piezas de color gris oscuro, camisa blanca y corbata azul. Prefería el vestuario discreto y clásico. El único rastro de color lo daba la rosa roja en el ojal. En vida se había dedicado a las flores, y la no-muerte no había cambiado aquella afición. Poseía uno de los mejores arboretos del mundo; las rosas en especial eran espectaculares. Nadie conocía su secreto, pero corrían historias, rumores horribles y terroríficos. Alrededor del clan Giovanni siempre había rumores, y muchos de ellos eran ciertos.

Estaba sentado en un enorme sillón de cuero negro detrás de un escritorio de ébano. Pietro Giovanni no se encargaba de nada que tuviera que ver con papeleo. Como director del Mausoleo, el monolítico edificio en el centro de Venecia que servía como cuartel general del clan Giovanni, estaba involucrado en asuntos muchos más importantes que la firma de documentos.

A su espalda, un ventanal panorámico de vidrio tintado ofrecía una magnífica vista de la ciudad. A menudo, en la oscuridad anterior al amanecer, se quedaba en aquel lugar observando Venecia como un rey examinaría su reino. La comparación era bastante adecuada.

Como antiguo del clan Giovanni y director del Mausoleo, Pietro controlaba riquezas más allá de toda medida. En aquella edad moderna el dinero significaba poder, y él era una persona *muy* poderosa.

Aquella noche no había tiempo para contemplaciones. Había sido interrumpido en medio de una importante reunión por la llamada telefónica y las noticias eran inquietantes, especialmente si se unían a la conversación con su invitado.

—¿Qué hay de Villon? —preguntó al auricular—. Esa batalla con Madeleine y sus dos primos lleva horas librándose en las calles. ¿Por qué no ha actuado el príncipe de París? Sabe que es mi chiquilla, así como mi nieta.

La frente de Pietro se arrugó aún más con furia al oír la respuesta. Extraños y demoníacos fuegos bailaban en sus ojos. Sus rasgos delgados adoptaron un aspecto esquelético al tiempo que se enfadaba cada vez más. Cuando volvió a hablar lo hizo con voz calmada, pero se trataba de la paz de los condenados. Su tono era el del Inquisidor medieval que hubiera condenado a la hoguera a una mujer inocente acusada de brujería. No había piedad ni remordimiento, y desde luego tampoco había perdón.

—¿Así —dijo—, que el príncipe cree que proteger a los miembros del clan Giovanni de la ira de la Mafia no es su responsabilidad? Entiendo su razonamiento. Después de todo, nuestro clan no pertenece a la Camarilla y hemos jurado no interferir en su política. De un modo ingenioso y cobarde, la negativa de Villon a garantizar la seguridad de mi chiquilla tiene sentido. Todos los vampiros saben de la enemistad entre los Giovanni y la Mafia. Tiene derecho a considerar personal el conflicto entre nuestro clan y el cártel criminal.

Se detuvo un momento, dejando que su sirviente al otro lado de la línea volviera a hablar. El vampiro, que apenas escuchaba, volvió a observar a su invitado. Éste se había levantado de la silla y estaba dando vueltas por el despacho. Consiguió localizarle al otro extremo de su sanctum, contemplando en silencio una extraña vasija etrusca. Parecía ignorar la conversación, pero Pietro sospechaba que atendía cuidadosamente a lo que se decía a ambos lados. No importaba lo lejos que estuviera. Si quería espiar podía haberlo hecho aun estando fuera del edificio. Era mortal, pero controlaba poderes iguales a los de las principales disciplinas vampíricas. No le tenía miedo, pero le respetaba. Tampoco confiaba en él, ya que aquel hombre no tenía sentido del honor.



–El Príncipe Villon debe saber que soy consciente de su ruptura de la hospitalidad –dijo Pietro–. Por favor, asegúrate de decirle que estoy francamente defraudado con que haya permitido que mi chiquilla favorita sea tratada de este modo. Quizá un pequeño recordatorio ayude a subrayar mi enfado.

La voz al otro lado de la línea hablaba como una ametralladora. Pietro sonrió fríamente.

–Una idea interesante –dijo tras unos momentos de reflexión–, pero demasiado amplia para ser práctica. Los tesoros del Louvre, a pesar de las presunciones de Villon, pertenecen al mundo, no solo a él. Destruir cualquiera de ellos sería contraproducente. Necesitamos algo con un mayor toque de inmediatez. Algo personal. –La voz volvió a hablar y la sonrisa de Pietro se hizo más amplia–. Mucho mejor –declaró, aparentemente satisfecho–. A Villon le gusta rodearse por un rebaño de bellezas estúpidas. Ese idiota egoísta se cree irresistible para las mujeres, y es una idea aburrida que necesita ser puesta en su justo lugar. Usa los recursos necesarios. Demuéstrale al príncipe que la belleza solo está en la piel.

Cuando colgó, Pietro mostraba una expresión satisfecha. En vida había sido un mercader práctico y testarudo sin mucha tolerancia para los idiotas. En la no-muerte su paciencia era aún más limitada. Villon no solo había puesto en peligro la seguridad de su chiquilla, sino que también había mostrado falta de respeto por el clan Giovanni. Aquellos insultos no podían, no debían ser tolerados. Mañana por la noche despertaría en un harén de esqueletos.

La sonrisa del vampiro se desvaneció tan rápidamente como había llegado. Una vez más, sentado frente a él, se encontraba su aliado y espía humano. La información que le traía era tan desagradable como las noticias de París.

–¿Estás seguro de la verdad de estos asuntos? –preguntó–. Madeleine siempre ha sido leal a su clan. Lo que es más importante, siempre me ha sido leal a mí.

–Mi hermana Judith confía totalmente en mí –dijo el mago de barba gris llamado Ezra–. Soy su hermano mayor. No tiene motivo alguno para mentirme. –Rió–. Como nuestro maestro, es demasiado ingenua. Tiene una fe infantil en que el bien triunfará sobre el mal. No comprende que el mundo está compuesto de una multitud de grises, no de blancos y negros. Tanto ella como Rambam son unos estúpidos.

–Al contrario que tú –dijo Pietro con tono neutro–, que reconoces que es necesario alcanzar compromisos para sobrevivir y prosperar.

–Comprendo que el bien y el mal son dos caras de una misma moneda. ¿Qué es la oscuridad sino la ausencia de luz? Un hombre sabio aprecia tanto los aspectos positivos como los negativos de la existencia.

Pietro asintió y guardó silencio. Ezra era un pensador, y como tal necesitaba justificar sus acciones. El mago era un importante aliado, pero sabía que no debía confiar en él. Un hombre capaz de traicionar a su familia y a sus amigos no tenía honor.

–Cuando le pregunté sobre los detalles de su reunión con Rambam y Madeleine --siguió el mago--, Judith me la relató con detalle. Tu chiquilla habló de su niñez dentro del clan, del asesinato de su padre y de su obsesión por vengar esta muerte. Describió su adiestramiento y su carrera como Daga de los Giovanni. Por lo que dice mi hermana, Madeleine parecía notablemente franca y abierta.

–La honestidad siempre causa buena impresión --dijo Pietro--. Estoy convencido de que Madeleine nunca revelaría ningún secreto del clan, fuera cual fuese la recompensa.

–¿Ni siquiera por la mortalidad? --preguntó Ezra, poco convencido.

–Madeleine ha sido una Cainita desde hace casi un siglo --respondió el vampiro--. No sabe nada de la vida, pero ésta tampoco era ninguna tentación para ella. Conozco a mi nieta. Solo vive para la venganza.

–Quizá --dijo Ezra--. Sin embargo, creo que te traicionan tus propios deseos. Además, ¿qué ocurrirá una vez Madeleine destruya a Don Caravelli? Sin el Capo de la Mafia como foco, ¿permanecerá leal?

–Mi nieta es un miembro del clan Giovanni --respondió Pietro con un susurro frío--. Ten cuidado con tus acusaciones.

El mago se humedeció los labios y alzó las manos a modo de protesta.

–No pretendía ser irrespetuoso --dijo con voz temblorosa--. Ya sabes que tiendo a hablar más de la cuenta.

–Un rasgo peligroso, amigo mío --respondió Pietro--. Algún día te meterá en problemas. Considera olvidadas tus palabras. --El vampiro se inclinó hacia delante con los codos apoyados encima de la mesa--. Madeleine ha estudiado con los principales expertos en espionaje y subterfugio que han existido jamás. Comprende que el modo más fácil de lograr la confianza de alguien es aparentar que se está a su merced. Confesar los propios pecados hace maravillas a la hora de lograr las simpatías ajenas. Te aseguro que ésta no es la primera vez

que ha empleado tácticas similares para lograr llegar hasta sus víctimas. Está jugando con Rambam y con tu hermana.

–¿Y qué hay del muchacho, Elisha?

–Dijiste que es joven e ingenuo, y que está muy encaprichado con Madeleine –respondió Pietro–. Me da la sensación de que mi chiquilla ha tejido su telaraña con la habilidad consumada de un maestro. Presiento que tiene la situación bajo control.

–También está el detective –dijo Ezra–. Dire McCann. ¿Qué hay de él?

La mirada del vampiro se volvió roja mientras se ponía en pie. Se acercó al ventanal que daba a la ciudad y observó la oscuridad.

–Se acerca el amanecer. Si tienes algo más que informar, hazlo ahora.

–McCann... –repitió el mago.

–Mi buen amigo Dire McCann no tiene nada que ver con esta situación. –El tono de la voz de Pietro dejaba claro que aquello no era tema de discusión–. Madeleine es un agente independiente, y en el desempeño de sus tareas solo me informa a mí. Sin embargo, para satisfacer tus dudas, le pediré que regrese al Mausoleo tan pronto sea posible. En el curso de su informe le preguntaré por la oferta de Rambam. Eso *aclarará* cualquier duda sobre su lealtad.

–No pido nada más –dijo Ezra con voz satisfecha–. Mi única preocupación es proteger los intereses de mis amigos.

Pietro asintió.

–Aprecio tu lealtad –declaró solemne–. No dudes de que será recompensada.

Lo que el Maestro del Mausoleo no dijo era que si las historias de Ezra resultaban falsas, la recompensa sería una muerte tan lenta como dolorosa.

### ***París: 5 de abril de 1994***

–Este maldito lugar es un laberinto –dijo McCann media hora después de abandonar el bote–. Llevamos treinta minutos vagando por estas catacumbas sin encontrar rastro alguno de la guarida de Phantomas. Por lo que sé, estamos caminando en círculos. Me estoy

enfadando.

–¿No puedes usar alguno de tus poderes divinos para localizar el sanctum del Nosferatu? –preguntó Alicia, con una expresión igual de disgustada—. Controlas el clima y todas esas otras cosas tan útiles. ¿No hay nada en la chistera para dar con Vástagos perdidos?

El detective negó con la cabeza.

–Madeleine Giovanni posee una disciplina que le permite localizar a vampiros poderosos –dijo–, pero yo no comparto su talento. Además, da igual saber dónde se encuentra; estoy bastante seguro de que está en el centro de su laberinto. Lo que tenemos que hallar son los túneles apropiados que nos lleven hasta su escondrijo. No somos topos; no podemos horadar la tierra para llegar hasta él.

–Me siento como un personaje en una obra de Sartre –dijo Alicia—. Solo nos falta Lucifer vestido con vaqueros descolorados comentando nuestra desgracia.

–En realidad –dijo McCann–, me sorprende que no nos hayamos topado con Phantomas. Con la actividad que hay en estas catacumbas, esperaba que ya hubiera deducido que somos los únicos en estos túneles que estamos de su parte. Está claro que los demás son enemigos.

–Puede ser. El problema es la comunicación. ¿Has notado las trampas en las paredes y en el suelo?

–Claro –dijo McCann—. No es extraño. A los Nosferatu no les gustan los visitantes.

–Pero no hay ninguna operativa en esta sección del túnel –respondió Alicia—. Phantomas ha apagado las trampas a nuestro paso, dejando libre el camino hasta su guarida. No hay duda de que quiere que demos con él.

–Seguir un rastro de mecanismos desactivados puede llevar horas –dijo el detective—. Los aullidos de Gorgo se hacen cada vez más fuertes; probablemente presienta a los vampiros de la Mafia en el laberinto. No tardará mucho en empezar a demoler paredes para dar con Phantomas. Cuando eso ocurra me gustaría estar lejos de aquí.

–¿Oyes algo? –preguntó Alicia—. Hay un sonido extraño, como el de muchas cosas moviéndose en la oscuridad.

McCann se quedó quieto con el rostro concentrado.

–Delante de nosotros, a poco más de quince metros. No son Vástagos. Tienes razón. Hay mucho movimiento en los túneles. No estoy seguro de lo que es, pero más nos vale que lo descubramos.

Con las luces de las antorchas iluminando el corredor, los dos

siguieron adelante. No tuvieron que avanzar mucho. Su túnel se cruzaba con otro unos quince metros más adelante, pero el suelo estaba vivo: había cientos y cientos de ratas. Chillando salvajes, habían formado una flecha que apuntaba hacia el oeste.

–¿Ratas? –preguntó Alicia–. Madame Zorza llamó *hombre rata* a Phantomas.

McCann rió.

–Es un faro del Nosferatu para llevarnos hasta su guarida. Las ratas están abandonando un barco hundido. Les ha ordenado que se marchen antes de que llegue el Nictuku. Lo único que necesitamos es deshacer su camino. –El detective se detuvo un instante–. No te asustan, ¿no?

Alicia sonrió burlona.

–Viví en París en los días de la Comuna --dijo--. Comíamos ratas para no morir de hambre. No me asustan.

Juntos, se adentraron en el túnel inundado de roedores. Las ratas, que huían para salvar la vida, ignoraban a los dos mortales. El pasadizo giraba en ángulos rectos y en algunas zonas estaba parcialmente cubierto de agua. En otras secciones no tenía más que treinta centímetros de anchura, o la altura era muy baja. Todo estaba cubierto de animales, una marea viviente de chillidos que escapaba del centro del laberinto.

Tras veinte minutos de lucha contra aquella horda, McCann y Alicia llegaron a una enorme caverna llena de ordenadores. Los muros tenían un brillo verdoso por el reflejo de la luz procedente de decenas de monitores. El suelo era rocoso. Todos los roedores habían huido. Solo quedaba una criatura: Phantomas.

El vampiro les esperaba al otro extremo de la cámara. Vestía una túnica gris que apenas lograba ocultar su cuerpo deforme. Era muy bajo, de hombros anchos y brazos que llegaban casi hasta el suelo. Los dedos eran increíblemente largos y delgados, casi como huesos. La piel tenía un tono verdoso cubierto de manchas. No tenía un solo pelo.

Los Nosferatu eran famosos por su fealdad, y Phantomas era un ejemplo perfecto de su clan. La nariz era enorme y retorcida, la piel parecía arrugada por miles de años de preocupaciones y los ojos eran pozos negros y hundidos con dos fuegos rojizos en el centro. McCann tardó algunos segundos en comprender que el monstruo estaba sonriendo.

–Bienvenidos a mi sanctum --dijo la figura fantasmal, con una voz

sorprendentemente suave y agradable--. Como debéis haber supuesto, soy Phantomas, un humilde miembro del clan Nosferatu. ¿Tengo el placer de dirigirme a Dire McCann y Alicia Varney?

--Esos somos nosotros --respondió el detective mientras su mirada recorría la impresionante colección de equipo de alta tecnología--. Tienes un bonito lugar. Deliciosamente electrónico.

Phantomas rió.

--No es mucho, en realidad --dijo--. Sin embargo, ha sido mi hogar durante siglos. Echaré de menos la soledad. Hasta hace poco había sido maravillosamente tranquilo, el lugar perfecto para llevar a cabo una investigación sin interrupciones. Sin embargo, eso ha terminado. Últimamente el tráfico ha sido insoportable.

--¿Planeas mudarte? --preguntó Alicia--. ¿Vas a abandonar tu guarida?

--Solo estaba esperando a que aparecierais --respondió--. Como debéis saber, Gorgo, La Que Aúlla en la Oscuridad, está en el laberinto. Mi raza siente una cierta aversión por los Nictuku, ya que éstos no creen en los compromisos. También hay una horda de *hooligans* de la Mafia recorriendo los túneles armados con lanzallamas y ametralladoras. Podría acabar con ellos como las alimañas que son, pero es imposible erradicar por completo a esas molestias. Son como las hormigas: puedes matarlas, pero siempre aparecerán más.

--Una buena comparación --dijo McCann--. Y ahora que estamos aquí, ¿qué piensas hacer a continuación?

--No hay motivo alguno para quedarse --dijo Phantomas--. He pasado la última hora haciendo preparativos. No tardaré más de unos minutos en terminar el trabajo. --Se acercó a una pequeña mesa con un teclado y dejó volar sus dedos. El Nosferatu tecleaba más rápido de lo que el ojo podía captar--. Mis ratas ya se han marchado --dijo con tristeza--. Será a ellas a las que más eche de menos. Me hacían una buena compañía. Lo bueno de las ratas es que, vayas donde vayas, te encontrarás con muchas de ellas.

Un golpe sordo resonó por toda la caverna, seguido por un segundo. Después, uno tras otro, llenaron el aire como un rugido apagado. El suelo tembló como si hubiera sido golpeado por un gigantesco martillo.

--Explosivos detonando en las treinta y siete entradas de las catacumbas --explicó--. Las estoy destruyendo todas. Los túneles están sellados, y nadie puede entrar... ni salir.

--¿Y Gorgo y los grupos de la Mafia? --preguntó Alicia.

–Están atrapados en el laberinto --respondió Phantomas con una risa–. Antes o después se descubrirán los unos a los otros en los túneles. Justicia poética, en mi humilde opinión. La justicia de Phantomas. –El vampiro pulsó otra serie de teclas y asintió satisfecho–. He empleado muros correderos para sellar los pasadizos que conducen a las salidas enterradas. Ahora el laberinto consiste en un círculo sin modo aparente de escapar. No tiene ni principio ni fin.

Se alejó del teclado y pulsó un interruptor en un panel de control en la pared.

»Esto apaga los mecanismos de todo el equipo más allá de esta cámara... y también abre todos los pozos y trampas. –Tiró de una segunda palanca–. Con esto libero a mis mascotas de los tres estanques de sangre de las catacumbas. Si la escoria de la Mafia logra esquivar a Gorgo, las sanguijuelas gigantes acabarán con ellos.

–Pareces bien preparado para el desastre --dijo McCann.

–Me temo que es un rasgo de todo mi clan --respondió el Nosferatu–. Esperamos siempre lo peor, y nunca solemos quedar defraudados. ¿Estáis listos para marcharnos? Siento a Gorgo acercándose. Me temo que toda esta actividad le haya alertado de mi situación.

–Ya me he enfrentado antes a la Aulladora --dijo Alicia–. Si se acerca demasiado, su voz es capaz de partirte todos los huesos del cuerpo. Es una sensación muy desagradable.

–Mayor motivo para salir de aquí --dijo Phantomas. Cogió un pequeño maletín negro de la mesa donde se encontraba su teclado–. El ordenador portátil más potente del mundo --dijo–. Lo diseñé yo mismo. Tiene almacenada en su disco duro toda mi enciclopedia.

–¿Enciclopedia? --repitió McCann.

–Un índice anotado de todos los antiguos de la raza Cainita --dijo Phantomas–. Guarda el secreto de la Mascarada de la Muerte Roja.

Un aullido que sacudió las paredes puso fin a más comentarios. Todos los monitores del escondrijo estallaron simultáneamente. Corriendo, Phantomas bajó un tercer interruptor en el panel de control. Una sección del muro se deslizó a un lado, revelando un pequeño compartimiento. El chillido agudo impedía toda posibilidad de hablar, por lo que el vampiro indicó con gestos a McCann y a Alicia que entraran. Éstos no necesitaban muchos ánimos para obedecer. Gorgo estaba tan cerca que el mismo aire vibraba.

El Nosferatu entró tras ellos. Estaban bastante apretados, pero la puerta se cerró sin problemas. La potencia se activó con un zumbido y

una mano invisible les apretó hacia abajo. Se encontraban en un ascensor que se elevaba a una velocidad increíble.

–Tres, dos, uno –contó Phantomas con los gritos de Gorgo amortiguados por los muros del hueco. Un rugido atronador saludó el último número–. Las cargas explosivas situadas en mi guarida acaban de derrumbar el techo. No sé si Gorgo ha sido alcanzada por la explosión, pero podemos soñar. Dentro de diez segundos, el hueco del ascensor también se derrumbará. Por tanto, cuando las puertas se abran os recomiendo que salgáis de inmediato.

Salieron de la cabina con tres segundos de sobra. Cientos de toneladas de roca se aseguraron de que nadie pudiera seguirles.

–¿Dónde estamos? –preguntó Alicia. Se encontraban en un edificio lleno de cajas con equipo electrónico–. ¿Qué es este lugar?

–Es uno de los muchos almacenes que poseo por todo París –dijo Phantomas–. Empleaba el ascensor para bajar el equipo informático importante a mi guarida. Estamos en la *Ilie de la Cité*, cerca de la catedral de Notre Dame. Es uno de mis lugares favoritos.

–¿Qué hay de Gorgo y las bandas de la Mafia? –preguntó McCann.

–Están sellados en las catacumbas, cientos de metros bajo las calles –dijo el Nosferatu–. Antes o después, La Que Aúlla en la Oscuridad escapará de los túneles, o quizá vuelva al letargo. Me da igual, llevo casi dos mil años viviendo en esta zona. Ya es hora de dejar París y marcharme a otro sitio. Luxemburgo, quizá, o puede que Bélgica.

–Antes de que hagas planes de viaje –dijo McCann–, tenemos que hablar largo y tendido. Nos han dicho que tienes información que necesitamos desesperadamente sobre nuestro enemigo mutuo.

Phantomas sonrió.

–Lo comprendo perfectamente. Estáis buscando la verdad sobre la Muerte Roja. Será todo un placer revelaros todo lo que sé. Hasta que ese monstruo y su progenie sean destruidos, ninguno de nosotros estará a salvo. Sospecho que planea apoderarse de toda la raza Cainita.

–Ésa es la menor de nuestras preocupaciones –dijo McCann–. La Muerte Roja debe ser detenida de inmediato o liberará sin saberlo a una antigua raza de demonios de fuego por la Tierra.

La piel verdosa de Phantomas se hizo un poco más clara.

–¿Cuál es el nombre de esos monstruos? –preguntó.

–Son conocidos como los Sheddin –respondió Alicia.



Phantomas asintió, como si esperara esa respuesta.

–Ya he visto antes ese nombre –dijo–. Ahora, al fin, comprendo por qué fue revelado.

***París: 5 de abril de 1994***

Se sentaron en la hierba frente a la estatua de Carlomagno, cerca de Notre Dame y del Punto Cero, la marca desde la que se medían todas las distancias en Francia. Parecía un lugar adecuado para hablar de sus mutuas preocupaciones. A aquella hora de la noche no había nadie en la zona, y podían hablar con libertad... y franqueza.

Phantomas, que se sentía algo incómodo sin una roca sobre la cabeza, estaba sentado con la espalda apoyada contra la estatua. Su ordenador portátil descansaba sobre su regazo. Más tarde, si descubría lo que necesitaba saber, lo encendería para completar el acertijo de la Muerte Roja. No veía motivo en agotar las baterías hasta estar seguro de que sus dos compañeros podían llenar los huecos en blanco.

Alicia Varney era aún más bonita al natural de lo que había visto en el monitor de su ordenador. Su cabello oscuro, los rasgos fuertes y el cuerpo perfecto le recordaban a las bellezas intemporales capturadas en los lienzos del Louvre. No había duda de que era una de las mujeres más atractivas del mundo, y ya sabía que era una de las más letales.

Dire McCann no parecía menos peculiar. Su rostro tenía una expresión sardónica y oscura que Phantomas encontraba vagamente desconcertante. Observando al detective, el Nosferatu no podía discernir nada extraño que impidiera a las cámaras transmitir su imagen. Sin embargo, aquello era exactamente lo que había sucedido en las catacumbas. Mil años estudiando a los Vástagos le habían enseñado a cuidarse de las situaciones aparentemente inexplicables. Estaba bastante seguro de que en McCann había mucho más de lo aparente.

–Creo que se imponen las presentaciones –dijo Phantomas–. Gran parte de lo que tengo que deciros está basado en meras especulaciones por mi parte. Cuanto más sepa acerca de vosotros,

mejor. Por favor, sed sinceros. Sin vuestra cooperación no puedo garantizar la veracidad de mis conclusiones.

–No tengo nada que ocultar --dijo Alicia con ojos brillantes--. Pregunta lo que quieras.

–Responderé lo mejor que pueda --dijo por su parte McCann. No explicó lo que quería decir, y Phantomas creyó que era mejor no indagar.

–Mi verdadero nombre es Vatro Dominus --dijo el Nosferatu--. Llegué a esta región como escriba de Julio César, hace veinte siglos. Estando en esta isla fui Abrazado por un miembro del clan Nosferatu. No deseaba regresar a Roma en mi estado transformado, así que decidí quedarme aquí. A lo largo de los años, la ciudad de París creció a mi alrededor. --Se detuvo un instante--. En vida fui educado como erudito e historiador. Sentía pasión por el conocimiento. Como vampiro, mis intereses no cambiaron. Hace mil años concebí mi gran proyecto, y desde entonces he estado trabajando en él. Dista mucho de estar completo, pero sospecho que es el motivo por el que la Muerte Roja quiere destruirme. Estoy recopilando una enciclopedia sobre la raza Cainita. Mi obra es el trabajo más amplio y preciso que ha existido jamás sobre nuestra raza. Incluye, hasta donde he podido descubrir, a los principales vampiros que han existido nunca, con toda la información que he podido reunir sobre ellos. --Miró a Alicia--. Eres Alicia Varney, una de las mujeres más ricas del mundo. Según mis informes, también eres ghoul de Justine Bern, arzobispo del Sabbat de Nueva York. Eso lo dudo. Sospecho que eres una Máscara al servicio de Anis, Reina de la Noche. ¿Es correcto?

Los ojos de Alicia se fueron abriendo a medida que el Nosferatu hablaba, terminando en una risa.

–¿Una *Máscara*? Hacía más de cien años que no oía ese término absurdo. --Asintió, aún sonriendo--. Se me ha llamado así, aunque me parece un nombre ridículo. Personalmente, prefiero que me llamen debutante, o compañera de viaje.

–¿Admites entonces estar vinculada mentalmente a Anis? --preguntó Phantomas. Hablar con sus ratas era mucho más fácil. Sus respuestas siempre eran directas y en absoluto confusas. Y no hablaban tanto.

–Soy ghoul de la Reina de la Noche --respondió Alicia, como si sintiera la incomodidad del vampiro--. En un modo que no podría describir, Anis comparte mi mente mientras ella descansa en letargo. Por tanto, experimenta la vida en forma humana mientras yo obtengo

una pequeña parte de sus poderes y de su memoria. Es un trato justo que nos satisface a ambas. Nuestra relación ya tiene varios siglos de antigüedad.

Phantomas asintió, algo más confiado. Se volvió hacia el detective.

–Tu nombre es Dire McCann. Entre los Vástagos se te cree un mago renegado de la Tradición Eutánatos que trabaja como detective privado. Recientemente has servido a Alexander Vargoss, Príncipe de San Luis. Sospecho que tus poderes mágicos son un engaño, y creo que, como la señorita Varney, eres una Máscara al servicio de Lameth, el Mesías Oscuro.

McCann sacudió la cabeza.

–Me temo que estás confundido. –Hizo una pausa, tratando de elegir adecuadamente las palabras–. *Soy la voz de Lameth*. El Mesías Oscuro me habla en mis sueños. A veces, en circunstancias extremas, dirige mis acciones. De un modo desconocido comparte ciertos poderes conmigo, y en ocasiones llega a hablar con mi voz. Sin embargo, no soy un ghoul, ni una marioneta. Soy el aliado de Lameth, no su sirviente.

–¿Cuánto tiempo dura este acuerdo? –preguntó Phantomas, cuidando de no expresar la duda que sentía.

McCann frunció el ceño.

–No estoy seguro. Años, aunque no puedo señalar el momento preciso en el que comenzó todo. –Parecía confundido–. Como Alicia, a veces siento que los recuerdos del Matusalén se vierten sobre mis pensamientos. Recuerdo acontecimientos que tuvieron lugar hace miles de años. Es muy desconcertante. Estoy convencido de que no soy el primer mortal con el que Lameth ha trabajado de este modo, pero no sé mucho más aparte de eso.

–En cualquier caso –dijo Phantomas sabiendo que no conseguiría una respuesta mejor–, baste decir que los dos servís como avatares para vampiros extremadamente poderosos de la Cuarta Generación. Como tales sois jugadores principales de la Yihad, el conflicto eterno por el dominio de la raza Cainita. No me sorprende que la Muerte Roja quiera acabar con vosotros. Comprende que su gobierno nunca será seguro hasta que todos sus enemigos potenciales hayan sido neutralizados. A mí quiere eliminarme porque cree que sé la verdad sobre su herencia, y que por tanto conozco su debilidad.

–¿Y es así? –preguntó McCann.

–No estoy seguro –respondió Phantomas con franqueza–. Podría ser. Sin embargo, antes de sacar ninguna conclusión, creo que es vital que compartamos lo poco que sabemos sobre el monstruo. Los dos os habéis enfrentado a la Muerte Roja. ¿Qué podéis decirme de nuestro enemigo común?

–La primera vez que me encontré con el monstruo fue en la cámara secreta de un local llamado *El Jardín del Diablo*, en Nueva York –dijo Alicia. En términos claros y concisos describió sus dos encuentros con la Muerte Roja. También mencionó los problemas con Melinda Galbraith y sus sospechas de que la regente del Sabbat estuviera relacionada de algún modo con el monstruo. Phantomas no tenía motivo alguno para dudar de la veracidad de aquellas afirmaciones. También estaba seguro de que no había revelado todo lo que había sucedido, pero no esperaba menos.

–Como Alicia –dijo Dire McCann–, solo me he encontrado dos veces con la Muerte Roja. La primera fue en el cuartel general del Príncipe Vargoss en San Luis. La segunda fue cuando Alicia y yo nos enfrentamos a los cuatro monstruos en el Depósito de la Armada de Washington. Dudo que ninguna de las dos experiencias aporte nada a tu conocimiento, pero puedo decirte cuanto desees. Sin embargo, es mucho más importante la verdad sobre los Sheddim y sobre el acuerdo impío que han sellado con la Muerte Roja.

McCann procedió a describir las dos peleas, así como la información proporcionada por Rambam en Israel. Phantomas volvió a tener la sensación de estar oyendo una versión editada de los acontecimientos, pero tenía lo que necesitaba. Las aventuras de Alicia Varney y Dire McCann confirmaban lo que él ya sospechaba. No habían hecho más que aportar detalles para corroborarlo.

–Mi único enfrentamiento con la Muerte Roja tuvo lugar no lejos de aquí –dijo el Nosferatu. Describió su encuentro con el monstruo en el Louvre–. Al contrario que vosotros dos, yo decidí correr, no luchar. Soy un erudito, no un guerrero.

–Esperar nuestra llegada con Gorgo tan cerca fue toda una demostración de coraje –señaló Dire McCann–. Creo que aún conservas el espíritu de un soldado romano, Phantomas.

–Tengo mis momentos –respondió, recordando su encuentro con Le Clair, el líder de los Tres Impíos–. Sin embargo, la Muerte Roja teme mi cerebro, no mis músculos.

Alicia sonrió y contempló la enorme estatua de Carlomagno.

–Conocí a Carlos –dijo cambiando repentinamente de tema–.

Nos encontramos poco antes de su muerte. Para ser tan grande, tenía una voz aguda y chillona. No era un orador especialmente notable.

–Murió en extrañas circunstancias –dijo Dire McCann–. Ahogado cruzando un río, si no recuerdo mal. Un extraño fin para un jinete tan hábil.

Alicia se encogió de hombros.

–El rey tenía la mala costumbre de hacer preguntas sobre temas que era mejor dejar a un lado –dijo soñadora–. Como solía ser costumbre en aquellos días turbulentos, pagó el precio definitivo por su curiosidad.

McCann rió.

–Eres una mujer bella, amor mío, y un enemigo mortal. Solo un idiota o un loco se atrevería a retar a la Reina de la Noche.

El detective miró a Phantomas.

–La furia de Anis es legendaria –dijo–, así como la ira del Mesías Oscuro. Ambos Matusalenes poseen poderes vampíricos increíbles. Sin embargo, la Muerte Roja nos buscó y trató de destruirnos. En el Depósito de la Armada llegó a admitirnos que, como avalares de Anis y Lameth, Alicia y yo éramos sus únicos rivales en la Yihad. No comprendo el motivo. ¿Qué vínculo común nos une a los tres en este conflicto mortal? Hay otros Matusalenes poderosos repartidos por el mundo, y algunos de ellos participan activamente en la guerra, y también controlan vastos poderes. ¿Qué nos hace a nosotros dos tan especiales, tan únicos como para que la Muerte Roja haya pasado tanto tiempo conspirando contra nosotros? No entiendo por qué nos teme más que a los otros, y ni siquiera estoy seguro de que su lógica, si es que existe, tenga sentido. Por lo que sabemos, el monstruo podría estar loco y no tener ningún motivo especial para atacarnos.

–Lo dudo –dijo Alicia–. A mí me parece obsesionado por el control. Sabe exactamente lo que está haciendo. Recuerda que presumió de haber estudiado nuestros esfuerzos durante siglos antes de decidirse por fin a actuar. Está convencido de que somos los dos vampiros especiales que pueden poner en peligro sus planes. Como dijo Phantomas, el monstruo trató sabiamente de eliminar a sus enemigos más poderosos en el juego antes de empezar a jugar. Lo que no comprendimos es que sus primeros intentos por destruirnos no hicieron más que atraernos hacia un escenario mucho más peligroso. Estuvo a punto de acabar con nosotros en Washington. Fuimos un poquito más listos, o más afortunados, de lo que esperaba. Nada más.

–Eso no responde a mi idea básica –dijo McCann–. ¿Por qué

nosotros, y no Helena? ¿O Selene Oscura?

El tono de la voz de los dos mortales indicó al Nosferatu que ya habían tenido discusiones similares en el pasado. Él no era tan paciente.

–El amanecer se acerca –dijo, levantando la voz lo suficiente como para interrumpir la conversación–. Dentro de poco tendré que buscar refugio en uno de mis almacenes.

–Yo estoy exhausto –dijo McCann, cansino–. Ha sido una noche muy larga, y cocer rémoras es agotador. No me vendría mal descansar. Además, quiero saber qué tal le ha ido a nuestros amigos contra la Mafia. Podemos seguir mañana con esta conversación.

–Estoy de acuerdo –dijo Alicia–. Aunque tengo una confianza absoluta en las habilidades de Jackson, quiero asegurarme de que sigue en buena forma.

–¿Nos reunimos aquí mañana a medianoche? –preguntó McCann.

–Estaría mejor otro lugar menos expuesto al tráfico –dijo Alicia–. ¿El *Musée Rodin*? Dentro hay sitio de sobra para sentarse y hablar. El edificio cierra al anochecer, pero eso no significa nada para nosotros. *El Beso* siempre ha sido una de mis esculturas favoritas. Me gustaría verla otra vez.

–Una buena elección –dijo Phantomas, interrumpiendo. Aprendía rápido, y veía que a los dos mortales les gustaba hablar. El único modo de hacer algún comentario era interrumpir su cháchara–. Sin embargo, antes de separarnos debo haceros una última pregunta.

»Gran parte de mi teoría sobre el plan de la Muerte Roja está basada en la historia antigua de los Vástagos, y hay dos cosas que necesito saber. Entre los numerosos mitos y leyendas que existen sobre Anis y Lameth, *no hay mención alguna a sus sires*. Son Cainitas de la Cuarta Generación sin antecedentes. Os aseguro que esta información es vital para la Mascarada de la Muerte Roja, la pieza final de un complejo rompecabezas. ¿Cuál de los trece Antediluvianos Abrazó a Anis, Reina de la Noche? ¿Quién fue el sire de Lameth?

Alicia torció el gesto.

–¿Es absolutamente necesario? No me gusta nada hablar de mi pasado, especialmente con un vampiro historiador.

–Absolutamente imprescindible –declaró Phantomas–. Tenéis mi palabra de que nunca revelaré vuestro secreto. Para ser franco, la obra en la que trabajo es para mi propia satisfacción. Nunca pienso publicarla. Considerando los miles de secretos que contiene, jamás

me atrevería.

–Soy chiquilla de Brujah –dijo Alicia–, como lo fue Troile. Hace miles de años, en la Segunda Ciudad, Troile diabolizó a nuestro sire y asumió su lugar como Antediluviano. Fue él el verdadero fundador del clan que ahora se conoce como Brujah. Sin embargo, aún existen unos pocos vampiros que pueden trazar su linaje hasta el Antediluviano original. Yo soy uno de ellos. Soy una *auténtica Brujah*.

Phantomas asintió con un fuego rojo en la mirada.

–Perfecto. Como sospechaba. ¿Qué hay de Lameth, señor McCann?

–El Mesías Oscuro fue el primer chiquillo de Ashur –dijo el detective–, el vampiro de la Tercera Generación también conocido como Lucian o Capadocio. Augustus Giovanni lo destruyó en el siglo XII para formar el clan Giovanni. Casi todos los chiquillos de Ashur fueron exterminados por esta familia. Los pocos supervivientes, como Lameth, se ocultaron.

Phantomas aplaudió entusiasmado. Su ordenador portátil, olvidado por un instante, cayó al suelo. No le preocupaba. La cubierta de la máquina era capaz de soportar la explosión de una gran bomba sin sufrir daño.

–Lo sabía –dijo–. Lo sabía. El misterio final está aclarado. Ya sé con certeza el vínculo que os une con la Muerte Roja. Ahora todo está perfectamente claro.

–¿Y bien? –dijo Alicia Varney.

–¿Y? –preguntó McCann.

El tono de los dos mortales dejó claro a Phantomas que no podía ni soñar con marcharse del parque sin darles alguna información. Decidió que la palabra adecuada satisfaría su curiosidad hasta la noche siguiente.

–Hay varios vampiros de la Cuarta y la Quinta Generación capaces de ganar la Yihad y lograr el dominio de la raza Cainita –declaró melodramático–. Sin embargo, solo un grupo muy selecto es capaz de conservar su poder si los Antediluvianos se levantan. Como sus sires ya no existen, no hay lazo mental alguno que los vincule a la Tercera Generación. Son la Muerte Roja, Lameth y Anis. Los tres sois *los Liberados*.

***París: 6 de abril de 1994***

Siguieron la discusión, en el corazón del museo Rodin, poco después de la medianoche siguiente. Una telaraña mental en todo el edificio aseguraba que no fueran molestados. Si era necesario podían hablar hasta el amanecer.

Elisha, Jackson, Flavia y Madeleine Giovanni habían sobrevivido a la batalla en las calles sin incidentes. La aparición de los dos primos de Madeleine junto con una compañía de ghouls Giovanni había cogido por sorpresa a los matones de la Mafia en un inesperado y mortal fuego cruzado. Solo unos pocos lograron escapar de la furia del acero italiano. Enfrentados a la idea de admitir la derrota ante Don Caravelli, se perdieron como sombras en los callejones de la ciudad.

Una vez terminara aquella conferencia, Alicia y McCann se separarían. La primera trataría de frustrar el golpe de la Muerte Roja contra el Sabbat en Nueva York, mientras el grupo del detective intentaría prevenir a la Camarilla en Linz.

Jackson esperaba impaciente a Alicia en el aeropuerto de Orly. Había contratado un reactor para regresar a Nueva York en cuanto los asuntos de aquella noche hubieran concluido. La reunión entre Melinda Galbraith y los líderes de la Mano Negra del Sabbat iba a tener lugar esa misma semana, y no había duda alguna de que la Muerte Roja haría su aparición. Alicia tenía intención de interrumpir la reunión, y contaba con que aquella noche Phantomas le diera el arma necesaria para aplastar cualquier alianza que pudiera desarrollarse.

Madeleine Giovanni, Elisha y Flavia ya habían dejado París. Los primos de la primera le habían dicho que Pietro Giovanni, su sire y director del Mausoleo, quería hablar urgentemente con ella en el cuartel general del clan. Confusa y preocupada por la inesperada llamada, no había tenido más remedio que obedecer. Elisha y Flavia le acompañaban, aunque tenían previsto mantenerse totalmente aparte del viaje de Madeleine al Mausoleo. A pesar de la curiosidad de Elisha sobre el mundo, había lugares que era mejor no visitar.

Antes de partir acordaron reunirse con Dire McCann en Linz, Austria, la noche anterior al Cónclave de los Vástagos. Para entonces el detective esperaba haber descubierto lo que la Muerte Roja tenía planeado para la reunión, así como saber el modo de impedir que el monstruo destruyera la Tierra.

–No es justo –dijo Alicia a Phantomas sonriendo una vez todos



estuvieron cómodamente sentados—. No puedes marcharte como hiciste anoche después de aquel comentario críptico. Casi no puedo dormir con aquel término, *los Liberados*, dando vueltas por la cabeza.

—Mis disculpas —dijo Phantomas sincero—. No pretendía causar problemas. Excusad mi comportamiento. La mayor parte de mi existencia la he pasado acompañado por ratas de alcantarilla, y mis aptitudes sociales no están en su mejor forma. Saber lo que decir y cuándo decirlo suele representar un problema. Ya sabéis mucho de lo que voy a comentar. El truco está en unir los hechos para que tengan sentido. Como historiador e investigador, he aprendido a unir fragmentos de información de diferentes fuentes para lograr una imagen coherente. Eso es lo que he hecho con lo que yo denomino la Mascarada de la Muerte Roja.

—Creo saber cómo empezó todo —dijo Alicia, incapaz de no parecer presumida. La noche anterior, ciertos aspectos de aquella batalla habían empezado a cobrar sentido para ella—. La Muerte Roja estaba preocupado por la Gehena. Estaba convencido de que el despertar de varios de los Nictuku señalaba el comienzo de la anunciada noche en la que los Antediluvianos despertarán de su letargo y volverán a asumir el control de la raza Cainita. Quería hacer todo lo posible por impedirlo.

—Correcto —dijo Phantomas—. Muchos vampiros comparten ese miedo. Les preocupa que la Tercera Generación regrese con tal hambre que consuma la sangre de todos sus descendientes. Como fundadores de los trece clanes vampíricos, poseen poderes tremendos sobre sus chiquillos, los chiquillos de éstos y así a través de las generaciones. Ninguno de los miembros de los clanes será capaz de resistirse a estas demandas. La sangre llama a la sangre. Sin embargo —dijo haciendo una pausa para marcar su comentario—, hay algunos vampiros, muy pocos, que no están vinculados a ningún sire de la Tercera Generación.

—Los Liberados —respondió Alicia—. Un trío de Vástagos de la Cuarta Generación que consta de Lameth, Anis y, según tú, la Muerte Roja. En cada caso, su sire fue destruido hace siglos, dejándolos libres del dominio mental de cualquier Antediluviano.

—Los clanes Lasombra y Tzimisce, el núcleo del Sabbat, aseguran que los fundadores de sus líneas de sangre fueron destruidos durante una gran revuelta —dijo McCann.

—Es posible —replicó Alicia—. Sin embargo, llevo siglos involucrada con el Sabbat, y las rivalidades son amargas y mortales.

Te puedo asegurar que no hay posibilidad de que alguno de los Matusalenes del culto sea un Liberado.

No veía necesario mencionar que ella misma había tenido parte activa en la destrucción de su sire, Brujah, o que había animado a Lameth a hacer lo mismo. No había motivo alguno para revelar a Phantomas más de lo que necesitaba saber. Se preguntó si la Muerte Roja también habría provocado la muerte de su sire. Cuanto más pensaba en ello, más probable parecía.

—Lameth, Anis y la Muerte Roja son los tres únicos que importan —dijo Dire McCann, siguiendo con la idea—. Su libertad mental les convierte en elecciones evidentes para dirigir a la raza Cainita. Solo ellos pueden enfrentarse a la Tercera Generación, quizá uniendo a los demás vampiros para que se resistan a los vínculos que les hacen prisioneros de su herencia.

—No hay duda de que la Muerte Roja se veía como salvador de los Condenados —dijo Phantomas—. Él y su progenie han estado preparándose durante siglos para alcanzar el control de los Hijos de Caín. Cuando la repentina aparición de los Nictuku les obligó a actuar antes de estar preparados, decidió eliminar a los dos únicos vampiros a los que veía como rivales potenciales: Lameth y Anis. Por tanto, ajustó sus planes en consonancia. Tejió un complejo escenario que combinaba sus planes de conquista con los ataques sorpresa contra vosotros dos.

—Más que eso —dijo McCann—. La Muerte Roja sembró trampas dentro de trampas. Cada huida nos lanzaba contra un peligro mucho mayor. Solo nuestros poderes únicos y una gran suerte impidieron que fuéramos destruidos.

—No solo suerte —señaló Alicia—. No olvides la ayuda de dos personajes únicos.

McCann sonrió.

—Los hijos de Seth marcaron la diferencia. Rambam se negó a hablar de ellos conmigo salvo con vagas generalidades. Saqué la impresión de que el mago cree que siguen órdenes dadas por su padre. Quizá esas instrucciones provengan en origen de Caín, o puede que actúen como agentes independientes. Dudo que nunca averigüemos la verdad. Según el sabio, los dos suelen limitarse a vigilar las actividades de los Condenados. Tiene prohibido interferir, salvo en las circunstancias más extremas, e incluso entonces no pueden hacer demasiado. Rambam está convencido de que es su responsabilidad salvaguardar la supervivencia de la humanidad. Por

tanto, ignoran las manipulaciones Cainitas sobre la historia mortal. Solo actúan cuando toda la humanidad se ve amenazada, como es el caso con estos monstruos interdimensionales, los Sheddin.

–Su asistencia anuló los ataques iniciales de la Muerte Roja –dijo Alicia torciendo el gesto–. Es extraño. No lo había pensado antes, pero desde entonces no han vuelto a aparecer.

–¿Por qué deberían hacerlo? –preguntó McCann–.

Evidentemente, cuando la Muerte Roja invocó por primera vez a los Sheddin desde las Esferas Rotas, el hechizo alertó a los dos hijos de Seth. Presintieron el peligro para la humanidad y emplearon sus poderes únicos para investigar y descubrir el plan de la Muerte Roja. Incapaces de combatir directamente al Matusalén, trataron de encontrar dos peones que librarán la lucha. *Nosotros*. Desde entonces hemos estado trabajando para ellos, aunque tampoco teníamos más opciones. Sus intereses coinciden con los nuestros. La destrucción de la Muerte Roja asegura nuestros planes y la supervivencia de la humanidad.

Alicia se encogió de hombros.

–Una idea interesante, pero no es realmente importante. Ahora sabemos por qué ese monstruo nos considera enemigos, y también conocemos la identidad y la motivación de nuestros misteriosos aliados. Nada de todo esto nos ayudará a derrotar al monstruo. ¿No es hora ya de que discutamos lo que es realmente vital? ¿Quién es la Muerte Roja y cómo puede ser derrotada?

Phantomas sonrió.

–Esperaba que antes o después alguien sacara el tema. –El antiguo Nosferatu abrió la tapa de su ordenador portátil y lo encendió pulsando un botón–. Prefiero ser exacto a la hora de discutir asuntos importantes –dijo–. El vampiro al que llamamos la Muerte Roja es un viejo Cainita originalmente conocido como Seker, Señor del Inframundo. Durante el último milenio ha estado empleando el nombre de Conde St. Germain. Como vosotros dos, es uno de los Liberados.

McCann le miró pensativo.

–No recuerdo haberme encontrado con ningún vampiro llamado Seker. Su nombre suena egipcio. Tras la Caída de la Segunda Ciudad, Lameth evitó esa zona del mundo.

–Igual que Anis –dijo Alicia–. Gobernó como Reina-Diosa en el sur de Kush durante más de diez siglos, tratando de desarrollar una civilización guerrera con la que conquistar el mundo. Fue un intento fallido, pero divertido mientras duró.

–Lameth pasó gran parte del periodo en Asia –dijo el detective sin ofrecer más explicación. Alicia sabía que era mejor no preguntar–. Los nombres no significan nada para los Antediluvianos o los Matusalenes –siguió–. Fijaos en mi propio sire, que cambió de nombre para adaptarse a la civilización reinante. A lo largo de la historia yo he sido conocido como Lamech, Lameth, Lazarus y Lorath, y lo mismo puede decirse de nuestro enemigo. St. Germain, Seker y la Muerte Roja no son más que títulos. Basta de suspense, Phantomas. ¿A qué línea de sangre pertenece el monstruo? ¿Quién es su sire?

–St. Germain es el primer chiquillo del vampiro de la Tercera Generación conocido como Saulot –respondió el Nosferatu–. Aunque no dispongo de pruebas claras, estoy convencido de que manipuló al mago Tremere y a sus discípulos para que se convirtieran en vampiros mediante la magia negra. Después, tras establecer un Vínculo de Sangre con Tremere y con todos los miembros del Consejo Interior, manipuló al mago para que diabolizara a Saulot, que descansaba en letargo. Cuando Tremere destruyó al sire del Matusalén, St. Germain se convirtió en un Liberado. Además, habiéndose asegurado de que Tremere y sus discípulos estaban bajo su poder, logró un cierto control sobre todo el clan vampírico.

Alicia rió. Sabía que no debía hacerlo, pero no podía resistirse. Su suposición había sido correcta.

–¿Te suena familiar? –preguntó a McCann.

–Demasiado –respondió el detective, clavándole con la mirada–. Hablas demasiado.

Alicia sonrió y miró a Phantomas.

–La historia se repite a lo largo de los milenios, mi amigo Nosferatu. Puedes asumir con seguridad que St. Germain no es el único vampiro que muestra ese comportamiento. Los vínculos entre nosotros son mucho más fuertes de lo que nunca hubieras imaginado.

Dire McCann frunció el ceño. Sus ojos parecían absortos, como si viera algo invisible a los demás.

–St. Germain no puede ser chiquillo de Saulot –declaró con una voz que no era completamente suya–. Recuerdo vagamente a Saulot de la Segunda Ciudad y era el mayor filósofo de la Tercera Generación. Al contrario que otros Antediluvianos, odiaba con pasión ser un vampiro. Era un místico y un soñador que aspiraba a alcanzar la Golconda, el estado de gracia en el que se aplaca la sed de sangre. ¿No creéis que sus seguidores abrazarían los mismos valores?

Phantomas asintió.

–Tienes razón en parte. St. Germain fue Abrazado por Saulot hace más de seis mil años, siglos antes de que el Antediluviano se convirtiera al pacifismo. Tras la destrucción de la Segunda Ciudad abandonó a sus pocos chiquillos y viajó a Asia, donde se convirtió a la Hermandad arcana del Tercer Ojo. Fue allí donde alcanzó la Golconda. Cuando regresó a Europa, predicó un credo de autodisciplina y pureza de espíritu. Los pocos vampiros que creó tras su regreso siguieron la misma filosofía, y son los que dieron en llamarse Salubri. Después de que Tremere diabolizara a Saulot, su clan exterminó con ferocidad a todos los Salubri que pudo encontrar. Supuestamente, unos pocos escaparon a la carnicería y siguieron vagando por la tierra, buscando la paz interior. Ningún Cainita descubrió la existencia de St. Germain, chiquillo de Saulot pero ajeno a los Salubri.

–Por eso Madeleine Giovanni no reconoció la línea de sangre de la Muerte Roja –dijo McCann, esta vez con su voz–. No pertenece a ninguno de los trece clanes existentes.

–Exacto –dijo Phantomas–. Tampoco podría identificar las líneas de Lameth o Anis, pues no pertenecen a clan alguno. Los Antediluvianos que les convirtieron en vampiros no son más que polvo. Vosotros tres no tenéis amo. Estáis verdaderamente liberados.

## \_\_\_\_\_ 26 \_\_\_\_\_

### ***París: 6 de abril de 1994***

–Muy bien –dijo Alicia, rompiendo el silencio. Parecía exasperada–. Ya conocemos la identidad de la Muerte Roja, así como sus motivaciones. Conocemos su línea de sangre. Genial. ¿De qué coño nos vale toda esta información? ¡Aún no sabemos *una mierda* de cómo planea hacerse con el control de la Camarilla y del Sabbat! ¿Alguien quiere responderme a esta pregunta?

–En un momento tendré mi archivo sobre Saulot y los Salubri –dijo Phantomas nervioso–. Estoy seguro de que no te sentirás defraudada.

–Ya sabemos más de lo que crees sobre la Muerte Roja y su progenie –dijo McCann a Alicia–. No sorprende que tenga relación con el clan Tremere. Ese hechizo de teleportación que empleó en los

primeros ataques necesita un punto focal. Tyrus Benedict y Hugh Portiglio le sirvieron para ello de forma admirable, y Phantomas dijo que había un mago Tremere invitado a la recepción del Príncipe Villon en el Louvre.

–¿Quién hay mejor para descubrir un trozo perdido de *El Libro de Nod* que un mago de ese clan? –dijo Phantomas.

–Igualmente importante –dijo McCann–, es el hecho de que, aunque no sepamos cuántos vampiros pertenecen a esa línea de sangre, está bastante claro que solo otros tres controlan Cuerpo de Fuego. Destruir a esos cuatro frustrará los planes de los Sheddin para engullir al mundo en las llamas.

Alicia sacudió la cabeza.

–¿Cómo? ¿Solo cuatro? Presumo que te refieres a los que nos atacaron en el Depósito de la Armada.

–Por supuesto. Lo he sabido desde aquella noche. La Muerte Roja quería destruirnos desesperadamente, y Cuerpo de Fuego es su arma más poderosa. Nos atrajo al Depósito, donde nos atacó junto a sus chiquillos. Si otros miembros de su línea de sangre poseyeran ese poder, ¿no crees que también hubiera recurrido a ellos? ¿Por qué usar solo a tres ayudantes si dispones de diez? ¿O de cien? Cuantos más fueran, más posibilidades tendría de triunfar.

Se detuvo un momento para que sus palabras surtieran el efecto necesario.

»Cuando traté de leer la mente de la Muerte Roja descubrí que para despertar a los Sheddin hicieron falta varios vampiros muy poderosos trabajando juntos. Solo unos Vástagos de las Generaciones Cuarta y Quinta podrían canalizar tal poder. Tras destruir a su propio sire, ¿crees que St. Germain confiaría el secreto de Cuerpo de Fuego a más Cainitas de los necesarios? Los tres vampiros que estaban en el Depósito de la Armada eran sus únicos chiquillos. Los Hijos de la Noche del Terror son sus descendientes. Poseen los poderes que St. Germain heredó de Saulot, pero no controlan Cuerpo de Fuego.

–Así que no nos enfrentamos a una horda innumerable –dijo Alicia–. Cuatro contra dos. No está tan mal.

–Aparte del hecho de que son vampiros increíblemente poderosos y que nosotros no somos sino avatares humanos de criaturas similares –dijo McCann, riendo–. Madame Zorza tenía razón. *Los números siempre importan.*

–Igualmente importante –intervino Phantomas–, es saber que la Muerte Roja original, St. Germain, es un cobarde.

–¿Cómo? –dijo Alicia–. No parecía especialmente asustado durante nuestro primer enfrentamiento en Manhattan.

–Lo mismo digo del ataque en San Luis –añadió McCann.

–En cada caso empleó su poder para crear el pánico –dijo Phantomas–. Lo mismo sucedió en París, aunque no estoy seguro de si el ataque del Louvre lo realizó St. Germain o alguno de sus chiquillos. Repito: es un cobarde. Es un vampiro de la Cuarta Generación con un poder mayor al de cualquier enemigo al que se haya encontrado nunca. Sin embargo, a la hora de enfrentarse a vosotros dos confía en la ayuda de sus tres chiquillos.

–Aquella noche parecía bastante cauto –dijo Alicia–, aunque en Washington aseguró que actuaba de ese modo para atraernos a su verdadera trampa.

–Tonterías –respondió Phantomas–. Una regla básica de la guerra es matar a tu enemigo a la primera oportunidad posible. La Muerte Roja es algo más que precavido. Es un cobarde. Tras no conseguir eliminarme en el Louvre podía haberme atacado en mi guarida bajo las calles de París, pero no lo hizo. Envío a otros tres vampiros para terminar el trabajo.

–La misma lógica se aplica a Flavia –dijo McCann–. Envío a Makish a eliminarla, en vez de enfrentarse a ella personalmente.

–St. Germain no hace nada que no sea absolutamente imprescindible –aseguró el Nosferatu–. Siempre que puede prefiere trabajar mediante otros. No parece probable que os encontréis con él ni en Nueva York ni en Linz. Vuestros oponentes en esas batallas serán sus tres chiquillos, mientras él se queda a cubierto en su guarida. El mayor reto será localizar y destruir a la verdadera Muerte Roja.

–Eso no me sorprende –comentó McCann–. Como muchos de la Cuarta Generación que han vivido miles de años, St. Germain tiene verdadero miedo a la Muerte Definitiva. Es mucho más fácil emplear agentes y chiquillos Vinculados con Sangre que arriesgar la propia inmortalidad. –El detective sonrió–. Su punto de vista no es difícil de entender. Después de todo, nosotros servimos como avatares de Anis y Lameth. A pesar de nuestro conflicto con la Muerte Roja y sus secuaces, ni la Reina de la Noche ni el Mesías Oscuro están en verdadero peligro. Nosotros asumimos todos los riesgos.

–Es cierto –dijo Alicia con un suspiro–. ¿Tiene tu ordenador alguna información real que podamos emplear contra ese monstruo y su progenie, o vamos a la batalla tan ignorantes como empezamos?

Phantomas observó la pantalla y miró a Alicia con una sonrisa grotesca.

–Creo que tengo lo que necesitamos –dijo–. Parece que el hombre rata *tiene* las respuestas, aunque he tardado un poco más de lo esperado en acceder a los bancos de memoria.

–Dinos –dijo McCann.

–Poco se sabe de Saulot y sus chiquillos –comenzó–, pero todas las historias y leyendas que tengo aquí coinciden en un detalle: la progenie de Saulot poseía una disciplina que les permitía circular sin ser detectados entre los demás vampiros. Ése es el motivo de que nadie sepa con seguridad si los Salubri siguen existiendo. Es posible que lleven varios siglos ocultándose entre los Vástagos. Este atributo es una combinación de varios poderes Cainitas, y su nombre es bastante adecuado: *Engaño*.

Alicia maldijo y McCann rió. Ninguno de los dos parecía especialmente contento.

–Los chiquillos de Saulot pueden imitar perfectamente a cualquier vampiro con el que se encuentren –dijo Phantomas–. Se convierten literalmente en duplicados de sus objetivos, hasta el menor detalle. Sus poderes son los mismos, igual que sus rasgos. Es imposible distinguirlos del original.

–Excepto por los recuerdos –dijo Alicia–. No pueden robar los recuerdos y las experiencias de sus víctimas. Ésa es su única debilidad. Al fin todo tiene sentido. Los misterios quedan claros y los acertijos se resuelven.

–En Washington, en el Depósito de la Armada –dijo McCann rezumando furia–, las cuatro Muertes Rojas tenían un aspecto idéntico. Debería haber comprendido entonces que los otros eran duplicados de su líder. Lo tenía delante de la cara y no pude verlo.

Alicia sacudió la cabeza con disgusto.

–No te tortures. Yo lo debería haber adivinado cuando oí que Melinda había regresado supuestamente de la muerte. Melinda Galbraith, regente del Sabbat, no está bajo el dominio mental de la Muerte Roja, ni ha hecho alianza alguna con el usurpador. La verdadera desapareció en el desastre de Méjico y no ha vuelto nunca. Es un impostor el que ha aprovechado la situación para asumir su identidad. Es uno de los chiquillos de la Muerte Roja el que destruyó a Justine Bern y ahora dirige el Sabbat.

–No hay duda de que piensa emplear la reunión en Nueva York con los líderes de la Mano Negra para consolidar su poder sobre el



culto --dijo McCann.

--Eso mismo pienso --respondió Alicia--. Empleando Cuerpo de Fuego, la falsa Melinda piensa destruir a los Serafines y reemplazarlos con miembros de los Hijos de la Noche del Terror. Cuatro vampiros entran en la cámara del consejo y cuatro salen. Nada parece cambiar. Sin embargo, la progenie de la Muerte Roja se ha hecho con el control total del Sabbat sin que nadie sepa siquiera que se ha producido un golpe de estado.

--Un plan diabólico --dijo Phantomas--. Sencillo pero efectivo. La conspiración de la Muerte Roja se está conviniendo en una verdadera mascarada.

--No hace falta mucha imaginación para suponer que planea una estrategia similar en el Cónclave de los Vástagos en Linz --dijo Dire McCann--. St. Germain tiene vínculos con el clan Tremere, y no es coincidencia que sea Karl Schrekt, Justicar de ese mismo clan, uno de los organizadores. Irónicamente, el propósito de la reunión es discutir sobre la amenaza de la Muerte Roja. Durante las deliberaciones, St. Germain planea destruir a los principales líderes de la Camarilla y reemplazarlos con socios de su propia línea de sangre. Se hará con el control de la Camarilla en una maniobra tan secreta como audaz.

--Recuerda esa línea de la profecía --dijo Alicia--. *Muchos no son lo que parecen*. Ahora tiene sentido. Ese es el secreto definitivo del vampiro que se hace llamar Conde St. Germain.

--Tenemos las respuestas --señaló McCann--. Sabemos la verdad. Ahora solo queda una pregunta: ¿Podremos detenerle?

## TERCERA PARTE

[ *«Entonces, invocando el coraje salvaje de la desesperación, todo un grupo de celebrantes entró en el salón negro, y apresando al ser, cuya alta figura permanecía erguida e inmóvil dentro de la sombra de su capa de ébano, lanzaron un suspiro de horror incontenible al descubrir las prendas de la tumba y la máscara cadavérica sostenidas por una forma intangible.»*

Edgar Allan Poe, "La Máscara de la Muerte Roja" ]

\_\_\_\_\_ 27 \_\_\_\_\_

**Venecia: 8 de abril de 1994**

Cuando entró en la oficina de su abuelo, lo primero que Madeleine notó fue que él no la esperaba en su lugar habitual, sentado tras el enorme escritorio de ébano. Le daba la espalda y observaba la noche de Venecia desde los enormes ventanales. Eso era una clara señal de que Pietro estaba preocupado. Cuando éste se volvió pudo ver que, en vez de la habitual rosa roja, en el ojal mostraba un clavel blanco. Otro signo de problemas.

–Madeleine –dijo, señalando uno de los sillones de cuero rojo frente a la mesa–. Mi chiquilla. Por favor, siéntate. Gracias por venir a verme esta noche.

–Tus deseos son órdenes, sire –dijo Madeleine respetuosa–. Sin embargo, debo admitir que no estoy segura de saber por qué quieres verme. Sigo con mi misión. Dire McCann necesita mi asistencia, y en estos momentos carece de protección.

Pietro frunció el ceño y sus cejas se juntaron pensativas.

–No ocuparé mucho de tu tiempo. Nuestro clan tiene con McCann una deuda que no puede repararse. Solo quería saber personalmente a través de ti de los progresos de tu misión.

–Llamo siempre que me es posible, abuelo –dijo Madeleine. Se sentía enormemente inquieta. Había sido entrenada para leer emociones, incluso las de los no-muertos, y sabía que Pietro no le contaba toda la verdad. Le había llamado al Mausoleo con un motivo--.

Hago todos los esfuerzos posibles por mantenerte informado de mi situación.

–Lo sé, Madeleine –dijo Pietro–. Sin embargo, las líneas telefónicas pueden estar pinchadas. La Mafia es una molestia constante, y creí mejor que habláramos en persona. ¿Cómo prosigue la caza de la Muerte Roja? Según tus recientes informes, parece que McCann espera enfrentarse al monstruo en el Cónclave que se celebra en Austria dentro de pocas noches.

Madeleine asintió.

–La situación no ha cambiado, abuelo. El detective está convencido de que la Muerte Roja planea hacerse con el control de la Camarilla en esa reunión. McCann está decidido a no permitirlo. Sospecho que el enfrentamiento será extremadamente violento.

Pietro rió entre dientes.

–Tienes un maravilloso talento para la modestia, mi chiquilla. Estoy seguro de que Dire McCann aprecia tu ayuda y tu asistencia. La violencia parece seguirle allá donde va.

El antiguo Giovanni se detuvo antes de volver a hablar.

–¿Eres consciente de que Don Caravelli piensa asistir al Cónclave?

Durante un instante Madeleine no dijo nada. Aunque se enorgullecía de ocultar su sorpresa en tales situaciones, necesitó unos segundos para recuperar la compostura y la voz.

–¿El señor de las alimañas se atreve a dejar su guarida?

–preguntó con voz calmada y tranquila–. ¿Ha vuelto Caín, o ha sucedido algún milagro en mi ausencia?

Pietro rió.

–Sospechaba que encontrarías de cierto interés la noticia –declaró–. Los Cónclaves son terreno neutral. Las luchas entre clanes están estrictamente prohibidas. –El antiguo Giovanni sonrió, adoptando el aspecto de una calavera–. Sin embargo, las venganzas personales no se ven afectadas. Tu disputa con Don Caravelli es un asunto de honor. Si se le reta, el Capo de Capi no tendrá más remedio que responder, o ser declarado proscrito por la Camarilla.

Madeleine sacudió la cabeza.

–Después de tanto tiempo, ¿por qué asumir ese riesgo? Sabe que le estará esperando.

–Quizá Don Caravelli se aburra en su fortaleza –dijo Pietro–. Puede que se haya cansado de vigilar su espalda. Recuerda que se le considera uno de los vampiros más peligrosos que existen. Su

reputación por la falta de escrúpulos solo rivaliza con la tuya.

Destruirle no será fácil, ni siquiera para la Daga de los Giovanni.

–No pido más que la oportunidad de presentar mi caso ante Don Caravelli –dijo Madeleine–. Estoy preparada para que el destino dicte el resultado.

–Si Don Caravelli acepta un duelo –dijo Pietro–, prepárate para todo tipo de traiciones. Es un vampiro sin honor.

–Nada que intente podrá detenerme, abuelo –respondió Madeleine, liberando por un momento el férreo control sobre sus emociones–. *Nada*.

–Ya lo sé, mi chiquilla. Por eso estoy convencido de tu éxito. –Se detuvo un momento y se inclinó hacia delante en su mesa, mirándola fijamente–. ¿Y qué ocurrirá cuando le hayas destruido, Madeleine? La venganza por la muerte de tu padre está cerca. ¿Qué sucederá cuando la tengas en tu mano?

Los pensamientos de Madeleine se congelaron. Pietro nunca le había hecho una pregunta como aquélla. Comprendió inmediatamente que aquél era el motivo por el que había sido llamada al Mausoleo. Varias cosas le resultaron inmediatamente claras, incluyendo el modo de responder a la pregunta.

–Soy la Daga de los Giovanni –dijo con tono decidido–. Ya lo sabes, abuelo. Mis deseos son los de mi clan. Honro las tradiciones de los Giovanni.

–En la vida y en la muerte –dijo Pietro, como si completara un antiguo ritual–. Tus primos me hablaron de un poderoso mago que había a tu lado en París.

–Elisha, estudiante de Rambam –dijo Madeleine sin titubeos. Sabía que su abuelo mentía respecto a lo comentado por sus primos, pero le daba igual. Era mejor descubrir lo peor que ser sorprendida más tarde–. No hay duda de que es uno de los magos más poderosos con los que me he cruzado nunca, a pesar de su gran juventud.

–Se dice que estás muy *encariñada* con él –replicó Pietro. Su tono era amable, pero Madeleine estaba segura de que tras aquella frase se ocultaba una amenaza.

–¿Se dice? –repitió sarcástica–. ¿Cuál de mis estúpidos primos ha hecho tal juicio? ¿Cesare o Montifloro? –Su voz resumaba desprecio–. Los dos son grandes expertos en la seducción y la intriga. Me ven con un mortal e inmediatamente creen que estoy hechizada. Qué brillantez, qué profundidad de análisis. ¿Te dijeron también que estoy tan enamorada de ese mago que se me olvidó cómo pelear?

¿Cree alguno de ellos que puede asumir mi puesto como Daga de los Giovanni?

–Paz, Madeleine –dijo Pietro alzando las manos apaciguador–. Ni Cesare ni Montifloro dijeron esas tonterías. Como siempre, mostraron asombro por tu capacidad combativa. No hicieron más que expresar su extrañeza al verte en compañía de un mago. No pretendían insultarte.

Madeleine asintió. El problema no eran sus primos, sino Pietro. Tenía que convencerle de que su asociación con Elisha era en beneficio del clan.

–Es amigo y aliado de Dire McCann –dijo–. Acompaña al detective a todas partes. Es joven e ingenuo, y me encuentra atractiva; ha tenido muy poca experiencia con mujeres. He hecho lo posible por estimular su interés, y creo que de momento he tenido éxito. ¿Quieres que actúe de otro modo, abuelo? Un mago tan poderoso sería un gran activo en nuestras filas.

Pietro asintió.

–Nuestro fin definitivo necesitará de la ayuda de grandes magos. Hiciste bien, mi chiquilla. Perdóname por mostrar mi preocupación. Después de todo, hubo aquel problema con esos niños...

–Jóvenes que me son leales hasta la muerte –respondió Madeleine, dejando asomar un poco de malestar en su voz. Era una experta en el engaño, pero lo mismo podía decirse de Pietro. Tenía que asegurarse de que sus mentiras fueran convincentes–. Me permitieron destruir a Don Lazzari. Los dos supervivientes serán ghouls excelentes, mucho mejores que algunos de los familiares menos ambiciosos que nos vemos obligados a emplear.

–Estoy de acuerdo –dijo Pietro torciendo el gesto–. No necesitas recordarme las faltas de nuestros parientes.

El vampiro se inclinó hacia delante con la mirada fija en ella.

–¿Entonces Elisha no significa nada para ti? ¿No es más que otra conquista de la Daga de los Giovanni?

Madeleine adoptó una expresión confundida. En aquel momento sus décadas de entrenamiento le sirvieron bien. Su abuelo quería creerle. Era su favorita, y tenía que recordárselo.

–No entiendo tu pregunta, abuelo. ¿Cómo podría ese mago significar algo para mí? ¿Significar qué? Tú eres mi sire, mi señor. No tengo más Vínculo de Sangre que el que poseo contigo.

Pietro rió.

–¿Cómo he podido dudar de tu lealtad, Madeleine? –dijo–.

Siempre has sido mi joya. Es inconcebible que pudieras traicionar tu honor... aunque se te ofreciera el don de la vida.

Aquel comentario casual y pasajero pretendía cogerla totalmente por sorpresa, pero Madeleine estaba preparada. Desde que Pietro había mencionado a Elisha esperaba la pregunta, y ya había pensado en su mentira.

—¿El don de la vida, sire? —preguntó extrañada—. ¿A qué te refieres?

—Rambam —respondió Pietro con una expresión molesta—. Ese mago conoce una fórmula *capaz* de convertir a un vampiro en mortal.

—Imposible —declaró Madeleine—. No lo creo. —Se encogió de hombros—. Además, ¿por qué querría ningún Cainita someterse a un ritual así? ¿Abandonar la inmortalidad y el gozo del poder a cambio de las lujurias vacías de la existencia humana? Es una estupidez.

Pietro se levantó de la silla y se dirigió en silencio hacia los ventanales. Observó la oscuridad durante un largo rato antes de hablar.

—Por supuesto, tus palabras tienen sentido —dijo—. ¿Por qué alguien dedicado a la muerte podría estar interesado en el don de la vida? Solo un insensato sugeriría una idea tan ridícula. Solo un insensato mayor la creería.

—Lo siento, abuelo —dijo Madeleine con inocencia—. ¿A qué te refieres?

—Nada —dijo Pietro—. Como director del Mausoleo, trato constantemente con el engaño y la intriga. A veces olvido que la lealtad y el honor aún existen. —Se volvió y sonrió a su nieta—. La Daga de los Giovanni está forjada con el mejor acero del mundo. Corta profundamente, y siempre para matar.

—Gracias, abuelo —dijo Madeleine. Casi sentía lástima por él. Casi.

—Basta de discusiones sin sentido —dijo el vampiro—. Ahora vete. Hablaremos del futuro cuando Don Caravelli haya sido eliminado. Dale mis saludos a Dire McCann, y dile que venga a visitarme una vez la Muerte Roja haya sido erradicada. Echo de menos nuestras partidas de ajedrez.

—Le entregaré tu mensaje, abuelo —dijo ella, lista para marcharse—. Adiós.

Aunque su voz no hizo nada por delatar sus verdaderos sentimientos, Madeleine estaba convencida de que aquélla sería su última despedida.

\* \* \*

Una hora más tarde le habló a Elisha de la reunión en su habitación en el hotel Grand Plaza. Flavia había salido a cazar, tanto por deporte como por necesidad.

–¿Hay algún problema? –preguntó el mago.

–Nada que no esperara –respondió Madeleine, acariciándole la mejilla–. Creí que mis obligaciones para con el clan Giovanni terminarían pronto. Por desgracia, no va a ser así. ¿Me esperarás un poco más, Elisha?

–Por supuesto –dijo sonriéndole–. Aprendí paciencia de un maestro.

–Hablando de eso –dijo Madeleine–. Rambam debería ser advertido de que sus asociados no son tan fiables como él cree. Uno, si no varios de ellos, han traicionado su confianza en favor de mi abuelo. Sospecho de Judith, pero podría estar equivocada. No hay motivo para sacar conclusiones precipitadas. El traidor será descubierto muy pronto.

–¿Un traidor? –preguntó Elisha preocupado–. ¿Traicionado? No puede ser.

–¿No me dijiste que Rambam te ordenó una vez que no confiaras en nadie? –sonrió Madeleine–. Pues tenía razón. En estos tiempos peligrosos la lealtad y la confianza no significan nada. Hasta el honor puede corromperse si el precio es lo bastante alto.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Elisha. Se detuvo un instante y se corrigió–. ¿Qué *vamos* a hacer?

–Tú vas a seguir con tus estudios y yo seguiré sirviendo a mi clan. Seremos pacientes, muy pacientes. Pueden pasar años, quizá incluso décadas, antes de poner en marcha nuestros planes, pero no tenemos prisa. Los magos pueden frenar su envejecimiento y los vampiros no tenemos que preocuparnos por el paso del tiempo. ¿Recuerdas cuando estábamos en París? Te dije que muchos de mis parientes temen que Pietro pueda entregarme algún día el control del Mausoleo, y también que nunca aceptaría esa posición. Después de la reunión de esta noche, he cambiado de parecer. Ya no quiero que mi futuro o el tuyo sean dictados por otros. Mi destino me exige que actúe en nuestro interés. Esta misma noche comienzan mis esfuerzos. Como he dicho, no sé qué cantidad de subversión e intriga será necesaria para alcanzar mi objetivo, pero te aseguro que una noche Pietro

Giovanni me nombrará su sucesora. --En su voz no había el menor asomo de duda--. Lo quiera mi abuelo o no.

***Newark, Nueva Jersey: 9 de abril de 1994***

--La reunión entre Melinda Galbraith y los líderes de la Mano Negra tendrá lugar mañana a medianoche --dijo Walter Holmes con su sonrisa ordinaria--. Será en la sala principal del Club Napolitano, en el East Side de Nueva York.

--¿El Club Napolitano? --preguntó Alicia risueña--. Creía que era un local de lujo. Nunca pensé que se utilizara como sala de reuniones del Sabbat.

Estaban sentados en un reservado en la parte trasera de la Lira de Nerón, en Newark. Tras regresar a Nueva York, Alicia había llamado inmediatamente al monitor del Inconnu para discutir lo que había descubierto en Europa. Había pasado la última hora comentando todo lo revelado por Phantomas. Como era de esperar, Holmes había recibido con serenidad las noticias sobre las múltiples identidades de la Muerte Roja, y no había expresado una gran preocupación acerca de los Sheddin. Solo la velocidad cada vez mayor a la que barajaba las cartas en su mano traicionaba su miedo.

--Nunca lo habían usado --dijo Holmes, empezando un solitario. En el borde de la mesa descansaba una copa de sangre barata, junto al vaso de vino medio vacío de Alicia. Para ser un local para vampiros, la Lira de Nerón tenía una bodega sorprendentemente buena--. Los Serafines no confían plenamente en Melinda. Tienen motivos, ya que alcanzó su posición como regente del culto mediante el asesinato. No se ha dicho nada en voz alta, pero los consejeros de la Mano Negra insistieron en que se les permitiera elegir el lugar de la conferencia. Hasta esta noche no se le ha comunicado a Melinda. Un amigo de un amigo me ha pasado la información. El lugar es propiedad de un *holding* que sirve como fachada para muchas de las actividades de la Mano Negra. Mañana estará vacío, salvo por los invitados y sus guardaespaldas.

--Y algunos intrusos --replicó Alicia--. Pienso acudir a esa reunión tan exclusiva. Estoy segura de que la falsa Melinda también espera



que me pase a saludar, y no me gustaría defraudar a esa zorra quedándome en casa.

–Yo estaré allí, en la parte trasera –dijo Walter mientras repartía las cartas. Sus ojos no abandonaban el juego mientras hablaba–. Varias decenas de lealistas Sabbat han sido invitados para atender y ser testigos de lo que suceda. Otro seguro contra la traición, sospecho. Por un extraño giro del destino, yo recibí una de esas invitaciones.

Alicia rió.

–El destino gira en su dirección bastante a menudo, señor Holmes. Es sorprendente cómo una figura tan normal e inocente ostenta tanto poder sin que nadie tenga la menor idea.

–Es un don que he cultivado cuidadosamente a lo largo de los siglos –dijo Walter con un ligero asentimiento–. Por desgracia, no pude conseguir otra invitación para ti. Como Nueva York es un lugar peligroso para los vampiros, el local estará muy protegido. Superar a los guardianes de la entrada puede ser muy difícil, incluso para Alicia Varney.

Alicia se encogió de hombros. No parecía preocupada.

–Jackson está preparando una pequeña distracción –dijo–. Es un especialista en ese tipo de cosas. Los pocos que permanezcan en sus puestos serán tratados del modo adecuado. Es un buen plan. Los líderes de la Mano Negra son Cainitas arrogantes y extremadamente orgullosos. Son asesinos y terroristas despiadados del Sabbat, y no conciben la idea de rodearse por una horda de guardaespaldas.

–¿Tienes un plan de acción una vez consigas entrar en el local?

–No exactamente –respondió Alicia–, y dudo de que sea necesario. Mi llegada encenderá los fuegos artificiales. La falsa Melinda ha estado caminando por la cuerda floja desde el comienzo de su charada. Si se la reta, su máscara se hará pedazos. Pienso hacerlo. Unos cuantos comentarios precisos serán todo lo necesario para desvelar su engaño.

–¿No temes que los líderes de la Mano Negra se nieguen a escuchar a alguien que irrumpe en su conferencia? –preguntó Holmes–. Como has dicho, son Cainitas orgullosos y arrogantes.

Alicia sonrió.

–Al contrario. Considerando los riesgos que voy a asumir, me sorprendería mucho que no quisieran escuchar lo que tengo que decir. Los Serafines son asesinos letales, no idiotas.

–Según lo que me has dicho –siguió Holmes–, el vampiro que se

hace pasar por Melinda Galbraith es uno de los cuatro Cainitas que usan la disciplina Cuerpo de Fuego. Sospecho que al exponer su verdadera identidad le obligarás a hacer un intento desesperado por destruir a todos los presentes en la cámara del consejo. Después podrá culpar de la matanza a la Muerte Roja.

–Eso mismo pienso yo –dijo Alicia–. Espero que reaccione de ese modo. En caso contrario tendría que demostrar que se trata de una impostora, lo que no tiene por qué ser fácil.

–Sin embargo, ser convertido en cenizas no es una alternativa aceptable –dijo Holmes secamente. Giró una carta en su mano. Un as de picas. Alicia sabía que había sacado aquella carta para enfatizar su idea.

–Te preocupas demasiado por los detalles menores, jugador –dijo Alicia con una sonrisa de desdén–. Estoy preparada para enfrentarme a las consecuencias de mis actos si es necesario. Sin embargo, no soy tan orgullosa como para no pedir ayuda, especialmente al tratar con la Muerte Roja.

–Los maestros del Inconnu quieren al monstruo destruido –dijo Holmes–. Tengo instrucciones de proporcionarte toda la ayuda que solicites. En cuanto informe de tus últimos descubrimientos, estoy seguro de que tendrán más interés que nunca en que ese viejo monstruo y su progenie sean aplastados. Cuando necesites mi ayuda estaré allí. No me importan las repercusiones.

–Eso puede representar revelar tu verdadera identidad a los líderes de la Mano Negra –dijo Alicia.

Walter se encogió de hombros.

–He pasado años como Walter Holmes infiltrándome en la jerarquía del Sabbat –dijo con voz lenta y calmada–. Sacrificar todo ese trabajo será una pena, pero he dado mi palabra. Nunca me retracto de mis promesas.

Alicia tenía la sensación de que el jugador de póquer ya no se refería a sus maestros en el Inconnu, pero ella también guardaba numerosos secretos, y no hizo más preguntas.

–Será una velada interesante –dijo.

–El juego me ha enseñado a esperar lo inesperado –respondió Holmes–. Mañana someteré a una dura prueba todo ese entrenamiento. Creo que describir el encuentro que se avecina como "interesante" es quedarse un poco corto.

Alicia sonrió.

–Será más excitante que una partida de póquer, señor Holmes.

--Se puso en pie--. Más vale que me vaya. Jackson necesita saber el lugar exacto de la reunión para poder preparar sus sorpresas, y mi cuerpo necesita dormir. Quizá tome algo *especial* para conseguir energías adicionales. Nos veremos mañana por la noche.

Holmes levantó una mano de sus preciadas artes a modo de saludo.

--Puede que no me veas, pero estaré allí --dijo--. Buena suerte.

--Gracias --dijo Alicia--. Nos vemos.

Los pocos neonatos en el local no se movieron cuando pasó junto a ellos y salió por la puerta principal. No querían problemas.

Preparada y ansiosa por la batalla que se avecinaba, proyectaba un aura de feroz invulnerabilidad. No era inteligente cruzarse en su camino.

Quince minutos después se encontraba en el asiento trasero de su limosina dirigiéndose hacia un escondite secreto al otro lado del río. Jackson, al volante, le estaba describiendo posibles distracciones para la noche siguiente.

--Un gran incendio --propuso jovial--. Prender unos cuantos edificios a una manzana de distancia no sería difícil. Es una zona cara de la ciudad y los bomberos mandarían muchísimo material. No interrumpirá la reunión, pero crearía mucho ruido y problemas con el tráfico.

--Demasiado evidente --dijo Alicia--. Además, el fuego podría sugerir la presencia de la Muerte Roja. No queremos que la reunión se cancele o cambie de lugar. Solo quiero que los guardias se distraigan lo suficiente como para poder entrar en el edificio.

--¿Una explosión de gas? --susurró Jackson--. ¿Una persecución a gran velocidad?

--Has estado viendo demasiadas películas, Jackson --dijo Alicia estirándose en su asiento--. Estoy convencida de que puedes superar a Hollywood. Ya sé que el tiempo es un factor, pero dispones de un presupuesto ilimitado. Dame algo diferente.

--Tengo una idea --dijo--. Dígame si le gusta este concepto.

Jackson describió su plan y Alicia le dio su aprobación con una sonrisa. Era una distracción espectacular, y desde luego era diferente.

***Viena: 10 de abril de 1994***

Etrius cerró con cerrojo la puerta de su estudio y lo recorrió cuidadosamente de una esquina a otra. Revisaba cada rincón oscuro, cada sombra. En circunstancias normales nunca se hubiera preocupado por espías invisibles, pero aquél no era el caso.

Seguro de que allí no estaba más que él, recitó en alto un poderoso hechizo de atadura que selló la entrada. Un segundo conjuro, pronunciado con tonos claros y firmes, protegió las paredes, el suelo y el techo de cualquier disciplina vampírica. Una tercera invocación se aseguró de que ninguna rata, insecto, araña o criatura mágica pudiera superar los dos primeros conjuros.

El hechicero Tremere valoró sus esfuerzos y gruñó satisfecho. La estancia estaba totalmente protegida de cualquier asalto físico o mental. Normalmente no hubiera recurrido a precauciones tan elaboradas, pero sus pensamientos estaban consumidos por el miedo al misterioso St. Germain y a la igualmente terrorífica Muerte Roja.

Sintiéndose más a salvo, se dirigió hacia la enorme chimenea roja que dominaba un muro de su estudio, donde ardía un fuego rugiente. Los troncos que alimentaban las llamas eran mágicos y nunca se consumían.

Girando tres dedos para formar un patrón especial, apagó las llamas. Extendió la misma mano y la apoyó contra los ladrillos, pronunciando una sola palabra. Sus cuatro sílabas habían sido empleadas por hechiceros a lo largo de ochocientos años, y contenían un enorme poder. Sin un solo sonido, la chimenea se desplazó un metro y medio a la derecha, revelando una pesada puerta de roble. Una llave especial que no podía duplicarse y que siempre colgaba de su cuello abría la cerradura.

El mago vampiro se llevó la mano izquierda al cordel negro. La llave de acero descansaba sobre la piel fría de su pecho. El cordel estaba protegido por los hechizos de atadura más potentes del mundo, y solo Etrius se lo podía quitar. Era el único capaz de emplear aquella llave.

Tremere se había convertido en miembro de la Tercera Generación bebiendo la sangre de Saulot mientras el Antediluviano dormía indefenso en letargo. Aquélla había sido una lección que el hechicero no había olvidado jamás. Preocupado por sufrir un destino similar, Tremere había supervisado la construcción de una cripta

especial en las cavernas místicas bajo la Capilla de Viena. La única entrada a la tumba se encontraba tras la puerta de roble para la que solo existía una llave, la que Etrius llevaba al cuello.

Abrió la cerradura, revelando un túnel negro que conducía hacia abajo. Doscientos treinta y siete escalones llevaban al visitante a la cueva en la que descansaba el sarcófago de Tremere. Etrius los había contado muchas veces, y aquella noche tenía intención de volver a hacerlo. Con una expresión sombría, entró en el pasadizo y comenzó el descenso.

Cientos de complejos conjuros protegían aquel túnel. La única iluminación la proporcionaban unas antorchas que ardían con la misma llama sobrenatural de la chimenea, ya que allí no funcionaba la electricidad. Los muros estaban sellados con magias similares a las empleadas en el estudio. No era posible fundirse con la tierra, ni tampoco emplear la disciplina de Teleportación. Tremere quería descansar sin molestias, y había hecho todo lo posible por asegurar su protección. El único eslabón débil de aquella cadena era Etrius.

El pasadizo terminaba en una pequeña caverna de siete metros de longitud y cinco de anchura. El techo, que se perdía en la oscuridad, se encontraba a más de diez metros. Pasado el sarcófago había otro pasadizo que conducía hacia profundidades inexploradas. Nadie sabía lo que había bajo la tumba. En ocasiones Etrius creía haber oído susurros procedentes del abismo, pero no estaba seguro y no tenía mucho interés en explorar.

Reuniendo todo su coraje, se acercó al ataúd. Durante muchos años solo había acudido allí cuando su mentor le invocaba mentalmente, pero a lo largo de la décadas las llamadas se habían hecho cada vez menos frecuentes. Tremere no solía despertar de su letargo. Etrius ansiaba el consejo del viejo mago sobre St. Germain y la Muerte Roja, pero no había obtenido respuesta.

Preparándose para lo peor, empujó la tapa del ataúd mientras recuerdos febriles acudían a su mente. En aquella dimensión oscura y opresiva bajo la Capilla era difícil separar la realidad del sueño. Recordó haber encontrado una vez un gigantesco gusano blanco en el interior. En una visita similar había hallado el sarcófago vacío, mientras que en otra había visto dos cuerpos en el interior. Más recientemente había advertido un tercer ojo sin párpados en la frente del mago, igual al poseído por Saulot. Etrius no estaba seguro de que ninguna de aquellas visiones fuera cierta. Puede que no fueran más que sueños, o al menos eso esperaba.

Para su inmenso alivio, en el interior encontró el poderoso cuerpo de un hombre. Sus fuertes y dinámicos rasgos estaban calmados y tenía los labios curvados en una leve sonrisa. El vampiro hechicero no daba señal alguna de saber que hubiera alguien cerca. Sin embargo, Etrius estaba convencido de que si intentaba tocarle sería detenido.

—Hoy, poco después de la medianoche —susurró—, comienza la caza de St. Germain. Elaine de Calinot y yo planeamos acusarle de ser la Muerte Roja. Nuestro Justicar, Karl Schrekt, pedirá una Caza de Sangre. Después de casi mil años, el cazador se convertirá por fin en la presa.

El vampiro en la caja forrada de terciopelo no respondió. Etrius había tenido la vaga esperanza de que Tremere le hiciera algún comentario sobre su proceder. Aquel ambicioso plan tenía un grave defecto: exigía la reacción de la Muerte Roja. Si el monstruo no hacía nada, la Caza de Sangre no tendría sentido y St. Germain seguiría siendo la fuerza siniestra que manipulara al clan Tremere.

Esperó durante cinco minutos. Nada. El vampiro dormido no se movió. Con rostro serio, volvió a poner la tapa en el sarcófago. Hiciera lo que hiciera, no tenía ni la aprobación ni la censura de su maestro.

Comprobó cuidadosamente la caverna en busca de algo extraño, pero nada parecía fuera de lugar. Asintiendo, regresó a las escaleras. Lentamente pero con firmeza, ascendió los doscientos treinta y siete escalones que conducían hasta su estudio. Sentía el peso del mundo sobre sus hombros. Batallaba contra sombras solamente con Elaine de Calinot a su lado, y ni siquiera estaba seguro de poder confiar en ella.

Llegó al descansillo superior y abrió la puerta tras la chimenea. La enorme entrada se cerró inmediatamente a su espalda y la llave volvió a estar alrededor de su cuello. Siempre la llevaba encima, y solo los miembros del Consejo Interior conocían su existencia y su utilidad.

Murmuró el contra-hechizo adecuado y la chimenea regresó a su lugar. La cámara estaba exactamente igual a como la había dejado. No había intrusión alguna y todo parecía en su sitio. Todas las salvaguardias estaban levantadas y los hechizos seguían enteros... pero no intactos.

Torciendo el gesto, revisó mentalmente los conjuros de atadura que protegían la estancia. Las grietas eran débiles pero claras. Los efectos de una magia así eran imposibles de borrar. Alguien había puesto a prueba las defensas de la cámara y había buscado un modo de entrar mientras él se encontraba en la caverna inferior.

Sus ojos se convirtieron en delgadas líneas de furia. Extendió su mente y examinó los hechizos que protegían la Capilla. Habían sido tejidos por todo el Consejo Interior y su aura protectora era el escudo más poderoso que existía en el mundo contra cualquier ataque psíquico. La telaraña mágica no mostraba señal de haber sido alterada. Cualquiera que hubiera intentado entrar en su estudio ya se encontraba dentro de la fortaleza vienesa.

Alguien llamó a la puerta con un sonido seco que retumbó en toda la cámara.

—¿Qué quieres? —rugió, invocando toda la fuerza de su poderosa voluntad. No permitiría que nadie le amedrentara sin lucha.

—Soy yo, sire —llegó claramente la respuesta—. Tu chiquillo y servidor, Peter Spizzo. ¿Ocurre algo?

Relajándose solo un poco, Etrius aflojó los hechizos que sellaban la estancia.

—Entra —dijo.

Spizzo obedeció. Era un Cainita entrenado en las artes del espionaje y el engaño, y siempre permanecía en la sombras. Parecía preocupado.

—¿St. Germain? —preguntó.

Etrius asintió.

—¿Quién si no? Debe saber de mis investigaciones. Hace poco pensé que quería sorprenderme en el estudio y destruirme. Cobarde... Estamos muy cerca de él, Spizzo. Muy cerca.

—Acorrala a un chacal y luchará, sire —dijo Spizzo—. Deja a St. Germain a los Justicar de la Camarilla. Muy pronto será su lucha, no la tuya.

—Una buena decisión —dijo Etrius—. ¿Están hechos ya todos los preparativos?

—La limosina te espera. Solo tardaremos unas horas en llegar al castillo de Schrekt.

—Excelente —respondió el maestro con voz sombría—. Cuanto antes partamos, mejor. Recuerda lo que te dije antes. No confíes en nadie en ese cónclave, ni siquiera en Elaine de Calinot.

»Aunque somos compañeros en esta aventura, no estoy seguro de sus motivos. Podría ser un peón de St. Germain. Nadie en el clan Tremere está por encima de la sospecha. No bajes la guardia ni por un momento.

—No temas, sire —dijo Spizzo con una sonrisa siniestra oscureciendo sus rasgos. Durante un instante adoptó un aspecto

satánico--. Conozco bien la traición.

***Sicilia: 9 de abril de 1994***

Marius Michaud, ex-jefe de seguridad de la fortaleza de Don Caravellí, gritó agónico cuando el atizador al rojo vivo tocó su mejilla derecha.

--Suavemente --dijo Don Caravelli a Luigi, un subordinado de la Mafia de inteligencia limitada y devoción absoluta. El Capo de Capi rió--. No queremos que los ojos del pobre Marius se quemen inmediatamente. Michaud debe sufrir por su incompetencia. ¿Qué lección enseñaríamos si termináramos rápidamente con su agonía? --Dio unas palmadas a Luigi en el hombro--. Una caricia, mi talentoso ejecutor. Como la de un amante. Acaricia la piel con el hierro al rojo antes de cegarle. No te precipites.

--Como ordene, mi Capo --respondió Luigi, asintiendo con su enorme cabeza. Estaban en una de las numerosas mazmorras en el nivel inferior de la fortaleza de la Mafia. Marius Michaud estaba atado al muro con cadenas reforzadas de acero. Un grueso collar metálico alrededor del cuello y otro en la frente mantenían la cabeza inmóvil. Podía agitarse a un lado u otro, pero eso era todo. No había modo de escapar al hierro en manos de Luigi. Había pasado gritando sin parar las últimas tres horas, y seguiría haciéndolo durante muchas más a lo largo de los días venideros. La venganza de Don Caravelli era despiadada.

--Me estoy empezando a aburrir --dijo Elaine de Calinot, apoyada sobre su bastón de poder--. Deberíamos estar haciendo preparativos para nuestra partida. Basta de crueldades. La tortura es insoportablemente pesada.

--Sin embargo, sirve a un noble propósito --dijo Don Caravelli volviéndose hacia ella--. Mediante los milagros de la electrónica, los gritos de dolor de Michaud pueden ser oídos en toda mi ciudadela. Espero que su agonía sirva para convencer a los demás de que no hay que cometer errores. Las mejores lecciones son las que se enseñan mediante el ejemplo.

--Las mejores lecciones --dijo Elaine con la mirada encendida--,



son aquéllas que no necesitan ser repetidas.

Don Caravelli se encogió de hombros.

–Como deseas. Luigi ya conoce su deber. Michaud conocerá la Muerte Definitiva mientras estemos en Austria. No hay razón para seguir aquí. –El jefe de la Mafia hizo un gesto a su lacayo–. Hazle sufrir, Luigi. Quiero que suplique la muerte.

–Así se hará, mi Don –respondió el otro mientras Don Caravelli y Elaine de Calinot salían de la cámara–. Cuando llegue la muerte, saludará su abrazo.

–Tu torturador es de lo más melodramático –dijo la hechicera mientras atravesaban el pasillo que conducía a la sala privada del Capo–. Parece un bufón.

–Luigi no anda sobrado de cerebro –respondió Caravelli–. Sin embargo, su lealtad es absoluta. En estos momentos valoro ciertos rasgos más que otros. –Miró a Elaine–. No parecías muy preocupada porque te viera. Hasta ahora habías permanecido oculta siempre que visitabas mi fortaleza. ¿A qué se debe el cambio?

–Su mente era tan débil que borrar sus recuerdos de mi visita no fue esfuerzo alguno –respondió la hechicera–. Su pensamiento ya empieza a apagarse. En pocos minutos no recordará absolutamente nada sobre mí.

La conversación se detuvo cuando llegaron a la entrada del estudio de Don Caravelli. Empujando la puerta, el Capo de Capi se hizo a un lado y cedió el paso a Elaine.

–Después de ti –declaró inclinando ligeramente la cabeza.

–Tienes buenos modales, Don Caravelli –respondió la hechicera mientras entraba en la cámara–. Todo un lujo en los tiempos modernos.

El vampiro rió con crueldad.

–Lamento defraudarte, milady –dijo con un tono ligeramente burlesco–, pero mi cortesía se debe más al miedo de recibir una puñalada en la espalda que a mi genuina educación. Prefiero tener a mis enemigos delante, no un paso detrás.

Elaine se volvió al llegar al centro de la estancia para encararse con el Capo.

–Entonces, ¿me clasificas ahora como un enemigo de Don Caravelli?

–Un mero desliz –respondió el mafioso suavemente. Con una agilidad increíble para un hombre de su tamaño, rodeó a Elaine y se deslizó hasta su enorme sillón tras el escritorio–. ¿Cómo podríamos

ser enemigos? --preguntó levantando las manos a modo de disculpa--. Somos aliados, dedicados a la causa común de gobernar a la raza Cainita. No hay motivo para que algunos contratiempos menores disuelvan nuestro acuerdo.

--Por supuesto que no --respondió Elaine con una sonrisa cínica que igualaba a la del Don. Los dos mentían y ambos eran conscientes de ello. No tenía importancia. Se estaban utilizando mutuamente. Desde sus respectivos puntos de vista, era un acuerdo justo--. ¿Por qué deberíamos pelearnos, especialmente cuando se acerca rápidamente la hora de nuestro triunfo?

--Nuestro avión parte en menos de una hora --dijo Don Caravelli--. Llegaremos mucho antes del amanecer. La mayoría de los Vástagos no llegará hasta mañana.

--Bien --dijo Elaine--. Podré emplear el tiempo extra para conferenciar con mis asociados, que ya se encuentren en el castillo. Hay que revisar los planes definitivos por si es necesario realizar algún ajuste.

--Aún no me has explicado qué maldad has preparado para el Cónclave --preguntó el vampiro. Con un gesto natural, se volvió hacia la pared a su espalda y tomó un hacha de doble filo. Examinó los bordes afilados con aparente desinterés--. Creo que es hora de saber algo de tus planes.

Elaine rió.

--Masacre --dijo--. Karl Schrekt está Vinculado con Sangre a los miembros del Consejo Interior de los Tremere. Es mi peón involuntario. El Justicar lleva semanas obedeciendo mis órdenes. Este Cónclave es un engaño, una reunión sin motivo alguno que debe convertirse en una trampa mortal para la mayoría de los antiguos asistentes. Su sangre correrá por las piedras del castillo Schrekt. Cuando las muertes hayan terminado, el clan Tremere reinará supremo sobre toda la Camarilla... y yo gobernaré a los Tremere.

--¿Qué hay de Etrius? --preguntó Don Caravelli. Sabía bastante sobre la política de los clanes vampíricos, ya que el chantaje era una buena fuente de ingresos--. Se considera líder de tu clan, y no aceptará de buen grado tu ascenso.

--Etrius es un idiota que investiga secretos que es mejor dejar en paz --respondió Elaine--. Su paranoia ha resultado útil en la preparación de este drama, pero una vez concluido el Cónclave dejará de ser necesario. Solo uno puede gobernar a los Tremere. No sobrevivirá a la noche.

Don Caravelli sacudió la cabeza atónito.

–¿Piensas de verdad que vas a ser capaz de destruir a varias decenas de los vampiros más poderosos de Europa sin problemas? Los Justicar y los arcontes poseen grandes poderes. Sin embargo, dudo de que ni siquiera Karl Schrekt y sus ayudantes puedan superar a un grupo así.

Elaine giró su bastón formando un círculo.

–He estado planeando este golpe desde hace mucho, mucho tiempo, Don Caravelli. No hay posibilidad de fallo. La asistencia de Schrekt apenas servirá de nada. Serán otros en el castillo los que se encargarán del trabajo sucio. –Sus rasgos se hicieron serios–. Ayúdame y gobernaremos juntos. Vuélvete contra mí y te contarás entre los destruidos.

–Me dejas pocas opciones –dijo Don Caravelli levantando el hacha–. Madeleine Giovanni sobrevivió al ataque en París. Me prometiste que la destruirías, y aún estoy esperando que eso suceda.

–La eliminación de la Daga de los Giovanni está prevista junto a la de los demás asistentes al Cónclave –dijo Elaine–. Sin embargo, si no recuerdo mal, prometiste eliminar a cambio a Dire McCann, que sigue en activo.

Con un rápido movimiento, Don Caravelli derribó el hacha contra la mesa. La hoja de acero se hundió quince centímetros en el tablero de roble.

–La carne y la sangre no son rivales para el acero templado –dijo arrancando el hacha de la mesa–. Me voy a llevar esta arma conmigo al castillo Schrekt para cumplir con mi parte del trato. He confiado demasiado tiempo en ayudantes incompetentes. El golpe final será mío. –El rostro del Capo estaba contraído por la furia–. Y si por un casual Madeleine Giovanni se cruza en mi camino antes de esa gran ejecución que has planeado, también ella sentirá el beso del acero. Esa puta me ha estado molestando durante demasiado tiempo. Este Cónclave verá el fin de nuestro enfrentamiento.

–El Cónclave verá el fin de muchas cosas –respondió Elaine de Calinot con un fervor casi religioso. Sus ojos brillaban con una intensidad fanática–. Es una conclusión de las viejas tradiciones y un nuevo comienzo para toda la raza Cainita.

–El gobierno de los fuertes –dijo Don Caravelli pasando los dedos por el filo acerado del hacha–. Y, para mí, la libertad.

–Mañana por la noche –dijo la hechicera con la mirada aún encendida–, tus preocupaciones sobre Madeleine Giovanni habrán

terminado.

La Tremere rió, pero a pesar de aquella seguridad, Don Caravelli no sentía su misma confianza.

***Linz, Austria: 10 de abril de 1994***

–¿Llevas mucho esperándome? –dijo una voz a la espalda de Elisha. Cogido por sorpresa, el joven mago estuvo a punto de caer de la silla. Dire McCann se movía en absoluto silencio—. Siento retrasarme.

–No pasa nada –dijo Flavia con una expresión divertida. Estaba vestida con un traje de cuero blanco que se ajustaba a su esbelta figura como una segunda piel. Madeleine Giovanni, como siempre, llevaba un vestido negro también ajustado y un collar de plata. Elisha se había puesto unos vaqueros azules y una camiseta descolorida—. Necesitábamos más tiempo para ponernos nuestros trajes de fiesta.

–Bajamos hace solo unos minutos –dijo Elisha—. Nos hemos despertado con la luna. El sol se puso hace apenas una hora.

–¿Tiene hambre, señor McCann? –preguntó Madeleine educadamente—. Elisha acaba de pedir el desayuno, y aún podríamos pedirle algo. ¿Quiere que llamemos al servicio?

McCann negó con la cabeza.

–No, gracias. Ya comí algo en la carretera. Además, Karl Schrekt tiene un gran número de ghouls atendiendo su castillo, así que en las cocinas hay mucha comida humana. Si necesito un sándwich ya cogeré algo.

–¿Esperas que haya tiempo para comer? –preguntó Flavia—. Madeleine y yo hemos estado toda la noche discutiendo la situación. Estamos seguras de que cualquier plan que pueda tener la Muerte Roja se desarrollará al principio del Cónclave. Cuanto más espere menos posibilidades tendrá de coger a todo el mundo por sorpresa.

–Sospecho que tenéis razón –dijo el detective mientras se sentaba junto a Elisha—. Las horas que he pasado con el historiador Nosferatu han demostrado ser de lo más productivas. He llegado a comprender en su totalidad la Mascarada de la Muerte Roja. Tanto el Matusalén como toda su línea de sangre poseen una disciplina única

llamada *Engaño* o *Arcanorum* con la que pueden asumir el aspecto de cualquier vampiro con el que traben contacto. Empleando este poder se convierten en sosias exactos del Cainita original.

Elisha se mordió el labio inferior, tratando de extrapolar lo que eso significaba en relación al Cónclave. No tenía que haberse molestado. Madeleine ya estaba maldiciendo en su italiano nativo.

–Un engaño brillante –dijo la vampira tras unos segundos–. Los Vástagos más importantes del mundo estarán invitados al Cónclave en el castillo de Karl Schrekt. Allí serán sorprendidos y destruidos por la Muerte Roja, que usará su imparable poder de Cuerpo de Fuego. Sin embargo, sus muertes nunca serán advertidas, ya que todos los desaparecidos serán reemplazados por duplicados exactos. La Muerte Roja logrará el control total de la Camarilla cambiando a los líderes del culto por miembros de su propia línea de sangre.

–Me gusta –dijo Flavia con una nota de admiración en su voz–. Simple pero eficaz. Es un plan excelente.

El Ángel Oscuro miró a McCann.

–Ahora que por fin comprendemos la estrategia de la Muerte Roja, ¿cómo piensas detenerle?

El detective sonrió y señaló a Madeleine.

–Sencillo. Combatimos un poder único con otro. Madeleine tiene la habilidad de sentir la línea de sangre de cualquier vampiro poderoso en las cercanías. Recuerda que lo utilizó en Washington para localizarme en mi encuentro con la Muerte Roja.

La Daga de los Giovanni asintió.

–Sentí que estabas con otros antiguos, señaló–. Sin embargo, solo reconocí el clan de Makish. Los otros eran un misterio.

–La Muerte Roja es chiquillo de Saulot, el Antediluviano diabolizado por Tremere hace un milenio –dijo McCann–. Su progenie, los Hijos de la Noche del Terror, pertenece por tanto a una línea de sangre única y extinta. Los chiquillos de ese monstruo pueden adoptar el aspecto de vampiros Tremere, Ventrue, Brujah e incluso Gangrel. No importa su apariencia externa. Lo único que no pueden ocultar es la identidad distintiva de su clan. Madeleine es nuestra arma secreta. Podrá atravesar sin esfuerzo los engaños más convincentes. Una vez sepamos qué vampiros son los enemigos, los destruiremos.

–A pesar de su elaborada mascarada –dijo Flavia–, los maquinadores no pueden escapar a su herencia. –Rió–. Son los Condenados con mucho más derecho que todos los demás.

Todos callaron cuando la camarera puso una bandeja con gofres

y una taza de café frente a Elisha. Era una comida extraña para las nueve de la noche, pero después de dormir todo el día aquél era el único menú que se adaptaba a su humor. En cuanto la mujer se fue, el mago levantó el tenedor para llamar la atención.

–Disculpadme –dijo–, ¿pero soy el único que ve un pequeño problema en este plan? Estamos confiando en que Madeleine identifique a los monstruos, y sabemos que lo puede hacer. Eso me lleva a sospechar que nuestros enemigos también pueden ser conscientes de su capacidad. En cuanto entre en el castillo se va a convertir en objetivo de todas las Muertes Rojas. El éxito de su golpe depende de eliminarla lo antes posible. Si tienen éxito, estamos acabados.

–Estoy preparada para cualquier problema –dijo la vampira con tranquilidad. Sus ojos eran gélidos hornos de fuego helado–. De hecho, ansió que se dé el caso.

–El problema –señaló Flavia–, es que nunca se enfrentarán a ti directamente. Ya he visitado el sanctum de Schrekt con anterioridad. Ese castillo está cuajado de pasadizos secretos. Los socios permanecerán en las sombras y tratarán de apuñalarte por la espalda.

–Igual que mi familia –contestó Madeleine con una leve sonrisa–. Estaré en guardia.

–Y también está Don Caravelli –dijo Elisha entre bocado y bocado de gofre–. Dijiste que el jefe de la Mafia iba a asistir al Cónclave. Es tu enemigo jurado, y hará cualquier cosa por destruirte. Además, por el ataque de París sabemos que está alineado de algún modo con la Muerte Roja.

La sonrisa de Madeleine se hizo más amplia.

–No me preocupa la asistencia de Don Caravelli a la conferencia, Elisha. Estoy contenta de que vaya. Muy contenta.

–Bien –dijo McCann poniéndose en pie–. Pronto lo veremos. Termina de comer, Elisha. Esta noche es la gran fiesta, y creo que nuestra limosina acaba de llegar a la puerta. Es hora de que hagamos nuestra gran entrada en el castillo Schrekt.

–¿Una limo? –preguntó Elisha, tragando los últimos trozos–. El castillo está cerca. Creía que iríamos andando.

Flavia rió.

–Apariencias, mi joven e ingenuo mago, apariencias. Las figuras importantes como príncipes y antiguos nunca llegan andando. Que te lleven de un lado a otro es una muestra de riqueza y poder. Nunca lo olvides. Es válido tanto para los humanos como para los Vástagos.

Tras pagar la cuenta, los cuatro subieron a la alargada limusina blanca. Había menos de un kilómetro y medio hasta el castillo y Elisha hubiera preferido pasear con Madeleine, pero no tenía voz en aquel asunto. Dire McCann estaba al mando y sabía exactamente lo que quería.

Como un foso moderno, una valla de acero de cuatro metros de altura coronada con siniestras lanzas de casi medio metro rodeaba el enorme castillo. La puerta única se encontraba directamente frente a la entrada principal de la fortaleza. Más de una decena de guardias de seguridad, vestidos completamente de negro, guardaban el lugar. La mitad de ellos eran ghouls y los demás vampiros. Ninguno sonreía.

—¿Sí? —dijo su jefe, un hombre alto y delgado con una perilla bien arreglada, gafas de alambre y rasgos pálidos como la muerte mientras salían del coche. Se encontraba frente a ellos y les miraba con ojos grises y hostiles—. ¿Quiénes sois y qué queréis?

—Hemos venido al Cónclave —dijo Dire McCann disfrutando con los modales arrogantes del jefe de seguridad—. Creo que nos esperan. Mi nombre es Dire McCann. Mis amigos y yo hemos sido invitados por Karl Schrekt.

Ante la mención de aquel nombre, los ojos del guardia se abrieron como platos, y la referencia a Karl Schrekt le hizo ponerse firmes.

—M-mis disculpas, Herr McCann. No pretendía ser maleducado. Soy Dietrich Grill, encargado del perímetro de seguridad. Mi maestro dejó instrucciones para que le condujéramos inmediatamente a sus habitaciones.

—Está disculpado —dijo McCann mientras los cuatro se acercaban a la puerta exterior—. Estaba usted cumpliendo con su obligación.

—Gracias, *mein Herr* —respondió Dietrich Grill con voz aterrada. El mal temperamento de Schrekt era famoso, y era tan iracundo como implacable—. Gracias. —La mirada del jefe de seguridad pasó rápidamente de McCann a Madeleine Giovanni y después a Flavia—. ¿La Daga de los Giovanni? —preguntó—. ¿El famoso Ángel Oscuro? Me honran con su presencia.

Madeleine se limitó a asentir. No le gustaba presumir de sus proezas. Cuanta menos gente supiera de ella, mucho mejor. Flavia, que empleaba su fama como un arma, se pasó la lengua por el labio superior y guiñó un ojo. Considerando las circunstancias de aquella noche, estaba siendo más reservada de lo normal.

Grill llamó a uno de los guardias.

—Herr McCann y su grupo se alojan en la suite C del nivel tres en

el ala oeste. Escóltalos de inmediato hacia allí. *¡Mach schnell!*

Elisha estaba asombrado. Estaba empezando a preguntarse si había alguien a quien el detective no conociera.

–De nuevo, Herr Grill –dijo McCann mientras su escolta les guiaba hacia el castillo–, agradezco su colaboración.

–Ha sido un placer –respondió el jefe de seguridad–. El Cónclave comenzará a medianoche en el gran salón.

–Allí estaremos –dijo–. No me quiero perder ni un detalle.

Su alojamiento consistía en dos inmensas habitaciones conectadas por una puerta de roble en la planta superior del castillo. Cada cámara contenía dos camas grandes y dos ataúdes. Los muros de piedra, antiguos y fríos, estaban cubiertos por una variedad de caros tapices que mostraban escenas de la Crucifixión. Había incluso un pequeño baño con ducha. No encontraron espejos en ninguno de los dos apartamentos.

–Muy bonito –dijo Flavia recorriendo las habitaciones–. Solo lo mejor para Dire McCann –dijo mirándole–. ¿Cómo conoces a Karl Schrekt, detective? No tiene muchos amigos humanos.

–Le hice un favor hace algunos años –respondió McCann–. Schrekt necesitaba ayuda en la investigación de un grupo de ghouls renegados que tramaban planes contra los Tremere. Le proporcioné la asistencia necesaria. Al contrario que muchos Vástagos, no es de los que olvida una deuda, aunque la tenga con un mortal.

–Qué conveniente –respondió Flavia con evidente sarcasmo–. No dejo de sorprenderme por la gran cantidad de vampiros que te deben favores.

–Soy un hombre ocupado –dijo McCann sonriendo. Parecía disfrutar provocando al Ángel Oscuro. Elisha compendió que probablemente fuera el único hombre *capaz* de hacerlo y seguir con vida.

–Sea cual sea el motivo de su hospitalidad –interrumpió Madeleine–, la ayuda de Schrekt esta noche puede resultar importante. Estudié con cuidado su informe confidencial durante mi visita al Mausoleo. Aunque pertenece al clan Tremere, el Justicar es obsesivo en su lealtad a la Camarilla. Considera su misión sagrada hacer cumplir las Tradiciones de Caín. No hay duda alguna de que no está aliado con la Muerte Roja.

–Asumiendo, por supuesto –dijo Flavia–, que se trata del verdadero Karl Schrekt, y que no ha sido reemplazado por un miembro de los Hijos de la Noche del Terror.



–Si hay una sosía en su lugar –intervino McCann–, no me hubiera permitido entrar en el castillo. El aspecto de estos impostores será correcto, pero no poseen los recuerdos de sus dobles. Creo que podemos asumir que Schrekt es *real*. Sin embargo, no puedo decir lo mismo de ningún otro. –El detective se giró hacia Madeleine–. Ahora es buen momento para revisar el castillo en busca de cualquier vampiro que no esté asociado con ninguna de las líneas de sangre normales. Deberíamos saber cuántos Hijos de la Noche del Terror hay presentes en la fortaleza.

Madeleine asintió. Cerró los ojos y su rostro se convirtió en una máscara de concentración. Tras unos segundos hizo un gesto de angustia. En una extraña demostración emocional, mostró sus dientes apretados.

–Hay aproximadamente setenta vampiros en el castillo –dijo abriendo los ojos–. De éstos, siento más de treinta de la misma línea de sangre que los enemigos del señor McCann en Washington. Con tantos, identificar la generación de cada uno es imposible. Sin embargo, todos ellos son bastante poderosos.

–Por supuesto –dijo McCann–. Para hacerse pasar por antiguos de otros clanes, necesitarán ser de su misma generación. De otro modo, no serían capaces de duplicar sus poderes y disciplinas.

–Qué noticias tan maravillosas –dijo Flavia sarcástica–. En vez de preocuparnos solo por la Muerte Roja y sus tres chiquillos, tenemos que encargarnos también de más de treinta de sus descendientes. McCann, aun con la ayuda de Schrekt estamos en franca desventaja.

–En el estudio de Rambam dijiste que estas situaciones son un reto –respondió Dire McCann, aparentemente tranquilo a pesar de las revelaciones de Madeleine–. No me digas ahora que has cambiado de opinión. Creía que los Assamitas nunca se preocupaban por la inferioridad numérica.

–No me estoy quejando –respondió Flavia–. No hago más que comentar la situación. Ha pasado mucho desde San Luis. Tenía esperanzas de enfrentarme a la Muerte Roja para hacerle pagar. El fantasma de mi hermana clama pidiendo venganza.

Una extraña expresión cruzó el rostro de McCann.

–Podrás hacerlo –dijo–. No me preguntes cómo lo sé, pero es así. La Muerte Roja te teme, Flavia, y con buen motivo. Te encontrarás con ella una vez más. Lo que no sé es el resultado.

–Eso me basta –dijo el Ángel Oscuro cerrando los puños–. He aprendido a no discutir contigo, McCann. Si dices que ocurrirá, te creo.

–Ya es casi medianoche --dijo Madeleine--. Dietrich Grill mencionó que el Cónclave comenzaría a esa hora en el gran salón. Deberíamos acudir.

Elisha, que había estado sentado en una de las camas atendiendo a la conversación, se puso en pie. Se mordió el labio inferior pensando en la reunión. Pensar en setenta vampiros juntos en el mismo sitio le ponía nervioso.

–Siéntate, Elisha --dijo McCann con expresión inescrutable--. Tú y yo no atenderemos al Cónclave. Es para vampiros, no para mortales. Flavia y Madeleine asistirán, pero nosotros esperaremos aquí.

–¿Cómo? --dijo Flavia atónita--. ¿De qué estás hablando, McCann? No podemos acudir a esa reunión por nuestra cuenta. La Muerte Roja está planeando una carnicería masiva, ¿recuerdas? Te necesitamos allí para exponer sus planes.

–Yo también encuentro muy inquietante su comentario, señor McCann --dijo Madeleine--. Pietro me ha encargado que le proteja, y en este momento el castillo está lleno de enemigos. Creo sinceramente que separarnos pondría su vida en peligro. --Se detuvo un instante--. Además, estoy totalmente de acuerdo con Flavia. Necesitamos su guía en el Cónclave. Sin usted, nosotras dos no sabremos qué hacer.

–Observad y escuchad --dijo el detective--. Os aseguro que con eso será suficiente. La Muerte Roja es consciente de vuestras identidades y de vuestra relación conmigo. Sean cuales sean sus planes, estaréis entre los primeros objetivos. Debo admitir que no estoy seguro de lo que hará. Seguid vuestros instintos. Las dos os contáis entre los principales asesinos del mundo. Esta noche es posible que tengáis la oportunidad de demostrarlo.

–¿Y qué pasa con vosotros dos? --preguntó Flavia disgustada--. Supongo que no pensaréis quedaros aquí a jugar a las cartas.

–No tenemos esa suerte --contestó McCann--. Los líderes de los Hijos de la Noche del Terror, los chiquillos originales de la Muerte Roja, sentirán rápidamente que Elisha y yo estamos aquí solos. Saben que ningún vampiro ordinario puede acabar conmigo, de modo que vendrán en persona. No estoy seguro de cuántos de los tres estarán presentes, pero lo descubriremos dentro de poco. Por desgracia, sospecho que ninguno de ellos será la verdadera Muerte Roja. Hemos determinado que prefiere permanecer detrás del telón, manipulando a la línea de sangre.

–Es el método más seguro --dijo Flavia--. Sin embargo, debo

recordarte que, según los comentarios que has hecho a lo largo de las últimas semanas, parece casi imposible que dos humanos, aunque sean magos poderosos, derroten a dos vampiros antiguos, especialmente si estos últimos dominan Cuerpo de Fuego.

–Las posibilidades de que eso ocurra –intervino Madeleine–, son tantas como las que tenemos tú y yo de derrotar a un salón lleno de asesinos disfrazados.

–No os rindáis –dijo el detective–. La Muerte Roja cree que la situación está bajo control. Como antes, está confiado en su éxito. Ese error lo pagará muy caro.

–¿Confiado? –dijo Flavia mientras se dirigía hacia la puerta acompañada por Madeleine–. Tengo la impresión de que la Muerte Roja no tiene muchos motivos para preocuparse. No hay duda de que tú piensas diferente.

–La Muerte Roja ha olvidado que no trata solo con Dire McCann –dijo éste con una voz más profunda y autoritaria–, sino también con Lameth. Y la ira del Mesías Oscuro es devoradora...

### ***Nueva York: 10 de abril de 1994***

Alicia estaba acucillada en la oscuridad casi total de un callejón a una manzana del Club Napolitano. Vestía un leotardo negro ajustado fabricado con una fibra de alta tecnología recién desarrollada empleada en la investigación espacial. La malla sintética era lo bastante densa como para detener una bala, pero pesaba menos que la ropa normal. Alicia estaba totalmente cubierta con ella, salvo las manos, que prefería tener libres. Una máscara de la misma sustancia le protegía la cara, dejando dos orificios para los ojos y otros dos para respirar. Llevaba botas reforzadas de alto impacto, cada una con una vaina en la que se ocultaba un estilete perfectamente equilibrado. Alicia se refería con cariño a aquella ropa como su "traje ninja".

Junto a ella esperaba agazapada su pantera negra, Sumohn. Aunque llevaban más de una hora esperando en la oscuridad, el enorme felino no había emitido un solo ruido. Esperaba pacientemente, quizá con más calma todavía que su ama. Bajo la piel de la bestia de la jungla se podían percibir claramente sus músculos

de acero. Sus ojos amarillos estaban expectantes y prometían muerte. Presentía que aquella noche se cobraría alguna presa.

El monstruoso felino tenía setecientos años, y como Alicia era ghoul de Anis. Se mantenía con vida gracias a pequeñas cantidades de sangre de la Matusalén, y poseía una inteligencia casi humana, aunque bestial. Sus reflejos eran cientos de veces más rápidos que los de cualquier ser vivo y muchos no-muertos. Incluso los vampiros temían a Sumohn, y con buen motivo. A lo largo de los siglos había conseguido destruir a muchos Cainitas. Sus garras y sus colmillos afilados bastaban para cortar barrotes de acero, y decapitar a un Vástago era más sencillo.

--¿Dónde demonios está? --se dijo Alicia tratando de controlar su frustración. Su plan requería una coordinación exacta, y los minutos preciosos se estaban perdiendo uno tras otro. Era poco después de medianoche, y a lo largo de la última hora los vampiros no habían dejado de entrar en el Club Napolitano. Melinda Galbraith, acompañada por un pequeño contingente de la Guardia de Sangre, había llegado hacía media hora. Durante los siguientes treinta minutos habían ido entrando los cuatro

Serafines, cada uno procedente de una dirección distinta. Estaba claro que no confiaban demasiado en sus compañeros del consejo. La reunión acababa de comenzar, y Alicia no se atrevía a esperar mucho antes de hacer su aparición. No podía darle a la Muerte Roja la posibilidad de atacar.

Casi como respuesta a sus pensamientos, un ruido sordo comenzó a llenar el aire de la noche. Miró hacia el cielo, pero no vio nada. Todavía no. La bruma y la contaminación reducían mucho la visibilidad, pero sabía lo que iba a suceder a continuación. Jackson lo había planeado todo hasta el último detalle.

Puso una mano en el cuello de Sumohn--. Prepárate --le susurró, reforzando con aquellas palabras el lazo telepático entre las dos. Sin un solo ruido, el felino se incorporó sobre sus patas y abrió las fauces con un silencioso rugido de satisfacción. Las panteras negras eran cazadores salvajes, y al contrario que la mayoría de los depredadores, a menudo atacaban sin más motivo que la diversión. La estrategia de Jackson estaba pensada para evitar el enfrentamiento, pero con tropas de élite como la Guardia de Sangre involucradas nunca había nada seguro. Sumohn era la garantía de Alicia. Nada iba a impedirle llegar hasta los Serafines.

El sonido se hizo cada vez más fuerte y el aire comenzó a vibrar

al ritmo de un motor defectuoso que producía un sonido mecánico fuerte e irregular. La basura omnipresente en las calles de Nueva York formaba pequeños remolinos, como si fuera agitada por una gigantesca batidora invisible. El ritmo era cada vez más cercano. Mucho, mucho más cercano.

Alicia podía ver las luces, rojas, blancas y amarillas, a unos sesenta metros del suelo. Un redoble colosal inundó la noche, acercándose más aún.

Fijó la mirada en la entrada del Club Napolitano. Permanecía cerrada, aunque no había duda de que aquel monstruoso latido metálico se oiría claramente desde el interior. La Guardia de Sangre seguía firme en su puesto. Alicia no esperaba nada menos, aunque sospechaba que al menos un miembro del escuadrón terminaría saliendo pronto a investigar. No podían arriesgarse a no descubrir lo que estaba sucediendo fuera. En Manhattan, la ignorancia significaba la muerte.

Las luces se encontraban a solo treinta metros de la calle cuando uno de los guardaespaldas de Melinda abrió por fin la puerta del local y salió a la calle, observando el cielo para buscar la fuente del ruido. La cabeza del vampiro se echó hacia atrás sorprendida al ver lo que flotaba sobre él. Corrió inmediatamente dentro del local.

—Seis entraron con Melinda —dijo Alicia—. Veamos cuántos salen a contemplar el espectáculo.

No tuvo que esperar mucho para conocer la respuesta. Uno, dos, tres, cuatro vampiros aparecieron por la entrada. Sus ojos estaban fijos en la enorme máquina a menos de treinta metros sobre sus cabezas, y que descendía rápidamente.

Las hélices del helicóptero producían un rugido atronador constante. Las calles vibraban con su latido, provocando pequeñas ondas que atravesaban el asfalto y que producían una telaraña de grietas en el cemento. Los cláxones saltaban a lo lejos y las sirenas de policía aullaban. El agudo chasquido de una transmisión de radio con interferencias resonó en los cristales de los rascacielos cercanos, que estallaron por la vibración.

Los vampiros estaban hipnotizados por aquella máquina que se desplomaba. Uno alzó las manos, como si intentara detener el descenso del helicóptero mediante su fuerza de voluntad. Era imposible. No se podía parar la combinación de veinte toneladas de metal y la gravedad.

A veinticinco metros del suelo, el aullido averiado e irregular del

motor se detuvo repentinamente. Las inmensas hélices de ascensión siguieron girando durante un instante y luego se congelaron. El metal chocó contra el metal mientras el helicóptero se desplomaba sobre el pavimento.

Alicia liberó el pelaje de Sumohn.

–Vamos –ordenó en el segundo anterior al choque. La bestia no necesitó más ánimos. Voló atravesando la manzana que les separaba del Club Napolitano con Alicia corriendo casi a su misma velocidad.

El helicóptero se estrelló contra la calle a menos de treinta metros del local, impactando con la fuerza de un meteorito que cayera de los cielos. El ruido golpeó los oídos como un martillazo en la frente. El hormigón se agitó y saltó como si estuviera vivo mientras una oleada de energía cinética barría toda la calle. Enormes llamaradas rojizas surgieron de los restos y un humo negro y espeso inundó la zona. Nadie pareció advertir la rapidez con la que se propagaban las llamas. Desde el interior del metal retorcido se oía el grito de algunos hombres. El aullido de las sirenas se amplificó cien veces, ya que decenas de coches patrulla, escuadrones antidisturbios y ambulancias volaban hacia la escena. Incluso en Manhattan, donde los sucesos extraños eran frecuentes, la caída de un helicóptero en medio del East Side, a siete manzanas de la casa del alcalde, era todo un acontecimiento.

Los cuatro Guardias de Sangre bajaron corriendo los peldaños que conducían al Club Napolitano, cautivados por la violencia del desastre a tan pocos metros de distancia. Eran criaturas de destrucción inevitablemente atraídas por la carnicería. Aquella distracción solo les ocuparía unos segundos, sabía Alicia, pero eso era todo lo que necesitaba para correr a su espalda, abrir las puertas del local y entrar, con Sumohn siempre fiel a su lado.

El fulgor de las llamas se reflejaba en los ventanales arqueados que formaban la fachada del vestíbulo, inundando la recepción con un brillo rojizo. Dos Guardias de Sangre esperaban junto a las inmensas puertas dobles, cada uno empuñando con lasitud un machete. Ninguno de los dos tuvo oportunidad de emplear su arma.

Sumohn golpeó al de la izquierda con la fuerza de una locomotora. El felino alcanzó al vampiro en el pecho, lanzándolo al suelo sin oportunidad de gritar. El animal le hundió los colmillos en el rostro, en una horrenda parodia de un beso. Con un profundo gruñido surgido de la garganta, la pantera cerró las inmensas fauces y le arrancó la cara al vampiro. Un segundo mordisco instantes después

arrancó el resto de la cabeza de los hombros. El Guardia de Sangre se disolvió como la masilla recalentada formando un charco burbujeante.

Alicia no tenía garras ni colmillos, pero sí sus estiletes. Cien años de rígido entrenamiento habían afinado sus habilidades hasta alcanzar la perfección. Como ghoul, no poseía la velocidad inhumana de un vampiro, pero sí sabía utilizar el elemento sorpresa para lograr que el primer golpe fuera el definitivo.

El guardia acababa de levantar el machete cuando Alicia pasó girando a su lado con una pirueta de bailarina. Con un rápido movimiento de las muñecas, clavó cada uno de los estiletes en un ojo.

El vampiro aulló de dolor y sorpresa. Dejó caer su machete y se llevó la mano a los ojos, que era precisamente lo que Alicia esperaba. Los Guardias de Sangre eran asesinos adiestrados y despiadados, pero muy rara vez se encontraban con nadie capaz de causarles dolor. Como era el caso de muchos no-muertos, quedó totalmente sorprendido al descubrir que sus oponentes también podían luchar. Además, cuando Alicia estaba involucrada el único resultado posible era la Muerte Definitiva.

El machete, especialmente tratado contra las disciplinas vampíricas, demostró ser una excelente arma contra su propietario. Alicia lo blandió trazando un amplio arco dirigido hacia el cuello del vampiro, decapitándolo con limpieza. El cuerpo sin cabeza se desplomó sobre la alfombra como un saco de cemento. Unos segundos después, Alicia recuperó sus cuchillos y los volvió a guardar en las botas. Lo único que quedaba del guardia eran algunas manchas en la alfombra.

Arrojó el machete al guardarropa. Entrar con una hoja desnuda en la sala de la reunión sería un error. De momento tendría que usar las palabras, no el acero.

Inspiró profundamente y cogió el picaporte de las puertas dobles que conducían a la siguiente sala. Las abrió de un tirón y entró en el salón de banquetes. Sumohn le seguía como una silenciosa sombra negra.

Cuatro poderosos vampiros estaban sentados en una mesa con un mantel blanco sobre un estrado ligeramente elevado. Eran los líderes de la Mano Negra, los Serafines, los señores del Sabbat. Directamente frente a ellos, separados por unos siete metros, había casi veinticinco Cainitas. Alicia los observó rápidamente en busca de Walter Holmes, pero no dio con él.

–Ya era hora, puta –dijo Melinda Galbraith, en la zona que

separaba a los Serafines de los demás vampiros. Vestía un traje de color rojo sangre y parecía contenta por ver a Alicia—. Te hemos estado esperando. Bienvenida a tu ejecución.

***Linz: 10 de abril de 1994***

Jack Darrow miró nervioso el reloj de la suite. Ya pasaban unos minutos de las once. En menos de una hora debía comenzar el Cónclave, y no había señal alguna de Alexander Vargoss. El príncipe había dejado la habitación hacía casi tres horas, prometiendo regresar en breve. A medida que pasaba cada segundo el Brujah se ponía más nervioso. Tenía que testificar sobre la Muerte Roja frente a los antiguos de la Camarilla. Sin el apoyo de Vargoss, el guardaespaldas estaba seguro de que nadie le creería, y el precio de mentir ante el Gran Consejo de la Camarilla era la Muerte Definitiva.

Jack Darrow no era un cobarde. Había comenzado su vida como marinero en la Armada del Rey y había sido un luchador incansable en la vida y en la muerte. Sin embargo, los Justicar eran conocidos por su gusto por las ejecuciones largas y tortuosas. A Darrow no le importaba morir de forma fría y rápida. Lo que no soportaba era la idea de ser sumergido durante una década en un estanque de ácido.

Con un susurro, los goznes de la entrada se abrieron y Alexander Vargoss entró con sorprendente velocidad. Sus mejillas blancas tenían un toque rojizo y en sus ojos ardía una luz fantasmal.

—Están aquí --anunció—. No esperaba menos. Esta noche se producirá la venganza definitiva.

—Cojonudo --respondió Darrow, tensándose preocupado—. ¿Quién está aquí?

—Ese renegado, Dire McCann, por supuesto, junto al Ángel Oscuro y a Madeleine Giovanni. Llegaron al castillo hace poco. Lo más probable es que también piensen acudir al Cónclave.

—No pasa nada, que yo sepa --dijo Darrow—. ¿Qué importa eso? Ya sé que dijiste que McCann es un traidor, y desde que Flavia se unió a él tampoco te cae muy bien, pero ninguno de ellos ha dado problemas desde que los mandaste a buscar a la Muerte Roja. La dama Giovanni no tiene nada contra ti. Considerando su reputación, lo



mejor sería dejarla en paz.

La cara de Vargoss se torció furiosa. Echó hacia atrás los labios, revelando sus colmillos. Darrow dio un paso atrás, sorprendido por la reacción del príncipe.

–Esos tres son la escoria molesta que ha estado frustrando mis planes desde el principio –rugió, abandonado los últimos vestigios de caballerosidad y donaire normales en el príncipe Ventrue–. La hora de mi triunfo está a punto de llegar y no puedo tolerar ninguna intromisión. Esos intrusos deben ser destruidos antes de que vuelvan a interponerse. Esta vez los aplastaré como a insectos bajo mi bota.

–La mirada asesina de Vargoss se clavó en Darrow–. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos en San Luis sobre servir a dos maestros? ¿Cómo te dije que dividir la lealtad era el camino más seguro hacia la destrucción? –La voz de Vargoss era ahora más suave, pero no menos siniestra–. ¿Lo recuerdas?

El Brujah asintió.

–Sí, lo recuerdo.

–Aquella misma noche puse fin a ese Nosferatu traidor que había estado conspirando en secreto contra mí. ¿Cómo se llamaba?

–Carafea –dijo Darrow tensando los músculos horrorizado. El príncipe le había convertido los huesos en pulpa con solo tocarlo. El recuerdo de llevar a aquella grotesca medusa vampírica a la calle para que fuera abrasada por el sol aún le aterraba–. Se llamaba Carafea.

–Era mucho más feo cuando acabé con él, Darrow –dijo Vargoss–. Sí, y fui piadoso. Imagina que hubiera decidido dejarle en el local, como una alfombra viviente. ¿No hubiera sido todo un espectáculo?

El príncipe rió demente mientras alzaba las manos. Un brillo rojizo surgía de sus dedos. Darrow se quedó congelado. Sabía que una palabra, un movimiento equivocado podían marcar su fin.

–La elección es tuya, Darrow –dijo el príncipe con los dedos de la mano derecha formando un puño escarlata–. ¿Me sirves a mí o a Don Caravelli? Decide rápidamente. Hay mucho que hacer, por lo que necesito tu respuesta inmediata. ¿Qué será? ¿La no-vida o la Muerte Definitiva?

–T-te sirvo solo a ti, príncipe –tartamudeó Darrow–. Puedes confiar en mí. Lo demostré la noche en la que prendí fuego al club en San Luis.

El príncipe asintió, torciendo la boca para formar una sonrisa diabólica.

–Estaba seguro de que tomarías la decisión correcta, Darrow. Siempre me has sorprendido con tu habilidad para ajustarte rápidamente a cualquier circunstancia.

–Eso intento, príncipe –respondió el Brujah–. Con todas mis fuerzas.

–Esta noche quiero que uses esa habilidad en mi favor –dijo Vargoss–. Poco después del comienzo del Cónclave, Madeleine Giovanni se enfrentará con toda seguridad a Don Caravelli. A pesar de la hostilidad de la Camarilla hacia el clan Giovanni, entre los antiguos del culto no hay muchas simpatías hacia el mafioso, por lo que admitirán que se celebre el duelo. Uno de los dos será destruido.

Darrow asintió.

–Difícil apuesta. Ninguno es un blandengue.

El príncipe rió.

–No me importa quién gane, solo el tiempo que dure el duelo. Durante la lucha quiero que hables con Flavia. Dile que le ordeno, como es mi derecho por contrato, que elimine al vencedor del duelo. Después de un enfrentamiento así, ninguno de los dos podrá defenderse contra su ataque.

–Al Ángel Oscuro no le va a gustar –dijo Darrow–. No le va gustar nada de nada.

–No me importa lo que piense –respondió Vargoss–. La Assamita me tiene que obedecer por mi acuerdo con su clan. Sus deseos no son de mi incumbencia. Si se niega a seguir mis órdenes, caerá para siempre en desgracia.

–El honor lo es todo para un Assamita, especialmente para uno como ella.

–Estoy de acuerdo –dijo el príncipe–. Por eso precisamente espero que cumpla mis órdenes. –Vargoss volvió a reír, pero no de forma demente como antes. Era un sonido suave, grave y mucho más terrorífico–. Después, cuando haya terminado y esté por un momento con la guardia baja, quiero que termines el trabajo, Darrow. Destruyela. Destruye al Ángel Oscuro.

–Como ordenes, príncipe –declaró Darrow con un gesto de los hombros. No esperaba otra cosa–. Cuando este puto duelo termine, el lugar va a parecer un osario.

–Más de lo que te imaginas, Darrow –dijo Vargoss ominoso–. Mucho, mucho más.

***Nueva York: 10 de abril de 1994***

–Debo admitir --dijo Reuben terminando un rollo de primavera–, que no tengo ni idea de cómo planea detener Alicia a la Muerte Roja. Debería ser una lucha interesante.

–A mí no me mires --respondió Rachel, ignorando el plato de aperitivos chinos. En una mano sostenía una taza de té, pero no bebía–. Éste no es mi terreno. Cuando los Matusalenes combaten puede ocurrir cualquier cosa. Sus poderes son asombrosos. Cómo piensan Alicia y Dire McCann combatir al fuego sobrenatural de la Muerte Roja es algo que queda más allá de mi débil entendimiento.

–Estos aperitivos están deliciosos --señaló Reuben, limpiándose cuidadosamente los dedos grasientos con una servilleta. Como siempre, estaba vestido completamente de blanco. Habían pasado unos minutos de la medianoche y se encontraban en uno de sus restaurantes favoritos en Chinatown–. Deberías probar alguno.

–No, ahora no --dijo Rachel. Estaba vestida de negro de la cabeza a los pies, lo que contrastaba perfectamente con su cabello pelirrojo y su piel perfecta–. Estoy demasiado nerviosa para comer. Alicia está a punto de enfrentarse a Melinda. En menos de veinticuatro horas, McCann y su grupo estarán defendiendo a la Camarilla. ¿Cómo puedes meterte algo en la boca con el mundo al borde de la destrucción?

–Fácil --respondió Reuben tomando otro rollito de primavera. Lo sostuvo y se lo presentó a su hermana, que lo rechazó con disgusto. Comenzó a comerlo con satisfacción–. No hay nada que podamos hacer ahora, salvo esperar y observar. Por tanto, ¿por qué preocuparse? Si la Muerte Roja triunfa nos veremos obligados a actuar. Si McCann y Alicia derrotan al usurpador y a sus chiquillos, seremos libres. Como estamos atrapados en las bandas no hay motivo para estar nerviosos. Relájate.

–Y cuando te relajas te da por comer --dijo Rachel–. Como aquella vez en Roma, con el Padre Napoli.

Reuben se encogió de hombros.

–Solo estaba haciendo mi trabajo --dijo–. Gorgo acababa de despertar en Perú y quería saber si la Sociedad de Leopoldo tenía alguna información sobre ella o sobre los demás Nictuku. Mi entrevista

con el Padre Napoli me convenció de que no sabían nada de los monstruos. De todas las organizaciones mortales, los buenos hermanos son sin duda alguna los mejor informados sobre los Vástagos. Una vez rechazada la posibilidad de la complicidad humana concentré toda mi atención en la Yihad. No me llevó mucho tiempo descubrir a la Muerte Roja y sus planes de conquista. Desde ahí, la pista llevaba hasta Dire McCann y Alicia Varney.

–La Sociedad aún tiene algunas preguntas sobre la muerte del Padre Napoli --dijo Rachel.

–Sufrió un ataque cardíaco poco antes de que yo llegara --respondió Reuben--. Debería haber muerto al instante. Le regalé una hora que permitió al viejo guerrero disfrutar de unos cuantos vasos más de vino. --Sonrió--. Además, los fanáticos de la Sociedad necesitan algunos misterios para mantenerse inspirados. No hice más que proporcionarles motivación.

–Nunca te faltan explicaciones fáciles, ¿no? --preguntó su hermana tocando la taza del té. Estaba frío. Lo tiró al suelo y se sirvió otro. Nadie en el restaurante cuestionó sus acciones. Nunca ocurría.

–Espero que no --dijo Reuben--. En caso contrario, hubiera echado por tierra miles de años de práctica.

Rachel rompió a reír, pero se calmó rápidamente.

–McCann le dijo a Phantomas que somos los hijos de Seth.

–¿Y qué más da? --dijo Reuben mirando el arroz frito. Puso una buena cantidad en su plato, lo roció con abundante salsa de soja y comenzó a comer--. McCann y Alicia no van a hablarle a nadie más de sus sospechas. No es su estilo. Lo máximo que hará el Nosferatu será poner sus teorías en la enciclopedia. Puedo vivir con eso. --Sonrió mientras se servía una taza de té--. En realidad, me gusta la idea de ver mi nombre impreso después de todos estos siglos. Además, ninguno de los dos llegó a comprender más que un levísimo retazo de la verdad. Nuestros secretos más profundos están a salvo.

–¿Y qué pasa si Phantomas publica su enciclopedia? --preguntó Rachel.

–Nunca lo hará. Ya oíste lo que dijo en París. La está escribiendo por puro placer. Los secretos contenidos en ese volumen destrozarían tanto a la Camarilla como al Sabbat. Es el libro más peligroso que existe.

–Antes de que abandonara su escondrijo --dijo Rachel--, transmitió copias de la enciclopedia a diversos bancos de datos de todo el mundo. Eso podría ser un problema.

–Creyó hacerlo –dijo Reuben riendo–. Phantomas tiene facilidad para las máquinas, pero yo también. Cuando el Nosferatu vaya a borrar la información descubrirá que la transferencia no llegó a realizarse.

–A veces me sorprendes incluso a mí –señaló Rachel observando la comida que tenía delante–. Puede que pruebe un poco de pollo agridulce. Tiene muy buena pinta.

–Adelante –invitó Reuben–. Si el mundo tiene que saltar por los aires, lo hará comas o no.

–¿Crees que Alicia y McCann tienen alguna posibilidad contra la Muerte Roja? –preguntó la mujer mientras se servía pollo, pina y salsa–. En serio.

–Alicia está prácticamente sola contra la falsa Melinda Galbraith. Además, no puede olvidar la posible amenaza de los Serafines, que no son famosos por su buena disposición hacia los mortales. Al menos se ha llevado a esa monstruosa pantera negra. La lucha parece más o menos nivelada.

–¿Qué hay de McCann?

Reuben sacudió la cabeza.

–El detective se enfrenta a dos chiquillos de la Muerte Roja. Sus posibilidades de supervivencia parecen escasas, a lo sumo. –Hizo una pausa–. Eso nos lleva a la pregunta más interesante de la noche. Juntos, Alicia y McCann se están enfrentando a los tres chiquillos de la Muerte Roja. St. Germain va sobre seguro y deja a su progenie luchar por él. Está escondido en alguna parte, oculto tras el telón. Piensa en sus anteriores esquemas y en sus planes de contingencia. No me creo que no tenga una última sorpresa planeada en caso de que falle todo lo demás. ¿Cuál será el último secreto de la Muerte Roja?

### ***Linz: 11 de abril de 1994***

Tres minutos después de que Karl Schrekt diera la bienvenida a los antiguos de la Camarilla al Cónclave, Madeleine Giovanni se puso en pie y exigió su derecho a hablar. Su acción cogió a casi todos los presentes por sorpresa.

El gran salón del castillo tenía la forma de una gigantesca

herradura. Cuatro hileras de sillas formaban una enorme U, con el podio del Justicar en el centro de las dos ramas. Los oradores se dirigían a los congregados desde el viejo suelo de piedra y tierra en medio del anfiteatro. Hacía siglos, brujas y hechiceros habían sido quemados en la hoguera en ese mismo lugar.

El Justicar era un vampiro de pocas palabras. Era fuerte y pequeño, de hombros anchos y rostro sombrío y severo. Hablaba de forma pausada y comedida, y había agradecido a los príncipes de las principales ciudades europeas su asistencia a la conferencia, pretendiendo que habían acudido por preocupación hacia la seguridad de la Camarilla, y no hacia la suya propia. Les confirmó la importancia de la reunión y declaró la tregua entre todos los clanes. Fue después cuando cometió su error.

–Estamos aquí reunidos para discutir los ataques del renegado conocido como la Muerte Roja --declaró el Justicar, barriendo con la mirada el semicírculo que albergaba a todos los reunidos--. Sin embargo, antes de comenzar nuestras investigaciones, debo seguir la tradición y hacer una pregunta. ¿Algún miembro de esta Asamblea ha venido buscando justicia?

Fue ese el momento en el que Madeleine se puso en pie. Estaba sentada en el lado izquierdo de la cámara.

–Exijo justicia --dijo con una voz gélida que llenó toda la estancia--. La sangre llama a la sangre. Reclamo el derecho de venganza contra el asesino de mi padre. Reto a duelo a Don Caravelli, del clan Brujah. Hasta la Muerte Definitiva.

–Esa puta no puede hablar --respondió el aludido desde el anfiteatro. El Capo de la Mafia estaba en pie, con los ojos encendidos por la furia--. Es una Giovanni, y por tanto no pertenece a la Camarilla.

Madeleine sonrió mientras miraba a su enemigo. Podía sentir su miedo... y su confusión. Por algún motivo desconocido, no esperaba que estuviera presente en la reunión.

–La Camarilla asegura que todos los vampiros, independientemente de su clan, son miembros de la secta --respondió mirando a Karl Schrekt--. ¿No es correcto?

–Lo es --respondió el Justicar, sin mostrar sorpresa ante la pregunta de Madeleine--. Sin embargo, para dirigirte al Cónclave y realizar tal petición necesitas el apoyo de dos miembros de la Asamblea. ¿Dispones de ese apoyo?

–Yo respondo por ella --dijo Flavia inmediatamente, poniéndose en pie al lado de Madeleine--. Déjales pelear.

Nadie más habló. Madeleine había contado con que Dire McCann fuera su segundo valedor, pero no estaba allí. Ningún otro vampiro se atrevía a despertar la furia del jefe de la Mafia. Su propuesta parecía condenada.

–Reconozco el pesar de la chiquilla –dijo una voz de mujer al otro lado del enorme salón. De pie, junto a Don Caravelli, había una mujer rubia con las túnicas de un mago Tremere. En una mano sostenía un largo bastón–. Déjales pelear.

Karl Schrekt enarcó las cejas. Para el impasible Justicar, aquél era un gesto de extrema sorpresa.

–Elaine de Calinot, del clan Tremere, ha secundado la demanda. El duelo tendrá lugar. Don Caravelli, avanza y enfréntate a tu acusadora.

Con el rostro contraído por la furia, el Capo de la Mafia giró para enfrentarse a su compañera. Los rasgos de Elaine eran serenos. Antes de que Don Caravelli pudiera decir una sola palabra, la mujer le susurró unas frases rápidas. Instantáneamente, la rabia pareció fundirse en su cuerpo. Asintió y una gran sonrisa se extendió por su cara. Se volvió y contempló a Madeleine. Elaine seguía susurrando, y la sonrisa se hacía cada vez más amplia.

–Esa puta no me asusta –dijo, acercándose al centro de la herradura–. No temo a nadie.

Madeleine sonrió. Al fin se enfrentaba a su enemigo. Sus palabras no significaban nada para ella.

–Como es costumbre, el duelo será hasta la Muerte Definitiva, y no se dará ni se aceptará cuartel –dijo Karl Schrekt observando a la concurrencia con rostro severo–. Cualquiera que ose interferir en la lucha pagará el precio definitivo.

–La tradición del Cónclave permite a los duelistas emplear cualquier arma en su posesión –dijo rápidamente Don Caravelli, antes de que el Justicar pudiera señalar el comienzo de la pelea.

–Es la ley –admitió éste.

–Bien –Alrededor de los hombros vestía una capa negra que, con un rápido movimiento de las manos, cayó al suelo. Lentamente, Don Caravelli se llevó la mano a la espalda y extrajo un hacha de batalla de acero de doble filo–. Vine preparado para cualquier problema.

Sostenía la enorme arma con ambas manos. Los dedos de la mano derecha aferraban la parte superior del mango, mientras que la izquierda se encargaba de la zona baja. De aquel modo tenía un control perfecto del arma, permitiéndole imprimir una considerable

potencia a cada golpe.

–Maté a tu padre, zorra, y te mataré a ti –declaró el Capo–. Arrancarte esa bonita cabeza de los hombros será un verdadero placer.

Madeleine se alisó el vestido negro. El material ajustado dejaba bastante claro que allí no había lugar para armas ocultas.

–Para alguien como tú –respondió–, me bastará con las manos desnudas. –Miró a Karl Schrekt–. Que comience el duelo.

–Que así sea –asintió el Justicar–. A muerte.

Don Caravelli atacó instantáneamente, trazando con la enorme hacha una curva descendente que trataba de acabar la pelea con un solo golpe; no llegó a conectar. Madeleine, moviéndose con cegadora velocidad, se apartó a la derecha y esquivó el golpe con facilidad. La hoja de acero se hundió en la piedra y la tierra, haciendo saltar las chispas.

Madeleine extendió la mano y chasqueó los dedos contra la muñeca derecha de Don Caravelli. Era una maniobra capaz de partir todos los huesos e inmovilizar la mano. El Capo gruñó ante el inesperado dolor, pero no soltó su presa sobre el hacha. Gruñendo, liberó el arma del suelo y se volvió para encararse a su enemiga. Era mucho más fuerte y resistente que su *protegé*, Don Lazzari, al que Madeleine había matado hacía pocas semanas.

La Giovanni saltó en el aire y lanzó una patada dirigida contra la cabeza de su rival, que sabiamente se apartó sin intentar desviar el golpe. Aunque era mucho más alto y pesado que ella, Don Caravelli sabía con certeza que su enemiga era más que capaz de terminar la pelea con un solo golpe.

Cambiando el peso de su cuerpo de un talón a otro, el Capo trazó con el hacha una curva baja que no apuntaba al torso de

Madeleine, sino a sus brazos ligeramente extendidos. La hoja de acero reflejaba las luces del anfiteatro, y el arma se movió a tal velocidad que el aire cantó a su paso. La maniobra hubiera amputado ambas manos a un vampiro ordinario, pero nada en Madeleine Giovanni era ordinario.

Doblando las rodillas, la vampira se echó hacia atrás con las manos trazando un arco sobre su cabeza. Con increíble suavidad, tocó el suelo tras su cabeza con los dedos y formó un puente con su cuerpo. Mientras el hacha golpeaba el espacio ocupado hacía un instante por las manos, lanzó una pierna hacia arriba. La curva del tobillo golpeó el centro de la empuñadura, arrojándola hacia arriba.



Don Caravelli, propulsado por su propia inercia, salió volando por los aires y aterrizó con un fuerte crujido a varios metros de su rival. Madeleine cayó sobre el suelo, giró sobre su estómago y adoptó una posición sentada. Abrió los ojos sorprendida. El Capo de la Mafia también se estaba poniendo en pie. La caída, que debería haberle partido la mitad de los huesos del cuerpo, no había hecho más que aturdirle ligeramente. Sacudiendo la cabeza como si quisiera recuperar el equilibrio, Don Caravelli alzó el hacha a la altura de los hombros con una leve sonrisa en sus labios crueles.

–Eres increíblemente rápida, puta –dijo–, pero yo soy más fuerte. Al final, la fuerza siempre derrota a la velocidad.

Madeleine no dijo nada. No tenía palabras que malgastar con el Capo. Entrecerró los ojos. Más allá de Don Caravelli, en los asientos que rodeaban el campo de combate, un hombre alto y vagamente familiar estaba arrodillado al lado de Flavia, susurrándole algo al oído. La expresión del Ángel Oscuro indicaba que no le gustaba lo que estaba oyendo.

–Darrow –musitó Madeleine mientras el Capo daba un lento paso hacia delante, luego otro. En sus ojos brillaba un humor feroz. No tenía prisa; recordaba a un depredador hostigando a su presa.

El hombre que hablaba con Flavia era Darrow, ayudante de Alexander Vargoss. Fuera lo que fuese, parecía que el Ángel Oscuro había cedido por fin a sus demandas. Doblando los brazos sobre el pecho, Flavia asintió con la cabeza. Darrow se sentó en la silla a su lado con una mirada satisfecha. Después terminó el tiempo de las distracciones.

Don Caravelli fintó con el hacha a la derecha de Madeleine, que se agachó ligeramente, inclinándose hacia atrás y girando los hombros en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Proyectando la mano izquierda hacia delante, el Capo lanzó la empuñadura del hacha en un rápido y violento golpe apuntado hacia el rostro desprotegido de su rival.

Madeleine, ya desequilibrada, no tenía modo de evitar por completo el golpe. La empuñadura forrada en acero golpeó su mentón con un crujido que pudo oírse en toda la estancia. Trastabilló con un grito de dolor, tratando desesperada de conservar el equilibrio.

Ansioso por aprovechar su ventaja, Don Caravelli bajó ambas manos a la base del hacha y lanzó un golpe contra la piernas de la vampira. Un corte incapacitante en cualquiera de las dos extremidades le pondría a merced del Capo, y Karl Schrekt había dejado claro que

en aquella pelea no había más que un fin.

Los reflejos nacidos de miles de horas tomaron el control y Madeleine se desvaneció. El hacha atravesó el aire vacío. Don Caravelli maldijo. Gruñendo con rabia, golpeó con su arma las pesadas losas que componían el suelo.

—La muy zorra emplea Fusión con la Tierra para esconderse —declaró furioso con la mirada fija en el punto donde Madeleine había desaparecido—. No podrá escapar tan fácilmente.

Para casi todos los vampiros, la disciplina que permitía hundirse en la tierra en busca de protección permitía exactamente eso; fusionar la forma física con el suelo, pero no moverse del sitio. Solo unos pocos poseían la habilidad para moverse estando fundidos. Era la principal capacidad de Madeleine, la que le convertía en una de las asesinas más peligrosas del mundo.

Sin un solo sonido, una sombra oscura se alzó del suelo a la espalda de Don Caravelli. Tan rápidamente como se había hundido en el suelo, Madeleine reapareció. La atención del Capo no abandonaba el punto donde su rival había estado momentos antes, y no comprendió que estaba tras él hasta que fue demasiado tarde.

Con una elegancia inhumana, Madeleine saltó y plantó los pies en la espalda del Capo de la Mafia. Al mismo tiempo, sus manos se enroscaron alrededor del cuello del rival y los dedos se encontraron bajo la barbilla. Con su traje negro y corto, la Daga de los Giovanni recordaba a una gigantesca viuda negra enganchada a la columna de su víctima.

Atónito, Don Caravelli soltó el hacha y golpeó los dedos que se cerraban alrededor de su tráquea. Sus huesos eran más fuertes que el acero, pero no le sirvió de mucho. Hasta los barrotes de hierro se partían si se ejercía presión en el lugar adecuado, y Madeleine era una experta encontrando dichos puntos.

La vampira tiró de los brazos con fuerza hacia ella y contrarrestó su movimiento con la fuerza de las piernas contra la espalda. Don Caravelli lanzó un gorgoteo sorprendido cuando su columna vertebral se rompió y los dos se desplomaron sobre el suelo.

Gimiendo, el Capo extendió los brazos para aferrar el hacha. Sorprendentemente incluso con la espalda rota era capaz de moverse. Madeleine, apenas afectada por la caída, fue más rápida. Saltó sobre el cuerpo de Don Caravelli, cogió el arma con ambas manos y giró suavemente con una voltereta frontal. Siguiendo su movimiento perfecto, se puso en pie con el hacha en su poder.

--Put a --gruñó Don Caravelli con los ojos rojos observándola desde el suelo--. Me derrotaste con un truco. Sabía que aceptar tu reto era un error. Eres mi pesadilla. La otra zorra, Elaine, me prometió que no podría perder. Nunca debería haber confiado en ella.

Madeleine recorrió a la concurrencia con la mirada. No había señal alguna de la misteriosa hechicera del Consejo Tremere, ni de Alexander Vargoss, el jefe de Darrow. Era evidente que ambos habían abandonado la sala durante el combate. Estaba segura de saber dónde se habían dirigido.

--Elaine mintió --dijo--. Te usó como un peón y luego te dejó a tu destrucción.

--La mataré --gruñó Don Caravelli, tratando de moverse en el suelo--. ¡Os mataré a las dos!

--Tus días de muertes han terminado --corrigió Madeleine.

La hoja de acero cortó sin esfuerzo el músculo y el hueso del cuello expuesto de Don Caravelli. Golpeó con tal fuerza que la empuñadura del hacha tembló al introducirse varios centímetros en el suelo. La cabeza del Capo, con los ojos muy abiertos, descansó un instante sobre el pavimento antes de convertirse en polvo. Su cuerpo resistió decapitado unos segundos más antes de desintegrarse.

--La justicia está servida --anunció Karl Schrekt, con la misma voz fría y distante de costumbre--. Habrá un breve receso antes de reiniciar la reunión. Espero que no haya más interrupciones.

Cansada, Madeleine se acercó al lugar en el que esperaba Flavia. Al lado del Ángel Oscuro se encontraba Darrow. La Assamita tenía una de sus mortales espadas cortas en cada mano.

--Bien --dijo Flavia al ver a Madeleine--. Tras décadas de espera, ¿fue la venganza tan dulce como esperabas?

La Giovanni se encogió de hombros.

--El honor de mi clan ha sido reparado. Personalmente no siento nada. No luchó tan bien como había esperado. Sus sentidos parecían embotados, sospecho, por la traición.

--Este tipo --dijo señalando con la cabeza a Darrow-- me trajo un mensaje del Príncipe Vargoss relativo al duelo. Según su orden, debo matar al vencedor. --El Ángel Oscuro frunció el ceño--. Según el código Assamita, no puedo desobedecer una orden directa de aquél que tiene mi contrato. En tu actual estado sería muy sencillo destruirte.

Madeleine asintió. Había visto pelear a Flavia, y no estaba segura de poder derrotarla ni siquiera en su mejor momento.

--No puedo pedirte que renuncies a tu honor --respondió.

–No habrá necesidad de ello –dijo Flavia girándose y clavando una espada en el estómago de Jack Darrow. El enorme vampiro lanzó un suspiro de asombro y se dobló por el dolor. Mientras la cabeza descendía, la segunda espada la separó limpiamente de los hombros.

–Alexander Vargoss era muchas cosas –dijo la Assamita, sacando su arma del cuerpo en descomposición–, pero ante todo era un caballero que luchaba sus propias peleas. Quien haya dado esa orden no es el príncipe. Que Darrow obedeciera al impostor sin titubeos le señala como otro traidor.

–Más nos vale que encontremos a Dire McCann –dijo Madeleine–. Sospecho que mi duelo con Don Caravelli no ha servido más que como distracción. La verdadera batalla, la que involucra a la Muerte Roja, está teniendo lugar arriba, en este mismo instante.

---

36

---

***Nueva York: 10 de abril de 1994***

–Me alegro de volver a verte, Melinda –dijo Alicia sonriente–. Siento llegar tarde. Bonito vestido. El rojo es tu color.

Volvió la mirada hacia los cuatro Serafines. A dos de ellos ya les conocía de los años que había pasado simulando ser ghoul de Justine. En un extremo de la mesa estaba sentado Jalan-Aajav, un monstruo con forma humana, uno de los vampiros más violentos y malvados que existían. Había sido un guerrero mongol al servicio de Genghis Kan, y se le consideraba el asesino más letal de todo el Sabbat. Era pequeño y fuerte, con rasgos hoscos y mirada salvaje. Era famoso por su furia asesina. Impaciente y extremadamente arrogante, poseía un temperamento feroz e incontrolable. Su mayor placer era aterrorizar a mortales y vampiros. Nadie sabía a cuántos había matado a lo largo de los siglos, pero se contaban por miles.

Junto a él se encontraba Djuhah, la última incorporación a los Serafines. Alto, delgado y con rasgos aristocráticos, era un Assamita rebelde cuyo ascenso en las filas de la Mano Negra había sido tan rápido como inesperado. Su piel era oscura y los ojos eran negros como el carbón. Frío y calculador, tardaba mucho en enfadarse, lo que le convertía en el más peligroso de los cuatro. Jalan era el fuego, Djuhah el hielo. Los rumores le situaban como el verdadero líder de la

Mano Negra.

–He venido aquí con un motivo –comenzó Alicia, dirigiéndose a los Serafines e ignorando a Melinda–. Un peligro terrible amenaza al Sabbat. Como leal miembro del...

–¡Cállate, traidora mentirosa! –interrumpió Melinda iracunda–. Os dije que aparecería y que trataría de causar problemas. Varney no hace más que liar las cosas. Es la que aconsejó a Justine que atacara Washington, estando a punto de echar por tierra nuestros planes para la ciudad. No oiré más estupideces. Llevo una semana tratando de dar con ella, y ahora morirá.

Sumohn, sintiendo la amenaza en la postura de Melinda y en el tono de su voz, lanzó un rugido. La regente dio un paso atrás involuntariamente. Jalan-Aajav se levantó de su silla con los ojos brillantes. En la mano derecha sostenía un cuchillo.

–Aún no –dijo Djuhah, indicando a Jalan que se sentara–. Hay demasiadas preguntas sin respuesta que deben ser contestadas antes de que destruyamos a la mortal. No tenemos prisa. Morirá, pero no antes de saber la verdad... toda la verdad.

Melinda siseó como una serpiente.

–Debe morir ahora –exigió–. Antes de que pueda extender más mentiras y medias verdades.

–Somos más que capaces de tomar nuestras propias decisiones, Melinda –dijo uno de los dos serafines a los que Alicia no conocía. Era un hombre negro, bajo y grueso sin un solo pelo en la cabeza. El tono de su voz indicaba claramente que no era amigo de la regente–. Cállate o serás silenciada.

Djuhah asintió aprobatorio. Melinda, con gesto furioso, se alejó un paso más de Alicia con los puños fuertemente cerrados.

–Siempre he creído extraño que un mero ghoul sirviera a Justine como consejero –dijo Djuhah–. Cuando expresaba mis dudas a la arzobispo, ésta nunca lograba dar con una explicación satisfactoria. –Miró a Alicia–. Quizá lo quieras hacer tú ahora. Dinos también cómo logras controlar a una pantera negra a la que percibo como un ghoul de poder asombroso. Había guardias fuera, Guardias de Sangre, pero lograste eludirlos y entrar en esta cámara. De nuevo, no son acciones de un ghoul ordinario. ¿Qué eres exactamente, Alicia Varney, y por qué te tiene tanto miedo la regente?

–No temo a nadie –dijo Melinda. Alicia, con sus sentidos alerta, notó que los puños de la regente seguían apretados y que estaban adoptando un tono rojizo. Al mismo tiempo, la sala de banquetes

comenzó a ganar temperatura. Parecía que alguien acabara de encender una caldera.

Alicia mantuvo el gesto calmado. Melinda no lo sabía, pero había sido ella la culpable de su propia desgracia. Si hubiera tratado a Alicia como a una molestia menor, como a algo sin importancia de lo que podía encargarse al día siguiente, no era muy probable que los Serafines se hubieran molestado en escucharla. Todo lo contrario; había alertado a los líderes de la Mano Negra sobre la misteriosa señorita Varney. Tras la intervención de la regente, no se atrevían a ignorar ni a Alicia ni a lo que tuviera que decir.

–Soy un ghoul –dijo ésta midiendo con cuidado sus palabras–, como lo es Sumohn, pero no de Justine. Sirvo como avatar de uno mayor que cualquier arzobispo. –Siguió antes de que ninguno de los Serafines pudiera decir palabra alguna–. Sin embargo, mi identidad no tiene importancia alguna. No soy una amenaza ni para el Sabbat ni para la Mano Negra. Nuestros objetivos son los mismos, pero el monstruo que se hace pasar por Melinda Galbraith no opina igual.

–¿Qué estás diciendo? –dijo Jalan-Aajav, incorporándose una segunda vez–. Tenemos a Melinda frente a nosotros. No es una impostora.

–¿Estás seguro? –replicó Alicia, aprovechando su ventaja–. Entre los Condenados no es imposible cambiar de cara, ni siquiera de cuerpo. ¿Cómo sabéis que es la verdadera regente, perdida hace meses en las ruinas de Méjico D.F., la que está ante vosotros aquí esta noche? Insisto en que es una impostora.

Alicia levantó melodramática un brazo y señaló a Melinda.

–Digo que no es Melinda Galbraith, ¡sino el usurpador conocido como la Muerte Roja!

Un murmullo de asombro recorrió a los vampiros reunidos a la izquierda de Alicia. Estaba segura de que dentro de aquel grupo había varios Hijos de la Noche del Terror.

Djuhah sacudió la cabeza incrédulo, y ninguno de los otros Serafines parecía convencido.

–Es la verdadera Melinda Galbraith –declaró Jalan-Aajav–. No somos estúpidos tan fáciles de engañar.

–¡Pruebas! –gritó alguien entre los Sabbat reunidos–. ¿Cuáles son tus pruebas?

Alicia casi rompió a reír al reconocer a Walter Holmes. Una sola voz en la audiencia podía obrar milagros.

El Serafín Assamita asintió.

–Has hecho una acusación increíble --declaró--. ¿Qué *pruebas* puedes ofrecernos?

Alicia sonrió, y no de forma agradable. Incluso Jalan-Aajav volvió a sentarse ante aquella expresión. En aquel gesto había mucho de Anis, Reina de la Noche.

–*Preguntadle a Melinda* --dijo con tono calmado y lento--. La Muerte Roja posee el poder para duplicar a cualquier vampiro que haya conocido. En algún momento a lo largo de los siglos debe haberse encontrado con la regente y habrá memorizado su aspecto. Sin embargo, aunque el impostor puede robar la apariencia, no puede capturar los *recuerdos*. --Alicia miró a la regente--. ¿Quién era tu sire, querida Melinda? Estoy segura de que debes recordarlo. O dinos, ¿cuándo viniste a América? ¿Con quién? ¿Cómo terminaste en Méjico D.F.?

Melinda sacudió la cabeza.

–No lo recuerdo --declaró con voz trémula--. El terrible cataclismo en Méjico... d-dañó mi memoria. Mis ideas no están en orden.

La expresión de Djuhah era gélida.

–¿No recuerdas la identidad de tu sire? --preguntó--. Me cuesta creerlo. La odiabas, la despreciabas con una pasión absoluta.

–El desastre --repitió Melinda mientras el brillo rojizo se extendía a sus brazos. Hacía mucho más calor que antes. Alicia sabía que el reto más importante aún estaba por llegar--. El dolor nubla mi mente.

–¿La catástrofe en Méjico? --preguntó Alicia--. Un terrible acontecimiento. La mayoría de nosotros no estamos seguros de lo que sucedió. Quizá, al haber sobrevivido, puedas describirnos los acontecimientos.

Melinda estaba confundida.

–No puedo. No hay más que una mancha. No lo recuerdo.

–¿No lo recuerdas? --preguntó Jalan-Aajav con voz seca y gutural. En sus ojos había una incertidumbre que antes no había estado allí--. ¿O nunca lo supiste?

–Tu clan --preguntó el Serafín negro--. ¿A qué clan perteneces? Estoy seguro de que no has olvidado eso.

–Lasombra --respondió Melinda inmediatamente--. Soy una Lasombra.

Djuhah sacudió lentamente la cabeza.

–No es cierto. De todo el Sabbat, solo los Serafines conocemos el secreto del Melinda. Era una Toreador *antitribu*. Se hacía pasar por Lasombra, ya que antes de su ascenso el regente siempre se había

elegido por tradición en ese clan. Eres una mentirosa.

Los rasgos de Melinda temblaron y se hicieron confusos. Una oleada de intenso calor barrió la estancia. Sumohn rugió mientras varios vampiros gritaban. Djuhah se puso en pie, atónito. Jalan-Aajav ya estaba sobre la mesa, muy cerca de la falsa Melinda, con una daga en cada mano. Sin embargo, ni siquiera él era tan insensato como para atacar al ser que tenía enfrente.

–Soy la Muerte Roja –declaró el monstruo mientras el vapor del aire caliente surgía de su cuerpo enjuto. La criatura observó a Alicia–. Te has inmiscuido en mis planes por última vez, Anis. No hay lugar donde esconderte. Primero tú y después esos cuatro idiotas que se hacen llamar Serafines probaréis el sabor de la Muerte Definitiva. --El monstruo levantó un brazo contra los líderes de la Mano Negra--. Nadie puede sobrevivir a las llamas de los Sheddin.

–Ni siquiera los fuegos más feroces duran eternamente --dijo Alicia descansando una mano en el cuello de Sumohn. La vitalidad sobrenatural de la pantera negra fluyó a ella, duplicando su fuerza--. La tuya está a punto de apagarse.

Como si presintiera el plan de Alicia, la Muerte Roja avanzó para apresar a la mujer en su abrazo mortal. Reuniendo todo el poder de su cuerpo y proyectando la fuerza de su voluntad, Alicia dilató la corriente temporal alrededor de la Muerte Roja.

Durante un segundo una burbuja cronológica rodeó al monstruo, que quedó atrapado, inmóvil, detenido en un remolino de distorsión temporal. En el mundo real solo había transcurrido un segundo, pero para la Muerte Roja, atrapada en la dilatación, habían pasado veinte minutos. Alicia solo era capaz de mantener un instante aquel hechizo. A pesar de ser ghoul de Anis, apenas podía controlar una pequeña parte de la energía de su mentora. Cualquier exceso de poder convertiría su cuerpo en polvo. Buscando aliento, cayó de rodillas al terminar la distorsión.

La Muerte Roja estaba en la misma postura exacta que antes, con sus brazos cadavéricos aún extendidos en una presa mortal. Sin embargo, ningún fuego le rodeaba. El brillo sobrenatural le había abandonado. La disciplina Cuerpo de Fuego solo duraba quince minutos, y atrapada en la burbuja temporal de Alicia, la Muerte Roja se había apagado hacía cinco. El poder de los Sheddin se había esfumado.

–No --dijo el usurpador estupefacto--. ¡No!

Alicia trató de ponerse en pie. Estaba totalmente exhausta y vacía



de energía. La criatura había perdido el fuego de los Sheddim, pero no por ello dejaba de ser un vampiro increíblemente poderoso. Si no era detenido, podía despedazarla fácilmente y escapar antes de que nadie reaccionara en la sala. No debía huir.

–Has logrado una victoria temporal, Anis –dijo el monstruo, que evidentemente acababa de llegar a la misma conclusión. Sus largos dedos se acercaron a los hombros de Alicia–. Pero volveré.

–No lo creo –dijo tranquilamente Walter Holmes. El jugador de póquer estaba al lado de Alicia, y en sus manos sostenía lo que parecía un largo bastón de madera coronado por una cabeza metálica. La mujer tardó un momento en comprender que se trataba de una lanza, una lanza muy antigua: el *pilum* de un soldado romano.

Sosteniendo el arma con las dos manos, Holmes lanzó una acometida contra la garganta del monstruo. No había tiempo para esquivar. La lanza acertó justo debajo de la barbilla. La Muerte Roja lanzó un único aullido, un grito fantasmal y agónico. Exactamente como si hubiera sido expuesto al sol, el usurpador se convirtió en un montón de cenizas.

–Un juguete útil –murmuró Alicia mirando a Walter. Una sombra oscura cubrió rápidamente el rostro del jugador, que aún esperaba poder mantener secreta su identidad–. No es una lanza ordinaria.

–La he tenido conmigo desde hace mucho tiempo –dijo Holmes en voz baja–. Un recuerdo de pecados pasados. Creo que se impone una rápida retirada.

–Eso mismo pienso yo –susurró Alicia. Todos los vampiros de la sala estaban congelados en un atónito silencio por lo que acababan de contemplar.

–La Muerte Roja planeaba reemplazar a los Serafines con otros cambiaformas –dijo Alicia en voz alta–. Cuidado. Esos traidores aún están entre vosotros.

Dio un paso atrás con Walter Holmes a su lado, protegiendo su huida con la lanza. Sumohn ya había salido por la puerta. Alicia barrió el lugar con la mirada y se detuvo en Djuhah. La expresión del Serafín era seria. Durante un instante la miró y asintió, confirmando más allá de toda duda que los Hijos de la Noche del Terror que quedaban en el lugar estaban condenados.

Un instante después corría junto a Walter Holmes por el vestíbulo que conducía al exterior. No había señal de la Guardia de Sangre. Esperaba ver a Jalan-Aajav cargando tras ellos, pero no apareció. Un instante después estaban en la entrada del local, donde les esperaba

Jackson con la limosina en marcha.

–¿Vienes conmigo? –Preguntó Alicia mientras el guardaespaldas abría la puerta–. Jackson y yo tenemos previstas unas largas vacaciones lejos de la ciudad. Habíamos pensado en Hawai, o quizá en Tahití.

El Monitor rechazó la oferta. La lanza romana que había empleado para destruir a la Muerte Roja se había desvanecido tan misteriosamente como había aparecido.

–No, muchas gracias. Después de los acontecimientos de esta noche, creo que es mejor que desaparezca por completo de la vista durante un tiempo. Siempre he querido jugar al póquer en Las Vegas. Ahora parece un momento perfecto para hacer una visita.

–Allí no tendrás problemas para encontrar partidas --sonrió Alicia--. Buena suerte, y gracias por la ayuda.

Se acercó impulsivamente para darle un abrazo, pero Holmes ya no estaba allí.

–Nos volveremos a encontrar --dijo la voz del Monitor en su mente mientras Alicia subía rápidamente a la limosina.

–Lo consiguió --declaró Jackson mientras pisaba el acelerador para dirigirse a toda velocidad al aeropuerto--. Ha vencido.

–La batalla aún no ha terminado --respondió con voz sombría--. He derrotado a uno de los chiquillos de la Muerte Roja, y eso con ayuda de Walter Holmes. Dire McCann tiene que encargarse del resto. Si alguien puede derrotarles, es él, pero no tengo ni idea de cómo lo va a lograr.

## \_\_\_\_\_ 37 \_\_\_\_\_

### ***Linz: 11 de abril de 1994***

–El duelo entre Madeleine y Don Caravelli está a punto de comenzar --dijo Dire McCann. Tenía la mirada fija en la puerta de su estancia--. Prepárate. De un momento a otro tendremos compañía.

–El teléfono de la habitación comenzó a sonar. El detective se acercó con calma y descolgó el auricular. La conversación fue breve, pero era evidente que las noticias eran buenas--. Alicia ha derrotado a la Muerte Roja que se hacía pasar por Melinda Galbraith. El destino del mundo queda enteramente en nuestras manos.

Elisha torció el gesto. Ni necesitaba ni quería aquel peso.

–La mayoría de la gente cree poder evitar su destino --dijo McCann, como si leyera los pensamientos del joven--. No es tan fácil. Cuando te llama, no hay más remedio que responder. No hay elección.

–Siento a dos vampiros andando por el pasillo que conduce aquí --dijo Elisha enormemente tenso. Todos los músculos de su cuerpo parecían esforzados al límite. Se preguntaba cómo McCann podía permanecer tan calmado--. ¿Crees que alguno de ellos es la verdadera Muerte Roja?

El detective negó con la cabeza.

–Lo dudo. Phantomas asegura que la Muerte Roja original es un cobarde, y al menos en parte estoy de acuerdo. El Matusalén teme a la Muerte Definitiva, de modo que emplea a sus chiquillos como agentes. Esos dos serán con toda probabilidad los dos que quedan.

–Están junto a la puerta --dijo Elisha nervioso--. ¿Qué hacemos?

–Paciencia --dijo McCann sonriente para ponerse serio inmediatamente--. No importa lo que suceda, no dejes que ninguno llegue a tocarte. No hay duda de que ya han invocado a los Sheddin usando el Cuerpo de Fuego, y son infiernos ambulantes. Un roce y te convertirán en cenizas. Por suerte, no pueden mantener ese estado mucho tiempo. Alicia lo ha confirmado en nuestra conversación telefónica. Atacaremos en cuanto su poder se disipe.

–Si han despertado a los Sheddin --preguntó Elisha--, ¿ya está el mundo condenado?

–Aún no --dijo McCann--. Mis charlas con Rambam me convencieron de que los demonios de fuego solo obtienen poder de la destrucción. Por eso tenemos que detener a la Muerte Roja y a sus chiquillos antes de que empleen su disciplina para incinerar a más víctimas. Debemos destruir a estos dos antes de que vuelvan a golpear.

Las puertas de la suite, que no tenían la llave echada, se abrieron de par en par mostrando a dos Cainitas, un hombre y una mujer. Elisha no reconoció a ninguno de los dos, pero era evidente que McCann sí.

–Príncipe Vargoss --dijo--. Elaine de Calinot. Qué amable por vuestra parte hacernos una visita.

–La mascarada ha terminado, McCann --sonrió despectivo el vampiro al que el detective había llamado Vargoss--. La conquista de la Camarilla comienza con tu muerte.

–Me siento honrado, aunque muchos otros han tratado de destruir a la Camarilla a lo largo de los siglos con una notable ausencia de éxitos. Dudo de que a vosotros os vaya mejor.

Vargoss rió.

–Nuestros planes no pueden fallar. Nadie sabe que estamos aquí, y toda la atención está centrada en el duelo entre Madeleine Giovanni y Don Caravelli. Una vez tú y ese patético mortal hayáis sido aniquilados, comenzaremos nuestro plan para destruir en secreto a los antiguos del Cónclave y reemplazarlos con nuestros chiquillos. Uno tras otro, esos idiotas desprevenidos sucumbirán a los fuegos de la Muerte Roja.

–Un plan imaginativo –dijo McCann–, pero no funcionará. No lo permitiré.

El rostro de Vargoss tembló, como si una cortina invisible hubiera caído sobre sus facciones. Un instante después, todo su cuerpo quedó engullido por un siniestro estallido de energía. El proceso no fue tanto un reemplazo como una *transformación*. A su lado, el aspecto de su compañera también cambiaba. En meros segundos, Alexander Vargoss y Elaine de Calinot desaparecieron para dar paso a dos monstruos idénticos, reflejo de su terrorífico sire.

Las criaturas eran altas y delgadas, y estaban vestidas con una mortaja desgarrada sujeta con vendajes amarillentos. Sus rostros eran los de un cadáver, con la piel putrefacta cubriendo el cráneo lampiño. La cara, los brazos y el pecho mostraban marcas escarlata, y las garras brillaban con una feroz luz rojiza.

–Soy la Muerte Roja –dijeron al unísono los dos horrores al tiempo que entraban en la habitación. Oleadas de calor surgían de su cuerpo, aunque no ardían–. No hay escapatoria.

McCann rió.

–¿Escapatoria?, ¿Quién ha hablado de escapar? Matadme si podéis, pero para eso primero tendréis que cogerme.

El detective hizo una señal a Elisha. El mago sonrió a pesar de la cercanía de los dos monstruos, comprendiendo ahora lo que se esperaba de él. Por fin comprendía por qué el detective había insistido en traerle con él a esta misión. Empleando Cuerpo de Fuego, los dos monstruos eran casi indestructibles, pero seguían atados por las leyes del azar y las circunstancias.

A pesar de su juventud, Elisha ya era un mago extraordinariamente poderoso y dotado. Sabía que no debía tratar de *alterar* la realidad, pero *retorcerla* no era ningún problema.

La Muerte Roja que se había hecho pasar por Alexander Vargoss dio un paso adelante, e inmediatamente la alfombra bajo sus pies silbó, ardió y se convirtió en cenizas. Antes de que el monstruo pudiera reaccionar, el suelo de madera crujió y se desintegró. El monstruo perdió el equilibrio, tratando desesperado de no caer.

Instintivamente, la segunda criatura trató de ayudar a su compañero. Sus llamas vivientes entraron en contacto y el aire de la estancia tembló cuando ambos monstruos emitieron un destello escarlata durante un instante. Con una maldición, la primera Muerte Roja cayó al suelo, prendiendo fuego a los demás tableros. La segunda se quedó confundida durante unos instantes.

--Será mejor que nos retiremos a la otra habitación --dijo McCann sombrío--. Esos locos no tardarán mucho en concentrar el fuego de los Sheddin a través de la parte superior de su cuerpo.

--Que lo hagan --respondió Elisha mientras se apresuraban por la puerta que comunicaba las dos estancias--. Tengo muchos más trucos preparados.

--Cuerpo de Fuego requiere toda su concentración --dijo el detective--. Mientras mantengan esa forma no podrán emplear ninguna otra disciplina, de modo que no podrán detenerte con sus poderes vampíricos normales. Quince minutos y se quedarán sin fuerzas.

Volvió a oírse una nueva explosión de la otra habitación al tiempo que una intensa oleada de calor chamuscaba la puerta de madera.

--Hasta los vampiros tropiezan de vez en cuando al caminar --declaró Elisha.

--No se rendirán --dijo McCann--. La Muerte Roja me teme demasiado como para intentar desarrollar sus planes sin destruirme primero. La Camarilla está a salvo hasta que esos monstruos acaben con nosotros.

--Me gusta demasiado vivir como para dejar que me conviertan en cenizas --respondió Elisha.

--Podrán acercarse más pasados los quince minutos, pero no lo suficiente.

De nuevo, el mago no podía sino preguntarse por qué la Muerte Roja tenía tanto miedo de Dire McCann. Sospechaba que pronto descubriría el motivo.

Quince minutos. Novecientos segundos. Cada uno de ellos era una guerra entre la magia sobrenatural y la probabilidad concentrada. Aunque las fuerzas domeñadas por las Muertes Rojas eran atroces,

no podían derrotar a alguien capaz de retorcer las leyes básicas del universo para adaptarlas a sus deseos.

Por mucho que lo intentaran los monstruos, Elisha contrarrestaba sus esfuerzos con un pensamiento consciente. Ellos actuaban y él reaccionaba.

La primera criatura apareció en el umbral entre las dos habitaciones, y al hacerlo decenas de ladrillos cayeron de la pared, ya que el yeso y el cemento que los mantenían en su lugar estallaban en llamas. Los bloques acertaron al vampiro en el pecho como enormes proyectiles, convirtiéndose en polvo tras el contacto.

–Hay ratas en el castillo –dijo Elisha a Dire McCann–. Y muchas termitas. Es sorprendente lo que esas alimañas pueden llegar a hacer si nadie las controla.

Como si reflejara las palabras del mago, el suelo bajo las dos Muertes Rojas se convirtió en miles de astillas de madera. Los monstruos se precipitaron contra las vigas metálicas que sostenían el techo. Un instante después, los rociadores de alta potencia empezaron a arrojar agua helada contra los desconcertados vampiros. Nubes de vapor inundaron la habitación.

–Apuesto a que no verán demasiado bien con esta niebla –siguió el mago–. Vayan donde vayan, lo más probable es que tropiecen con algún mueble. No me sorprendería que llegaran dando tumbos a la otra habitación por error.

Los dos Vástagos poseían disciplinas que se burlaban de la ciencia moderna. Sin embargo, nada en el universo era capaz de derrotar a las circunstancias dirigidas.

Por pura fuerza de voluntad, una Muerte Roja logró al fin convertir su cuerpo en un auténtico infierno. Las llamas hubieran reducido normalmente toda la estancia y gran parte del castillo circundante a cenizas, pero en el preciso instante en el que alcanzó la incandescencia, todas las moléculas de aire que le rodeaban se desplazaron a una esquina de la estancia, dejándole ardiendo casi en el vacío. Las probabilidades de que eso ocurriera hubieran sido consideradas nulas por cualquiera, pero era *posible*, y Elisha tenía la fuerza necesaria para hacer probable lo inimaginable.

Sin combustible, las llamas que rodeaban a la Muerte Roja parpadearon y se apagaron. Un instante después, las moléculas de la estancia regresaron a su distribución normal.

Quince minutos después del primer ataque de las Muertes Rojas, las llamas desaparecieron. La disciplina Cuerpo de Fuego solo duraba

un cuarto de hora, y Elisha pudo lanzar un suspiro de alivio. Sentía su cuerpo retorcido, doblado, apaleado y apedreado. Le dolían músculos que ni siquiera sabía que existieran y la jaqueca apenas le permitía pensar. Dudaba de poder haber contenido a las criaturas un minuto más. La lucha que quedaba era cosa de Dire McCann, ya que él era incapaz de levantar un solo dedo para defenderse.

Los cuatro se encontraban a menos de dos metros los unos de los otros. En los restos calcinados de la habitación trasera de la suite, McCann y Elisha se enfrentaban a los sosias del Príncipe Alexander Vargoss y Elaine de Calinot. Ninguna de las dos criaturas conservó la forma y los rasgos de su sire. Ambos vampiros parecían exhaustos, totalmente vacíos de energía. Sin embargo, por su actitud parecía claro que no pensaban retirarse.

–Hemos alcanzado un empate –dijo Vargoss–. Los Sheddim nos han fallado y nuestros poderes no están en su mejor momento.

–Sonrió con fiereza. El falso príncipe no parecía desanimado–. Sin embargo, lo mismo os ocurre a vosotros. En Washington cometimos el error de usar a Makish y sus explosivos en vez de terminar el trabajo personalmente. Fue un error que no repetiremos una segunda vez. Un par de humanos obligados a enfrentar su fuerza mortal a dos vampiros de la Quinta Generación. Aceptamos el reto.

–Entonces sois unos estúpidos –dijo McCann con una risa que no era ni remotamente humana.

Los dos monstruos quedaron estupefactos. Sus ojos se abrieron al sentir algo extraño, algo *ajeno* en el detective. Elisha se humedeció los labios y se apartó de McCann. La realidad se retorció, y como había ocurrido con las dos Muertes Rojas, los rasgos del detective comenzaron a *transformarse*.

Se hizo más alto y sus hombros se ensancharon. El rostro adoptó una palidez mortal y sus mejillas se vieron surcadas por místicos tatuajes grisáceos que formaban una telaraña. Una sombra tangible oscurecía sus facciones y los labios blancos y finos se torcieron en una sonrisa desdeñosa. Aún quedaba parte de Dire McCann en aquella cara, en los ojos totalmente negros, pero también había mucho, mucho más.

–¿Quién eres? –susurró la falsa Elaine de Calinot.

–¿No lo adivinas? –dijo el ser que había sido Dire McCann.

Aunque no hablaba en voz alta, el sonido inundó toda la estancia–. Siempre he estado aquí, oculto igual que vosotros. Sin embargo, en vez de disfrazarme como otro vampiro, me he hecho pasar por mortal.

–Lameth –dijo Elisha, observando lo evidente–. Eres Lameth, el Mesías Oscuro.

La enorme figura asintió.

–Claro que lo soy –respondió–. ¿Había alguna duda de que regresaría cuando el momento fuera el indicado? –Ojos como truenos observaron a las dos Muertes Rojas. Los muros temblaron ante su voz–. *¿Había alguna duda?*

–¿Y qué hay de Dire McCann? –preguntó Elisha, que tenía más coraje del que él mismo creía–. Era real. Era humano.

–No exactamente, Elisha –respondió Lameth con menos fuerza–. Tras miles y miles de años, hasta los inmortales se aburren de su existencia. Anis solucionó el problema entrando en letargo y sintiendo la vida por medio de sus marionetas, como Alicia. Yo elegí un camino similar, pero al mismo tiempo muy diferente. A lo largo de los siglos he creado una serie de personalidades humanas, y ninguna de ellas sabe que no son sino meras extensiones de mis propios pensamientos. Me anclo cuidadosamente en una pequeña sección de su subconsciente, observando sus acciones, participando en sus aventuras y hablando con ellos en sueños cuando es necesario. Son creaciones de mi voluntad y mis deseos que nunca se cuestionan por qué parte de sus recuerdos parecen incompletos, por qué tienen horarios tan extraños o por qué nunca beben ni comen.

–Imposible –gruñó el falso Alexander Vargoss–. McCann era humano. Lo que estás diciendo no tiene sentido.

Lameth rió.

–¿Y por qué iba a mentir? Estoy entre los primeros de la Cuarta Generación y soy uno de los dos únicos que ha alcanzado nunca la Golconda por medios artificiales. Mis poderes están más allá de tu limitada comprensión. Flavia me llamó Máscara una vez, y no tenía la menor idea de lo adecuado que era el término. Ningún ser, salvo un Antediluviano, puede detectar mi verdadera naturaleza. Unos pocos, algunos Cainitas o magos poderosos como Rambam y Horus, son capaces de sentir que Dire McCann es más de lo que aparenta. Esa percepción abre puertas que de otro modo hubieran estado cerradas a un hombre ordinario, pero ninguno de mis congéneres posee la visión necesaria para atravesar mi disfraz y descubrir la verdad. –El falso Vargoss parecía aterrorizado. Lameth sacudió la cabeza, como si leyera sus pensamientos–. Evidentemente, no voy a permitir que compartáis este conocimiento con otros. Por eso ya no os podéis mover, ni usar vuestros poderes de teleportación. Tengo mis propios



planes para la Camarilla, y en la Yihad no hay piedad. Es hora de poner fin a vuestros planes.

Dio un paso adelante y extendió los brazos.

–¡No puedes hacerlo! –gritó Vargoss mientras Lameth cerraba la mano alrededor de su cuello. Elaine permaneció en silencio mientras Lameth hacía lo mismo con ella. Su expresión resignada dejaba claro que sabía que el Mesías Oscuro podía hacer cuanto quisiera con ellos–. Me niego a rendirme.

–Tus deseos no significan nada para mí –respondió Lameth cerrando los puños.

Miles de chispas, como diminutos rayos, explotaron en la estancia. Elisha cerró los ojos y levantó un brazo para protegerse la cara. El estallido no duró más que un instante, dejando el lugar en el más absoluto silencio, salvo por el sonido de la respiración del mago.

Éste bajó lentamente los brazos y miró alrededor. No había señal alguna de las dos Muertes Rojas. Habían desaparecido, completamente destruidas por la furia del Mesías Oscuro.

–¿Qué hay de mí? –preguntó a la figura solitaria que había junto a él, tratando de mantener la voz firme–. Ahora conozco tus secretos. Lameth rió con suavidad.

–La mente humana es fácil de engañar, Elisha. Dire McCann no recordará con exactitud lo sucedido aquí esta noche, y tú tampoco.

–Podrías estar equivocado –respondió el mago sin mucha convicción.

–¿Sobre qué? –preguntó Dire McCann.

–N-no estoy seguro –dijo Elisha, tratando de capturar esa idea fugaz que huía de su mente. Era demasiado tarde. Fuera lo que fuese a decir, lo había olvidado–. No debe ser importante.

El detective frunció el ceño.

–La batalla aún no ha terminado. Alicia destruyó a una Muerte Roja en Nueva York y nosotros conseguimos eliminar a otras dos aquí. Ya tenemos a tres de cuatro, pero queda la más peligrosa. Los antiguos de la Camarilla están a salvo. Sin el Cuerpo de Fuego de Vargoss y Elaine, los Hijos de la Noche del Terror no se atreverán a atacar a los líderes del culto. St. Germain ha perdido su apuesta por convertirse en amo de los Vástagos, pero sigue libre.

Como dos balas, Madeleine Giovanni y Flavia, el Ángel Oscuro, aparecieron por la puerta que conducía a la habitación principal de la suite. Las dos se detuvieron en seco al ver a McCann y a Elisha, solos y aparentemente ilesos, en medio del cuarto destruido.

--¿Qué ha pasado? --preguntó Flavia señalando el mobiliario chamuscado--. La otra habitación parece haber sido barrida por una bola de fuego.

--Lameth destruyó a los dos chiquillos de la Muerte Roja --respondió Elisha. No recordaba los detalles del encuentro, y por algún motivo no parecían muy importantes--. Estaban disfrazados como el Príncipe Vargoss y como un miembro del Consejo de los Tremere, Elaine de Calinot. Empleando el duelo de Madeleine como cobertura trataron de eliminarnos, pero fueron ellos los derrotados.

--Eso sospechábamos --dijo Madeleine revisando el lugar--. ¿Intervino Lameth?

--Así es --respondió McCann--. Ahora que los dos impostores han sido destruidos, ¿puedes emplear tus sentidos especiales para localizar al más poderoso de los Hijos de Saulot que quede en la fortaleza?

Madeleine se concentró.

--Demasiadas mentes agresivas lo hacen imposible --dijo tras un instante. Entonces se volvió, sorprendida--. Dos vampiros extremadamente poderosos están abandonando el castillo. Uno es un Tremere, un miembro del Consejo por la fuerza de sus pensamientos. El otro, a juzgar por su voluntad, debe ser St. Germain.

--No podemos dejarle escapar --dijo McCann corriendo hacia la puerta--. Es necesario destruir a St. Germain para romper el vínculo que ha creado con los Sheddin. Ha llegado la hora definitiva de la Mascarada de la Muerte Roja.

### ***Linz: 11 de abril de 1994***

Etrius esperaba nervioso en el exterior de la inmensa cámara del consejo del castillo de Karl Schrekt. Estaba solo, y una expresión concentrada enmascaraba el miedo que le consumía. Estaba convencido de que el duelo que acababa de terminar no era más que una diversión maquinada por St. Germain para engañar a todos los presentes. El antiguo Tremere *sabía* que la lucha ocultaba un propósito mucho más diabólico que la mera venganza. Estaba

decidido a descubrir la verdad, aunque eso significara enfrentarse al monstruo conocido como la Muerte Roja.

Había decenas de vampiros de la Camarilla en la zona de recepción, pero Etrius sabía que no podía contar con la ayuda de ninguno de ellos. No existía mucho aprecio entre los principales Vástagos hacia los Tremere. La mayoría probablemente aplaudiría si Etrius estallara en llamas repentinamente, sin comprender que ellos podían ser los siguientes. A pesar de toda su retórica, Etrius sabía que la labor de derrotar los locos planes de St. Germain descansaba enteramente sobre sus hombros.

–Pareces pensativo, sire –señaló Peter Spizzo, apareciendo de la nada. El espía se movía con tal gracia y habilidad que era prácticamente invisible. Poseía una facilidad excepcional para fundirse con su entorno, y Etrius estaba convencido de que aquélla era la menor de sus habilidades como espía.

–Me estaba preguntando dónde está Elaine de Calinot –dijo Etrius–. Según nuestro plan, debía reunirse conmigo en nuestra presentación ante la asamblea. La última vez que la vi fue cuando aprobó el duelo, y no estaba presente cuando Don Caravelli fue derrotado. Me inquieta su ausencia.

–No te preocupes –respondió Spizzo–. Estoy seguro de que tu colega sabe exactamente lo que está haciendo. Regresará antes de que vuelva a comenzar la reunión.

Etrius asintió como si estuviera de acuerdo, aunque en realidad estaba haciendo una seña a Karl Schrekt, al otro lado del salón. El Justicar inclinó la cabeza como respuesta. Lentamente, sin levantar sospecha alguna, comenzó a caminar hacia Etrius y Spizzo, como hacían sus ayudantes desde otros seis lugares.

–Hablé la otra noche de este Cónclave con Karl Schrekt –dijo el mago, como si estuviera charlando de forma casual. Tenía la mirada fija en el rostro oscuro de Spizzo–. Le mencioné de pasada tus investigaciones acerca de St. Germain. Suponía que estaría al tanto de tus indagaciones. –El rostro de Etrius se convirtió en una máscara de piedra–. El Justicar no sabía nada sobre las entrevistas que decías haber mantenido con los antiguos del clan. Es suspicaz por naturaleza, así que hizo algunas averiguaciones. Ninguna de las conversaciones que mencionaste tuvo nunca lugar. No contactaste con nadie, no hablaste con nadie y no viajaste a ninguna parte. Todo aquello que me has estado diciendo no han sido más que invenciones. Eso significa que tus historias sobre *El Apócrifo de los Condenados*

son mentira.

–Tonterías –dijo Spizzo–. Schrekt es ambicioso. Quiere un puesto en el Consejo Interior y sabe que estoy en su camino. Las únicas mentiras son las que él cuenta.

–Schrekt es fanático en su devoción a la Camarilla –respondió Etrius con una sonrisa de desprecio–. No tiene más ambiciones que permanecer como Justicar. Sin embargo, tú eres un completo misterio. Revisando mis diarios no he encontrado informe alguno sobre tu Abrazo. Nada. –La cara de disgusto de Etrius se hizo más profunda–. Soy muy, *muy* cuidadoso a la hora de anotar todos estos acontecimientos, mucho más de lo que imaginas. Ni siquiera tú puedes alterar un comportamiento desarrollado a lo largo de un milenio. Peter Spizzo no es más que una nueva y conveniente identidad que has desarrollado para espiar mis actividades. Sin embargo, no puedes ocultar el rostro tras la máscara. Eres el Conde St. Germain.

Los ojos de Spizzo se entrecerraron iracundos mientras miraba alrededor. Karl Schrekt estaba a su lado, así como los ayudantes del Justicar. No había donde huir. Estaba rodeado.

Un susurro surgido de la nada resonó en el gran salón. Durante un instante las conversaciones cesaron y luego el sonido desapareció, dejando la impresión de una palabra pronunciada, pero no oída.

La expresión de Peter Spizzo era una mezcla de dolor y decepción.

–Parece que mis ambiciosos planes han sufrido un contratiempo –anunció con calma–. Fui un insensato al enfrentarme al poder del Mesías Oscuro. Por suerte, aún tengo posibilidades de vencer.

–El juego ha terminado, impostor –dijo Karl Schrekt poniendo una mano sobre el hombro del vampiro–. Has perdido.

–Aún no –respondió Spizzo mirando al Justicar. Hablaba tan bajo que solo el propio Schrekt podía oír las palabras–. Siempre me ha gustado preparar soluciones alternativas a posibles problemas. Ésa es la razón principal por la que te elegí a *tí* para que organizaras el Cónclave. Como miembro del clan Tremere, estás Vinculado con Sangre a mí con unos lazos tan antiguos como tu propio clan. Igual que tu mentor Etrius, cuya mente tengo ahora bajo mi poder. Libérame. Ahora. Después ordena a tus ayudantes que se marchen. Etrius y yo vamos a abandonar el castillo, y no queremos que nadie nos detenga. ¿Entendido?

Temblando por la rabia y la impotencia, Schrekt apartó la mano

del hombro de Spizzo. El Justicar apretó los dientes al comprobar que su voluntad ya no le pertenecía. Etrius estaba en silencio, inmóvil. Observaba y escuchaba, pero no comprendía. Alguien se había adueñado por completo del control de su mente y su cuerpo. Como Karl Schrekt, sus pensamientos estaban totalmente dominados por los deseos de Peter Spizzo, el Conde St. Germain.

–Fuera –dijo el Justicar a sus arcontes con un gruñido–. Inmediatamente. Etrius y Spizzo se marchan. No hagáis nada para detenerles. Es una orden. No hagáis nada.

Spizzo sonrió al ver a los ayudantes apartarse a un lado. Eran asesinos duros y peligrosos que habían sido adiestrados para obedecer todos los deseos de Schrekt. Le eran leales hasta la muerte y nunca cuestionaban su palabra.

–Durante mil años me contenté con permanecer tras el telón del clan Tremere, manipulando los acontecimientos con órdenes telepáticas y falsos recuerdos –dijo Peter Spizzo–. La idea de enfrentarme a un Antediluviano, incluso a uno en letargo, no me llamaba demasiado la atención. Ahora, por desgracia, parece que no me queda otra opción. Dire McCann y su molesta banda han destruido a mis chiquillos. Ha llegado el momento de asumir el riesgo definitivo. Etrius y yo vamos a hacerle una visita a un viejo amigo. Hace siglos Tremere me hizo el favor de hundir a mi sire en las tinieblas. Creo que ha llegado el momento de pagar mi deuda.

### ***Viena: 11 de abril de 1994***

–¡Ha desaparecido! –gritó Madeleine mientras los cinco entraban corriendo en las salas vacías de la Capilla de Viena. Señaló la puerta delicadamente tallada al final del pasillo–. Hace un minuto, Etrius y St. Germain estaban en esa sala. Ahora solo queda el Tremere. ¡La Muerte Roja ha desaparecido!

–¡Al infierno! –gruñó Flavia mientras derribaba con el hombro la enorme puerta, que estalló en mil fragmentos. El Ángel Oscuro entró en la estancia seguida por Dire McCann, Karl Schrekt, Elisha y Madeleine–. No escapará de mí una segunda vez. No lo conseguirá.

Etrius, tirado en el suelo, les miraba con ojos apagados y

confusos. No había señal alguna de su compañero, el vampiro que se hacía llamar Peter Spizzo.

–Ahí --dijo Madeleine señalando el agujero oscuro en el lado opuesto de la habitación--. Es un túnel descendente. Puedo sentir cientos de hechizos protegiéndolo de cualquier tipo de magia. Mi poder rastreador es incapaz de detectar a nadie pasados esos muros.

–Ahí ha ido St. Germain --dijo McCann inclinándose cerca del miembro del Consejo--. El pasadizo conduce directamente hacia la tumba de Tremere.

Karl Schrekt señaló la puerta abierta del túnel.

–La llave de ese portal cuelga del cuello de Etrius, y es la única que existe. Solo él puede abrirla. Ése es el motivo de que St. Germain lo haya traído con él. La Muerte Roja no podía entrar por su cuenta en la cripta.

Había sido el Justicar el que les había llevado personalmente hasta Viena, ya que se sentía culpable por la huida de St. Germain, y ansiaba venganza. Su presencia les había permitido entrar inmediatamente en la Capilla Tremere.

–Puedo oírle allí abajo --dijo Flavia--. Puede que aún no sea demasiado tarde.

Sin más palabras, el Ángel Oscuro, con las espadas gemelas desenvainadas, se arrojó a la oscuridad. Estaba decidida a hacer pagar a la Muerte Roja la destrucción de su hermana, fuera cual fuese el precio.

–Quédate aquí --dijo Madeleine mirando a Elisha--. Ahí abajo no estarás seguro, y los contra-hechizos anularán tus poderes mágicos. Flavia necesita mi ayuda. Hay que detener a St. Germain antes de que invoque a los Sheddin para destruir a Tremere. Regresaré en cuanto pueda.

Con esto, también ella desapareció por el túnel.

El detective sacudía a Etrius violentamente por los hombros.

–Despierta --ordenó con una voz de increíble autoridad.

Los ojos del mago se aclararon, y con un rugido de rabia se liberó de la presa de McCann.

–St. Germain --murmuró furioso--. Me trajo aquí. Me insultó. Se rió de mí. Me dijo que iba a ser su esclavo por toda la eternidad. Después me obligó a abrir la puerta de la cripta. Un hechizo maestro garantizaba que nunca pudiera hacerlo estando bajo el dominio de otro, pero yo le obedecí sin protestar.

–Esas garantías son casi inútiles al enfrentarse a la voluntad de

un Matusalén --dijo McCann--. ¿Qué planea hacer? ¿Es posible detenerlo?

Etrius se puso en pie tembloroso y se dirigió torpe hacia el túnel.

--Tremere descansa en su cripta, en las cuevas bajo nuestros pies. St. Germain espera beber la sangre del Antediluviano. Si lo logra, sus poderes se multiplicarán por cien. Será totalmente invencible.

--St. Germain necesita tiempo --dijo el detective--. Flavia y Madeleine no se lo permitirán. Le obligarán a luchar.

--La Muerte Roja --dijo Elisha, llegando a la conclusión evidente--. ¡St. Germain se convertirá en la Muerte Roja y las destruirá empleando Cuerpo de Fuego!

--Y si los poderes de la Muerte Roja se multiplican, lo mismo sucederá con los de los Sheddin --declaró McCann--. Podrán entrar en nuestro mundo, lo desee St. Germain o no. No podemos permitir que eso suceda. Vamos.

Los cuatro corrieron por las escaleras que conducían a la cripta de Tremere. Elisha fue contando los escalones: doscientos treinta y siete. Aquel número tenía un significado místico, pero no recordaba cuál era. Lo único que le importaba era que si llegaban demasiado tarde, Madeleine no sería más que un montón de cenizas y que los Sheddin serían liberados sobre un mundo desprevenido.

El túnel terminaba en una pequeña caverna de siete metros de longitud por cinco de anchura. Dos antorchas iluminaban la cámara, arrojando extrañas sombras sobre las paredes. El techo se elevaba diez metros y se perdía en la oscuridad. En el centro de la cripta descansaba un enorme sarcófago de piedra. La tapa había sido abierta, revelando al dormido Tremere en su interior. Más allá, otro pasadizo se perdía en profundidades ignotas. Ahí estaba acucillada Flavia, empuñando sus espadas gemelas. Sus ojos tenían un tono rojizo y desesperado. Madeleine Giovanni estaba a su lado, y a pocos metros se encontraba la monstruosa forma de la Muerte Roja, brillando con su fuego infernal y con los brazos mortales extendidos en un ígneo abrazo.

--¡Cuidado! --gritó Elisha desesperado cuando los dedos de Muerte Roja se cerraron sobre el hombro de Madeleine. No llegaron a aferrar nada. La mano monstruosa se detuvo a meros centímetros de la carne, como si hubiera encontrado una barrera invisible. Aullando, la criatura se volvió hacia sus nuevos enemigos en la entrada de la cripta.

--¡Demasiado tarde, McCann! --bramó--. ¡Podrás proteger a tus

amigos y a ti mismo de mi fuego, pero no impedirás que beba la sangre de Tremere! ¡He vencido!.

Con el cuerpo encendido en una llama blanca, la Muerte Roja se acercó a la tumba, observó el cuerpo inerte del Antediluviano y rió de forma salvaje.

–Aún hay una pequeña oportunidad –susurró McCann con la cara torcida por el esfuerzo de mantener la barrera de fuerza que les protegía del fuego infernal–. St. Germain, con Cuerpo de Fuego activado, no puede tocar a Tremere sin convertirlo en cenizas. Debe esperar hasta el mismo instante en el que el poder se apague. Habrá unos segundos de vulnerabilidad antes de que pueda beber la vitae. Como tengo que mantener mi escudo hasta entonces, no podré reaccionar a tiempo. –Miró a Karl Schrekt y a Etrius–. Golpead en ese momento si queréis conservar vuestra libertad.

El Justicar asintió con el rostro serio.

–Haré lo que esté en mi mano –juró.

Etrius también asintió, pero guardó silencio.

No quedaba tiempo. St. Germain se inclinaba hacia delante, con la mirada fija en Tremere. El fuego impío que rodeaba el cuerpo de la Muerte Roja parpadeó y comenzó a perder intensidad. Schrekt estaba acucillado, listo para atacar. Etrius había alzado los brazos y comenzaba a invocar un poderoso hechizo de atadura. Elisha se mordía el labio inferior. Al otro lado de la cámara, Flavia reptaba lentamente hacia el sarcófago, con las espadas brillando a la luz de las antorchas.

Con los colmillos desnudos, la cabeza de St. Germain salió disparada hacia abajo. Entonces, con un aullido de terror, se retiró asustado mientras Tremere se incorporaba lentamente en su ataúd hasta quedar sentado.

Nadie se movió. El Antediluviano, con expresión serena, se giró y miró directamente a la Muerte Roja. Suavemente, con un tono que solo St. Germain pudo oír, Tremere habló.

–¡No! –gritó la Muerte Roja con el rostro convertido en una máscara horrorizada–. ¡NO!

Con la mirada estupefacta, el monstruo se alejó del ataúd trastabillando. En ese momento, Flavia se deshizo del terror sobrenatural que la mantenía paralizada y saltó hacia delante con las espadas gemelas brillando en la oscuridad. La Muerte Roja y la Assamita chocaron.

Los brazos de St. Germain se cerraron alrededor de la asesina



con un abrazo inesperado y mortal. Los últimos rescoldos del fuego infernal se encendieron como tizones y Flavia estalló en llamas. Sin embargo, mientras ardía, el Ángel Oscuro trazó un arco con las espadas. El cuerpo de St. Germain volvía a ser sólido y la puntería de las hojas fue perfecta. Las dos espadas de acero templado cortaron en dos el cuello de la Muerte Roja. Con expresión desesperada, la cabeza de St. Germain cayó al suelo rodando.

Se quedaron allí un instante, la Assamita en llamas y el Matusalén decapitado, hasta que los dos se convirtieron en un montón de cenizas en el suelo de la caverna.

El aire de la cámara tembló. Directamente encima del punto en el que St. Germain había muerto apareció brillando una siniestra bola de fuego fantasmal. Aunque no poseía rasgos ni forma definida, no había duda de que aquella criatura estaba viva. Era un horror ajeno al espacio y al tiempo, un monstruo totalmente alienígena. Un odio puro hacia toda vida surgía de ella en oleadas de energía mental.

Durante un latido, el Sheddim ardió sobre la tumba de Tremere, siseando impotente mientras veía cómo el portal entre las dimensiones se cerraba a su alrededor hasta quedar totalmente sellado. El ser desapareció en un estallido de luz cegadora, atrapado de nuevo en las esferas rotas. La amenaza de la Muerte Roja había llegado a su fin.

Tremere descansaba otra vez en su ataúd, sin dejar señal alguna que indicara que alguna vez se había movido. Nadie sabía qué palabras le había dicho a la Muerte Roja.

–Destruyendo a St. Germain --dijo McCann--, Flavia cortó el último vínculo de los Sheddim con nuestro plano de la existencia. Nuestro mundo está a salvo. --Sonrió--. Al menos de influencias externas...

## EPÍLOGO

***Viena: 11 de abril de 1994***

–Está hecho --susurró Madeleine Giovanni, como si le asustara elevar la voz en las tinieblas--. La Mascarada de la Muerte Roja ha terminado. El último plan de St. Germain ha sido derrotado. Flavia murió, pero logró cobrarse su venganza. La sangre respondió a la sangre. Destruyó a la Muerte Roja.

Los demás asintieron en silencio. Solo quedaba un montón de cenizas del vampiro renegado que había maquinado para lograr el control de la Camarilla y del Sabbat y de la asesina que había acabado con él. Un suspiro de viento surgió del túnel oscuro que reptaba como una serpiente para perderse en las misteriosas entrañas de la tierra. Durante un instante las cenizas giraron a la luz de las antorchas para luego desvanecerse, como si nunca hubieran estado allí.

Elisha tenía los ojos llenos de lágrimas. Era el único humano entre ellos, y experimentaba sensaciones que en los demás habían sido aniquiladas por siglos de muerte y destrucción.

–No llores por nuestra amiga –dijo Madeleine, poniendo una mano en el hombro del joven–. Flavia murió como deben hacerlo los Assamitas. Ojalá el fin de todos nosotros sea igual de glorioso.

–Debemos irnos –declaró Etrius, mirando temeroso el sarcófago de piedra de Tremere–. No tolera durante mucho tiempo las visitas, ni siquiera las que acuden en su defensa.

–¿Pero qué le dijo Tremere a St. Germain? –oyó McCann que Karl Schrekt preguntaba a Etrius mientras tapaban el sarcófago entre los dos–. ¿Qué palabras asustaron tanto a la Muerte Roja que dieron a Flavia el tiempo necesario para asestar el golpe definitivo?

Etrius se encogió de hombros.

–No lo sé, y con St. Germain destruido es un misterio que nunca llegaremos a resolver.

–Salgamos de aquí –dijo Elisha comenzando a ascender por la escalera–. No me gusta este lugar. Hay más espectros que los de Flavia y St. Germain, y no son amistosos.

Etrius lideraba la marcha, con Madeleine y Elisha detrás. Karl Schrekt subía a varios peldaños de ellos y McCann cerraba el grupo. Avanzaba más lento que los demás, y se detuvo un momento en la base de las escaleras, observando el ataúd de piedra en el centro de la cueva. El cerebro maestro de los Matusalenes sacudió la cabeza consternado. Los otros no eran conscientes de su suerte. Algunos secretos estaban mejor escondidos en la oscuridad. De todos sus compañeros en peligro, solo él había oído las palabras de Tremere a la Muerte Roja.

–Estúpida marioneta –había dicho aquel horror blanquecino con una suave risa. A McCann le pareció que el Antediluviano disfrutaba enormemente con aquello–. *¿Creías en realidad que toda esta intriga era tuya?* ¿Creías que eras algo más que un mero peón en nuestro

eterno juego? Fui yo el que despertó a los Nictuku, comenzando toda esta mascarada. Mi mano muerta guió sus pasos, al igual que los tuyos. *El plan era mío, siempre mío.* La Cuarta Generación, como todos los Cainitas, *independientemente de su sire*, están atados a los Antediluvianos con cadenas irrompibles. No hay escapatoria. Todos vosotros estáis condenados a compartir el mismo destino cuando llegue la Gehena.

McCann no había tenido duda alguna de que, enterrada en las profundidades de aquel tono burlón, no se escondía solo la voz de Tremere, sino también la de Saulot.

–Puede que no sea cierto –dijo McCann en alto, como si tratara de alejar las dudas que helaban su espíritu. Las palabras resonaron en la cámara vacía–. Tremere podría haber estado mintiendo. *Tiene que haber mentado*, en un intento desesperado de salvarse de la Muerte Definitiva. Engañó a St. Germain como a un estúpido.

Sin embargo, incluso Lameth, el hechicero más poderoso que nunca había recorrido la tierra, el mayor maquinador de toda la raza Cainita, no podía alejar la incertidumbre de su voz.

–*Mi destino me pertenece* –declaró feroz–. Soy libre, totalmente libre de sus inquinas. No importa lo que dijera Tremere, no importa lo que impliquen sus palabras, *soy un Liberado*.

Después, como los demás, abandonó la cripta. La vieja cámara volvió a quedar desierta y muerta. Todo estaba quieto, todo en silencio, excepto un levísimo sonido, el aullido de un viento fantasmal que recorría las cavernas inexploradas. O quizá fuera una demente risotada demoníaca...

[ «*Seguirle no servirá de nada,  
pues no aprenderé más ni de él  
ni de sus actos.*»

Edgar Allan Poe, "El Hombre entre la Multitud" ]

FIN